

CLARA SÁNCHEZ



INFIERNO *en el* PARAÍSO

Lectulandia

Sonia Torres es una joven que comienza a trabajar como camarera en el Beach Club de Marbella, uno de los hoteles más conocidos y elitistas de la ciudad, con gran presencia de jeques y personalidades de Oriente Medio. Gracias a sus estudios de árabe, pronto pasa a convertirse en la camarera personal de las princesas saudíes. Amina, la segunda esposa del rey Fadel, convence a la joven para que dé clases de castellano en el palacio a ella y a los hijos de Sultana, la primera esposa. Las grandes propinas que obtiene en el hotel junto con el desproporcionado sueldo de profesora, abren a Sonia los ojos a una realidad que podría poner punto y final a sus problemas. Sin embargo, todo cambiará cuando la joven se vea implicada en una extraña y angustiosa trama que termina con la desaparición de la princesa Amina y descubra la oscura realidad que se esconde tras el oropel del lujo.

Una apasionante intriga sobre la huida de una princesa saudí encerrada en su jaula de oro.

Clara Sánchez

Infierno en el paraíso

ePub r1.0

Titivillus 12-05-2021

Título original: *Infierno en el paraíso*
Clara Sánchez, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Paco y Julia, que me hacen más
fuerte y mejor de lo que en realidad soy

Los sentimientos que más duelen, las emociones que más afligen, son los que son absurdos —el ansia de cosas imposibles, precisamente porque son imposibles, la añoranza de lo que jamás ha existido, el deseo de lo que podría haber sido, la pena de no ser otro, la insatisfacción de la existencia del mundo.

FERNANDO PESSOA,
Libro del desasosiego

1

De todas las princesas y jequesas de la realeza de Oriente Próximo, las más codiciadas en el Beach Club eran las saudíes.

Formaban una mancha negra junto a la piscina, y a veces el reflejo del agua resbalaba por las telas arrancándoles destellos azulados. Los ojos, lo único visible junto con las manos y los pies, se ocultaban tras gafas Dior o Givenchy, pero cuando alguna se las quitaba, aparecía una mirada profundamente negra, brillante y quieta, como lagos a la luz de la luna. El resto de la cara lo cubría un velo tan fino que se pegaba y despegaba de la boca con la respiración.

No podían votar, ni salir solas por ahí, ni casarse libremente, ni usar en público un bikini o unos simples pantalones cortos, y, sin embargo, resultaban espectaculares recostadas en las camas balinesas con sus relojes de diamantes, zafiros, esmeraldas, rubíes y distintas clases de oro.

Al principio me intimidaba servirles las bebidas. No sabía cómo reaccionarían ante un fallo mío. No hacía mucho había leído en la prensa que una señora kuwaití había arrojado por la ventana de un rascacielos a su criada por mancharle el vestido. Y aunque no era probable que en un arrebato ninguna me tirase a la piscina, me desagradaría ser la causante de algún conflicto que perjudicara al Beach Club.

2

El autobús que me traía desde Madrid pasó bajo un arco en el que ponía «Marbella». Estábamos a finales de junio y un aire pesado inclinaba las palmeras hasta casi rozar el suelo, lo interpreté como una señal de bienvenida. Contra la ventanilla se aplastaba el verano intentando entrar. Las sombras se alargaban sobre las paredes exageradamente negras, como pintadas con alquitrán. Una pareja de unos cuarenta con pantalones cortos, los pies embadurnados de arena y el pelo revuelto se arrastró cansinamente por un tembloroso paso de cebra. Se veían edificios de apartamentos, chalés y, más allá, en las lomas, los picos de las mansiones donde se cobijaría toda esa gente que salía en las revistas del corazón.

Tomé un taxi para ir al apartamento que me había prestado Karen junto con un Renault 5 bastante cascado y su puesto de camarera en el Beach Club hasta septiembre, mientras ella aprovechaba para pasar las vacaciones en su país. Éramos amigas desde que coincidimos en la Escuela Oficial de Idiomas, hacía nueve años, en el primer curso de árabe, una lengua tan en auge como el chino, el ruso y el inglés, que se suponía que nos abriría puertas en el mundo laboral. Ella se sacó el título con la gorra. Yo en cambio abandoné en cuarto curso aburrida y desilusionada. ¿Por qué? No lo recuerdo bien, por nada en particular. Simplemente dejé de asistir a clase un día y luego otro y ya no volví más. Nadie me esperaba allí ni en ninguna parte. Cada paso que daba de la mañana a la noche era como intentar correr en el fondo del mar. El sicólogo que me trataba tras la muerte de mi padre lo llamó «depresión», una palabra que me lanzaba nada más oírla a la cama y a la caja de lorazepam. Por eso solo fui capaz de encontrar un puesto por horas en el Burger de un centro comercial pasado de moda, mientras que a Karen la contrataron como camarera para la clientela VIP del Beach Club de Marbella, donde, según la leyenda, se consumía champán hasta para lavarse las manos y todos los tíos estaban forrados. A Karen le encantaba la idea de codearse con la gente famosa y ociosa que sale en el *Hola* y conocer a tipos con yates y aviones privados. Le daba igual que fueran bajos, gordos y feos. La belleza física no

le impresionaba, seguramente porque procedía de un pueblo de Finlandia en que más o menos todos eran rubios con ojos claros y cuerpos duros, consecuencia de no bajarse de la bici ni salir de las saunas que remataban metiéndose en un agujero excavado en el hielo.

Karen ni siquiera era consciente de cómo llamaba la atención. Alta, delgada, con una melena lacia de color miel que le rebotaba en las caderas al andar y ojos de un azul tan ligero que cualquier soplo de aire podría arrancárselo. Nadie diría al verla, con su aspecto de princesa medieval que vive en un mundo imaginado, que estaba acostumbrada a retirar la nieve con una pala para ir al colegio, a sobrevivir a muchos grados bajo cero y a hartarse de comer patatas y arenques ahumados. Era comprensible que le atrajeran el dinero y el lujo, casarse con un magnate y todo eso. Sabía perfectamente lo que quería y lo que le interesaba, algo con lo que el sicólogo empezó a sermonearme desde los diez años diciéndome que constituye el noventa por ciento de cualquier clase de éxito. Lamentablemente había llegado a los veintisiete años sin encontrar nada que me fascinara realmente. Podía fingir interés y emoción, pero no salían del fondo de mi corazón.

Cuando me llegó la propuesta de Karen para sustituirla en el Beach Club, mi madre vio el cielo abierto. Quiso creer que pisar la playa me insuflaría energía y entusiasmo. «Los iones negativos te limpiarán el aura y harás algo diferente, cariño», dijo con la fatiga generada por el incesante esfuerzo de levantarme el ánimo. Y pensé que con este dinero podríamos hacer frente a la deuda, provocada por mí y mi exnovio David, que la obligaba a hacer horas extras sin parar como auxiliar de clínica, una terrible sensación que me desmoronaba aún más.

El taxi paró en Miraflores, una calle lateral que daba paso a un jardín. Había que cruzarlo y bordear la típica piscina de los ochenta en forma de riñón, donde enloquecían unos críos, hasta unas escaleras. Debía buscar el número 32. Las puertas eran de color azul añil y el conjunto tenía el aire decadente de haber sido casi lujoso en otros tiempos antes de que aparecieran las líneas rectas y las cristalerías panorámicas.

Saqué la llave que Karen me envió por correo y nada más abrir me di de bruces con el saloncito, separado de la cocina por un mostrador. Enfrente había una pequeña terraza desde donde se entreveía a lo lejos un trozo de mar. Así que este era el mundo de Karen. Me sentí bien de repente. La brisa empujaba las cortinas, blancas y transparentes, sobre los muebles y luego se

retiraban como un velo de la cara de una novia. Me tranquilizaba la sensación de no tener que hacer ningún esfuerzo especial, solo entrar en la vida de Karen y dejarme llevar. Abrí los grifos y respiré hondo el olor a cañerías y salitre de las casas junto al mar mientras metía la mochila en el único dormitorio que había, bastante bonito, por cierto, ocupado por una cama de uno ochenta con cabecero de madera decapada en blanco. Sobre la mesilla también decapada descansaban los últimos juguetes sexuales recomendados por la revista *Marie Claire* y las instrucciones de uso. En el armario colgaban de las perchas algunos vestidos, *shorts* y bikinis, que sin Karen dentro resultaban vulgares. Al menos sin la Karen que yo conocía y a la que no veía desde hacía cuatro años. Me extrañaba que no se hubiese convertido ya en la pareja de algún multimillonario y no viviese en una de esas mansiones invisibles al populacho. De todos modos, en el apartamento había dejado la agradable sensación de que nada de lo que pudiera ocurrir sería demasiado malo.

Me duché, me puse unos pantalones de oficina comprados en Zara, una blusa de florecitas, la mejor que tenía, unas sandalias con un poco de tacón y las gafas de sol con montura de carey, en las que mi madre se habría dejado medio sueldo con la esperanza de que causara buena impresión en mi nuevo empleo, y me colgué al hombro una bolsa de lona promocional del Burger. Regué un ficus moribundo, recogí unos vasos de la encimera, indagué si había café y azúcar, pensé que compraría algo de leche y fruta y me inundó una paz que no sentía desde que era niña antes de lo de mi padre, cuando no tenía que triunfar ni fracasar, ni enamorarme, ni que se enamoraran de mí, ni tener nada mío ni pensar en serio en la vida. Salí camino del Beach Club.

La información que Karen me había mandado decía que se trataba de un complejo hotelero fundado en los años cincuenta, famoso en aquel entonces por su piscina larga, azul cielo y soleada, rodeada de parasoles de fibra de coco y camas blancas con mosquiteras, a las que aún no se les había puesto nombre, y un campo de golf cuyo verde irlandés se precipitaba en oleadas hacia el mar. En las siguientes décadas fueron ampliando las instalaciones según iban encaprichándose de la zona los europeos ricos y aristócratas primero, y los ricos y aristócratas árabes más tarde, convirtiendo el metro cuadrado de terreno en uno de los más caros del país. Karen suponía que esa información tendría que interesarme, y me esforzaría para que me interesara

por gratitud hacia ella. Me esforzaría en general por no meter la pata una vez más.

En el mapa, el dibujito del hotel resaltaba tanto como la catedral y no parecía que estuviera demasiado lejos del apartamento de Karen, por lo que eché a andar en paralelo a la autovía del Mediterráneo mientras el sol se me clavaba en la cabeza y los hombros con toda su mala leche. Las adelfas rosas y rojas desprendían un perfume venenoso que saturaba el aire. Caminaba entre el mar a la derecha y descapotables a mi izquierda, conducidos por hombres y mujeres con gafas negras y cabelleras lanzadas al viento como chorros de oro. Los admiré hasta que al cabo de una interminable hora, cuando empezaba a nublárseme la vista, me topé con grupos de palmeras de diez metros y una placa de hierro calculadamente oxidada que anunciaba el Beach Club, mi nuevo lugar de trabajo si las cosas no se torcían.

Iba a entrevistarme un tal Fabián, al que Karen me había descrito como el mejor gerente hotelero de la Costa del Sol, un hombre inteligente, sensible, excepcional, a quien a ella le dolería mucho fallarle. Y esto me ponía nerviosa, estaba acostumbrada a que nadie esperase nada de mí ni yo de nadie, a no abrigar expectativas, y ahora el no tener que fallarle al gerente para que así no le fallase Karen me creaba gusanos en el estómago.

El hotel era más o menos como en las imágenes de Internet, con aspecto de cortijo elegante, blanco radiante, suelos de barro cocido y cactus gigantes. Muy bonito. La piscina simulaba desbordarse en el mar, algo que en pleno año 2002 era bastante normal, pero que cuando se inauguró debió de causar sensación. En recepción dije mi nombre, Sonia Torres, la camarera sustituta de Karen. Tuve que dar más detalles: me esperaba el gerente. Alguien levantó un teléfono y murmuró algo en voz tan baja que no lo entendí, el tono de la selecta privacidad. Necesitaba beber agua, sentía la boca completamente seca, pero aguanté de pie hasta que apareció una chica de pelo corto, con falda de tubo negra y camisa blanca de cuello Mao, a la que acompañaba el ruido de sus medias al rozarse. Me pidió que la siguiera a una sala con aire de acogedora biblioteca, con chimenea presidida por el retrato de un hombre bronceado con suéter de cuello alto y chaqueta de marinero que se parecía a las fotos del príncipe Von Hohenlohe que aparecían asiduamente en el *Hola*, o quizá era él.

—Soy Montse, compañera de Karen, y creo que tuya si va bien tu entrevista con Fabián.

Si hubiésemos sido dos hombres, nos habríamos estrechado la mano, y si hubiésemos sido compañeras de verdad, nos habríamos dado dos besos.

Como no éramos ni una cosa ni otra, nos medio sonreímos, ella desde unos ojos redondos y azules, cuya sinceridad no había evolucionado desde los cinco años, y yo sin una sensación definida. Me quedé sola. Fabián era un nombre que se iba haciendo sitio en mi cabeza. Mientras lo esperaba ensimismada en el retrato de la chimenea, se me fue enfriando el sudor de la blusa y sentí un escalofrío en la espalda. Hacía un fresco en esta salita distinto a los frescos normales, este tenía algo de iglesia y me subía por los pantalones desde las baldosas de barro enceradas a mano.

Por fin oí pasos, y al volverme, un hombre de unos cuarenta y cinco me saludó, se presentó como Fabián y me preguntó si yo era Sonia. El hecho de que recordase mi nombre me puso más nerviosa aún. No estaba preparada para que mi nombre tuviese ninguna importancia. Él llevaba el pelo cortado a cepillo y teñido con barros, un traje gris oscuro de buen corte, seguramente hecho a medida, corbata granate y zapatos negros con hebilla. Sobresalía la frente enrojecida por un sol tomado por casualidad, no por placer. No era una de esas personas con algo destacable a primera vista: unos bellos ojos verdes o todo lo contrario, ojos saltones y cara sudorosa; cuerpo de impresión o todo lo contrario, gordo y deforme. Tenía una presencia cómoda, que no provocaba ninguna reacción. El traje era incompatible con la arena dorada que se extendía casi a los pies del hotel. Así es como me lo había imaginado. En realidad, no había llegado a imaginármelo, pero si me lo hubiese imaginado esta sería la idea que tendría del gerente de un gran hotel.

Paseó la vista por los alrededores de mi cara y de la chimenea con muchas preocupaciones y cosas interesantes en la cabeza, lo que a cualquier otra persona le habría descorazonado y en cambio a mí me aliviaba. Así no se fijaría en que yo no tenía las cualidades de Karen.

—Imagino que no es la primera vez que estás en Marbella.

Me alegré de poder contestar sin titubear.

—Cuando estudiaba en el instituto, los de mi curso vinimos de camping.

Por primera vez entré por sus ojos. Bastó un segundo para que lo adivinara todo sobre mí. Mi ADN, mi grupo sanguíneo, mis fracasos y el dinero en la cuenta, que era ninguno. Aunque me lo propusiera con todas mis fuerzas, era imposible dejar de ser quien era, ni siquiera unos gramos mejorada.

—¡Quién volviera a esa edad!, uno puede estar todo el día revolcándose en la arena y no pasa nada. Es maravilloso. Cuando veo aquí familias con chicos adolescentes siempre me dan ganas de recomendarles que se los lleven al camping. No es bueno que se acostumbren a las grandes comodidades tan

pronto. Por supuesto, es un comentario confidencial —dijo inclinándose un poco hacia mí. Él intentaba que me sintiera cómoda, y a mí me daban ganas de salir corriendo.

Sacó un papel doblado del bolsillo y se apoyó en la chimenea para leerlo. Cruzó una pierna sobre otra y la raya del pantalón desapareció un instante. Estaba en su terreno, su mundo. Mandaba en él y en Karen y casi en mí.

—Veo que no tienes experiencia o que es muy escasa —debía de referirse a la experiencia del Burger. Volvió a doblar el papel y a guardárselo en el bolsillo—, por lo que tendrás que poner atención y aprender en poco tiempo. Debes tener en cuenta que no estás en un simple hotel de cinco estrellas con todos los premios y certificados de calidad que se te puedan ocurrir. Es una joya en el universo de los hoteles. Una creación artística para los sentidos, ¿comprendes? Nuestro servicio es refinado, discreto, elegante y de confianza. Nos interesas porque sabes árabe.

—No pasé de cuarto curso —dije con la esperanza de que se arrepintiera de haberme entrevistado y poder regresar al apartamento de Karen y luego a mi casa en Madrid y al Burger, donde ni siquiera se habrían dado cuenta de que me había marchado.

—Bien, servirá. La mayoría también habla inglés, pero les resulta agradable que se les diga algo en su idioma. Imagino que sabes a qué me refiero. Esperamos que este verano esto se llene de saudíes, cataríes, jeques millonarios.

—¿En serio? —pregunté, aunque había visto alguna que otra foto de sus fiestas en las revistas.

—Me disculparás que te haga esta pregunta. ¿Estás familiarizada con el lujo?

Estaba segura de que, nada más echarme el ojo encima, se dio cuenta de que en mi guardarropa no habría prendas superiores a treinta euros, y como algo extraordinario de vez en cuando comería menús que no pasaban de diez. Pero también tuve la impresión de caerle bien porque era joven y sana, en cierto modo un lujo que no podía comprarse con dinero.

Le habría contado, pero no lo hice, como si esperase que él lo intuyese todo sobre mí, que tenía diez años cuando mi padre murió de repente de un infarto, y que mi madre se vio obligada a hacer filigranas para criarme y darme estudios. Para nosotras cada matrícula que se pagaba, cada bicicleta que se compraba, los patines, cada vestido y cada sudadera eran un lujo. Cada

helado, cada libro, cada escapada a la playa, y el colmo del lujo fue cuando mi madre se presentó un día con dos billetes de avión para celebrar mi catorce cumpleaños en Orlando y conocer Disney World. Era algo tan increíble y tan emocionante que ninguna de las dos dormimos la noche anterior y durante el vuelo nos reíamos por cualquier cosa. La comida, las bebidas, disfrutar de una peli en la pantalla individual del asiento, las azafatas obsequiosas, todo estaba fuera de nuestra vida normal y corriente. El hotel reservado era más fabuloso de lo que habría imaginado, con grupos de *country* por la noche y karaoke. Mamá se tomaba todas las jarras de cerveza que le apetecían sin mirar el dólar, y no solo entramos en todos los parques y todas las atracciones, sino que comimos en restaurantes temáticos, que eran los restaurantes más caros en que había estado nunca. Éramos ricos hasta el punto de que fuimos de un sitio a otro en una limusina blanca y larga aunque compartida con otros turistas medio borrachos. Y todo habría ido más o menos en esa línea si no se hubiese cruzado años más tarde David en mi camino.

Fue una experiencia agria que se agolpó en mi mente en cuestión de segundos mientras Fabián esperaba mi respuesta.

—No lo sé, no mucho —contesté finalmente.

—Cuando lo veas, sabrás si es nuevo para ti —dijo con cierta prisa, pero con una voz que no alarmaba, muy distinta a la de David—. Lo que te pido es que no te dejes impresionar. Si piden botellas de quinientos euros, no abras los ojos de par en par ni se lo hagas repetir, no les hagas creer que se están pasando. Aquí todo es normal y lo que no tenemos lo pintamos, ¿de acuerdo?

Se anudó la corbata marcando la transición hacia otras obligaciones, debía de tener el tiempo muy tasado y ya llevábamos veinte minutos de cháchara.

—Esperamos que este año, por fin, su majestad el rey Fadel de Arabia Saudí nos honre con su presencia. Aunque tiene un palacio magnífico, cuya remodelación ha costado cien millones de euros, a él y a sus esposas les encanta venir por esta casa a conocer mundo.

No supe qué añadir a este comentario ni él lo esperaba. Le seguí por el pasillo que yo había recorrido un momento antes hasta que una explosión de sol le hizo ponerse unas gafas Ray-Ban de aviador. Yo me puse las mías. Frente a nosotros se extendían palmeras, césped, la interminable piscina, los turistas semidesnudos o vestidos de colores claros y alegres, los camareros yendo y viniendo con semblantes agradables, risotadas compitiendo con el graznido de las gaviotas, el agua estallando en el aire y flotando unos segundos en latigazos azules, el olor dulzón de jazmines trepadores y el salado del mar.

—¿Te gusta esto? —preguntó.

No me dio tiempo a pensarlo, no quería dejarme impresionar una vez más. La chica del pelo corto, Montse, que me había acompañado a la biblioteca nos salió al paso, y él se acercó a saludar a unos clientes en pantalón corto de tenis con raquetas en las manos. Ellos se divertían y él no, lo que parecía encantarles. Fabián representaba la vida que habían dejado atrás, fuera de estas paradisiacas instalaciones.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Montse.

Le contesté que no lo sabía, que todo esto era nuevo para mí y que nunca había hablado con el gerente de un hotel tan lujoso.

—No te preocupes —dijo—. Nunca se sabe lo que piensa. Mañana empieza tu formación. Te esperamos a las cuatro, que será tu hora habitual de entrada. Esta es tu taquilla y ese el uniforme.

De una percha colgaba una falda negra como la suya y la camisa blanca ajustada que recordaba la que llevaba Meg Ryan en *Kate & Leopold*, una película angustiosamente romántica e imposible, de las que te dejan un regusto amargo, porque Leopold, viajero del tiempo, venía de un siglo de cortejos, miradas penetrantes, besos furtivos y bailes historiados en los que una chica se sentiría volar como un hada en sus brazos.

Me quedé sola en el vestuario contemplando mi nueva vida colgada de la percha, una vida algo larga para mí porque Karen era más alta que yo. En cualquier caso, nunca se me habían concedido tantas cosas en tan poco tiempo: un apartamento, un coche, una entrevista de trabajo, el trabajo en sí, un lugar de trabajo en que piaban los pájaros y la gente era feliz y un uniforme que no incorporaba un gorro tipo barco como en el Burger. Dentro de la taquilla Karen había dejado una bolsa de aseo con maquillaje, un bikini, otra camisa doblada y unos zapatos mocasines como los de Montse, un número mayor que el mío, pero no importaba.

A pesar de tantas novedades y de que al día siguiente empezaba el cursillo de formación anunciado por Montse y de la responsabilidad de no dejar mal a Karen, desanduve el camino más ligera probablemente también porque no había comido. El sol había aflojado y el aire empezaba a perder capas que volaban lejos. En la tiendecilla de los apartamentos compré leche, pan de molde, mantequilla y dos grandes tabletas de chocolate.

La piscina estaba llena de chiquillos. Algunos padres descansaban esparrados en las tumbonas, ajenos a sus gritos entre alegres y de petición de socorro. El ambiente era muy distinto al del Beach Club, menos blanco y menos radiante y menos caro, más terrenal.

Abrí la terraza y me duché con el gel y el champú de Karen, lo que me convertía un poco más en ella y un poco menos en mí. Me envolví en una de sus toallas. Paseé por aquellos escasos metros curioseándolo todo, tocándolo, abriendo cajones. Me encantaba que nada fuese mío, que no hubiese tenido que buscarlo, comprarlo, colocarlo. Abrí un bloc de dibujo. Recordaba que Karen a veces dibujaba en clase para concentrarse mejor, decía. Ya había atardecido y anochecería enseguida. Los gritos y chapuzones de los niños se iban amortiguando y empezaban a oírse coches saliendo del aparcamiento hacia las cenas y las copas en el paseo marítimo o en Puerto Banús. Me llevé a la terraza el bloc con el chocolate.

Comenzaban a asomar las estrellas compitiendo con dos láseres morados de alguna discoteca que se cruzaban sobre ellas. Había prometido llamar a mi madre, pero no la llamé, quería que se acostumbrase a vivir sin mí. Le dije antes de emprender este viaje que se aguantase las ganas de hablar conmigo porque debíamos oxigenarnos, dejar de vernos las caras por un tiempo.

Los dibujos eran al carboncillo y otros en acuarela. Veleros, gente en bañador, un perro tumbado en la arena, hamacas de rayas y el retrato de alguien que me recordaba a alguien que no tenía nada que ver conmigo. Pelo rapado al tres color chocolate, nariz algo aguileña, labios finos y ojos entre claros y oscuros, hundidos como si se los hubiese apretado hacia dentro con los puños. No podía ser otro que Fabián, el gerente del hotel. Le había dedicado una cartulina entera. Me terminé una de las tabletas de chocolate en la cama y después me tomé un lorazepam.

Lo único malo del uniforme es que tenía que llevar medias de compresión para que no se me cansaran las piernas. Seguramente el hotel no querría ser responsable de las varices del personal. Me las regaló Montse como un detalle de bienvenida. Y al ponerme el uniforme, me asombró comprobar que me estaba un poco ancho, lo que significaba que Karen había engordado por lo menos siete kilos y habría perdido la figura de modelo que yo recordaba, un cambio que podría entrañar algún desengaño amoroso o simple felicidad. Montse me examinó de arriba abajo con aprobación. Luego me aconsejó no ponerme perfume.

Nos dirigimos a un apartado del comedor donde nos esperaba el jefe de sala, un hombre de unos cincuenta años con barriga de *gourmet* y traje, que nos recibió diciéndonos que acabábamos de entrar en la cultura del detalle. «No sois camareros —dijo—, sois anfitriones. Tampoco servís, sino que

atendéis, prestáis un servicio que os hace particularmente felices. Solo el que posee el don llega a ser un buen anfitrión. Son muchos los que se lo proponen y muy pocos los elegidos. En cosa de una semana sentiréis en vuestro interior si pertenecéis al primer grupo o al segundo. Sentiréis si amáis al cliente o si estáis deseando perderlo de vista, si es sustituible por otro, si solo os interesan las propinas. Sabréis si en cada servicio entregáis algo vuestro. Si es así, el cliente os lo devolverá con creces». Tras estas palabras nos entregó unas fotocopias. «Este es el protocolo que debéis seguir. Estudiadlo. Y tened en cuenta que al cliente nunca hay que entregarle un NO, sino una solución. Ahora os dejo con el que será vuestro supervisor hasta que se os asignen los puestos. Adelante, Teo».

Los nuevos éramos cuatro, y a la única que se le notaba que no tenía ni idea era yo. En el Burger el único protocolo consistía básicamente en no escupir en la hamburguesa.

Teo era un chico un poco mayor que yo pero aniñado, delgado, con punzantes ojos negros y pelusa en la barbilla, cuya tez entre morena y pálida sobresalía de la chaquetilla blanca. Llevaba el pelo muy corto y continuamente daban ganas de pasarle la mano por la cabeza, la nuca escuálida, y consolarle. Su presencia recordaba que aunque los dueños y muchos de sus huéspedes eran extranjeros atraídos por la aristocracia alemana de los Hohenlohe y los Von Bismarck, esto era Andalucía, con gente mayoritariamente de pelo y ojos oscuros.

Iba a enseñarnos cómo servir bebidas. Me eligió a mí para que cogiese una botella. Lo hice apretándola para que no se me cayese, y él negó con la cabeza: «Es cuestión de abrir bien los dedos al agarrarla para abarcarla más. Y controla el pulso. No vayas con miedo. La botella es tu aliada». Ni en el colegio, ni en el instituto ni en ningún momento había estado tan concentrada. No quería fallarle al Beach Club ni a mí misma una vez más.

No era fácil servir vino sin tocar la copa ni derramar una gota, algo que solo se conseguía con seguridad. Luego nos hizo una demostración de cómo cargar los platos hasta las mesas. Había dos modalidades: en escalera y en mariposa. Los dedos jugaban un papel fundamental, sobre todo el dedo gordo que descansaba en el labio (se refería al borde) del plato para poder sujetar el segundo; también podía sacarse el meñique para sostener este segundo plato y el dedo corazón por debajo para incorporar un pequeño recipiente para salsa, pero era desaconsejable acarrear más platos porque ocuparían todo el brazo que permanecería estirado, sin movimiento, y no podría maniobrar ante

cualquier pequeño impedimento. «Las exhibiciones, para el circo», sentenció Teo.

Me quedaba claro que difícilmente podría ser camarera ni anfitriona; lo más, pasavinos. También lo adivinó Teo, que me destinó a la terraza del jardín con Montse y él mismo para servir bebidas. A los otros les encomendó el comedor, lo que casi les hizo saltar de alegría. Parecían muy dispuestos, ilusionados, con experiencia, y seguramente poseían el don al que se refirió el jefe de sala.

El jardín estaba relativamente tranquilo. Las sombras de las palmeras y los parasoles creaban franjas de día para asarse al sol y franjas de noche en las que dormitaban algunos huéspedes. No sabía qué hacer, aún no se me había encargado ningún cometido. Me limité a observar cómo Montse colocaba unas copas en una bandeja, la levantaba y la hacía volar con una sola mano sin mirar dónde pisaba. Le dije que lo que hacía me parecía muy difícil. «No te preocupes por nada —dijo—. Al final, lo único que importa es tener unas buenas plantillas para los zapatos». Me dirigí a la taquilla para guardar las fotocopias del protocolo y al regreso me topé con Fabián. A simple vista se sabía que era él por el traje oscuro, la corbata y sus modales de *gentleman*. Me miró tan serio que parecía arrepentido de darme esa oportunidad. Teo le habría comentado lo pato mareado que era hasta para coger una botella y que iba a poner en peligro toda la coreografía del establecimiento. Ya no necesitaría comprarme las plantillas. Me quedé en posición de firme, sin cruzar los brazos como prohibía el protocolo, esperando una frase de despedida.

—Buenas tardes, Sonia —dijo examinando el uniforme y reparando en que el bajo de la falda era un poco largo—. Tienes que recogerte el pelo.

Y siguió su camino. Si no hubiese visto el retrato que le había hecho Karen, no apreciaría nada especial en él. Era como si a este Fabián se le superpusiera otro Fabián digno de ser dibujado por una Karen enamorada de los tipos con pasta.

Me ocupé de retirar los vasos, copas, tazas y demás vajilla usada y llevarla a la cocina mientras admiraba la soltura de Teo y Montse, la potencia de sus brazos, la sabiduría de sus manos. Acabé agotada por los zapatos, y Teo me dijo que por ser el primer día podía marcharme antes. Agradecí que el viejo coche de Karen me esperase en el aparcamiento, iba de maravilla. Me devolvió al apartamento igual que un perro que se conociese el camino. Lo aparqué en el mismo hueco del que lo había sacado y me reconfortó que todo estuviese tan bien organizado: el apartamento en su sitio, el coche en el suyo,

cada mueble, cada tenedor, y cada persona que iba conociendo también ocupaba un sitio fijo en este mundo prestado.

La tiendecilla aún estaba abierta para surtir a los rezagados de alcohol y patatas fritas. Compré una botella de agua de litro y medio bien fría, más chocolate, una botella de vino con tapón de corcho, aceitunas y galletas saladas. Metí la botella de vino en el congelador sobre unas bolsas de guisantes amarillentos y me duché. Ya estaba preparada para el entrenamiento. Saqué la botella y la apreté con los dedos bien abiertos. «Hola, amiga mía —dije—. A ver cómo te portas». El corcho salió un poco torcido, un desastre, debía extraerlo con fuerza, recto, limpio. ¿Por qué era difícil una cosa de tan poca importancia? Me serví una copa según las instrucciones de Teo y se derramó un poco. Me la bebí. Limpié la boca con un papel y serví otra. Casi peor. La obsesión por no derramar la dichosa gota hacía que me temblase la mano. Visualizaba un mantel blanco nuclear, el vestido de cinco mil euros de una cliente con una mancha roja y me desesperaba. Me bebí la copa de un trago. La tercera fue mejor. Recordé *El arte del tiro con arco*, uno de esos libritos de sabiduría oriental que me recomendó el sicólogo, según el cual cuando dejara de preocuparme por la botella, por la copa y el vino, mi mano no tendría que hacer nada, el vino se dispararía de la botella con un chorro certero que esquivaría el mantel y los vestidos. Lo intenté dos veces más sin éxito y a la última copa, bastante recalentada, le añadí unos cubitos de hielo para terminármela en la terraza con las galletas saladas mientras hojeaba el álbum de dibujo de Karen. Me apetecía ver de nuevo el retrato de Fabián, que abarcaba el rostro y el cuello de una camisa desabrochada, lo que llevaba a la pregunta de si mantendrían una relación no profesional. Avanzando en el bloc encontré otros bosquejos de Fabián, alguno de cuerpo entero, en los que se descubrían distintos gestos y ángulos del rostro, que a ella debían de atraerle especialmente, lo que también llevaba a pensar que, si mantuviesen una relación, no tendría que dibujarlo tanto, pero que soñaba con mantenerla.

En la cama empecé a leer los folios del protocolo, en el que se prohibía terminantemente enfriar las botellas de vino tinto y jamás de los jamases añadir cubitos de hielo, y cuando la habitación comenzó a darme vueltas, pensé que me vendría genial un lorazepam.

3

Durante los ocho días que llevaba en Marbella me iba adaptando a mi nueva vida mejor de lo esperado. Era la más tranquila y normal del mundo antes de que ocurriera lo que ocurrió semanas después. No lo vi venir.

Me levantaba sin prisa y me tomaba un café rápido, dejaba la taza lavada, la cama hecha, el baño limpio y todo recogido para que al regreso, de madrugada y con los pies hinchados, me pareciese un paraíso. Día sí y día no desayunaba en la plaza de los Naranjos, un cobijo de árboles y suelo recién regados, como una turista desocupada más. Luego me acercaba a la playa Venus a pegarme un chapuzón y tomar el sol. A veces me daba una vuelta por los puestos del paseo marítimo, que enseguida bauticé comprándome unas pulseras de macramé, artesanía de la zona. Y gracias a que tuve que comprarme las plantillas que me recomendó Montse, descubrí el centro comercial Plaza Mar, envuelto en una burbuja transparente que lo empujaba un poco hacia arriba. Y así era como me sentía allí dentro, en las nubes. Le habría gritado a mi sicólogo que el mirar durante horas cosas preciosas que no vas a poder comprarte en tu puta vida te deja la mente en blanco, vacía, fresca y en perfectas condiciones para ir llenándola poco a poco de cosas feas. Salía de allí con una enorme paz, quizá por el silencio reinante. Todas las dependientas, jefes de sección, cajeros, parecían soldados preparados para entrar en batalla mientras recolocaban artículos o hacían pequeños recorridos a la expectativa de algo por llegar, de un director de cine que diera una palmada gritando ¡acción! y de pronto entrara un vendaval de ricachonas del Golfo.

Y lo mismo nos sucedía en el Beach Club. Planeaba una calma chicha, una espera callada durante la cual atendíamos a los clientes, que a pesar de que los amábamos como recomendaban los folios del protocolo, solo suponían un preámbulo de los verdaderos clientes: los señores del petróleo. Había algo tenso en el ambiente, un *impasse*. Una carta de amor que no llega, un cable de la luz a punto de romperse, un rayo a punto de estallar. Fabián andaba de un lado a otro de los jardines con las manos en los bolsillos y

grandes zancadas, como si lo midiera una y otra vez. No me atrevía a acercarme. A veces se sentaba junto a la piscina con los huéspedes de cara al sol, escondido tras las Ray-Ban de aviador que lo cubrirían todo de un tono verdoso.

Yo, a fuerza de abrirme noche tras noche una botella de vino en mi apartamento mientras descubría más dibujos de Karen sobre Fabián, había conseguido más pulso y seguridad a la hora de descorchar y servir. En el trozo de jardín que se me había asignado en el Beach Club me pedían desde una sencilla cerveza a un cóctel alambicado, y a veces algún *snack* ligero para tomar entre comidas. Al parecer, era menos comprometido que el comedor de manteles de hilo y porcelana superfina con un escudo noble en el fondo, cuya aristocracia los clientes se llevarían a la boca con cada cucharada. En cambio, en el jardín todo consistía en saber qué bebida era para quién y que no se me cayese la bandeja, lo que me ocurrió un par de veces con un resultado catastrófico para el césped, algún pantalón blanco de tenis y con todas las cabezas giradas hacia mi torpe persona. Como castigo, Teo me impuso sacar brillo a las copas, que revisaba enfurruñado y nunca conforme porque decía que a través de ellas el cliente debía ver la vida más luminosa de lo que era en realidad. Pero lo que me preocupaba era la indiferencia de Fabián. Que alguien que había dejado tanta huella en Karen no se acordase de mi existencia, ni me mirase ni mucho menos me preguntara qué tal me iba, me desfondaba. Daría algo por que al salir al jardín su mirada no me pasara por alto, se detuviera un segundo en mí, me saludara con la cabeza o con la mano. Un gesto, un simple gesto, me animaría a amar el Beach Club con más sinceridad. Por eso me atreví a preguntarle a Teo si le había comentado a Fabián lo de la caída de bandejas.

—Creo que piensa que soy una inútil.

Era la primera conversación personal que mantenía con Teo. Solo sabía de él que tenía una Yamaha R1M negra que le habría gustado mucho a David y que solía limpiar amorosamente en el aparcamiento con una gamuza. Y acababa de darme cuenta de que no era la primera vez que me observaba muy atentamente, como un estudioso de la naturaleza humana.

—Los huéspedes no protestaron y se les compensó con una botella de champán. Al jefe no hay por qué molestarle con pequeñeces. Está muy preocupado porque no anuncian la llegada de la familia real saudí. Todo el mundo está nervioso. Cuando vienen, arrastran a los cataríes, emiratíes, kuwaitíes, llega a oler a petróleo. Una locura, ¿comprendes? Hace tres años que prometen venir y luego se rajan. Tampoco avisan con antelación y hay

que estar preparados. Ten mucho cuidado con ellos, no vayas a tirarles la bebida encima. Quiero que aprendas a descorchar champán.

—Pero ¿no son musulmanes?

—Sí, bueno, aquí están en otro mundo. Beben, juegan, fornican.

Fornican. Qué palabra tan antigua para un chico tan joven. Aunque solo fuera para no acarrearle problemas, trataría contra viento y marea de mantener el pulso firme y no fastidiarle el traje a nadie.

—Si cuando empiece el Tour de Francia no hay noticias, despedirán a unos cuantos. Puede que tú entre ellos.

—Ya —dije contemplando el desasosiego de Fabián, que hablaba con sonrisa forzada y se impacientaba en cuanto alguien lo entretenía más de la cuenta. Parecía que estaba tirando de los jeques con sus pensamientos y que si se desconcentraba se le escaparían.

4

Los días pasaban entre apacibles y tensos, con el ruido de fondo de los raquetazos de Roger Federer, seguidos con entusiasmo por la sección tenista de la clientela e incluso por los forofos del golf. Hasta que un mediodía, mientras reponía floreros y velas en las mesitas del jardín, escuché en Onda Cero que sobre el aeropuerto Pablo Ruiz Picasso de Málaga estaban asomando los motores del jumbo real saudí. Corrí a darle la noticia a Fabián con una alegría que era esencialmente suya. Mientras, la voz entusiasmada del locutor iba aportando los detalles de que se trataba de un avión medicalizado, debido a la delicada salud del monarca, de que también lo acompañaban sus dos esposas y que en la bodega se transportaba su Rolls Royce. Escoltándolo venían diez *jets* privados cargados con miles de kilos de equipaje. Pero se esperaban más transportando a unas mil personas entre familiares y sirvientes, más unos cuatrocientos Mercedes, que al final de temporada acabarían en un cementerio de automóviles. Los responsables del aeropuerto estaban volviéndose locos para hacerles sitio y eliminar cualquier problema por el bien de todos los hoteles, restaurantes, marisquerías, joyeros, pastelerías, centros comerciales y heladerías, entre los que se repartían unos cuatro millones de euros diarios.

Fabián se quitó las gafas de aviador y fue clavando la mirada en las mesas, la piscina, el mar, el césped del jardín y el más lejano del campo de golf, las pérgolas, las camas y las palmeras, insuflándoles vida de una en una. «Después de tres años, por fin», exclamó dedicándome una sonrisa e insuflándome vida a mí también. Me pidió que trajera una botella de champán y copas para todos los camareros que hubiese en ese turno.

Lo llevamos entre Montse y yo. Colocamos las copas, a las que yo había sacado brillo hasta dolerme el brazo, sobre una mesa de hierro forjado, y él cogió una y la observó al trasluz. «Nuestros clientes se merecen ver su vida así de fácilmente». Teo me echó una mirada de reojo en señal de «te lo dije». Cuando todos estuvimos reunidos, Fabián dio por supuesto que yo descorcharía la botella. Y lo hice siguiendo las indicaciones de Teo y de *El*

arte del tiro con arco sin agobiarme, sin pensarlo. La repartí en las copas. Brindamos por un verano fabuloso. Fabián nos dio las gracias por lo mucho que íbamos a trabajar, y el personal tras mojarse los labios se dispersó, no era una fiesta.

Montse y yo comenzamos a recoger las copas y cuando me marchaba hacia la cocina, Fabián me dio el alto. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón dejando al descubierto la camisa blanca, la corbata granate y un cinturón Lacoste.

—Teo me ha informado de que progresas muy bien. No tiene ninguna duda de que atenderás perfectamente a las princesas. Sé amable, pero prudente. Su vida no tiene nada que ver con la tuya.

Me sirvió un hilo de champán que quedaba en la botella y me dijo que se alegraba de que formara parte de esa gran familia aunque fuese de forma provisional. Evidentemente, no quería darme falsas esperanzas sobre mi continuidad una vez que regresara Karen. Respondí que me había alegrado aceptar. Y luego me preguntó si había hecho amigos. Le dije la verdad, que no, lo que pareció preocuparle. Quizá preocupación no era la palabra, ¿entristecerle? Tampoco. Contrariarle, más bien. ¿Por qué? ¿Es que había pensado en mí alguna vez? Con todo esto en la cabeza, no me di cuenta de que estaba mirándolo demasiado fijamente. Él retiró la vista hacia un grupo de golfistas maduros vestidos como tales. Ellas, muy tonificadas, derrochaban la energía de querer atrapar el tiempo que se va y ellos daban la sensación de haberlo atrapado y haberlo devorado ya.

—En fin —exclamó Fabián tras unos minutos de observación—. Tienen sus formas de divertirse.

Se me hacía difícil adivinar cómo se divertía él. Lo único que conocía de su vida, aparte de los dibujos de Karen, es que ocupaba una *suite* del hotel y que se ausentaba los lunes y regresaba el martes. Nadie comentaba adónde iba, solo que el martes entraba en el hotel a eso de la una del mediodía con un aire distinto, más melancólico, distraído, casi despreocupado por lo que denominaba una joya en el universo de los hoteles y una creación artística para los sentidos. Daba la impresión de que le costase salir de esa otra vida vivida tan intensamente.

Y a eso de las seis de la tarde, precedidas por un revuelo en el aparcamiento, allí estaban, cruzando el arco de entrada enigmáticas y casi invisibles, protegidas por una armadura impenetrable y al mismo tiempo ligera como

humo negro. «Son las esposas del rey», dijo Montse por lo bajo, y se apresuró a seguir a Fabián, que la obligó a detenerse. «Que venga Sonia, la nueva, ella sabe árabe». Me recompuse la camisa y di dos pasos hacia él, mi momento había llegado. Pero me disgustó ver cómo Montse se apartaba dolida hacia los vestuarios, era la única amiga que tenía y su simpatía hacia mí podría desaparecer con un chasquido de dedos. Para ella el Beach Club no estaba de paso, era su vida, y yo podría convertirme en una competidora incómoda. Así que cuando Fabián y yo salimos a recibirlas, me invadía una sensación más agria que dulce. Me gustaba ir andando junto a él, de alguna manera me sentía protegida, y al mismo tiempo tan sola como cuando descubrí que no podía fiarme de David.

En un primer vistazo las cuatro mujeres parecían iguales, pero por el orden en que las saludó Fabián, y en algo intangible y sin embargo evidente si te fijabas bien, dos eran las señoras y las otras las cuidadoras de los niños que las rodeaban. A los pocos minutos, los matices empezaron a surgir. Una debía de ser la esposa más mayor, o de más rango si eso existía. Se movía y hablaba con más autoridad. Ordenaba más que la otra, de figura más adolescente bajo una túnica llamada «abaya» y con la cara tapada por un velo llamado «nicab», que había visto en los documentales sobre Al Qaeda y en imágenes de aeropuertos. La joven volvía la cabeza a un lado y otro, incluso me miraba a mí, con voracidad juvenil.

Fabián y yo las acompañamos a unos sofás protegidos por parasoles de fibra de coco, pero ellas prefirieron las camas balinesas. Varios guardaespaldas, tras gafas de espejos encajadas a presión, se sentaron en otra parte. Solo uno las llevaba en la cabeza, medio sepultadas entre negros rizos. Fabián me aclaró que ese era el jefe de seguridad de su majestad, un tipo de cuidado, había que seguir sus instrucciones si daba alguna y nunca contrariarle. Luego me presentó a las princesas: «Sonia, su camarera personal». Las saludé en árabe con todo el vocabulario y respeto que pude reunir, lo que complació a Fabián. Y las presentó a ellas. Primero a la mayor: «Su alteza real Sultana y sus hijos». Y luego a la joven: «Su alteza real Amina». Pasó olímpicamente de presentarme a las criadas, y me dejó libre para que tomase nota del pedido tocándome ligeramente en el codo en señal de ánimo, de confianza y de que le había gustado cómo me desenvolvía.

El grupo de los hijos de Sultana estaba formado por tres niños pequeños y una mayor, de unos catorce años. Sultana indicó que me acercara con una

mano de uñas rojas, un detalle que hacía pensar que sus velos cubrían un cuerpo depilado, perfumado y mimado hasta la extenuación, un manjar para el rey. Pidió un sorbete de limón con menta. Agradecí que no le diese por el té, mucho más incómodo de transportar desde la cocina por la parafernalia que implicaban la tetera, taza, platillo, cucharilla y varios pequeños cacharros más sobre una bandeja de plata ya de por sí pesada. Sin querer, dibujé una sonrisa de aprobación y me giré hacia la esposa más joven, Amina. Le apetecía un helado. Su voz era más suave, susurrante, nada acostumbrada a gritar en discotecas ni en botellones, ni a fumar ni a beber. Tendría diecisiete o dieciocho años, unos diez menos que yo. Otro manjar para su majestad, esta vez sin uñas esmaltadas. Miraba a su alrededor con avidez, a las turistas en bikini de las otras tumbonas, las copas de champán y los *whiskies on the rocks* que empezaban a circular transportados con gran pericia por Teo y Montse.

En cambio, las criadas pidieron té. No me había librado. Una vigilaba que los niños pequeños no se tiraran al agua y la otra estaba pendiente de Amina, parecía su sombra, literalmente hablando. Como una bandeja no era suficiente, lo coloqué todo en un carrito rezando para que los sorbetes y los helados llegaran fríos y los tés calientes. No solo no quería pifiarla para no dejar en mal lugar a Karen, sino porque había oído decir que soltaban cien euros de propina por cualquier tontería como esta y miles en una comida. Parecía que no sabían cómo deshacerse del dinero.

El problema era que el carrito no podía rodar por el césped y tuve que recurrir a la dichosa bandeja, cuyo peso, unido a la rigidez de las medias de compresión, me hizo tambalear y que uno de los tés mojara un pico del velo de la esposa joven, Amina.

Le pedí mil disculpas en árabe, inglés y español ante su indiferencia hasta que llegó corriendo Teo con un paño blanco. Y mientras una de las criadas acompañaba a la joven al baño, él distribuyó las bebidas, trajo más té y me aconsejó que antes de que Sultana se terminase el sorbete le colocara otro discretamente en la mesita. Y cuando cruzaba el jardín camino del bar pensando que seguramente, por torpe, había perdido la oportunidad de continuar sirviendo a las princesas, me tropecé con Amina y la criada, que regresaban del baño, y me hice a un lado respetuosamente, compungida por haberle mojado el pico del velo, que caía ondulante sobre sus hombros. En cambio, para mi alivio, me saludó restándole importancia al incidente.

Los niños pidieron tartas y más helados y ellas fruta y más té. Cualquier cosa, por exquisita que fuese, salvo que pudiesen comer oro, parecía demasiado barato y del montón para ellos. Y al final de la tarde, cuando se

levantaron para marcharse, el jefe de seguridad, el de rizos y gafas en la cabeza, pagó la cuenta y soltó cien euros de propina en la mesa. Era abrumadoramente alto y fuerte, con un cuarenta y seis de pie por lo menos y el pecho se le abombaba bajo una chaqueta de corte italiano. Se subieron en dos Mercedes con las lunas tintadas.

—Tu bautismo de fuego —dijo Fabián detrás de mí—. Puedes compartir la propina con Teo.

El mar iba hinchándose de plomo, las luces de la piscina empezaron a encenderse poco a poco y las chicas en bikini se esfumaron para reaparecer vestidas de largo con las espaldas al aire. Las velas encendidas convertían los hombros y las clavículas en piezas de orfebrería. Los Audis, Mercedes y Ferraris se agolpaban en el aparcamiento y chicos y chicas árabes vestidos a la occidental llenaban las mesas de cabelleras sedosas y relojes de brillantes. Las botellas de champán Cristal Rosé y Dom Pérignon Rosé Vintage volaban y temíamos que se agotasen. Mi chapurreo árabe tenía cierto éxito y me llenaban los bolsillos de billetes que le entregué a Teo para que los dividiera. A las tres de la mañana no podía más. Casi me quedé dormida al sentarme para cambiarme de ropa. Pero tuve fuerzas para darle las gracias a Montse por las plantillas que me había recomendado y por las medias que me había regalado y le supliqué con la mirada que no me abandonara a mi suerte. Y casi estaba conseguido cuando a la salida de los vestuarios Fabián vino a nuestro encuentro y me felicitó delante de ella. «Sonia, has estado muy bien. Las princesas están contentas. Es un buen fichaje, ¿verdad, Montse?»

Estaba demasiado cansada para tratar de adivinar lo que este comentario pudo hacerle sentir.

En el coche se me cerraban los ojos frente a una oscuridad llena de guiños luminosos que trataban de decirme algo.

Caí de bruces en la cama.

5

Y al abrir los ojos ya era media mañana. Emplearía el tiempo hasta mi turno en el hotel a las cuatro para nadar en el mar y tomar el sol. En la plaza de los Naranjos compré unos sándwiches y una botella de agua de litro y medio Solán de Cabras. Las mesitas de las terrazas estaban llenas de chicos árabes que tomaban chocolate con churros. Algunos llevaban túnica blanca y pañuelo de cuadros rojos primorosamente sujeto a la cabeza. También había chicas rodeadas de bolsas de gama alta: cartón acharolado, letras en relieve y asas de cordón de seda procedentes de la Milla de Oro. En las que llevaban abaya y hiyab no reconocí a las princesas saudíes.

De camino a la playa, caí en la cuenta de que por la noche se me había olvidado tomarme el lorazepam y que no solo había dormido bien, sino que no me encontraba más angustiada de lo normal. Era la señal de que estaba sentándome bien esta vida prestada, con un horario prestado, compañeros prestados, un trabajo que no era mío, ni siquiera la playa y el mar los había elegido yo, incluso el uniforme y el bikini eran de Karen. Saqué del coche la bolsa con los sándwiches, el agua y una gramática de árabe que había traído de Madrid. Con lo que estaba practicando, si me decidía, podría pasar a quinto curso y sacarme el título. No quedaba ninguna sombra libre y no me importó, al abrasarme por fuera no me daría tiempo de abrasarme por dentro. A veces me sacudía alguna ráfaga de arena levantada por una toalla o por la brisa que corría sobre las olas sin tocarlas.

Debía cambiar el chip y no tomarme todo en la vida como un examen, sino como un juego. Ahora había que jugar a que sabía árabe de verdad, a que era camarera de verdad y a que era feliz. Sonó el móvil. Desde que llegué a Marbella había permanecido mudo y no lo echaba de menos. Era mi madre, que había logrado contenerse sin llamar hasta ahora.

—Perdona —empezó diciendo—, no quiero romper nuestro pacto de no incordiar.

Llamaría desde el hospital con su bata, sus guantes, con olor a desinfectante por todas partes, llamaba desde esa vida real que me abrumaba

tanto.

—Estoy bien, mamá, no te preocupes. Esto se me da muy bien, no creo que me echen.

Suspiró, el tono de mi voz la aliviaba y trabajaría el resto del día más relajada.

—Hoy ha llamado David. Dice que se le han ocurrido un par de negocios con los que podríamos remontar las pérdidas, ya sabes, el dinero del seguro de papá.

—Mándale a la mierda. Ya lo recuperaremos. Aquí me dan muy buenas propinas. Adiós.

Karen tenía un grupo de amigos con los que a veces salía a beber y animarme un poco. Y allí estaba él con sus polos de manga corta aunque fuese invierno, su voz grave sin titubeos, su mirada intensa, directa, que no admitía un no. Había terminado Empresariales y me llevaba cinco años. Entró en nuestras vidas, la mía y la de mi madre, como un vendaval que casi borraba la ausencia de mi padre y el sufrimiento de tantos años. Su fuerza era contagiosa, renovaba la vida. Cuando se sentaba en el saloncito de nuestro piso, se ponían en marcha unos motores invisibles que lo arrancaban de nuestro mediocre edificio, de nuestro mediocre barrio y de nuestro mediocre todo. Su sueño era fundar un pequeño negocio de gestión empresarial y quería que yo fuese su socia, con el tiempo también mi madre podría ayudarnos con los clientes y quizá abandonara el hospital. Lo tenía todo planeado. Mamá y yo lo hablamos y decidimos invertir en el proyecto el seguro que habíamos cobrado por el fallecimiento de mi padre. Pero pronto todo fue muy difícil, el negocio no arrancaba y, sobre todo, David no se empleaba a fondo, perdió el interés enseguida, decidió emprender otra cosa y después otra. Exhibía un entusiasmo penosamente infantil. No era un vendaval, era un huracán sin sentido y me di cuenta tarde. Y lo más increíble es que su fe en sí mismo continuaba intacta incluso cuando corté con él y le dije que por su culpa mi madre y yo nos encontrábamos peor que antes, casi en la ruina. Perdimos el dinero. El amor también estaba perdido.

Ya no pude concentrarme en la arena clavándoseme en los muslos. Maldito David. Mordisqueé un sándwich de mala gana y se me quitaron las ganas de repasar la gramática. Me metí en el agua hasta que se me arrugaron los dedos y luego me sequé y me marché al Beach Club, donde en los ratos muertos aprendería a preparar algún cóctel.

Cuando llegué, al Beach Club lo rodeaba la calma desolada de una oficina en agosto. Los huéspedes estaban echándose la siesta en sus habitaciones. Hacía demasiado calor incluso bajo las sombrillas. Parecía que el mundo se deshacía por segundos. Y no me sorprendió que las princesas no hicieran su teatral entrada por el arco a la hora de la merienda como la tarde anterior, lo que suponía una merma en las jugosas propinas con que Karen probablemente se habría comprado hacía tres años el apartamento y ahora se permitía el lujo de pegarse una buena temporada en su país. No obstante, tal como había anticipado Fabián, el trasiego de potentados del Golfo comenzó a hacerse intenso y el trabajo frenético a eso de las ocho, sobre todo porque todos esperaban, además de una atención personal e infinita, codearse con los saudíes. En la playa junto al hotel habían clavado enormes velones mexicanos de color granate.

Aunque las bombas de agua pulverizada habían empezado a funcionar a toda pastilla en el jardín, tuve que cambiarme la camisa de *Kate & Leopold*, admirada de que Montse sudara menos que yo. Seguramente se deja de sudar cuando se deja de pensar cada paso que se da, cada palabra que se dice y cada pensamiento que se tiene. No quería entretenerme en las taquillas; aun así, me apoyé en la puerta metálica para descansar los brazos y llegué a creer que me había traspuesto porque oía un runrún dentro de mi cabeza. No cambié de posición para que no se deshiciera como se deshacen los sueños al darte la vuelta en la cama. Ya estarían preparándome los *gin-tonics* y la cubitera del champán de la mesa diez. El runrún me resultaba familiar y pude distinguir la voz de Teo. Sonaba monótona, a letanía. Lo vi pasar en silencio, reconcentrado, abstraído, como salido de un trance, e instintivamente me oculté tras la puerta metálica de la taquilla. Un sexto sentido me avisaba de que no tendría que haber oído el runrún. Y cuando me lo encontré en la cocina, me hice de nuevas. Su cara de niño con pelusa en la barbilla sostenía una mirada fija y determinada. Me dijo que podría ser que por la noche apareciese el rey Fadel con sus esposas. «Aún no es seguro —dijo— porque nunca se sabe a ciencia cierta hasta que llegan y se sientan. Están sacándole lustre a un sillón destinado exclusivamente a él, que lleva tres años metido en un garaje cubierto con una lona. Lo colocarán bajo la carpa real. Tú servirás a las esposas como ayer. La continuidad es básica para que se encariñen con un sitio». ¿Sería por esto por lo que estaban adornando la playa?

Fabián apareció más tarde de lo habitual y contempló satisfecho el sillón, grande, de respaldo alto, mullido, blanco, bajo una carpa rodeado de camas balinesas. Me dedicó una sonrisa de ánimo. Al rato hubo un movimiento en el

aparcamiento de una calidad distinta al resto de los movimientos. Los neumáticos rodaban y las portezuelas se abrían y se cerraban con un estrépito regio, sin algarabía ni risas tontas. Fabián se precipitó al arco de la entrada extendiendo los brazos hacia una capa aún lejana que no podía ser más que del rey. Lo rodeaban hombres con trajes oscuros y miradas blindadas tras las gafas, y reconocí a las mujeres que lo seguían, con bordes plateados y amarillos en los nicabs.

Por la dificultosa forma de andar del monarca, los guardaespaldas lo rodeaban, más que para protegerlo, para ayudarlo a no derrumbarse como un montón de escombros bajo la capa. Sin embargo, no consentía que le echaran una mano ni apoyarse en nadie, y en ese instante en el rostro de Fabián asomó la preocupación de haber situado el sillón real quizá un poco lejos con la inestabilidad añadida de la ondulación del césped. Debió de sentir que en este corto paseo estaba jugándose la economía de dos años.

Y de pronto, la noche se echó encima como una manta pesada y oscura hasta que las luces se encendieron por el jardín como si las princesas fuesen perdiendo diamantes por aquí y por allá. Menos mal que cuando al fin terminó la tortura y el rey se desplomó en los mullidos cojines y se abrió la capa, de un suave dorado por dentro, le pidió a Fabián que se sentara a su lado y le dio una palmadita en la rodilla. Por lo pronto, problema resuelto hasta la temida retirada. Fabián le hizo una señal a Teo, y Teo a mí. Montse se me acercó.

«Haz una reverencia», me aconsejó. Y agradecí que siguiese ayudándome y, sobre todo, tener algo que hacer al llegar al grupo. Ahora los velones de la playa alumbraban el agua como si esperásemos a los descubridores de un nuevo mundo. El cuerpo del rey se expandía en el sillón y sobresalía por los lados, los pies descansaban en un puf. La esposa mayor, Sultana, le dijo algo al oído y él asintió. Fabián comprendió.

—Champán para todos los clientes —le ordenó a Teo—. Invita el rey Fadel.

A su majestad, en cambio, el jefe de seguridad le tendió una botella de agua especial y unos dátiles procedentes de La Meca. Y a partir de las diez de la noche toda la clientela, las palmeras, las flores, las joyas y las copas eran atravesadas por un fulgor muy favorecedor, que nos excluía a los empleados. También Fabián recibía esa luz especial. Llevaba puesto su eterno traje serio con corbata, aunque esta vez nuevo, con una caída perfecta sobre sus zapatos de hebilla.

Los camareros iban y venían hacia gente atractiva y alegre, que se pasaba el día bronceándose para luego lucirse a la luz de las velas que yo colocaba con tanto esmero. Volvían la cabeza hacia esta parte del jardín según iban llegándoles botellas de Cristal Rosé y Dom Pérignon, y en un momento dado aplaudieron, lo que Fadel agradeció con un ligero movimiento de la mano, casi modesto. A través de sus párpados, bastante gruesos por cierto, era difícil saber si miraba o no, si dormitaba o si no le interesaba lo que veía.

Las princesas pidieron zumos naturales y las criadas tarta. La esposa joven me solicitó que la acompañara al baño. Se movía con soltura y mucha gracia, delegando toda la belleza que no veíamos en los andares. Se le notaba complacida de tener que atravesar toda el área de la piscina, de sentir las miradas de los presentes, su admiración, su intriga, sus deseos de arrancarle el velo de la cara.

—Me llamo Amina —dijo en la puerta del baño por si no recordaba su nombre, un gesto humilde y engrandecedor.

—Sonia —dije con la seguridad de que el mío no lo recordaría.

Mientras ella estaba dentro, hice el pedido de los zumos y las tartas y regresé al baño a recogerla. La sorprendí sin velo, mirándose en el espejo. Llevaba brillo rojo en los labios como si acabara de pasarse la lengua por ellos y un espectacular maquillaje en los ojos; por lo demás, nuestro parecido me dejó con la boca abierta. Morenas, con el pelo largo y rizado, ella más que yo, ambas con la boca carnosa. Su cara más ancha e infantil que la mía a la espera de que se le definieran los pómulos. Parecía que iba a tragarme con la mirada. Los brillantes de su pulsera danzaban en la abaya. Y sobre los pies, las pequeñas piedras de las sandalias que no me atrevía a pensar que también fuesen brillantes. ¿Sería esto el verdadero lujo al que se refería Fabián?

La fuente de oro macizo en el jardín central del palacio de Marbella, los grifos de oro de los baños probablemente eran leyendas como el rey Midas o el Vello de oro. Se dice que desde los tiempos más remotos el atractivo del oro se debe a su parecido con el sol, también a su escasez. Es portador de fortuna y buen conductor de metales, ideal para las fundas dentales. La máscara de Tutankamón es de oro y también el Poporo Quimbaya, un recipiente para consumir la hoja de coca. Los saris de la India están tejidos con el veinte por ciento del oro mundial. Lo hay amarillo, blanco, rosado y rojo. Los magnates lo guardan en sus cajas fuertes en lingotes, que resultan tan apetitosos por su forma alargada y redondeada que dan ganas de pegarles un bocado. Cuando nací, mis abuelos me regalaron una pulserita de oro que se hundía en un pliegue regordete de la muñeca hasta que tuvieron que

serrármela con una lima. Al acabar primaria, mi madre me premió con unos pendientes de oro en forma de bolas a juego con un anillo que, al crecerme los dedos, a duras penas pude sacarme con jabón. Y cuando cumplí los dieciocho, de nuevo mamá estuvo ahorrando para sellar esa fecha con una fina cadena de oro que llevaría siempre en el cuello. Y creí que con estas joyas ya había tenido contacto con suficiente oro, hasta este momento en que lo veía subir y bajar en el champán como purpurina.

Al cruzarnos Amina y yo con Teo, nos detuvo un momento para informarme de que ya estaba preparada mi bandeja, pero que antes acompañara a la princesa a la carpa. Ella lo observaba como si fuese el primer chico que veía en su vida. Lo miraba de tal forma que empezó a parecerme guapo. Al pasar junto a ella, Teo casi la rozó y pidió disculpas. Ella sonrió con lo único que podía sonreír, con los ojos. Dijo en inglés: «No importa». Teo no pudo disimular la alegría. La delicada voz de Amina venía de otro mundo.

Amina regresó a su sitio respirando más fuerte, aplastando el velo contra la boca y con paso más ligero, con ganas de echar a correr y zambullirse en el mar. Y yo, por su bien, esperaba que el jefe de seguridad, que la seguía con la vista, no se percatara de su repentina felicidad. Y no había que ser una estudiosa de sus costumbres para darme cuenta de que, además de jefe de seguridad, aquel tipo era el vigilante de los deseos de esa pobre chica.

—Amina, ven aquí —dijo el rey cuando accedimos a la carpa.

Ella se acurrucó a sus pies y Teo llegó con las bebidas. Colocó la bandeja sin mirar a Amina y yo serví los zumos y las tartas, pero su presencia momentánea y su rápida marcha entristecieron a Amina. El rey le acercó una mano hinchada a la boca y ella se la besó.

La otra esposa, Sultana, me llamó a su lado para pedir más bebida, caviar y fruta. Utilicé todo el vocabulario árabe que sabía para preguntarle qué clase de fruta prefería, un gesto por mi parte que ni le gustó ni le disgustó. Esperé a pie firme su respuesta sin cruzarme de brazos, como recomendaba el protocolo del buen anfitrión, y con una mueca amable, pero no demasiado, como también aconsejaba el protocolo. Ella parecía que tenía otras cosas en la cabeza, quizá estaba celosa de Amina. Sería bastante raro eso de compartir marido, por muy habitual que fuese en su cultura. Por una parte, supondría un alivio alternar con otra los tocamientos y caricias de hombre tan machacado. Por otra, esas caricias supondrían un aumento de poder. También esta esposa exhibía buenas joyas, bastantes esmeraldas en las muñecas y los dedos. De las

manos, al moverlas, surgía un aroma como si sus huesos estuvieran rellenos de perfume.

Alguien recorrió el techo y todas las estrellas se agolparon sobre el grupo real. Y Amina por fin pudo zafarse de la mano del rey y levantarse. Alzó la vista a las estrellas con un largo suspiro que nos obligó a volvernos hacia ella. Yo, ante el prolongado silencio de Sultana, me retiré.

Esa noche aprendí que el caviar no debe servirse en un cuenco de plata, tal como había visto en alguna película, porque el metal modifica su sabor, sino en uno de cristal sobre escarcha de hielo para mantenerlo a cuatro grados, y hay que tomarlo con una cucharilla también de cristal o cerámica, incluso el plástico es preferible al metal, en que quepan solo tres gramos, la cantidad precisa para saborearlo. Pero también supe más cosas.

A veces Montse y yo hacíamos un breve descanso en el aparcamiento para fumar y charlar un poco. Montse llevaba quince años trabajando en el hotel y ya había visto a la familia real otras veces. No conocía a Amina, pero sí a Sultana. Me advirtió que me anduviese con ojo porque se sospechaba que había envenenado a la amante del rey, una estadounidense rubia por la que el monarca había perdido la cabeza y a la que había retirado a vivir aislada en un pequeño palacio de Riad, hasta que Sultana vio peligrar su influencia sobre él y se la quitó de en medio. ¿Cómo? Pues camuflando en las múltiples especias que usaban un matarratas o alguna planta tóxica molida. Por lo visto, Sultana nunca superó sus orígenes como bailarina de un club de El Cairo, donde la conoció Fadel. No soportaba que nadie se lo recordara e impuso en su entorno la rigidez del nicab para que no se le pudiese echar en cara la más mínima falta de ortodoxia. La segunda esposa, Amina, era demasiado joven para rebelarse, y más le valía. Cuanto menos se opusiera a ella, mucho mejor. Su padre ocupaba un puesto importante y había aprovechado la melancolía del rey por la muerte de su amante para hacerla princesa y afianzar la posición de su familia. Le di las gracias a Montse por la información mientras aplastábamos nuestros cigarrillos en la grava. «No te fíes de ninguno —dijo—. No los entendemos».

La retirada de la corte real, a eso de la una de la madrugada, fue agónica para el monarca. Le costó levantarse y andar hacia el coche. Los guardaespaldas lo rodeaban tratando de contagiarle su fuerza y su musculatura. Se cogió del brazo de Fabián, que lo sostuvo como pudo hasta que abrieron la puerta del Rolls y lograron colocarlo a él, la túnica, la capa y el tocado de la cabeza. Detrás salieron los Mercedes de las princesas. Cada una en el suyo con su correspondiente criada.

Fabián cerró los ojos un instante y las estrellas se apagaron.

—Esto es demasiado para él. No creo que vuelva —dijo.

Para entablar conversación, le dije que me encontraba muy a gusto sirviendo a las princesas y que el rey no parecía tan terrible como lo pintaban. Tenía la esperanza de que llenara dos copas de ese champán que había rodado por las mesas toda la noche y que nos las tomáramos mientras los velones de la playa iban agonizando, en la semioscuridad, oyendo el rumor del mar. Él sacó un cigarrillo, se lo encendió y esperaba que me ofreciera uno, pero dijo que debía marcharse, y se marchó.

En el apartamento abrí la última botella de vino comprada para practicar. No olía como un Romanée-Conti Grand Cru ni como un Vitral de Otazu, pero servía para caer redonda en la cama. Luego me tomé un lorazepam.

6

A Marbella su enclave la dotaba de cierto aire de exclusividad. Ni muy lejos ni muy cerca del trasiego de Málaga, sin tren ni aeropuerto. Se asienta en la sierra Blanca, que escalona las casitas y las mansiones con hermosas vistas a los campos de golf y los superyates en alta mar, y todo resplandece.

El sol parecía sonreír con boca y ojos descomunadamente abiertos, comunicativo, esperanzado, jovial. A las ocho de la mañana aún refrescaba un poco, pero a las once lo que apetecía era estar dentro del mar o tumbada en la orilla lo más cerca posible de la brisa y desperezándome solo cuando alguien tropezaba con mis pies o cuando me levantaba para acercarme al chiringuito a comerme unas sardinas asadas. A los veinte días de mi llegada ya me había acostumbrado a esta rutina. Tomar un café con una gota de leche, acercarme por la plaza de los Naranjos a desayunar como dios manda, luego la playa. Si no había desayunado, me tomaba las sardinas.

Llegaba al Beach Club a las 15:35, con tiempo para cambiarme de ropa y picotear algo si solo había desayunado. Y desde hacía diez días, a las cinco o las seis aparecían las saudíes. Corría a recibirlas junto con Fabián, sobre todo si hacía acto de presencia la primera esposa. «Sultana no perdona una», decía él. Era la segunda vez que oía un comentario negativo sobre ella. Sin embargo, desde que sabía que había sido bailarina en un club de El Cairo, detrás de los velos negros no podía dejar de ver los siete velos de colores de la danza del vientre revoloteando hasta caer uno a uno a sus pies, el sujetador de lentejuelas, el pelo largo resbalándole en oleadas por la espalda, ni de oír el tintineo de las pequeñas monedas sujetas a la cadera, desarticulándose como si los huesos estuvieran medio sueltos. Entre el humo de los cigarros y la música, el rey la contemplaría como en un sueño, y me preguntaba si Sultana no echaría de menos ser el centro de todos los deseos.

Andaba estirando el cuerpo y levantando la cabeza con indisimulada altivez. Su voz transmitía gravedad sexual. Imponía. A veces la gente cae mal por detalles como estos, que llevan a pensar monstruosidades como que Sultana envenenó a la amante de su marido. Quizá la amante se suicidó, quizá

se intoxicó de forma inocente, quizá el rey se hartó de ella y se la quitó de en medio y se justificó aparentando depresión y pena por su pérdida. Quizá no estaba triste por la amante, sino que el rey era depresivo y triste debido a la mala circulación de la sangre, el azúcar y el colesterol altos, y por una fatiga crónica que le caía sobre los párpados, una losa que levantaba con gran esfuerzo hasta lograr esa mirada turbia que tiraba para atrás.

Se notaba que Fabián se sentía más cómodo con Amina. Le parecía menos rígida y más comprensiva, y a veces ni siquiera le parecía imprescindible salir a recibirla. Nos acercábamos Teo y yo, como ahora, lo que a ella le resultaba suficiente.

La criada de Amina, la que parecía su sombra con treinta años más, también se mostraba más relajada. Se llamaba Fátima. Una sombra quieta, que solo intervenía para pedir las consumiciones o para acompañar a Amina a los servicios cuando no la acompañaba yo. Sería su mano derecha, la ayudaría a bañarse, a vestirse, a peinarse, como en las películas de reinas antiguas, aunque probablemente Amina tendría peluquera, maquilladora, manicura, masajista, estilista, modista y todo lo que se me pudiera pasar por la cabeza. Las seguía el jefe de seguridad varios pasos por detrás de ellas.

«Sin estrés y con propina, una situación ideal», pensé mientras las conducía a la carpa real. La piscina lo cubría todo de un falso oleaje, como si nos moviésemos por el fondo.

Teo empezó a colocar unos posavasos, de un lote especial lacado en Japón expresamente para el restaurante, en las mesitas de la carpa real, algo completamente innecesario porque las tapas eran de cristal y se limpiaban muy bien. Así que la pregunta era por qué se molestaba en eso cuando había manos levantadas llamándonos la atención, un detalle que el protocolo del anfitrión señalaba como veneno para un establecimiento VIP puesto que el camarero debe evitarlo estando cien por cien atento a las mesas. Y la respuesta era Amina. Solo tenía ojos para sus manos, para cada movimiento de la cabeza, cada pliegue de sus telas. Colocaba los posavasos tan distraído que uno se cayó al suelo y se precipitó a recogerlo sin poder evitar rozarle el pie con la mano. El jefe de seguridad decidió acercarse a ver qué ocurría mientras Teo se levantaba ya con el posavasos en la mano. Todo sucedió en cuestión de segundos. Un ballet grabado en mi mente, que habría olvidado enseguida de no ser por la suspicacia de aquel hombre. Una atención sumamente entrenada en la sospecha, policial, sagaz, detectora de grandes sutilezas en los roces, las miradas, los susurros, los gestos.

Al jefe de seguridad uno se lo imaginaba jugando al rugby, a la lucha libre, guerreando montado en un enorme camello, pero no achicando los ojos en busca del roce de unos dedos, no escudriñando las intenciones de una chica de diecisiete años. Sobre el cuello blanco de la camisa descansaban unos rizos perpetuamente húmedos, como si siempre acabara de ducharse. Hizo descender las gafas de la cabeza a la cara y se nos quedó mirando a todos con gesto de «no me la pegáis», pero como Amina no le prestó atención, fingí no prestársela yo tampoco. Fátima también le ignoró mirando para otra parte. Él esperó de pie, ancho y alto, unos segundos y regresó a su sitio. En ese momento fui consciente de que a nuestro alrededor danzaban mil intenciones y matices de los que no me enteraba.

Amina, reclinándose en la cama balinesa y metiendo los pies bajo la abaya, me dictó un sinfín de caprichos que no podría tomarse en una sola tarde, luego llamó a la criada: «Fátima. Nos marchamos».

—¿Y el pedido? —pregunté medio asustada por si había ocurrido algo que se me hubiese escapado.

No era seguro que el rey pudiera volver por aquí debido a su estado de salud. Sultana venía tarde sí y tarde no, y Amina hoy se marchaba sin consumir nada. Las princesas saudíes eran un reclamo para las cataríes, kuwaitíes, emiratíes, yemeníes. Atravesaban el arco de entrada esperando verlas. También los huéspedes europeos y americanos, los empresarios y negociantes de crudo. A todos les atraían.

—¿La he molestado en algo? —dije intentando retener a Amina.

Se acercó a mí y me tocó el brazo.

—Es hora de marcharnos. Nada más —dijo, y le hizo una señal con la cabeza al jefe de seguridad, que pagó todo el pedido sin consumir y me dejó una propina de cien euros que sumaría a las propinas de la noche.

El regresar al apartamento con un sobresueldo tan sabroso hacía que me metiese en la cama bastante contenta con la vida, pero esa noche no estaba tan cansada y al día siguiente no tenía que madrugar. Si lo pensaba bien, siempre hacía lo mismo desde que me levantaba hasta que entraba en el Beach Club y de madrugada me metía en la cama, ya era hora de cambiar de rutina, me apetecía ir a una discoteca. Entrar, tomarme una copa viendo a la gente bailar, tenía dinero para pagarla. En el fondo era increíble que no lo hubiese hecho hasta ahora, de lo ensimismada que estaba por encajar en el Beach Club. Todo el mundo en Marbella salía por la noche, era el momento mágico en que se le sacaba partido a la juventud del verano. El estuche de maquillaje que Karen había dejado en la taquilla me sirvió para arreglarme e hice lo que pude con el pelo, el sol que tomaba todas las mañanas en la playa me daba un toque de turista a la caza de diversión.

Aparqué en Puerto Banús y me acerqué a un local con dos robustos porteros que me analizaron de arriba abajo. «Me esperan dentro», dije. Se apartaron para dejarme pasar y me alargaron un *ticket* para una consumición gratis. El pelo asalvajado y los labios pintados no fallaban. La gente bailaba apelotonada. Todo el mundo parecía guapo, solo destacaban camisas y vestidos blancos sobre cuerpos anhelantes buscándose al son de Beyoncé. Me situé en la barra y me pedí un *gin-tonic* muy historiado. Pensé que me compraría un vestido largo de gasa que había visto en un puesto del paseo marítimo y que era muy parecido a los que llevaban las de los Emiratos. También compraría un buen regalo para Karen antes de volver a Madrid; todo lo demás, que nunca sería suficiente, iría a sufragar el dinero perdido por culpa de David. Tal vez si Fabián estuviera contento conmigo y regresara al hotel la corte saudí al completo casi cada noche, me contrataría el verano próximo. Alguien me cogió por la cintura y me obligó a bailar. Su figura oscura desaparecía dentro de una camisa blanca radiante, no podía saber exactamente cómo era, solo que tenía unos brazos bastante fuertes, que me atenazaban, pero qué más daba. Me venía bien un poco de atenazamiento.

Cuando Laura Pausini empezó a cantar *Amores extraños*, se me echó encima y me metió la lengua en la boca, sabía a lo mismo que mi *gin-tonic*. «¿Por qué no te vienes conmigo? Este sitio es un coñazo». Me deshice de él sin ningún esfuerzo, por lo que su propuesta no parecía en serio, y volví a mi copa grande y abombada. El camarero me la rellenó. Bailé un poco más sola, todo lo desinhibida que pude, y decidí que me había divertido y era hora de regresar a casa. Una pareja salió a tientas delante de mí. Discutían.

El calor de fuera me mareó un poco. Se veían las guirnaldas de luces de los barcos atracados en el puerto con fiestas privadas. Debía recordar dónde había dejado el coche y, mientras hacía memoria, lo vi. Vi a Fabián agitando los brazos y hablándole a una mujer con el pelo corto casi dorado y alta como él. Me pareció la pareja que me precedió al salir de la discoteca. Seguían discutiendo. Él llevaba un traje distinto a los que usaba en el Beach Club, como de lino color crudo y sin corbata. El aspecto de ella era muy juvenil, por lo que desde donde yo estaba su edad era una incógnita. Se abrazaron y ella le cogió la cara con las manos como si fuera de su absoluta propiedad. Me sentí mal, quizá por el alcohol, quizá porque no me esperaba eso de Fabián: Fabián saliendo de una discoteca con una señora que parecía una chica, que parecía haber sido modelo, un poco estilo Jean Seberg. Tal vez pasaba con ella la noche de los lunes que faltaba del hotel, y cuyo maravilloso recuerdo protegía los martes tras sus gafas de aviador. ¿Sabría esto Karen? ¿Cómo no se me había ocurrido que un hombre con su mundo no tuviese alguien por ahí?

Me encendí un cigarrillo y uno de los porteros de la discoteca me dio fuego y una entrada con consumición gratis. De un momento a otro amanecería y no quería regresar al apartamento con la imagen de Fabián y la chica en la cabeza. Me metí dentro y busqué al de los brazos fuertes a la desesperada, entre camisas resplandecientes y rostros amarronados, misión imposible. Me tomé el siguiente *gin-tonic* pensando que había perdido la oportunidad de ligar, de acostarme con alguien que seguramente había estado bañándose y bronceándose todo el día para ese momento. Las oportunidades no duran nada, son fantasmales, se pierden en cuanto se piensa en ellas. David no pensaba, actuaba aunque arrasara con la vida de los demás. En la calle me di cuenta de que se me caían las lágrimas. Me había emborrachado y el calor no ayudaba. Logré llegar al coche y el coche logró llegar al apartamento. Logré subir las escaleras y logré caer en la cama de bruces.

Al día siguiente solo me dio tiempo de tomarme un café y recogerme el pelo. Nada más llegar al hotel tuve que ponerme el uniforme sin ducharme siquiera. Y, de haber podido, no me habría quitado las gafas de sol. Me pinté los ojos rápidamente. Lo encontré en el jardín, sentado de cara al sol, recluido en el mundo verdoso de las gafas. Y ahora me fijé más en él, o lo vi de otra manera o se me reveló como uno de esos edificios que han estado cubiertos por una malla y de pronto se desnudan en todo su esplendor. El traje oscuro del trabajo, los tendones en relieve de las manos entrelazadas, la frente ancha y enrojecida, que no llegaba a quemarse del todo, sus labios finos besados por la rubia de pelo corto de la noche anterior. Teo le llevó una Coca-Cola con una rodaja de limón en uno de los vasos reservados para Fadel y sus esposas. Era la primera vez que lo veía bebiendo y nunca comiendo. Puede que se reservase para ponerse hasta arriba los lunes en ese lugar al que iba sin fallar uno. A las nueve de la noche, cuando los ociosos árabes llegaran con las manos llenas de tesoros, no tendría más remedio que salir del trance y perder su misterio.

Le retiré el vaso ya recalentado y no me permití hablarle. No quería que me considerase alguien que interrumpe su paz, que le incordia, que le molesta, una metepatas. Me ilusionaba que me viese con buenos ojos, y no solo para que me contratara el próximo verano.

—¿Todo bien? —me preguntó sin mirarme, distraído.

Me pareció que no se había afeitado, lo que en una persona tan pulcra como él suponía una señal de alarma, a no ser que estuviese dejándose una de esas barbas de dos días.

Teo impidió que le contestase.

—Está esperándote Fátima, la criada de la princesa Amina —dijo.

La descubrí bajo la carpa real, sentada en el borde de una cama balinesa, un poco encorvada y con la mano en el mentón como nos ponemos para cavilar. Un poco más allá, el jefe de seguridad vigilaba como si no supiera hacer otra cosa. Observó con gran detenimiento cómo iba acercándome a Fátima. La carpa resultaba más despoblada con ella sola que sin nadie. Al verme, se levantó cansinamente. Nos saludamos en árabe. Luego seguimos en un inglés chapucero. Incapaz de imaginar qué podía querer de mí, de lo que ella era consciente, fue al grano:

—Amina me manda que te haga una petición muy importante —dijo invitándome a sentarme.

Unas mujeres altas, fuertes y rubias naturales color heno se sentaron junto a la piscina. Se quitaron los vestidos, pero se dejaron las joyas, igual que

esculturas a las que han ido colgando adornos.

—La princesa querría que les dieseis clases de español a ella y a los niños de la princesa Sultana.

La sorpresa me dejó sin habla, lo que ella interpretó como duda.

—Se te pagará lo que pidas.

¿Se trataba de una de esas oportunidades que se escapan porque se analizan demasiado? ¿Qué otra cosa tenía que hacer?

Miré al cielo, estaba de un azul precioso. Iba a forrarme, quizá pudiera recuperar buena parte del dinero del seguro de mi padre. Y además tendría la oportunidad de conocer el palacio real saudí por dentro y comprobar si era verdad que en la plaza principal había una fuente de oro macizo.

—Tendría que ser por la mañana. Por las tardes trabajo aquí. Y debo consultarlo con el hotel.

—De acuerdo —dijo acomodándose en los cojines.

Fátima, además de un trabajo extra, me proporcionaba el pretexto perfecto para acercarme a Fabián con algo que no fuese una queja o una exigencia del hotel. Se cobijaba apoyado en un tronco del grupo de palmeras. Me siguió con la mirada según iba saliendo de un pensamiento profundo. Bajo una capa de crema hidratante con color se apreciaba una capa más profunda de palidez.

—¿Algún problema?

Le tranquilicé con un no lo más rotundo posible. Yo no creaba problemas. Era lo primero que me recomendó mi madre: no parecer problemática en los trabajos. Así era como ella había conservado los suyos y me había sacado adelante. Permaneció a la espera. No estaba serio, estaba ausente, tratando de reincorporarse a la realidad, y yo le estaba echando una mano en ese sentido.

—Solo quería informarle de que me han propuesto ser profesora de español de la princesa Amina y de los niños de la otra esposa.

—Sultana —dijo.

—Eso es. Tendría que acudir todas las mañanas al palacio.

—Te pagarán bien —dijo en el mismo tono triste, nostálgico, melancólico, pensativo y un largo etcétera de tonos brumosos.

—Eso creo. Puede estar seguro de que no interferirá en mi trabajo aquí.

¿Fue algo que dije o fueron sus pensamientos? El caso es que de pronto separó la espalda de la palmera y me miró de verdad, reconociéndome, y se convirtió en el gerente de siempre.

—No deberás hablar de lo que veas allí dentro. Sobre todo, discreción. Ten en cuenta que cualquier metedura de pata o perjuicio que ocasiones

repercutirá en la reputación del Beach Club. A ti te contratan por pertenecer al personal del hotel, por ser de confianza.

Cabeceé afirmativamente. Yo para él era una simple camarera y tomé conciencia de mí misma. Salí de mi cuerpo y me vi: falda negra, camisa blanca, cincuenta y cuatro kilos y uno sesenta y cinco de estatura, piernas delgadas y al mismo tiempo abotargadas por el calor. Pelo negro largo rizado, ahora apilado en lo alto de la cabeza con un pasador. Ojos también negros, nariz recta, labios carnosos. Les gustaba a los muy rubios o muy morenos, no había término medio. Fabián en algún momento debió de ser moreno moreno, pero ahora tenía ese tono castaño artificial.

—Descuide. Daré mis clases y punto.

Yo lo trataba de usted y él me tuteaba, aunque el tono no era de tuteo, sino más bien paternal. Yo era muy joven aunque no me diese cuenta, pero él sí se daba y me lo hacía saber así. También trataba de tú a Teo. Y a los empleados mayores, de usted. A nadie le molestaban estas distinciones, fueran acertadas o no.

Fátima esperaba mi respuesta sentada en la cama balinesa. Ahora apoyaba un codo en la tapicería blanca y la mano en la cabeza. Quizá su trabajo era muy cansado, puede que no dispusiese de días libres o que se pasara la vida holgazaneando junto a su señora, acompañándola y dorándole la píldora. Bajo la abaya se le notaba el vientre abultado, de haber tenido hijos y no haberse cuidado. Y estaba acostumbrada a largas esperas, no se impacientaba por tener que estar paseando la vista horas y horas alrededor, lo que por otra parte podría ser muy agradable cuando se está tan entrenada en no perderse un detalle. Parecido a leer o ver la televisión. Incluso a veces al llevarle la consumición o al reclamarla Amina, despegaba la vista del frente lentamente como si la interrumpiésemos en mitad de una película.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté.

—Mañana mismo a las diez. Hoy sus altezas reales no podrán venir.

Sentí la desazón de Fabián en el estómago. Si las saudíes no venían, el resto empezaría a desinflarse. Desde que se fundó el Beach Club se habían construido multitud de hoteles mejores y clubes a lo largo de la Costa del Sol. Eran modernos y sofisticados, con carnicerías halal propias, con domótica, *suites* volcadas sobre el mar y mucho diseño actual de paredes de cristal que se aclaran y ensombrecen según la fuerza del sol, y en este sentido el Beach Club llevaba años sufriendo una demoledora competencia porque, si bien era cierto que había árabes para todos, también lo era que los clientes resultaban cada vez más jóvenes y no estaban dominados por la nostalgia de los años

dorados de la Costa. Así que había que dar gracias por las visitas de la familia real saudí con la que todo el mundo deseaba relacionarse. De alguna manera, era nuestra, y gracias a su fidelidad Fabián y sus jefes alemanes podían mirar por encima del hombro al resto. Y el entrar yo en la vida secreta de las princesas podría suponer una buena forma de echarle una mano a Fabián.

8

Ya eran las diez de la mañana, la hora concertada, y no estaba siendo fácil encontrar el palacio del rey Fadel. Las indicaciones que me habían dado en el pueblo eran muy vagas: subiendo por la carretera a la derecha, en una loma, una fachada de mármol blanco del tipo de la Casa Blanca en Washington. En realidad, no existían una calle y un número, nada concreto. O se sabía llegar o no se sabía. Y para más complicación, cada príncipe y jeque —y eran muchos— poseía su propio palacio de fachada blanca, todos desperdigados por los montes y acantilados de Marbella, escondidos en bosques de pinos y palmeras. Así que dar con el palacio real, el único que ostentaba esta categoría regia, se convertía en una aventura que no me dejó pegar ojo la noche anterior.

Por la ventanilla abierta entraba el olor a resina de los pinos y a yodo del mar. El sol iba pasando su lengua pastosa por todo lo que encontraba en el camino. Me puse las gafas de carey y respiré con fuerza para no desmoronarme. Quizá perdiese el mejor trabajo de mi vida. Ya me ocurrió otra vez cuando acudí a la entrevista de un colegio con un día de retraso. Estaba tan nerviosa por la posibilidad de ser profesora y ganar dinero que apunté mal la fecha y nadie me creyó. Y ahora me encontraba perdida en medio de jaras, naranjos, olivos, adelfas y esas mansiones invisibles al ojo humano. Hasta que vi a un hombre en una motocicleta y le di el alto. Me sonó extraño preguntar por un palacio en pleno campo, más en sintonía con castillos en ruinas, pero el hombre, con pantalones de faena y un capazo de naranjas atado al sillín, lo vio natural y más o menos me indicó el camino advirtiéndome que ya habían contratado a todo el personal y que iba a pegarme un viaje en balde. Como consuelo, me ofreció una naranja. La dejé en el salpicadero, desde donde desprendía un aroma penetrante.

Pasé, como el hombre me señaló, por un camino asfaltado y varias rejas con guardias de seguridad. Y cuando por fin llegué, aún no había llegado del todo, porque no se trataba de un solo edificio, sino de un complejo inmenso que albergaba palacetes, piscinas, un hospital, una mezquita, ruido de

helicópteros, por lo que habría uno o varios helipuertos, y una vez que me permitieron cruzar la última verja, debía guiarme por la intuición para aparcar el coche. Ya eran las diez y media.

La fachada de mármol blanco tendría que estar en alguna parte, pero desde allí no tenía perspectiva, seguramente entré por la parte equivocada. Llegaba tarde y mal, sudorosa, nerviosa, con el peso de los otros trabajos fallidos, como el del colegio o como aquel de intérprete de una delegación de la OPEP para Televisión Española. Era verano y en televisión estaban escasos de personal. Mi madre le ponía inyecciones gratis a un productor de la cadena que vio la oportunidad de que yo metiera un poco la cabeza. Una oportunidad tan increíble que, con la cámara a punto y el micrófono en la mano, se me olvidaron las preguntas que debía hacerle a un tipo corpulento con túnica y pañuelo en la cabeza. Fue horrible, lo más terrible que le pueda pasar a alguien en quien se ha confiado exageradamente y que además ha avisado de su debut en televisión a toda su familia y esta a sus amigos y vecinos. Saldría en el telediario de las tres y en el de las nueve. Me compré en Mango una chaqueta negra y una camisa de seda beis para darle empaque y seriedad a mi imagen, y me pasó eso. Era en directo, y en cuanto se encendió la cámara me quedé en blanco, ¿qué hacía allí, de qué tenía que hablar? El jefe de la delegación se me quedó mirando perplejo. Gran parte del país también estaría mirándome, observándome, examinándome, juzgándome, diciéndose unos a otros que era idiota y que no merecía el trabajo. Eran unas preguntas tan simples que ni siquiera las traduje antes. Fue de agradecer que el técnico fingiera un fallo de sonido. Quizá confié demasiado en mí misma. El productor, mis padres y mis fugaces compañeros de trabajo me animaron diciendo que no hay mal que por bien no venga y que así había aprendido una lección para el futuro: no bajar nunca la guardia, ser consciente de las propias limitaciones, lo que no me sirvió de nada porque no volvieron a llamarme, así que esa lección, una especie de bautismo para los listillos, como casi todas las lecciones desde que tenía cinco años hasta ahora, solo había engendrado dolor e inseguridad. Después de aquello me mortificaba encontrarme al productor en el ascensor y que me preguntara qué tal me iba, por lo que prefería subir y bajar los ocho pisos a pie.

Por fortuna, del contratiempo de hoy no se enteraría nadie y eso me relajó un poco para entrar por una puerta donde, en un mostrador con ribetes dorados, un guardia de ojos con varias capas de turbiedad me tomó los datos (Sonia Torres, 27 años, española, con residencia en Madrid, tenía una cita con la princesa real Amina a las diez) y examinó la bolsa de lona y el DNI en

profundidad, no solo la foto y el nombre, sino el plástico por delante y detrás. Me ordenó descalzarme y me entregó un pase que debía colgarme del cuello y luego llamó por teléfono sin dejar de escrutarme, y al rato apareció Fátima, la criada personal de Amina, vestida con abaya y velo, que me indicó que la siguiera. Me saludó con la cabeza, dejando claro que bastante suerte tenía yo entrando en ese paraíso como para andarse con más saludos.

Anduvimos bastante y era difícil saber si estábamos dentro del palacio blanco o en otro de los edificios. Reinaba mucha paz y aire refrigerado, suelos de mármol y alfombras persas que me acariciaban las plantas de los pies. Sentí un agradable escalofrío y pensé que había merecido la pena ir hasta allí aunque solo fuese para recorrer esos pasillos. De cuando en cuando nos cruzábamos con mujeres ya sin velo. Por los aromas y las voces agudas, se notaba que íbamos adentrándonos en territorio exclusivamente femenino. A los lados se entreveían salas con alfombras, cojines y mesitas bajas. La abaya se ondulaba alrededor de las piernas de Fátima como si flotara y me dediqué a seguirla sin preguntar. Al menos, no había tenido que darme media vuelta desde la entrada, y pasara lo que pasara, si no llegase a cobrar la cantidad de euros que se decía que esos árabes pagaban por cualquier servicio, aún conservaba mi trabajo en el Beach Club.

Tras unas celosías me esperaba Amina. De entrada, la reconocí por la pulsera de brillantes y el perfume, distinto al de Sultana, más ligero y frutal. La voz sonó clara sin el obstáculo del velo. «Bienvenida», dijo. Llevaba vaqueros y una camisa fluida verde abierta hasta el pecho. Aunque, como ya había comprobado, nos parecíamos bastante, sus formas eran más redondeadas que las mías. Comenzó a andar agitando los sedosos rizos negros y la seguí. De las profundidades del pasillo llegaban risas y chapoteos en el agua, probablemente de una piscina.

Por fin también le veía la cara a Fátima. En esta área del palacio llevaba, al igual que Amina, la cabeza y el rostro descubiertos. Su cara era lo más parecido a un cenicero de arcilla que hice en el instituto en clase de cerámica y que fue resquebrajándose en cuanto se secó. Las canas la envejecían aún más que el velo, los ojos eran fríos o tristes o reflexivos, los más pequeños que había visto en una mujer árabe; en compensación, las cejas las conservaba grandes y negras. Y los labios, tan apretados que casi eran blancos.

—Darás la clase aquí —dijo Fátima señalando un oasis lleno de sombras, fuentes escondidas, vapor de agua y una piscina con peces rodeada de manzanos donde se bañaban los niños—. Queremos que parezca un juego, no una obligación más.

Con un gesto bastó, estaba claro que todo me parecía bien porque todo me parecía la repera y ellas lo sabían.

—Queda algo por aclarar —dije para no parecerles demasiado dócil y fácil.

Y ella me adivinó el pensamiento.

—¿Mil euros?

—De acuerdo —contesté; no me sentía capaz de pedir más de lo que nunca imaginé ganar por una clase.

Iría de lunes a viernes, lo que me impediría disfrutar de un día de descanso completo. Eran cuatro niños, el menor tenía cinco años y la mayor, catorce, se llamaba Haya. También asistirían Amina y Fátima, así que debería idear clases que no fuesen aburridas. Y lo cierto es que el primer día, entre el té y la indisciplina de los niños, hice bien poco. Solo se esforzaba Amina, que quería practicar para saber comprar en el mercado fruta, pescado, carne, cómo preguntar por una dirección en la calle o saber pedir un tinte y un corte de pelo en la peluquería. Llamaba la atención que se empeñara en cosas tan prácticas cuando nunca podría hacerlas. A su edad, lo normal sería querer saber hablar de música, chicos, ropa, decir tacos. Había bondad y ansiedad en sus ojos, adolescencia, insatisfacción, ignorancia, sensación de que lo bueno estaba en otra parte. O así sería como me sentía yo, siendo yo, no ella. Lo normal sería que sintiera asco y rabia y ganas de reírse a carcajadas por cualquier tontería.

A la una me despedí y regresé por el largo pasillo acompañada de Fátima al puesto de control. Ya no me examinaron la bolsa de lona. Más que un palacio, traspasaba la frontera de otro país. Deslicé la credencial sobre el ribete dorado de la mesa y me entregaron un sobre. Dentro había mil euros. No sabía qué pensar, ¿estarían despidiéndome? Quizá esperaban otro tipo de profesora más profesional o más divertida, que atrajese la atención de los niños. Tendría que haberlos avisado de que carecía de experiencia porque perdí la oportunidad de dar clase en un colegio. Fátima me sacó de dudas. «Hasta mañana», dijo.

Me puse las zapatillas de deporte, que esperaban junto a la pared en una hilera de zapatos destalonados la mayoría para poder ponérselos y quitárselos con facilidad, pensé. No podía creérmelo, mil euros por una mañana interrumpida por té, pastelillos y ambiente de vacaciones. ¿O es que me pagaba el mes por adelantado? Mejor no preguntar, seguía las instrucciones de Fabián de no sorprenderme por la ostentación de dinero y así no dar a entender que se habían pasado.

9

Pero al día siguiente, al llegar al punto de salida, me entregaron otro sobre también con mil euros, así que me pagaban por clase. Sentí el cosquilleo de la buena suerte en el estómago. El dinero que iba guardando bajo el fregadero, más la sensación de que iba a meter mucho más, me llenaba de una felicidad desconocida. La felicidad de no tener que pensar en el dinero seguramente.

Al cuarto día, el coche ya se conocía el camino y resultaban absurdas las vueltas y revueltas que di el primero. Era una pena que no pudiese contarle a Karen lo de mi trabajo en palacio y mi amistad con las princesas. Y, sobre todo, que cuando por carambola escogí estudiar árabe acerté. Terminaría los cinco años, me sacaría el título, sería intérprete profesional. Mi padre desde otro mundo estaba echándome una mano.

Poco a poco iba haciéndome una idea de las instalaciones palaciegas y si llegaba con tiempo daba un paseo por las calles y plazoletas que distribuían los bungalós de lujo en torno al edificio principal de fachada blanca. A esas horas siempre había por allí jardineros, aspersores siseando y olor a terracota. Pero ese día, en una revuelta del camino casi me cegó la visión de una fuente en forma de palmera de la que saltaba el agua rota en miles de cristales. Así que la fuente de oro macizo no era una leyenda. Me acerqué y me froté la cara con aquella agua tan valiosa y bebí un sorbo con la mano, luego la pasé por el pico de una de las hojas, hecho que alarmó al guardia de una de las garitas, que corrió hacia mí. No me atreví a moverme entre las gotas y los aspavientos del guardia. Me ordenó alejarme de allí, no acercarme más a la fuente ni mucho menos tocarla, ni beber su agua, que de haber podido me habría obligado a vomitar. Era casi meritorio que fuese capaz de expresar tanto desprecio sin ser actor mientras me examinaba la melena rociada con miles de brillantitos robados a la fuente. Me arrepentí de haberme olvidado la gorra de visera en el coche. Solté el nombre de Amina y me condujo él mismo hacia su pabellón, no se fiaba de que no siguiera toqueteando su mundo. Allí alguien como yo nunca sabría cuándo estaba haciendo algo mal, allí se me podría considerar una perfecta criminal sin sospecharlo siquiera. Hasta ahora creía

que no metería la pata si no pronunciaba las palabras «Corán», «Alá», «Dios», ni «paraíso», ni «mártir», ni «cielo», ni «espíritu» o «alma», ni «oración», ni «cuerpo» ni nada que sonase a trascendencia o a carnalidad.

A pesar de que ya sabía el camino, Fátima mandaba a alguien o venía ella misma a buscarme, quizá para evitarme la tentación de fisgonear en las salas que se abrían a los lados del pasillo. Desde el fondo avanzaba hacia nosotras un tsunami verde con rumor de agua, igual que cuando en verano mamá abría la ventana de la cocina y del baño para crear una corriente de aire que hacía ondear todos los visillos de la casa como señales de humo. A la derecha se extendían las habitaciones privadas de Amina, protegidas por unas altas y estrechas puertas de madera labrada, con salas destinadas a sus visitas más personales.

No fui directa al jardín como de costumbre. Amina me esperaba en su cuarto más íntimo, tres veces, qué digo tres, cinco veces más grande que el piso en que vivíamos mi madre y yo. Estaba rodeado de divanes de colores: morado, amarillo, burdeos, rosa, azul, con cojines de raso. Al fondo se divisaba un hamam festoneado de mosaicos plateados, con aceites, perfumes, velas y camilla de masaje. Y no me sorprendería que los grifos del baño también fuesen de oro. ¿En qué se puede pensar día tras día en un sitio así? Toda la decoración iba dirigida al descanso, a dormir, a contemplar cosas bonitas recostada, a la ensoñación, a cuidar el cuerpo. Esta hora, las diez de la mañana, era prodigiosa, el sol se disparaba por las celosías agujereando lo que encontraba a su paso, incluso los vaqueros y la camisa rosa medio desabrochada de Amina.

Abrió un armario lleno de ropa normal que desprendía sensación de buena calidad, buena hechura y precio astronómico, y que me resultaba tan lejana como cuando entraba en Armani o Chanel sintiéndome una completa intrusa. En otro colgaban las abayas, los hiyabs, los nicabs, velos que, aunque parecían iguales, no lo eran. Si se observaba bien, las tramas de los hilos eran diferentes. Los había más pesados y más ligeros, unos con un negro más profundo que otros, unos más satinados que otros. Repasé rápidamente las blusas de seda, los pantalones ajustados y los vestidos escotados que nadie podría admirarle en el Beach Club. Le habría preguntado si se los ponía para andar por aquí, en fiestas privadas de palacio y para seducir a su esposo en la intimidad, pero tal vez podría incomodarla y me atuve a la advertencia de Fabián de no pasarme de la raya.

Además, ella estaba atareada buscando algo que por fin encontró sobre el diván morado: un cuaderno y un bolígrafo. Debajo había un libro que guardó

rápidamente en una caja de zapatos, y la caja entre otras en el vestidor. Había por lo menos cien. Y de pronto recordó que yo estaba allí. Permaneció unos segundos pensando a toda velocidad y yo también. Con la certeza de que no debía ver eso, dudé si volverme de espaldas, pero ambas nos reflejábamos en el espejo de pared a pared del vestidor ante el que ella se probaría aquella tonelada de ropa y zapatos.

—¿Los niños están listos? —pregunté.

—Vamos —contestó con gesto de preocupación y también de no saber si comentar algo sobre el libro o dejarlo pasar.

Siempre es mejor no darle importancia a lo que no quieres que la tenga. ¿Por qué esconder un libro? Me moría de ganas de saber cuál era. No podía preguntar porque en ese momento se habrían acabado las clases y mis suculentos honorarios. Nos dirigimos al jardín, junto a la piscina, donde me habían instalado una pizarra Vileda.

A la chica de catorce años, Haya, le hizo ilusión verme. Allí parecía una preadolescente normal, con bikini y una camiseta del Real Madrid por encima, el pelo recogido con una goma y una cara regordeta con una sonrisa preciosa y algunas espinillas. Cuando acompañaba a las princesas y a sus hermanos al Beach Club, solo se cubría la cabeza con un hiyab y de la abaya sobresalían unas deportivas de suela gruesa con cámaras transparentes que aún no había visto en ninguna tienda y que procederían de algún fastuoso centro comercial de Riad o Dubái. Aprendía rápido. Era la que mejor pronunciaba y se reía mucho con las típicas frases «El perro de Roque no tiene rabo», «Tres tristes tigres comían trigo en un trigal», «El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille buen desenladrillador será». Los pequeños eran unos trastos. Y Amina estudiaba de un día para otro y se molestaba si perdíamos el tiempo, como si aprender español fuera a cambiarle la vida, como si fuese a ponerle alas para salir volando de allí.

Esa fue la primera vez que Sultana se acercó por nuestra improvisada escuela, en la que piaban los pájaros y a la que las flores inundaban de perfume. Llevaba un vestido ligero de tirantes. Su cara ya me la había imaginado, de pómulos salientes y hueso de la nariz un poco ancho, buenos soportes para mantener la piel estirada y lisa. Los labios estaban tan artificialmente hinchados que daba apuro que estallaran. Los hombros sobresalían rocosos y los pechos exageradamente turgentes. En general, exhibía un cuerpo muy trabajado y altivo *per se*, del calibre del de Mercedes, una niña de mi colegio que a los diez años andaba increíblemente derecha y

con la cabeza alta por algún problema de espalda o de cuello, pero ese algo intrínseco a su esqueleto la llevó a ser modelo y luego actriz fracasada, como llevó a Sultana a ser bailarina y después princesa. Sus sagaces ojos, acostumbrados a barrer de un vistazo la clientela mientras bailaba, pasaron ahora por sus hijos, Amina y yo misma dando a entender que, si había algo que descubrir, ella lo descubriría.

—¿Qué tal se portan?

—Muy bien —contesté con jovialidad intentando caerle bien, no solo por mí, sino por Amina, que se cruzó de brazos, protegiéndose de ella todo lo que podía, y que respiró cuando por fin Sultana se marchó. Y a partir de ahí le costó concentrarse.

«El gigante escala la montaña».

—¿Qué significa esta frase? Los gigantes no existen —dijo malhumorada o fatigada por la presencia de Sultana.

Eran imaginables mil rivalidades, humillaciones. No debía de ser fácil ser la segunda esposa. Ser simplemente esposa ya supondría mucho estrés. Compartirlo todo, ser fiel, leal, dar explicaciones por todo, ceder, fingir felicidad estando triste, fingir deseo sin ganas, ocultar algún secreto, disimular, disimular, disimular. Todas las esposas en algún momento se harían la pregunta de si merecía la pena tanto trabajo. En el caso de Amina, ese peso se multiplicaba por dos, como si también estuviese casada con Sultana. Cuando mi madre enviudó, no volvió a casarse. Decía que con un hombre ya había tenido suficiente. De niña me lo tomaba como algo positivo hacia mi padre, entendía que era el único, irrepetible, y que ninguno podría sustituirlo. De mayor el matiz se volvió negativo: no quería repetir una experiencia tan penosa. Yo apenas recordaba nada de él, ni bueno ni malo, más bien tirando a bueno: un beso, una caricia, cogerme del brazo para cruzar la calle. Hablar con la profesora del colegio y asegurarle que me regañaría y luego no regañarme, veranos en la playa, ausencias por trabajo y por último la ausencia final.

—Lo importante es comprender la frase por extravagante que sea —le contesté a Amina.

—Yo no la entiendo —dijo enfurruñada.

—No tiene sentido para ti, pero sí lo tiene para los niños. —Señalé a los hijos de Sultana—. Sí lo tiene porque ellos creen en gigantes. Sabes el significado de la palabra y con eso basta.

Llegamos al final de la mañana luchando con su disconformidad. Si pudiera adivinar qué libro estaba leyendo, podría poner ejemplos que le

interesaran o que al menos no la cabrearán. La clase como tal duraba poco, una hora y pico. El resto del tiempo me limitaba a hablarles en español para que se les fuera haciendo el oído, y a veces me limitaba a estar sentada entre el claroscuro de las plantas y a picotear exquisiteces. Haya me hacía trenzas y, sin poder contenerme, contraviniendo el consejo de ser cauta, me quité una de mis pulseras de macramé y se la regalé. Olía a jazmín. Se daría baños de flores. Por qué no. Era una princesa de la línea directa de la casa de Saúd. Le gustaban mucho mis cosas, incluido el tatuaje de la espalda. Nada ostentoso, un sol debajo de la nuca. Me lo hice más que nada por no quedarme atrás, porque a mi edad es raro no tener un tatuaje, un distintivo de mi lugar en la historia. Dijo que a ella no le gustaría tener uno porque estaba prohibido, pero le gustaba que lo tuviera yo.

—¿Por qué sabes que está prohibido? ¿Hay una lista de cosas prohibidas?

—Lo sé —dijo.

—¿Los libros están prohibidos?

—Pero no todos —contestó triunfal.

A la una me despedí. Y Fátima vino a mí desde algún lugar.

—Su alteza Amina quiere hablar contigo a solas.

Las seguí. Íbamos en fila india Amina, Fátima y yo. La palabra «alteza» recubría de seriedad la situación. No debía de tratarse de dinero puesto que siempre me pagaba el guardia del control. Pasamos a su sala privada conectada con la habitación y con el impresionante vestidor. Solo había un libro a la vista: el Corán, el otro se ocultaba en la caja de zapatos. Los ojos se le agrandaron y brillaron exageradamente, una alarma, un aviso.

—Quiero pedirte disculpas —dijo—. Eres una gran profesora. A veces me impaciente.

Le pedí con las manos que no se disculpara más, en el fondo yo era una impostora, jamás antes había dado una clase, y encima era la profesora mejor pagada del orbe.

—Toma —dijo quitándose el brazalete de brillantes que solía llevar.

Di un paso atrás. Eso sí que no. Por megarricos que fuesen, no podía aceptar algo que se salía tan por completo de mi estilo de vida. No sabría qué hacer con él. ¿Y si me lo robaban?

—Por favor —me pidió con ojos tan desmesuradamente abiertos que recordaban a las películas de terror en que alguien está viendo algo que sabemos que es horrible por la manera de abrir los ojos.

—Es demasiado —dije—. Ya me pagáis bastante.

—No. No es bastante —insistió sosteniendo el brazalete, que se le escurría entre los dedos como gotas heladas.

Me corroía la duda de si aceptar o rechazar una joya desproporcionada para mí. Tal vez se lo tomara como un desaire, parecía que le iba la vida en tenerme contenta. Me gustaba pasar allí la mañana y que al marcharme me entregaran un sobre con mil euros y no quería que se enfadara y me echara.

Alargué la mano hacia la pulsera con aprensión. Los dedos me brillaron. Me la guardé en el bolsillo de los vaqueros. Me sonrió satisfecha.

—No le digas nada al guardia de la puerta ni a nadie, esto no tiene nada que ver con tu sueldo. Esta tarde nos veremos en el hotel.

—Cada vez hablas mejor español —dije.

Aunque era verdad, sonaba a una manera de justificar el regalo, cuyo valor sería tan incalculable que para venderlo tendría que contratar a un experto, o bien podría regalárselo a mi madre. Por fin tendría una auténtica joya. Podría ponérsela para salir con sus amigas, muy pocas veces, la verdad, y al final la heredaría yo, y sería como si no le hubiese regalado nada. Lo mejor era venderla para aumentar nuestro capital y poder olvidar para siempre al idiota de David, sería un alivio no tener que sentir rencor por él.

El guardia de la puerta, con su eterna mirada recelosa e inquisitiva, me tendió el sobre pensando seguramente que era dinero desperdiciado. O quizá estaba demasiado influida por lo que leía de ese país, misógino como pocos, y reconocía en cada hombre saudí un pensamiento de desprecio hacia mí que podría no ser cierto.

No me acerqué a la playa como cada día. Temía perder la pulsera entre la arena. Podría distraerme, olvidarla, que se me escurriera del bolsillo. Preferí darme una vuelta y sentarme en una terraza de la plaza de los Naranjos. Había jeques tomando chocolate con churros, algo que parecía encantarles. Y si estaban allí, no estaban en el Beach Club, lo que me apenaba por lo mucho que le apenaba a Fabián. Cada fuga a otros locales le dolía y yo compartía su dolor. Y también me dolía que, desde que daba clase en el palacio, el Beach Club hubiese pasado a segundo plano en mi corazón. Y no hacía ningún esfuerzo por tropezarme con Fabián, quizá me había desilusionado verlo en la puerta de la discoteca en una situación tan pasional con una mujer con la que nunca podría competir.

A eso de las tres y pico me encaminé al hotel y me encontré con el problema de dónde guardar la joya, y ese debía de ser el mayor inconveniente que sufrían los ricos: cómo proteger su riqueza, un buen quebradero de cabeza.

La taquilla no era segura. Karen usaba un candado comprado en un chino que se abría con cualquier cosa, así que decidí metérmela entre las medias de compresión y las bragas, pegada a la cadera. El efecto era extraño y granuloso, pero al menos sentía el contacto de los brillantes todo el tiempo. Teo y Montse no tenían ni idea de mi trabajo en palacio, ni de que, en comparación con lo que me pagaban allí, me reía de las propinas del Beach, y probablemente si enseñase el brazalete de brillantes a Montse se desmayaría. Aunque nadie me había hecho jurar que no contara nada de eso, sabía que no debía hacerlo, excepto a Fabián, a quien precisamente vi escaparse de un grupo de rusos colorados, chistosos y beodos que lo retenían a la fuerza. Cuando pudo zafarse de sus grandes manos, se alejó hacia las palmeras.

Había adelgazado bastante en pocos días. La chaqueta negra se le escurría sobre los brazos y la espalda. Probablemente los dueños alemanes le exigían mayor rentabilidad, tal como predicaba su fama de gente eficaz y algo severa. También lo atribuí a que ya no era frecuente que llenásemos por las noches y a sus posibles intentos fallidos de convencer al rey para que sentara sus posaderas en la carpa alguna noche más. Los potentados del Golfo acudirían masivamente ante la oportunidad de encontrarse con él. Algunos jeques solo disponían de esa ocasión para hablarle. Se inclinaban, le besaban la mano. Parecía un rey de reyes, un papa árabe, un ser con poderes sobrenaturales.

Me aproximé a Fabián y le comenté que las princesas vendrían esa tarde. No le puse al corriente del brazalete por pura vergüenza de haberlo aceptado. El cuerpo pareció animarse dentro del traje. Los ojos se le habían hundido un poco más. Me pasó la mano por el pelo, lo que contado así podría sonar inconveniente, pero en realidad fue un gesto inclasificable lleno de pena. Así que cuando a las seis de la tarde solo llegó Amina acompañada del jefe de seguridad, Fátima, más los hijos de Sultana y dos criadas, enseguida pregunté por Sultana con cierto tono de reproche.

—Se ha marchado de compras —explicó Amina—. Dice que aquí se aburre.

Toda la Milla de Oro se frotaría las manos al verla aparecer. Amina no la mencionó con ningún rencor especial. Usó el tono neutro y objetivo de las adolescentes que aún no han aprendido a odiar de verdad.

—Es muy bella —dije mientras anotaba los pedidos.

—Sí —dijo confirmando lo evidente y sin dar la impresión de estar pensando en ella en ese momento.

—Dicen que era bailarina —continué.

—Eso dicen —contestó mirando para otra parte.

Quizá le incomodaban tantas preguntas. Y la que más podría incomodarle era si Sultana había envenenado a la amante extranjera del rey o si era un bulo, así que no se la hice. Tomé los pedidos y la acompañé como otras veces al baño bajo la atenta mirada del jefe de seguridad.

Antes de entrar al baño me solicitó salir al jardín trasero, necesitaba un momento de soledad. Por mí podía hacer lo que le diera la gana, pero comprendí que estaba pidiéndome que la cubriera y que la avisara si el jefe de seguridad se acercaba. Liberarse de su constante seguimiento y de su mirada escrutadora unos instantes. Vivir así debía de ser más angustioso que estar desterrada a una isla desierta, más angustioso que ser invisible y no poder ser nunca mirada por nadie. Ni siquiera en sus habitaciones era libre, puesto que

tenía que esconder el libro que leía. Eso significaba que las sirvientas encargadas de la limpieza funcionarían también como vigilantes, que ni siquiera en su mente podría existir un lugar para ella sola. ¿Qué más le daban unos brillantes más o menos si no podía vivir su juventud?

Permanecí de pie esperándola. Si alguien me llamaba la atención por desatender a los clientes, le daría las oportunas explicaciones a Fabián y él me apoyaría porque, aunque no comentara nada, a veces miraba con compasión a las princesas, mientras que para la clientela solo eran objeto de curiosidad y morbo. Todos deseaban descubrir los misterios que paseaban bajo sus ropajes.

Personalmente este jardín trasero me gustaba más que el de la piscina. Había bosquecillos de palmeras, limoneros, olivos, nísperos y albaricoqueros con los que se hacían las mermeladas del desayuno. En algunas partes no se sembraba césped, se reservaban para el cultivo de tomates, cebollas, pepinos, berenjenas, espinacas, destinadas a la cocina del restaurante. Olía a humedad y a tierra cavada, y al monarca en tiempos pasados le gustaba visitarlas. Hasta allí fue Amina y hacia allí se dirigía Teo, seguramente a arrancar tomates para el chef.

Le habría gritado a Amina que se detuviera, algo me decía que la situación podría malinterpretarse si al jefe de seguridad le daba por venir. Salí al otro jardín para comprobar que el jefe de seguridad seguía en su sitio. Pero no se le veía por ninguna parte. Crucé de nuevo el pasillo que distribuía los baños y separaba el comedor de las cocinas y desembocaba en la huerta. Teo ya no estaba allí y respiré, entonces consideré oportuno hacerle compañía a la princesa. Llegué a su altura en el momento en que recogía algo del suelo. Se sobresaltó, un susto de lo más normal puesto que los empleados llevábamos zapatos con suela de goma para precisamente no incordiar con nuestros pasos. Me pareció distinguirle algo blanco en la mano que inmediatamente escondió en la manga. Un pañuelo, supuse, al tiempo que reparé en que una piedra decorativa había sido desplazada unos centímetros. Unos centímetros de tierra removida en los que no habría reparado antes de entrar en el Beach Club, en el palacio y en la vida de las princesas, antes de que el mundo se volviera microscópicamente grande.

Las pupilas de Amina se dilataron como si estuviese fumada, algo veía detrás de mí, bueno o malo. Y noté una fuerte respiración, agitada, de animal al acecho. Era algo malo: el jefe de seguridad. No pudo reprocharle a Amina estar junto a unas inocentes alcachofas y se marchó. Ella me cogió las manos y sentí no llevarlas más hidratadas y perfumadas. Empezamos el camino de vuelta. ¿Éramos amigas? Puede que confiase en mí más incluso que en su

inseparable Fátima. Y puede que yo estuviese convirtiéndome en un puente entre dos culturas.

Les serví una buena merienda y me olvidé del asunto. Por primera vez en mi vida tenía esa sensación sobrenatural de que todo marchaba bien. El dinero continuaba lloviéndome mágicamente y el haber visto a Fabián le daba sentido, de un modo que solo podría explicarme el sicólogo, hasta a la cosa más absurda que pudiera ocurrirme. Lo único que me perturbaba era el roce en la cadera de un puñado de granos de arroz que no eran precisamente granos de arroz.

Fue luego en la cama, tras preparar las clases del día siguiente, en la calma de la noche, con ruido de fondo de un mundo en fiesta, de chicos y chicas que no se resignaban a dormir, envejecer y morir, cuando saltó la alarma: el jefe de seguridad podría haber visto más que yo en la huerta del jardín trasero, quizá un saludo entre Teo y Amina, cosa que al parecer estaba muy prohibida. Tanto al jefe de seguridad como a los guardianes de mujeres en general los entrenarían en el arte de verlo todo, lo que a cualquier ser normal le exigía una concentración extra. Mi propia mirada poco a poco iba aumentando como tras una lupa. Desde que hacía unas horas consideraba a Amina mi amiga, me preocupaba cuál sería el procedimiento que seguiría el jefe de seguridad si creyese sorprenderla en una situación comprometida. Al fin y al cabo, era alteza y para acusarla de algo debería aportar pruebas muy sólidas, y también para reprenderla. Cerré los ojos esforzándome por dormir con la certeza de que eran aprensiones porque recordaba que al volver a la carpa real cada uno regresó a su sitio: el jefe de seguridad a su mesa, Amina a la cama balinesa y Fátima, que salió a recibir a su señora como si regresara de un largo viaje, a un sillón mientras contemplaba la piscina, a las occidentales en bikini y a los hijos de Sultana con las niñeras. De vez en cuando Haya, la chica mayor, me sonreía tímidamente no porque fuese retraída, sino porque una princesa no tenía por qué andar sonriendo a una camarera. Y las imágenes fueron desvaneciéndose y desvaneciéndose y cayendo en el vacío.

Me levanté algo cansada y tuve que tomarme dos cafés bien cargados para entender que la música que me había despertado procedía de la terraza contigua a la mía. Era ópera, Maria Callas, una de las pocas divas que reconocía, y un hombre decía: «¿Os gusta, hermosas mías? Cada día sois más bonitas y tenéis unos colores más preciosos». Les hablaba a las flores, que tras sus palabras expulsaron al aire un chorro oloroso que llegó hasta mi

saloncito. ¿Era posible algo así? Quizá no era la primera vez que oía la música, pero la había pasado por alto como otras muchas cosas.

Emprendí el camino al palacio pensando que nunca había conocido un alma tan sensible como la del vecino, capaz de comunicarse con las flores y puede que con las aves, los peces y con civilizaciones de otros planetas. ¡Qué familiar me resultaba el camino! Reconocía los pinos, los naranjos, las adelfas, el brillo del sol sobre los olivos y la sombra de los olivos sobre la tierra pedregosa. Todo lo que me quitó el sueño por la noche se convirtió en una tontería. Tenía edad suficiente para saber que a los demonios sicópatas los atrae la noche. Dormían por el día, y en cuanto cerraba los ojos llamaban a la puerta, y si me pillaban desprevenida, los dejaba entrar. Se colaban en la cabeza y me decían al oído: «Ya nunca volverás a ver a tu papá, ¿y si muere tu mamá? Y si te quedas sola, ¿quién te cuidará?».

Aunque en palacio los guardias de las puertas me reconocían por los andares y por llegar cada día a la misma hora, siempre había alguno más desconfiado y escudriñador. Hoy llevaba ejercicios más creativos de lo normal. Me hacía ilusión comprobar que mis alumnas avanzaban. La que más, sin duda, Amina, con la que ya me entendía en español. De paso, yo iba mejorando en árabe. Quién iba a decirme cuando elegí esta lengua en la Escuela de Idiomas que me serviría para que Fátima me esperara en el último control de palacio mañana tras mañana.

Fátima se mostró más obsequiosa que de costumbre. Me preguntó por el Beach Club y yo a mi vez le pregunté si había novedades en palacio, una pregunta absurda. ¿Cómo no iba a haber novedades? Tendría que haberle preguntado directamente por Amina y, mejor aún, si el jefe de seguridad no la había incomodado con alguna pregunta insidiosa sobre su paseo por el huerto del hotel.

—Como siempre —dijo afable.

A pesar de lo seca que era, había que reconocerle a Fátima ser la guardiana buena de su señora, la que velaba para que el guardián malo no pudiera cuestionarla ni ponerla en aprietos. Había algo admirable en ella, algo concreto, creíble en su manera de estar pendiente de los detalles, de ser una sombra protectora como las sombras de los árboles grandes y acogedores del jardín del palacio. Su cercanía inspiraba seguridad, igual que mi tía Lourdes, una mujer más bien callada, alta, serena. Vivía en Galicia y aparecía cuando se la necesitaba, ni un minuto antes ni un minuto después. Trabajaba en una fábrica de conservas y siempre venía cargada con unos cuantos lotes de sardinas y mejillones en escabeche. Luego echaba un vistazo alrededor y

sabía perfectamente lo que había que limpiar o lo que había que cocinar. Cuando mi padre falleció de repente por el infarto y mi madre cayó enferma de los nervios, Lourdes tocó el timbre el día del entierro y se hizo cargo de todo. No había que explicarle nada ni pedírselo, simplemente había que dejarse llevar. Te empujaba como el viento, como el mar, hasta posarte en una orilla segura. A mi madre y a mí nos posó en nuestra vida futura, con mi madre relativamente recuperada, yo yendo y viniendo del colegio y adaptándome al nuevo día a día sin mi padre y con todos los papeles y cuentas del banco arreglados. Me hice la ilusión de que Fátima era su doble con velo.

—¿Has desayunado? —preguntó Fátima con una voz más amigable que de costumbre—. He preparado algo en el jardín.

Cualquier cosa, cualquier matiz relacionado con el palacio o que tenía que ver con la gente del palacio disparaba en mí una alarma desconocida, aunque esta vez más clara: Fátima parecía compensarme con su actitud solícita por algo pasado o futuro. También se mostró más cálida Amina. De hecho, hizo algo insólito. Se aproximó a mí y me besó en la mejilla. La suya ardía. Me recordó a mi madre cuando la corta agonía de mi padre, unos cinco minutos, no le permitió despedirse de él y se metió en la cama durante un mes. Casi no podía acercarme a ella por el calor que desprendía, como si entre las sábanas y el colchón ardiese una hoguera y ella estuviera allí consumiéndose. Y en las contadas ocasiones en que salía para ir al baño dejaba un reguero de fiebre por el pasillo.

La cara de Amina la cruzaban marcas de haber llorado, de haberse pasado los dedos con fuerza una y otra vez intentando arrancarse la piel. ¿Qué le pasaba? Se me ocurrió preguntarle si su familia se encontraba bien y me miró desconcertada. ¿Su familia? ¿Qué pintaba su familia en mi cabeza? Ni siquiera estaba en la suya. No me atreví a interesarme por la salud del rey. Cualquier percance en este sentido supondría una cuestión de Estado. Así que comencé a dar la clase sobre el uso del indicativo y el subjuntivo frente a su mirada rota en pedazos. Las ondas negras del pelo le hundían la cara en un lecho tenebroso.

—Y con el subjuntivo expresamos deseos, dudas, incertidumbre, todo lo que no es real, ¿comprendéis? —dije hablándoles a todos pero dirigiéndome a ella.

—Es difícil —dijo Amina.

—Los deseos son difíciles y casi siempre imposibles.

Lo dije al tuntún, por decir algo, y me desconcertó lo mucho que le impresionó, tanto que se levantó de golpe, dio unos cuantos paseos alrededor

de la piscina como para asimilar la frase y después me cogió de la mano y me arrastró a sus habitaciones con los conocidos arcos, plantas y múltiples divanes de distintos tonos para holgazanear a placer. El libro que ya vi en otra ocasión, de tapas azules, descansaba en un diván envuelto en una toalla como un bebé, menos un pico al aire que delataba unas doscientas páginas. Debí de sentir una excitación parecida a la mía cuando escondía de pequeña los tebeos bajo el libro de texto haciendo que estudiaba.

A mi madre le reconfortaba verme tan concentrada, hasta que descubrió el truco y ya no volvió a confiar en mí. Si la engañaba en eso, podría engañarla con cualquier cosa, como acostarme con chicos, drogarme, volverme alcohólica, hacer pellas, quedarme embarazada, abortar clandestinamente y, más adelante, no querer trabajar y quién sabe si caer en la prostitución. Amina captó mi mirada hacia el libro y se sentó junto a él. Su palidez aumentaba y le corría sudor por la frente que cualquiera que lo haya sentido sabe que es un sudor frío y que presagia un desmayo. Le serví un vaso de agua de una jarra de cristal y plata tan pesada que tuve que levantarla con las dos manos. Probablemente sería el agua que le traían al monarca directamente de La Meca y procuré que no se derramara ni una gota. Aún no llegaba a captar qué cosas de las que nos rodeaban podrían encerrar algún simbolismo sagrado.

Bebió despacio y se limpió el sudor de la frente y la cara. Le brillaba la raíz del pelo.

—Siéntate, por favor —dijo señalando el diván rosa.

Le hice caso. La vi andar con pies sin una sola dureza, ni rozadura ni hinchazón hasta el vestidor cubierto de espejos que multiplicaban y llenaban la habitación de clones de ella y de mí. La blusa de seda se le había salido de los vaqueros, se le transparentaba el sujetador, y aun así parecía que iba tapada, que su espléndida melena negra estuviera esperando recogerse y ocultarse y sus formas desaparecer en un pase de ilusionismo. Vino hacia mí y sin dejarme reaccionar me metió por la cabeza una abaya que cayó suave y ligera sobre la camiseta de tirantes y los brazos desnudos. ¿Íbamos a disfrazarnos? Me levanté sin decir palabra y mis dobles y yo nos miramos en los espejos. Amina se situó al lado. Éramos de la misma estatura, centímetro arriba o abajo. Me sobresalía el borde de los vaqueros al moverme. Era absurdo llevar ropa sobre la ropa, molestaba al girarse. Amina me observaba por todos los lados como una modista tomando medidas.

—Perfecta —dijo, y alzando los brazos me colocó un nicab en la cabeza que me tapaba de los ojos para abajo y que se unía desde la frente por un hilo

dejando al aire solo los ojos. El ombligo le asomó entre el botón de la camisa y el de los pantalones. Era pequeño, liso, casi de niña.

Me giré hacia el espejo y me vi como una saudí cualquiera de las que pululaban por la Milla de Oro.

—Al principio te sentirás extraña, pero te acostumbrarás. Es práctico.

Hice el gesto de quitármelo y me pidió que no lo hiciera.

—Déjame que te maquille los ojos.

Me dejé hacer. Tenía tiempo hasta la hora de entrar en el hotel y por una vez iría maquillada como seguro que le gustaba a Fabián que fuésemos las camareras. Me pidió que anduviese por la habitación así vestida. Probablemente querría convertirme en un espejo en el que verse, querría observar la impresión que ella causaba.

—Os parecemos raras, ¿verdad?

No contesté nada, aunque «rara» no era la palabra. Le habría dicho que inspiraban respeto, un poco de miedo. Se estaba en franca desigualdad con alguien escondido, demasiado protegido.

—Tengo que marcharme —dije.

Casi no podía respirar y me arranqué el velo y la abaya. Los coloqué cuidadosamente sobre uno de los divanes. La tela, aunque era ligera, no dejaba pasar la luz, igual que la misma Amina, igual que el palacio.

—Ahora quítate tu ropa y ponte esta —dijo alargándome unos *leggings* negros y una camisa de seda también negra.

—No lo entiendo —repuse sin tocar la ropa.

—No te asustes —contestó—. Solo quiero que me ayudes a salir de esta cárcel unas horas. Mañana por la mañana estaré de vuelta.

Ya comprendía, y comprender me tranquilizó y al segundo me alarmó.

—Serás yo durante menos de veinticuatro horas.

Cogió el libro medio envuelto y volvió a guardarlo en una caja de zapatos disimulada en medio de otras cajas.

—Estarás sola en esta ala. El rey no vendrá. Y si alguien desea hablar contigo, Fátima explicará que has hecho una promesa de silencio.

Me miraba anhelante, excitada, con las mejillas rojas, casi podía oírsele la sangre corriendo a toda velocidad.

—Lo siento, no puedo hacer eso.

—¿Por qué? Es algo sencillo.

—¿Sencillo? No es sencillo. Es una locura. Imagínate que me descubren.

Me suplicó con los *leggings* en las manos:

—No pueden descubrirte. Serás una princesa real. Serás yo. Nadie se atreverá a ponerte en duda. Ni siquiera dará tiempo.

—Lo siento —dije cogiendo la bolsa de lona en la que llevaba el libro de gramática, las llaves del coche y del apartamento y una pequeña cartera de Pull&Bear con la documentación.

Vi el gesto de hincarse de rodillas ante mí y salí corriendo. Jamás me habría imaginado semejante propuesta.

En el coche me sentí libre y aterrada. El denso olor a pino del mediodía me hizo toser. Las naranjas adornaban el campo como los farolillos brillantes de una feria. Sentí pena por Amina y estiré los brazos sobre el volante. Aunque no hiciera gran cosa con mi vida, prefería vivirla con camiseta de tirantes, bikini, pantalón corto. Y aunque no perdía el culo por que me mirasen, prefería poder enseñar mi cuerpo a placer. Me crucé con el hombre en motocicleta del primer día. Llevaba mono azul, zapatillas y otro capacho con naranjas. Me saludó. Me encontraba tan trastornada por la oferta de Amina que, si el hombre hubiese parado, se lo habría contado. Necesitaba decírselo a alguien y consultarle si debía regresar a la clase en palacio al día siguiente.

Cuando llegué al hotel se había levantado viento. Rizaba el agua del mar y de la piscina, y las lonas de las sombrillas sonaban a aleteos de pájaros gigantes. La chaqueta negra de Fabián se ahuecaba sobre unas caderas cada vez más escuálidas. Me saludó con la mano camino de la biblioteca, donde me hizo la entrevista. No sabía si debería contarle la propuesta de Amina, si le haría gracia esa anécdota o le incomodaría que alguien relacionado con el hotel contrariase a una princesa real. Mejor callar.

Montse estaba limpiando la arenilla que sin remedio acababa en las mesas. Teo sujetaba una sombrilla. Y a pesar de que era delgado, la chaquetilla de camarero se estiró sobre una espalda sorprendentemente musculosa. En cambio, el cuello sobresalía adolescente. No me vio ir hacia él y cuando se puso en marcha lo seguí, necesitaba hablar con alguien. Le confiaría mi situación en el palacio. Andaba rápido y con paso firme. Hasta ahora no me había fijado en que tuviese las piernas tan largas, más largas aún por los pantalones tubo negros del uniforme. Se dirigía a la parte trasera, hacia la huerta y el grupo de palmeras.

Miró a derecha e izquierda, pero no para atrás, donde me encontraba. Se agachó, levantó una piedra ornamental, se sacó un papel del bolsillo y lo colocó debajo. De pronto lo que quería contarle fue sustituido por lo que

acababa de ver y decidí ponerme el uniforme y no precipitarme. Probablemente mi secreto al lado del suyo era una tontería.

A eso de las cinco llegaron algunas cataríes. Por el brillo del pelo, de las cejas, de los ojos y de la piel, las hijas del petróleo provenían de una cultura apuntalada en los aceites y los perfumes. Iban muy maquilladas para ser la hora que era. Las emiratíes se inclinaban por unos turbantes con superpoderes que las hacían más altas y espigadas. Resplandecían sin una gota de sudor. Y, sin embargo, a pesar de sus excelsas figuras y sus excelsos vestidos y su excelso todo, no levantaban tanta expectación como la llegada de las saudíes, envueltas en nubes negras dentro de las cuales acarreaban todo el lujo del mundo. Y me preguntaba si después de mi desplante acudiría Amina al hotel como todas las tardes. Esperaba que me comprendiera y que no fuese rencorosa, pero según pasaban las horas iba descorazonándome. Si no venía al hotel, quizá yo también debería interrumpir las clases en palacio. Karen había confiado en mí, Fabián confiaba en mí, incluso Teo confiaba en que acabaría descorchando el champán a la perfección, y yo estaba echando a perder el mayor activo del hotel: la corte saudí.

Me ocupé sirviendo copas hasta las nueve de la noche con desgana y un nudo en el estómago, como cuando me presentaba a los exámenes con los temas prendidos con alfileres mientras mamá trabajaba como una burra en el hospital para pagarme los estudios. Nunca se quejaba, decía que había tenido mucha suerte de encontrar fuerzas para hacer el curso de Auxiliar de Clínica cuando nos quedamos solas y luego la suerte de encontrar ese trabajo. Mi madre llamaba «suerte» a cosas normales que exigían mucho esfuerzo.

El jardín estaba a rebosar por algunos que, al ser viernes, esperarían encontrarse con la realeza saudí y por otros que, tras terminar la cena, iban sentándose en los sillones de fuera dando paso al champán. Fabián corría de mesa en mesa sin aparentar correr, dejándose reclamar por los ojos sonrientes de los clientes. A cada uno de ellos le hacía sentirse especial al tiempo que en la mesa de al lado también a otro le hacía sentirse especial.

Habría preferido que no hubiese un fin de semana por medio, una larga incertidumbre sobre si debería acudir o no el lunes al palacio.

Regresé al apartamento triste. Y me ponía más triste aún esa tristeza que no tenía nada que ver con mi vida verdadera, donde no existían palacios, ni princesas ni hoteles de lujo. Estaba viviendo un sueño y me deprimía que no fuese un sueño alegre. No me había tentado tomar nada en el hotel ni tampoco cené en casa. Me tumbé en la cama de uno ochenta con una copa de vino tinto intentando emborracharme y desconectar de todas esas gilipolleces. Enfrente

se extendía el armario panelado de espejos y me quedé mirándome fascinada, absorta en mí, inmóvil, muerta. Me sacó de esa visión terrorífica un líquido que me corría por el muslo. La copa se había vencido y el vino iba del muslo a la cama. Joder, estaba atontada. Me bebí el resto. Me limpié con la sábana y me di media vuelta.

11

Lo que no me esperaba es que el sábado Fabián nos reuniera a eso de las seis para anunciarnos que el rey se dignaba venir a hacernos otra visita, por lo que su carpa debía estar impecable, limpia, los cojines supermullidos, así como los reposapiés y las mesitas al alcance de la mano. «Está muy delicado y hay que agradecer el enorme esfuerzo que hará por cruzar ese pasillo y el césped hasta llegar aquí».

Se me revolvió el estómago por todo lo que implicaba esa visita que yo tendría que atender en parte y por ver de nuevo a Amina. Y encontré un cierto consuelo, el retraso en afrontar la mirada de Amina, cuando a eso de las siete se precipitó sobre el hotel una tormenta de verano. Los socorristas obligaron a los clientes a salir de la piscina y todos se refugiaron en el interior. Mi calamitoso futuro se posponía un poco más. Aún no me habían echado de palacio y Amina aún podría entrar en razón y comprender que estaba penado suplantar la identidad de otra persona y mucho más la de una princesa real y mucho más la de una princesa real de otro país, lo que podría provocar una crisis diplomática y quién sabe si una guerra. Confiaba en el tiempo y el olvido. Amina se olvidaría de su capricho y todo volvería a la normalidad y a esa fantástica rutina de ir y venir del palacio.

La tormenta que a mí me relajaba angustiaba a Fabián. Miraba alrededor enfadado con el viento, y el colmo era que se pusiera a llover, en cuyo caso el monarca se echaría para atrás. Como a todas las personas delicadas de salud, una corriente de aire o una ropa ligeramente húmeda podrían matarlo. No vendría y todo el mundo se decepcionaría porque Fabián había hecho correr sutilmente la voz de su llegada al Beach Club entre los más selectos, aquellos que pagarían una fortuna en champán y caviar por poder cruzar una palabra con Fadel o por entregarle una nota a algún guardaespaldas. Tampoco sentían escrúpulos en utilizar a sus esposas, hijas o amantes para aproximarse a Sultana y susurrarle algo al oído, un medio más directo que un guardaespaldas.

Y una de las veces que Fabián levantó los brazos desesperado, y que el viento pudo interpretar como una súplica, el aire amainó, el agua de la piscina se calmó y el mar se alisó. «Espero que aún no sea demasiado tarde», murmuró dejando caer los brazos a lo largo de la chaqueta. El interminable sol de verano aclaró el ambiente. Los toldos doblados por el viento se convirtieron en esculturas de escayola. El deseo de Fabián de que vinieran los saudíes era más fuerte que el mío de que no vinieran. Quizá mis fracasos o nulos éxitos se debían a que me faltaba hierro y nunca podría competir con alguien rebosante de hierro e imán.

Una mano me apretó el brazo con impetuosidad.

—No te preocupes —oí que me decía Fabián.

Me volví hacia él y nos vi a los dos en un escenario diáfano y blanquecino, como cuando dos personajes se encuentran en la otra vida y todo es algodonoso y sin edificios ni muebles, en un claro mensaje de que todo es fácil. Me pareció que nos quedamos mirándonos más de la cuenta. Su mirada, llegada por galerías subterráneas, me atrajo hacia él y ese fue el momento en que me cogió el brazo para aproximarme o alejarme mientras me decía casi al oído: «Cuando eres poderoso, puedes decepcionar y continuar siendo poderoso. La gente perdona con la ilusión de sacar algún provecho una próxima vez». Se referiría a quienes como Fadel decepcionaban con sus ausencias, pero ¿y si en el fondo quería decir: «Me decepciona mucho no verte»?

La familia real era tan imprescindible para la subsistencia del hotel que se había adueñado de su futuro, por pura facilidad. Dos noches de recaudación con ellos equivaldría a tres meses de recaudación sin ellos. El hotel se había acostumbrado a ese nivel de ingresos y de exigencia, y rebajarlos suponía un sentimiento de ruina y decadencia. Lo mismo que me ocurría a mí. Me había hecho a los cientos de euros que me caían de propinas, por no hablar del pastizal impartiendo unas clases por las que normalmente habría cobrado veinte euros la hora y tan contenta. Ahora me sentiría derrotada y miserable y observaba el arco de la entrada del Beach Club con la misma ansiedad que Fabián. Él no podía sospechar hasta qué punto compartía su angustia. Me angustiaba enfrentarme a Amina, que me ignorara, que no me dirigiera la palabra.

Y a eso de las ocho Teo gritó: «Ya vienen». Me invadió el cansancio típico de la espera de un desenlace trágico. Solo que ahora quedaba una cuenta pendiente: Amina.

En cambio, Fabián adoptó un aire de gran serenidad y un punto de despreocupación. «Nunca debe notarse lo mucho que te importa algo», dijo guiñándome un ojo. Un juego psicológico difícil porque implicaba paciencia, comerse las uñas y una actuación perfecta. Retumbaban los neumáticos de la realeza en la gravilla del aparcamiento. Los portazos sonaban diferentes a los demás, más contundentes y poderosos. Teo y yo nos situamos junto al arco de entrada. Fabián compuso una sonrisa sincera atesorada durante días y días para ese momento. Y en cuanto asomó la capa ribeteada de oro, Fabián abrió los brazos tanto que parecía que iba a salirse el corazón. El rey renqueaba bajo las telas color crema. El jefe de seguridad lo sujetaba de un brazo. Era increíble que la misma persona que encontrándose en las últimas acudía al rescate de su amigo Fabián, que alguien capaz de serle fiel al Beach Club hasta límites incomprensibles, también ordenara colgar como escarmiento a gente en la plaza pública de Riad. Así que prefería mantenerme a distancia detrás de Fabián y Teo, quienes recibían todo lo bueno que ese hombre podría ofrecer.

Lo seguían en procesión Sultana y Amina, y tras ellas más séquito femenino, todas con sus cadenciosos y oscuros andares ajustados a la lentitud del monarca, lo que impresionaba aún más. Una noche redonda. El rey no podría tomar prácticamente nada, pero los demás se pondrían las botas, derrocharían y llenarían las arcas del hotel. Ya se oían los chasquidos de las ostras al abrirse en la cocina. Se cocían langostas a la desesperada, bueyes de mar, lubinas salvajes, productos que se habrían tirado a la basura si los saudíes nos hubiesen fallado. Porque, como si se hubiesen tocado los tambores, a la media hora no cabía un alma en el comedor ni en la terraza del Beach Club.

En las barras, sonrosadas por los neones, relucían espaldas al aire, melenas, joyas y tirantes de seda. Desde el primer momento busqué los ojos de Amina. A un extraño todos le parecerían iguales —negros y brillantes, grandes y profundos, intensos y serenos— tras los huecos del nicab. Pero yo había aprendido a distinguirlos. Deseaba dejarle claro que no le había contado a nadie sus deseos de abandonar el palacio y al rey y que jamás la traicionaría. Mi intención era que siguiera confiando en mí y que me considerara la profesora oficial de español de la casa real. Pero ella nunca miraba en mi dirección, me rehuía, lo que me trastornaba bastante. Ya me había dado cuenta de que eran expertas en escabullir la mirada, en no dejarse delatar por lo único que, al estar a la vista, podría comprometerlas: los ojos.

Después de una trabajosa procesión hasta la carpa, me presenté ante las señoras, y Teo ante el rey. Amina mantenía la vista baja, derramando por el césped contrariedad y frustración.

—Lo siento mucho —le dije. Una frase que no llamaba la atención porque las disculpas con una princesa nunca son demasiadas, sobre todo si van a sacudirte una propina descomunal.

Como no reaccionó, iba a repetirle la disculpa cuando Fátima me hizo una seña para que me acercara a ella. Pidió unas simples Coca-Colas y añadió que me esperaban el lunes para la clase. «Pero vete un poco más tapada, a los guardias les perturban tus brazos desnudos y tu melena al viento. Con una blusa holgada y una gorra bastará».

Asentí con la misma alegría que si hubiese perdido un millón de euros y acabara de encontrarlo. Y por eso, por estar saboreando mi reingreso al palacio y a la opulencia, no le di importancia a la conversación que mantenían Fátima y Teo. Ella, con la mirada abierta, desprotegida, anhelante, y él con la nuca inclinada hacia delante, hablaban bajo. Luego, cuando Teo pasó a su lado para alejarse de allí, se rozaron las manos sin que fuera para nada inevitable, lo que, según estaban las cosas en su cultura, tendría que haber supuesto un sobresalto o al menos provocar una disculpa. Sin embargo, lo encajaron con normalidad. No pensé en lo que veía, me distraía mi alegría, el alivio de ser readmitida en las alcobas y los secretos de Amina. Y ya no me importó tanto que Amina no se dignase mirarme. Yo era la única persona ajena a su séquito y a sus amistades que ponía el pie en sus habitaciones y que la veía en vaqueros y con el pelo suelto, con vestidos ligeros y con los labios pintados de un rojo chillón. Algún día podría contarlo y sería una de esas personas interesantes con cosas llamativas que narrar.

Algunas kuwaitíes, cataríes y de los Emiratos se acercaban a saludar a Sultana. Los guardianes las observaban recelosos por no ir cubiertas y exhibir escotes, pero es que allí se encontraban en el planeta de viva la virgen. Me sentía relajada. El lunes bordearía la fuente de oro macizo de veinticuatro quilates y a las diez en punto enseñaría mi DNI al guardia de la puerta. Coloqué un helado especial del chef en una copa de cristal tallado ante Amina sin que lo hubiese pedido. Lo coroné con una guirnalda de frambuesas y moras y una sombrilla multicolor sobre una cresta de chocolate. Un monumento a la reconciliación. No lo rechazó ni tampoco aceptó. Seguí a pie firme montando guardia por si necesitaban algo y observando por el rabillo del ojo cómo se derretía el helado, hasta que Amina me hizo la señal de que la siguiera, probablemente al baño, ¿dónde si no? Es de suponer que lo que más

le apetecería sería acercarse a la orilla del mar, tumbarse en la arena junto a los velones mexicanos y contemplar la luna. Pero tendría que hacerlo acompañada de un guardián, lo que no resultaría tan bonito.

Me indicó que la esperara en la puerta del baño. Teo cruzó a mi lado con un cesto de fruta en la mano, y yo le hice el gesto de estar de guardia. Él se encogió de hombros. Parecía un niño con esa delgadez de la juventud, cuando al cuerpo no le ha dado tiempo de atascarse de comida, toxinas y preocupaciones. El vello le sobresalía en la barbilla largo, lánguido y disperso. Solo las cejas y las pestañas eran fuertes y negras, sombras taciturnas sobre la cara. Nunca hablaba de su vida fuera del hotel, de su familia o del barrio donde vivía. Desde donde fuese, llegaba en la Yamaha negra, que limpiaba, acariciaba y cambiaba de sitio para que siempre estuviera a la sombra. Parecía que fuese el amor de su vida. De hecho, al despedirse siempre decía: «Me voy con mi novia». Fue precisamente que poseyese algo tan caro y ostentoso lo que rompió su imagen de chaval de instituto, aunque en realidad tenía veinticinco años. Ahora me fijaba en él más que antes y me preguntaba si las propinas daban para una moto tan cara, teniendo en cuenta que los saudíes llevaban tres años sin venir a Marbella. Desde luego, no se me pasaba por la cabeza insinuárselo, no le gustaría, lo sabía de la misma forma que sabía que le gustaba la velocidad y la berenjena rebozada.

Al salir Amina del baño, me separé de la pared donde la esperaba apoyada. Sus ojos sonreían como si se hubiese encontrado allí dentro con el mismísimo Brad Pitt antes de que se diese a la bebida, y saboreaba la sensación deslizándose despacio hacia la carpa. Tuve que ajustar el paso al suyo para no adelantarla. En la abaya ondeaba el agua de la piscina. Ninguna de las presentes era tan guapa como ella y, aunque fuera tapada, algo radiante traspasaba las telas y fulminaba a las demás.

Las negociaciones de Sultana con otras damas del Golfo proseguían mientras el rey se dejaba besar la mano y contemplaba la noche, que lograba abrirse paso entre los pesados párpados. Solo Fátima se percató del regreso de su señora y me solicitó agua Perrier bien fría. Amina le dirigió una mirada anhelante. En la playa estallaron algunos petardos que iluminaron el mar y ascendieron al cielo moribundos. Cosas de Fabián, todo le parecía poco para mantener despierto al monarca, al menos hasta la una de la madrugada, cuando ya todo el mundo que importaba sabía a ciencia cierta que estaba aquí.

—Yo la llevaré —dijo Teo cogiéndome la bandeja con el agua Perrier. Vio mi cara de extrañeza por que se atreviese a acercarse a las señoras—. Es

igual, cuando el rey está todo vale. Te necesitan en la mesa de las cataríes.

Los hombros de las cataríes recordaban las rocas doradas de la playa al mediodía. Reían y hablaban de una fiesta que iba a celebrarse en el yate Lady. Lo veía amarrado en el puerto cuando pasaba camino del hotel. Casi no cabía de lo grande que era y siempre había operarios sacándole lustre.

—¿Querrás entregarle esta nota a la princesa Sultana? —me preguntó una chica sin un solo defecto en la piel, salvo un lunar en el labio superior que le daba un aire mundano, junto con la ligereza de un vestido que podría escurrírsele al césped en cualquier momento.

Ella y otras iban acompañadas de chicos con trajes que les hacían ricos y atractivos. Por fortuna, no tenía que competir con ellas ni integrarme en el grupo. Me tranquilizaba ser una simple camarera vestida con un uniforme de sesenta euros y no tener que esforzarme por exhibir una melena, pedicura y dentadura de ensueño. Aquellos jóvenes venidos de otro planeta no me miraban, no existía en su alfombra mágica. Les interesaban más las chicas occidentales que noche tras noche acudían al Club ansiosas por subirse a alguna de aquellas alfombras.

Por supuesto, antes de pasar a manos de Sultana, la nota de la catarí fue supervisada por un guardián. Sultana esa noche, en un alarde de absoluta invisibilidad, llevaba guantes, quizá porque debajo de ellos las uñas eran demasiado rojas o porque deseaba marcar distancias con el resto de los árabes. Quería imponer su ortodoxia, su poder, llevarse al extremo a sí misma e inspirar temor. Nadie la captaba como una pobre mujer, una víctima de su marido. Se la percibía endiosada en su castillo, resguardada en su armadura y en cierto modo en pie de guerra. Y cuando se levantaba y se sentaba al lado del rey, lo hacía calculadamente despacio mostrando los guantes y los velos y una mirada de triunfo sobre el resto de las mujeres e incluso de los hombres e incluso de la noche.

Al guardián le tembló la mano al entregarle la nota. Le comprendía, yo también sentía una necesidad descomunal de caerle bien a Sultana. De alguna manera, si tenía su aprobación, si no notaba rechazo, sentía que iba por buen camino. Era una de esas personas imprescindibles, que lo saben todo.

—Devuélvesela —me ordenó sin leerla ni tocarla apenas.

—Okay —respondí, y sin más se la devolví a su dueña, que incrédula y perpleja la escondió bajo un vaso.

Luego giró la cabeza hacia la zona real, donde Sultana conversaba animadamente agitando sus manos enguantadas y les comentó a sus colegas:

—Esa es la zorra que se cargó a la amante del rey.

Yo también miré hacia Sultana.

—No me gustaría encontrarme en el pellejo de Amina —añadió la catarí pegándole un sorbo al vaso, bajo el cual las letras azules de la nota se desparramaban por el papel.

Pedí permiso para tirarlo, lo que no pude hacer fue borrar las letras del mantel, quedaron impresas, casi en relieve para tormento de la chica: «Querida y respetada Sultana, ¿podría acercarme para hablarte de mi hermano Yussef?».

Amina le acariciaba una mano al rey y de vez en cuando se la besaba. Me intrigaba si sospechaba el peligro que corría con Sultana. Y también si tendría yo el valor de abrirle los ojos.

Supuso un descanso verlas partir y respiré junto con Fabián cuando el rey logró levantarse y cruzar el césped, algo que normalmente se haría en cinco minutos y que a él le costó media hora. Fabián regresó de cerrarle la puerta del Rolls limpiándose el sudor de la frente. La princesa catarí rechazada dijo en voz alta que jamás volvería por ese antro y no me dejó propina. Pero no me importó porque la recaudación prometía ser bestial y seguiría contratada el resto del verano y quién sabe si más veranos aún.

Me habría gustado comentarle a Fabián lo bien que había ido todo y preguntarle si era verdad que Sultana había envenenado a la amante del rey, cotilleo que nos daría ocasión de estar un rato juntos. Pero él tenía otras cosas en que pensar frente al mar, donde me pareció verlo, mientras recogía las mesas, andar de un lado para otro.

A pesar de que el domingo nos retiramos tarde, me levanté animosa con los primeros rayos de sol, los más frescos, no contaminados y todavía ligeros. La brisa abombó el visillo, que me rozó la espalda y me saludó: «Adelante. Ve y cómete el mundo». También me alegraba que Amina no fuese rencorosa. Cogí algo de dinero por si al regreso de las clases pasaba por el mercadillo del paseo marítimo y me compraba el vestido de gasa. Las propinas, junto con la pulsera de brillantes, había ido guardándolas en un bote bajo el fregadero. La verdad es que, si quisiera, podría ahorrar prácticamente todo lo que ganaba. Me vestí tal como me aconsejó Fátima, con una camisa de manga larga que me llegaba hasta medio muslo, vaqueros y la gorra visera que me cubría la cabeza más que un pañuelo, aunque puede que también me comprase en el mercadillo un fular parecido a un hiyab. No me importaba adaptarme.

Tras un saludo protocolario, cuya pronunciación iba siendo más perfecta, dije que me esperaba la princesa Amina y enseñé el DNI al guardia, que como siempre hizo una llamada telefónica. También como cada día le mostré el contenido de la bolsa en la que solo llevaba una gramática de español, unos bolígrafos, folios y unos clínex que al guardia de turno siempre le resultaban sospechosos hasta que se decidía a devolverme la bolsa. Me despojé de las deportivas antes de que me las señalara sin agacharme siquiera, haciendo palanca con los pies.

Ya conocía el camino, su penumbra, su frescor, el ruido amortiguado de pisadas que se desplazaban por otros pasillos y otras alfombras, alguna voz procedente de gente lejana. Fátima salió a mi encuentro. Andaba con prisa y apreté el paso. Como era habitual, no iba maquillada y los ojos parecían más pequeños, como si se los hubiese estrujado con los dedos. No hablé hasta que alcanzamos las habitaciones de Amina. Por el balcón abierto llegaban el estruendo de los pájaros, las voces de los niños, ráfagas de cielo.

Amina, en medio de ese esplendor, estaba llorando. Le temblaban las mejillas y me miró con pena o con odio, no era fácil distinguirlo. Sujeté fuerte

la correa de la bolsa, mi único asidero de salvación. Avanzó hacia mí con ojos grandes y despavoridos.

—¿Qué ocurre? —pregunté alerta.

No podía hablar. Le costaba abrir la boca.

—Te lo ruego —dijo—. Necesito salir de aquí.

Todo había cambiado para peor.

—Hay cosas que no pueden pedirse. Es inhumano pedirme algo tan peligroso.

—Todo es peligroso si no se hace bien. Tirarse a una piscina es peligroso si no se sabe nadar. Conducir es peligroso si no se sabe conducir —dijo Amina sentenciosamente mientras yo pensaba: «Adiós al dinero fácil, soy cobarde y una mala persona».

Fátima se aproximó a mí tanto que me llegaba el olor a limpio, a jabón neutro, de las telas que la envolvían.

—Nosotras te enseñaremos a nadar. Es muy fácil.

Negué con la cabeza sin atender a la cara suplicante de Amina, mojada, roja, hinchada.

—Amina solo necesita unas horas para estar fuera, luego regresará y todo habrá acabado.

Volví a negar sabiendo que no iba a resultarme fácil salir de allí.

—Amina te regalará un anillo muy valioso. Podrás venderlo y cambiar de vida.

—No puedo aceptarlo —dije—. Ya tengo el brazalete.

—Amina siente predilección por ti, te admira. Eres una inspiración para ella. Es tan joven. Daría lo que fuese por poder vivir unas cuantas horas de tu vida. Si yo pudiera, se las daría, pero las mías son peores que las suyas.

Fátima tenía las cejas anchas, negras y duras de Joan Crawford y hablaba con las mandíbulas apretadas. Todo indicaba que albergaba fortaleza suficiente para aguantar una vida de mierda.

—Es muy arriesgado —dije en tono de súplica.

En ningún momento sonreía, en ningún momento relajó la cara.

—Saldrá bien y te alegrarás. Tendrás la vida resuelta. Podrás hacer lo que quieras. Serás rica. Podrás comprarte todos los vestidos bonitos que desees y atraer a novios guapos, no tendrás que trabajar de camarera, y todo esto a cambio de unas pocas horas. Mañana a las diez Amina regresará y serás libre de nuevo, más libre que nunca porque podrás hacer lo que desees con tu vida.

Amina esperaba en un rincón. Fátima hablaba ahogándose en un inglés de frases simples y contundentes. Luego me cogió por los hombros y me llevó

junto a Amina, nos unió las manos infundiéndonos su falta absoluta de miedo.

—¿Qué le haría el rey a Amina si llegase a enterarse?

No contestó. Seguramente ambas estábamos pensando en la princesa que estuvo perdida en el limbo de un aeropuerto tratando de huir de otro rey árabe, en la otra princesa que fue devuelta a otro rey árabe y de la que no se ha vuelto a saber más, y en la princesa que huyó de su esposo, el jeque de Dubái, y se refugió en Londres, o en otras princesas árabes que denunciaron estar retenidas en palacio por su real padre. Frente a esto, unas horas no eran nada, salvo por el pequeño detalle de que yo tendría que sustituirla.

—Estaré siempre pegada a ti —dijo Fátima—. No consentiré que te pase nada.

—¿Y el rey?

—No te preocupes.

Ambas sonrieron.

—Lo más que podría ocurrir es que durmiera abrazado a ti y tampoco sucederá porque casi todas las noches le ponen un gotero con suero y otros medicamentos y Sultana aprovecha para pasar un rato con él y hablarle de los asuntos que le interesan.

—Es muy inteligente —dijo Amina con pesar, refiriéndose a Sultana.

—Es más vieja que tú —dijo Fátima en un impulso por consolarla—. Solo eso.

—Yo también me haré vieja aquí, esperando que un rey enfermo me llame para dormir abrazado a mí. Al menos, Sultana ha sido bailarina, nunca sabré tantas cosas como ella y nunca tendré hijos. Mejor la muerte.

Sus lágrimas eran tan pesadas que tiraban de las mejillas hacia abajo. Le habría dicho que, sin embargo, yo no quería morir víctima de un problema que no era mío.

—No sé nada de joyas —dije—. No sabría cómo venderlas.

—Nosotras te diremos cómo.

Fátima sacó una abaya del armario.

—Si alguien de hoy a mañana me pregunta por ti, diré que estás descansando en tus habitaciones y no deseas que nadie te moleste. Y si insisten, explicaré que has hecho una promesa de silencio por la salud de tu esposo.

Negué con la cabeza. Amina clavaba la vista en mi bolsa de lona y la cogí.

—Te comprendo muy bien, Amina, y lo siento mucho, puede que en tu lugar también lo intentase. También lo siento por mí, me gusta venir aquí y pasar la mañana con vosotras y los niños. Os echaré mucho de menos.

Me faltó decirle que sobre todo lo sentía por Fabián y el hotel, por Karen, que podría quedarse sin trabajo. Se desencadenaba un desastre que yo podría evitar si accedía. Me puse la gorra arrepintiéndome de haber aceptado las clases.

—No es tan fácil —dijo Fátima bloqueándome la puerta con los brazos en cruz—. Fadel le expresó su amor a Amina con un brazalete de brillantes que ahora está en tu poder. Le pidió que no se lo quitase nunca, y pronto él o Sultana se darán cuenta de que no lo lleva. En ese momento Amina contará llorando que lo ha perdido, que no lo encuentra.

Y ahora venía lo peor. Solté desfondada la bolsa sobre el diván vino burdeos.

—O puede que el brazalete desapareciera nada más marcharte tú y que se sospeche de ti. Y no lo dudes, lo hayas guardado donde lo hayas guardado, lo encontrarán.

Me sobrecogí. Una de las cosas que sabía sobre su país es que a los ladrones les cortaban las manos. La pena por mí misma superaba con creces la pena por Amina. Y aun así, no sentía rencor, estaba aturdida, ni siquiera me salió decirles: «Me habéis tendido una trampa». Se me nubló la vista y me senté. Ellas me observaban: Amina con ansiedad y Fátima con los labios más apretados que nunca.

—Quítate los pantalones y la camiseta —dijo entrecortadamente Amina al tiempo que sacaba del armario unos *leggings* negros y un nicab.

No los toqué, no hice ningún movimiento. Fátima se acercó y me desvistió, luego me metió la abaya por la cabeza.

—Bueno, la verdad es que aquí no necesitas los *leggings* —dijo, y empezó a explicarme cómo colocarme el nicab.

No me enteraba de nada. Amina miró la hora en su relojito Cartier y en ese momento se dio cuenta de que debía ponérmelo a mí. Luego se metió en el baño y salió con la cara lavada. Con mis pantalones, la camiseta y la gorra podía pasar por mí perfectamente.

—Les parecerá raro que esté tapada aquí dentro —dije tratando de pensar velozmente cómo liberarme de sus garras.

—Nadie tiene por qué entrar, pero, si entran, mejor que te encuentren así. Ya te he dicho que aclararé que has hecho una promesa. Son cosas normales.

—El brazalete nunca fue un regalo, fue una trampa. —Ya estaba, ya lo había soltado—. Me engañasteis, lo teníais todo planeado. Sois peores que...

Iba a decir peores que David, pero ellas no sabían quién era David, ni siquiera lo sabía él mismo.

—Necesito dormir en tu apartamento —dijo Amina incomprensiblemente ajena al peligro que corríamos. También ella se engañaba, estaba demasiado ofuscada.

No me hacía gracia, pero era mejor que registrarse en un hotel con documentación falsa.

—Te entregaré el anillo cuando regrese mañana —dijo.

Le describí cómo llegar, cómo usar las llaves, en qué aparcamiento del palacio había dejado el coche y que escondí el brazalete en el apartamento aunque sin precisar dónde.

—Te lo devuelvo, no lo quiero, ni tampoco el anillo —dije—. No quiero nada tuyo.

Y en ese momento me vino a la cabeza algo muy importante.

—¿Cómo irás? No sabes conducir.

—No te preocupes, me las arreglaré.

Sí me preocupaba. Al menos había cinco kilómetros de una dirección a otra en que podría ocurrir algo. Todo me preocupaba. Lo que le ocurriese a ella repercutiría en mí.

—Me echarán de menos en el Beach Club —me lamenté.

—Pensarán que estás indispuesta —dijo Fátima examinando mi billetero y el DNI—. Te lo piden para entrar aquí, ¿verdad?

—Te espero mañana a las diez en punto —dije—. Si te retrasas, cambiarán al guardia, que es bastante tonto, por otro más avisado.

Y vi salir a Amina con una decisión temible, como si las torturas o la muerte no fuesen nada en comparación con lo que le esperaba fuera. Fátima cerró las celosías y las puertas del balcón que daba al jardín para crear la sensación de que yo estaba descansando. Me ajustó el nicab a la cabeza y me aconsejó que al menor movimiento tras la puerta me cubriera la cara. Después me obligó a sentarme en un tocador bordeado de bombillas de camerino y empezó a pintarme los ojos minuciosamente. Su cara caía sobre la mía. Mandíbulas contraídas, labios apretados, pupilas endurecidas a la espera de que ocurriera algo que las relajara y las ablandara. A lo largo de su vida se le habrían ido consumiendo los jugos, y el mínimo de sangre con que sobrevivía no le llegaba a los labios. Era dudoso que se los hubiesen besado alguna vez. Suponían una señal de que debía espabilar para no acabar como ella. Al terminar de pintármelos, murmuró: «Como dos gotas de agua».

Fátima me pidió que imitara los andares de Amina y traté de deslizarme sobre las alfombras como ella sobre el césped del Beach Club. El problema era si ante los guardias de las garitas Amina sabría imitar los míos, más

masculinos que los suyos a fuerza de montar en bici y escalar en la sierra. A los dieciséis años, un casi novio me aficionó a subir peñascos, riscos y seguir el curso de riachuelos, a montar en kayak. A sobrevivir a base de moras y raíces y a distinguir las plantas venenosas. Formaba parte de una pandilla en que la única chica era yo, por lo que tenía que apretar el paso y no quejarme. Quién iba a decirme entonces que una abaya dirigiría mis pasos, los contoneos, y me refinaría. La tela me caía sobre los músculos suavizándolos, endulzándolos de alguna manera, amoldaba mi cuerpo al de Amina hasta traspasarme su confusión, su desesperanza y sus ilusiones. Y ahora se encontraba en un mundo que no sabía cómo funcionaba si es que había logrado llegar al apartamento.

Desde que aterrizó en Marbella habría visto chicas como ella montando en bici en bikini, con vestidos que tapaban lo justo o besándose y abrazándose con chicos en la calle. Las vería fumando y bebiendo alcohol cuando no completamente pedos. Yo nunca le había dado valor a poder hacer esas cosas. Las hacía mecánicamente sin pensar en el hecho de poder enseñar las piernas o el ombligo, de que se me viesen los pechos en la playa. Quizá ella aprovechara el día de hoy, sus horas de libertad, para hacer todo eso, ¿se atrevería? Aparte de los pantalones, la camisa y la gorra que se había llevado puestos, en el armario de Karen encontraría vestidos, *shorts*. Resultaría espectacular con el vestido mini de lentejuelas de Karen. No se me ocurría adónde iría sola. Con los mil euros del sobre que le habría entregado el guardia de la puerta podría tomar un taxi hasta la playa, bañarse, tomar el sol y luego darse una vuelta por el pueblo como una chica normal, sentarse en una terraza a tomarse una cerveza, cualquier cosa menos té, y cenar en un restaurante con una copa de vino delante, después podría entrar en una discoteca a bailar y olvidarse de quién era. Y yo misma, mañana al regresar a mi vida normal, disfrutaría de cada segundo de estar medio desnuda en la playa, de conducir, de conocer a alguien, de hacer el amor porque me daba por ahí. Me arrepentía de no haberme acostado con todos los compañeros de la Escuela de Idiomas y los amigos que me gustaban. ¿Por qué no lo hice si podía hacerlo? Ahora me daba cuenta de que siempre había tenido una pequeña Amina dentro de mí y cuando pudiera liberarme de estas sayas negras, la aniquilaría. Yo le estaba haciendo un favor a Amina contra mi voluntad, pero ella sin saberlo también me lo hacía.

—¿Te contó Amina qué pensaba hacer en este tiempo? Podría haberle aconsejado algunos sitios sin jeques —le dije a Fátima.

Me pareció que relajaba un poco la boca para responder con otra cosa:

—Amina dejó escrito esto en un papel. Reconocerán su letra. Si estoy presente, lo leeré yo. Si no, de ser necesario, se lo entregas a tu esposo o a Sultana. Aquí dice que has hecho la promesa de guardar silencio absoluto durante un mes para que la salud del rey mejore.

Se me cortó la respiración y luego me salieron palabras chillonas y desesperadas:

—¿Qué dices de un mes? ¿Estás loca? ¡Nunca hemos hablado de un mes ni de una semana! ¡Me marchó!

Fátima me sujetó el brazo e intentaba que me sentara. Por alguna razón, la gente en pie parece más peligrosa que sentada.

—Un día no tendría ningún mérito. No puede hacerse una promesa para un solo día. Cálmate. Lo del mes solo es para despistar.

Me dejé caer en el diván rosa con tanta fuerza que me hice daño en los glúteos.

Me observó las manos.

—Procura que no se te vean mucho. Ella las tiene más largas y más morenas. Y —añadió— no le abras a nadie. He dado orden a la masajista, peluquera, manicura y todo el personal de belleza de que no te molesten porque te encuentras en recogimiento. Voy a prepararte algo de comer. Y ten cuidado con lo que tocas.

Permanecí conmocionada media hora, oculta en las ropas de Amina y sentada en el borde del diván rosa, casi sin rozarlo, como si un cuerpo que no se pasase la vida metido en un baño de leche de burra pudiera contaminarlo. Fueron el comentario y la dura mirada de Fátima los que me dejaron claro que me encontraba en un mundo prestado.

Ese era el mundo prestado de Amina, que estaba dentro del mundo prestado de Karen. No era una princesa de verdad, no era una camarera titular de verdad, ni siquiera era una auténtica profesora. Pero allí estaba, el destino me había empujado hasta allí por algo. Quizá no estaría mal vender el anillo que me había prometido Amina y así compensar a mi madre del dinero tirado a la basura por el gilipollas de David. Quizá incluso podría reducir el horario en el hospital y celebrarlo con un viaje al extranjero. El mundo se divide entre los que sacan partido a las situaciones y los que no. Y yo estaba harta de sentirme mal.

Me levanté y me quité el velo. Ahora me llegaban los aromas del hamam en todo su esplendor. Por fin tenía la oportunidad de verlo de cerca. Había todo tipo de cepillos para el pelo y cremas, perfumes. El ambiente era muy íntimo. Y Amina debía de pasarse las horas muertas envuelta en los

albornoces y caftanes que colgaban de las paredes. Entreabrí las celosías del balcón. La niña mayor, Haya, se entretenía cuchicheando con otras chicas y de pronto una criada la reclamó. Seguramente irían de compras o a tomar helados a la plaza de los Naranjos. Con suerte para Fabián, se acercarían por el Beach Club. Me inquietaba la idea de que me llamaran para acompañarlas. Para distraerme, entré en el vestidor.

Era llamativa la cantidad de zapatos que acumulaba Amina. Sandalias plateadas de Manolo Blahnik, también doradas y con pedrería, tacones de diez centímetros con suela roja y multitud de cómodas bailarinas de precios astronómicos. Se los pondría para pasear por el palacio o entre otras mujeres para tomar el té. También había toneladas de ropa interior fina como alas de mariposa, perfectamente ordenada en cajones transparentes. No se me ocurría qué más cosas podría tener una chica de su edad, de la mía y de cualquiera. Varios cajones se iluminaron al abrirlos y me cegaron un segundo. Eran joyas de toda clase con predominio de los brillantes y las esmeraldas, tan grandes y perfectas que parecían de plástico. Cuando oí la puerta, cerré los cajones. No deseaba tener nada que ver con más joyas.

Era Fátima. Los labios, las mandíbulas y las arrugas se apretaron aún más de lo normal por el esfuerzo de dejar una bandeja en la mesa y por verme sin velo.

—Aquí tienes de todo: pollo, cuscús. Y debes taparte cuando llamen a la puerta.

—Prefiero caviar —dije tumbándome en el diván rosa todo lo larga que era y pasando una y otra vez los talones por la seda—. Ponlo en un cuenco de cristal sobre escarcha de hielo, nada de cuenco de plata, y que la cuchara también sea de cristal, las de metal matan el sabor. Esta tarde me gustaría un masaje.

—¿Estás loca? Es imposible, te reconocerán.

—Que venga una nueva. Además, los masajes se dan en penumbra. Y así el tiempo se pasará más rápido.

—¿Y si no?

—No colaboraré. O soy Amina o no lo soy.

Después del peligro que corría, no pensaba comerme un triste muslo de pollo con un triste cuscús. Ya que estaba aquí, disfrutaría de lo que tenía. Nunca me perdonaría pasar esta aventura acurrucada en un rincón respirando a medio gas por el velo.

—Toma —dijo—, tus deportivas. Estaban en la puerta del pabellón. Amina se puso las suyas. No tenéis el mismo número.

Hasta ahora nunca había comido auténticas huevas de esturión a cucharadas, solo el sucedáneo que mamá untaba en minibiscotes por Navidad. Miré la hora en el relojito Cartier. No había ido a trabajar y Fabián pensaría que no era una persona seria y que los dejaba tirados sin ninguna explicación. Se preocuparía. Me importaba mucho lo que pensara de mí y cometí el error de no contarle lo del brazalete. Él me habría aconsejado que no lo aceptara porque conocía bien a esa gente y sabía que era mejor tenerles un poco de miedo. Lo había visto en el fondo de sus ojos hundidos varias veces cuando estaba en compañía del rey y las princesas. Sin embargo, debía reconocer que de momento todo era bueno. Desde que Amina entró en mi vida me llovía el dinero y debía acostumbrarme a la buena suerte.

El masaje me adormeció y fue amortiguando mis aprensiones. Me dediqué a pensar que por la noche pediría de nuevo caviar, debía aprovechar porque mañana volvería a ser solo Sonia. Antes de marcharse, la masajista me tapó con una sábana para que las cremas penetraran a conciencia en las capas más profundas de la epidermis. Y ciertamente me sentía más ligera y con una suavidad de recién nacida. Me puse un caftán para estar más cómoda, pero Fátima insistió en los ropajes negros. Y ya había terminado de vestirme cuando ambas miramos hacia la puerta sobresaltadas.

Estaban tocando con la palma de la mano, no con los nudillos. Nos comunicamos sin palabras: al menos, no eran unas manos fuertes. ¿Sería la propia Amina, arrepentida por haberse marchado? Sentí alivio y sentí temor porque nada era tan fácil. Me retiré al vestidor. Desde allí escuché cómo Fátima abría y luego una voz de entre niña y adolescente. Era Haya y hablaba muy deprisa, no la entendí. La sangre me zumbaba en los oídos. Solo estaba clara en mi mente mi madre, lejana, absolutamente lejana. Jamás podría imaginarme vestida así en un palacio, era imposible. Ahora estaría llegando a casa desde el hospital y se ducharía para desprenderse de las tragedias del día. Era raro que se bañase, le parecía una pérdida de tiempo y de agua. Un desperdicio de cincuenta litros que se iban por el desagüe y que podrían hidratar a toda una aldea africana, mientras que las princesas no hacían otra cosa. El día que regresara a casa con los bolsillos llenos de dinero, lo primero que haría sería prepararle a mi madre un baño con velas relajantes alrededor. El planeta no se iría a la mierda por el pobre baño de mi pobre madre. Y si se iba, que se fuese.

—Era Haya. Quería saber si a Amina le gustaría ir con ella y sus amigas a una heladería —dijo Fátima—. Le he dicho que duermes y me ha contestado que antes te ha visto desde el jardín abrir un poco la celosía. Ten cuidado.

—Me parece increíble que quieras tanto a Amina, una persona a la que solo sirves, a alguien que no es tu hija ni nadie de tu familia.

Esa fue la última frase que dije y puede que ni siquiera la terminase. De nuevo llamaron. Era una sirvienta, habló con Fátima por lo bajo, y ella se volvió a mí con los surcos de la cara más resecos que nunca si eso era posible, las ojeras más grandes, la mirada más descompuesta. Corrió con tanta fuerza una de las puertas del vestidor que el espejo que la cubría tembló. No era buena señal. El cielo oscureciéndose antes de la tormenta, el mar hinchándose antes del tsunami, el ruido ronco antes del terremoto, el humo del volcán. Si lo pensaba bien, nada llegaba de golpe, siempre había un aviso, por imperceptible que fuese y aunque no nos detuviésemos a verlo. Todo en Fátima era un aviso.

Sacó una abaya y un nicab muy lujosos. Flotaban en sus brazos. El velo iba festoneado de lo que parecían lágrimas de esmeralda y también las mangas de la abaya.

—¡Dúchate! —ordenó.

—No me da la gana. No me hace falta.

—Sí que te hace falta, no hueles como Amina.

La tormenta estaba a punto de estallar. Me sequé el pelo y me vestí.

Fátima me esperaba con el *eyeliner* en la mano.

—Normalmente a las habitaciones de tu esposo acudes con uno de esos vestidos. —Señaló los glamurosos vestidos escotados que colgaban de perchas forradas de seda—. Pero hoy respetará tu promesa.

Se me aflojaron las piernas. De esto trataba el desastre.

—No te preocupes —dijo—. No te hará nada, sobrevive medio sedado.

—¡No, no y no! —grité.

Fátima me tapó la boca con fuerza, me clavó los dedos en la mejilla.

—Por favor, cállate, o estamos muertas. Muertas. Vamos a pensar algo.

El terror solo me permitía andar de un lado para otro.

—Tengo que maquillarte —dijo con voz suplicante.

—¿Qué has pensado que haga cuando esté allí dentro, junto a ese hombre?

—Aún no he pensado nada. Ha sido una sorpresa. No podía imaginarme que te solicitara tan pronto.

—Malditas tú y Amina. No quiero que me ponga una mano encima, ¿comprendes? No voy a ir.

—Irás. Todo saldrá mejor de lo que esperas. Solo quiere tu compañía. A tu lado se siente joven.

—Es imposible que no se dé cuenta de que no soy Amina.

Me levantó la cara y empezó a pintarme los ojos. Con esos nuevos ojos veía la habitación más grande y brillante, me asustaba. Ella no sabía qué decirme. Estábamos acorraladas. Más yo que ella, pero ella también. Tardó media hora en una tarea que le correspondía a la maquilladora personal de Amina, aunque daba la impresión de que en ese mundo exacerbadamente femenino incluso Fátima sabía sacarle partido a unos ojos y unas cejas.

Le dije que mi madre no hacía turnos dobles en el hospital para criar y darle estudios a una hija de la que, contra su consentimiento, abusarían sexualmente.

—No te pongas así. Es una tontería. ¿Nunca has dado un beso sin apetecerte? Y cuando te cases, muchas veces harás el amor sin ganas.

No entendía a Fátima, no entendía su monstruosidad, había algo que se me escapaba. De todas las cosas maravillosas e indeseables que en los ratos muertos imaginé que pudiesen ocurrirme en el futuro, nunca llegué a tanto. La imaginación en el fondo no sirve para nada.

Me perfumó, me observó a conciencia y dejó caer la cabeza abatida, luego me empujó con la mano hacia la puerta. Me llevaba al matadero. Ninguna de las veces que se me había hecho un nudo en el estómago ante un despacho para pedir trabajo no había imaginado lo que era un verdadero nudo en el estómago ante la alcoba de un rey. Fátima me indicó que anduviese con la cabeza muy alta y ni siquiera debía responder a los saludos que todos estaban obligados a hacerme. Iba aprendiendo a distinguir las diferentes filigranas, los diversos mármoles y alfombras, los distintos arcos de medio punto y las columnas con eso agrio en el estómago.

Y por fin habíamos llegado. Pasé a través de dos hojas de latón repujado muy altas y Fátima las cerró ante ella. Solo mirarlas me daban ganas de morirme. Permanecí inmóvil, de pie, hasta que sentí a mi espalda una respiración jadeante que se me metía entre el pelo y resbalaba por la mejilla a la nariz. No lo oí acercarse por la costumbre de ir todo dios descalzo. Un aliento fuerte con olor a antibiótico. Un brazo me rodeó por la cintura y un cuerpo se aplastó contra el mío. Un pecho demasiado caliente y demasiado grande, en cuyo fondo sonaba lejano y lento un corazón. Me giró delicadamente hacia él, me levantó un poco el velo y me besó en los labios. Su saliva cadavérica fue enfriándose poco a poco. Mientras tanto, se oía ruido de agua llenando probablemente una bañera y después que alguien más entraba por la puerta. No era nuevo para mí que a los sirvientes no se les oyera llegar ni marcharse, incluso estando presentes desaparecían pegados a las paredes o tragados por un rincón. El corazón me iba tan deprisa que podría

oírse por todo el palacio. Trataba de reaccionar, sin éxito, cualquier cosa que sucediera a continuación sería repugnante, no había salida. Fátima y Amina eran despreciables, pero en ese momento eso daba igual, ellas no estaban allí, mi guerra era solo mía. Y debía decidir entre sentirme violada, traumatizada, secuestrada, muerta, o seguir salvándome, porque allí nadie me socorrería. Prefería sobrevivir. Ojalá fuera capaz de pensar con más claridad, ser más lista. En alguna parte de mi cerebro debía de esconderse la clave de la salvación y cerré los ojos para encontrarla.

El rey me cogió de la mano, me llevaba con gran trabajo hacia una cama enorme con columnas. Me cogí a una de ellas, en la mano se me clavaban piedras, preciosas seguramente, y me dejé deslizar hacia el suelo. Me crucé los brazos en el estómago y corrí adonde sonaba el agua. Había una sirvienta sentada en una banqueta midiendo la temperatura del baño. Le hice una señal con la mano para que se marchara. El váter estaba separado por un murete de alabastro. Me agaché junto al inodoro, me metí los dedos hasta el fondo de la garganta y vomité. Me apoyé en el murete y volví a vomitar dentro y fuera de la taza del váter. Me limpié los dedos. No tiré de la cadena, para que pudiera verse bien el reguero negro que dejó el caviar. Me quejé. Por la frente me corría un sudor frío. El rey se asomó al baño, se tapó la nariz y dio unas órdenes rápidas. Me dijo algo que no entendí y volví a vomitar, esa vez de forma natural, como por la fuerza de la costumbre. Él se alejó probablemente hacia la cama. Me senté en la taza a la espera de que cayera una bomba nuclear. El propio olor del vómito me provocaba arcadas, por lo que si el rey volvía a la carga no me costaría nada echar lo poco que me quedase en el estómago.

No hizo falta, a los cinco minutos unos pasos se hundían en las alfombras y sentí inclinado sobre mí el olor a jabón neutro de Fátima. Me cogió por debajo de los brazos y me cargó. Me hablaba en árabe, susurros. Hice un gesto con la mano de adiós por si el rey estaba mirando.

Respiré cuando por fin llegamos a nuestro pabellón. Simplemente por resultarme conocido, me parecía más seguro.

—Muy ingeniosa —dijo Fátima nada más entrar—. Ahora el rey pensará que estás embarazada.

—Pues habrá que desmentirlo antes de que se entusiasme.

—Le diremos a Sultana cuando venga que ha sido una falsa alarma, que tenías indigestión.

Dormí sin desvestirme y sin echar de menos el lorazepam. La vomitona me había agotado y me convencí de que estaba enferma y debía descansar.

Un leve golpe de luz me resbaló por los párpados. Claroscuros y sonido lejano de agua. Durante unos interminables segundos tuve que recordar todos los lugares de mi vida. Ya la vomitona me había dejado hecha unos zorros. En el relojito Cartier eran las nueve y media de la mañana. Amina estaría al llegar. Nos intercambiaríamos la ropa, me dejaría ver en el jardín unos minutos sin impartir la clase y saldría pitando. Quizá podría olvidarlo todo en cuanto pasara el control y me encontrara en el viejo coche de Karen entre los naranjos y los olivos. Ni las peores experiencias de mi vida me habían prevenido para algo así. Aunque, después de todo, lo importante es que no me habían descubierto ni cortado ningún miembro de mi cuerpo, y logré no acostarme con el rey.

—Cuando Sultana entre, le enseñas el papel que escribió Amina con la promesa de silencio. Tratará de que te descubras, no lo hagas, mantente firme. Ya queda poco.

El tiempo dormitaba en los divanes, no avanzaba. Las diez estaban a años luz. La mañana no podía ser más radiante, un verano infantil. Los pájaros piaban en el jardín, se oía brotar el agua de la fuente, palabras en árabe aquí y allá que lo convertían en un oasis.

—Debes estar contenta —dijo Fátima—. El rey ya no te llamará, calculo que hasta dentro de una semana. La siguiente será Sultana, luego el gotero, quizá tenga fiebre y prefiera descansar solo. Has pasado la prueba de fuego.

—¿Cómo que una semana?

—Me refiero a Amina, no a ti. Voy a prepararte algo para desayunar.

Me negué, esperaba a Amina y mi libertad. Soñaba con tomarme un café negro, bien cargado, en cualquier parte. Y procuraría pensar que el rey se había conformado con esa situación. Pero a las diez no entró nadie. El precioso minuterero corría velozmente. Algunos pasos pasaban de largo, alguna mano tocó la puerta. Yo no le quitaba la vista de encima a Fátima y no le consentí moverse de mi lado. No le consentí alejarse a otras salas ni mucho menos salir de allí. Solo con mirarme sabía que el grito que tenía guardado en los pulmones saldría disparado a la mínima. No hacía falta amenazarla, ella sabía lo que sentía. No tuvo más remedio que abrir la puerta.

Era Haya, que preguntaba si Sonia no vendría a dar la clase. Fátima se encogió de hombros.

—No sabemos.

La niña dio media vuelta y me tumbé en los cojines. Y Fátima se sentó en el borde del diván amarillo.

—Ponte cómoda —le dije.

Fueron mis únicas palabras y deseaba que se entendieran como una orden. Hasta que Amina no apareciera, permaneceríamos allí sin comer ni beber. Una huelga de hambre que nos purificara.

—No tardará en llegar —dijo, lo que me obligó a clavarle la vista en sus ojos opacos con ocasionales chispazos de vida hasta que los desvió.

No la creía, su plan era retorcido e inconcebible. A las cinco de la tarde Amina no había llegado. Me limité a beber agua y recostarme de diván en diván contemplando las rendijas azules de las celosías. Quizá era a esto a lo que llamaban «meditar», no hacer otra cosa que pensar hasta dejar de pensar. Me incorporé de un salto cuando llamaron a la puerta, pero Fátima se lanzó a ponerme el velo y eso me hizo sospechar que no esperaba a Amina, sino a Sultana.

Sultana no me inspiraba miedo, incluso podría llegar a ser mi aliada. Sostuve su bella mirada abrillantada por extraordinarios colirios y perfiladores. Se sentó a mi lado y me preguntó cómo había pasado la noche el rey. Notaba su cadera contra la mía. Hizo el gesto de cogerme la mano, que tuve que retirar cuando deseaba ardientemente que me la apretara y la hundiera en su corazón. Le enseñé de mala gana la nota escrita del puño y letra de Amina en que se justificaba que había hecho una promesa. Me sentía triste, deprimida.

Sultana insistía en su interrogatorio sobre el rey, sobre qué me había dicho, qué le preocupaba, si había intentado algo. Fátima la puso al corriente de mi indigestión y de que aún me sentía enferma y que, desde luego, no había que pensar en ningún posible embarazo. Me recliné en los almohadones dispuesta a dormir, no había comido nada y me vencía el cansancio. Sultana, en cierto modo, parecía aliviada.

—¿Te llevará a Suiza? —preguntó.

Suiza. Valles verdes, lagos, nieve en las montañas, aire transparente. Sería un buen sitio para escalar una montaña en completa libertad con aquel novio de mis dieciséis años.

—A ver cuándo terminas con esta estúpida promesa y podemos tomar el té juntas —dijo al marcharse con su profunda voz de haber tragado mucho humo en muchos clubes.

—Has pasado la segunda prueba de fuego —dijo Fátima satisfecha.

—Déjame en paz.

Me adormecí. Me rindió el agotamiento y la necesidad mental de huir de la manera que fuese. Debí de estar traspuesta durante una hora y al

espabilarme vi sobre una mesita un buen cuenco de caviar y pastelitos de pistachos que me revolviaron el estómago. Me había desaparecido el hambre y las ganas de vivir bien, solo me rondaba por la cabeza la duda de que si esa tarde no regresaba Amina puede que tampoco regresara al día siguiente. Debía olvidarme de lo sucedido por la noche con el rey, que en el fondo no había existido porque no había ocurrido nada, y concentrarme en encontrar la clave de la solución.

Deseaba con todas mis fuerzas que se abriera la puerta de una puta vez. Si no era Amina, me pondría el velo, enseñaría la nota y me mostraría displicente, y como diría el sicólogo, que empezó a tratarme cuando murió mi padre, del resto y de lo que ocurriera a continuación ya no era responsable.

Comencé a observar con más detenimiento el entorno de Amina, una chica que atesoraría allí dentro sus entretenimientos a falta de una televisión, videojuegos, revistas. No todo podían ser baños, masajes y el Corán. El libro. Recordaba haber visto el que escondió en una caja de zapatos. No le di importancia porque un libro es algo corriente, pero no para ella, que seguramente tendría una lista de lecturas prohibidas. O lo guardaría por precaución, quién sabe. Me dirigí al vestidor. Si llegaba Fátima, me encontraría probándome zapatos. Se desparramaron por el suelo. No controlaba bien las manos y una pila de cajas se cayó y luego otra. Seguramente el libro estaría bajo unos zapatos para que no se viese al abrir la caja, así que busqué una con más fondo de lo normal. Y la encontré. Saqué unas bailarinas de Roberto Cavalli y el libro. *Nueve semanas y media*.

¡Vaya sorpresa! Había visto la película en la televisión un día que tenía gripe. Recordaba a Kim Basinger en combinación de seda y a Mickey Rourke poniéndose caliente antes de la caída sin freno de su carrera. Me senté en un silloncito del vestidor forrado de terciopelo con el libro en las manos. La solapa decía que se trataba de la autobiografía de una chica llamada Ingebord Day, dominada sexualmente de forma tórrida y espeluznante por un tal John Gray.

A las siete Fátima entró y se sorprendió al verme en el vestidor rodeada de zapatos. Me senté sobre la novela no sé por qué. Un acto reflejo para custodiar el secreto de Amina de los ojos de Fátima o porque no quería que me la arrebatara. Al menos, podría leer y me distraería de mi angustia.

—Voy a maquillarte y a vestirme mejor. Nos vamos al Beach Club. El rey está contento y quiere hacer una visita al hotel.

Una vez leí que en algunos momentos el corazón da un vuelco para ajustar el ritmo, de la misma forma que un soldado tiene que cambiar el paso para

sintonizarse con el resto de la compañía. Mi vuelco de corazón fue tan fuerte que me paralizó, creía que iba a perder el conocimiento. Y al mismo tiempo la sangre me subió al cerebro igual que un grifo abierto. Iba a ver a Fabián, a Teo, podría pedir socorro, podría meterme en el baño al que tantas veces había acompañado a Amina y escabullirme por la ventana, una ventana demasiado pequeña, a decir verdad. Podría entrar en el hotel y esconderme en una habitación hasta que se marcharan. Podría hablarle discretamente a Fabián y contarle lo que me ocurría, pero le pondría en una situación muy violenta. Imaginé su alegría cuando anunciaron la visita real. Me echaría de menos, pensaría: «¿Dónde se habrá metido esta Sonia?». Esa tarde me necesitaba. Yo conocía las costumbres de las princesas y ellas confiaban en mí, sobre todo Amina. Fabián se había habituado a estar tranquilo cuando me ocupaba de ellas. Pondría en mi lugar a Montse, que me había contado que Sultana había envenenado a la amante del rey. Quizá Fabián preferiría que Montse no supiera tantas cosas de la casa real.

Empezaba a diferenciar las abayas, la tela y la calidad de los hilos, su caída, los bordados, los tonos de negro, que van del negro absoluto, como el que hay entre las estrellas, conseguido con un entramado de unos mil hilos, al negro tenue, más en consonancia con el anochecer. Opté por un negro absoluto, con el que podría desaparecer en el jardín del Beach Club.

Me alivió mucho que Sultana fuese en el Rolls Royce del rey.

—Le aturde con conspiraciones y enemigos ocultos, con su propia enfermedad haciéndole creer que es más grave de lo que es, y lo es bastante. Le lava el cerebro —dijo Fátima refiriéndose a Sultana.

Eso me gustaba. Mientras ella estuviera entreteniéndolo, yo podría relajarme.

Fabián nos esperaba en el arco de entrada. Las palmeras oscilaron, los velos se nos movieron como brumas por el cielo. Hacía algo de fresco y en la cara de Fabián se reflejaba la preocupación por que el rey no se encontrara cómodo. Yo ahora formaba parte de la procesión hasta la carpa. Y sabía que una vez más Fabián se arrepentiría de haberla colocado tan alejada de la entrada. Las sandalias presumiblemente de brillantes se me hundían en el césped húmedo. Todos nos miraban, unos disimuladamente y otros con ansiedad. Algunos sentirían la misma confusión que yo los primeros días cuando no distinguía a Sultana de Amina ni de Fátima. Ahora la diferencia era tan clara, igual que si hubiese aprendido a distinguir las distintas clases de árboles en las borrosas manchas de Google Earth. Por un segundo me gustó pertenecer al clan de los poderosos, de quienes podían otorgar la succulenta

construcción de un aeropuerto o del edificio más alto y extravagante del mundo o de la venta de armas.

Nos reclinamos en las camas balinesas. Desde esa postura la piscina se alargaba hasta el mar saltándose el césped y la arena. Las llamas de los velones mexicanos surgían del agua fruto de un perfecto Photoshop. Hacía bien Fabián en no cambiar la ubicación de la carpa. La perspectiva era de atalaya aunque estuviésemos a ras de suelo, de castillo protegido por murallas. ¿Qué sentiría Amina ahora que estaba fuera de las murallas?

Tal como imaginé, Fabián le había encargado a Montse que se ocupara de nosotras, las princesas. Allí me sentía a salvo, de modo que, si me descubrían, Fabián y la Policía me protegerían, respondería ante la Justicia de mi país por el supuesto robo de la pulsera. Desde la tranquilidad observé a Montse dirigirse a Sultana, la envenenadora según ella, con su mejor sonrisa e inclinando la cabeza en posición de vasallaje total. Era algo que todo el mundo necesitaba hacer ante Sultana, acataban una orden que emanaba de sus huesos de bailarina, de sus venas, de sus artes secretas. Pero conociéndola como la conocía, sabía que Montse no le caía bien, le caía yo mejor, le parecía más inofensiva. Montse, con sus infantiles ojos azules, le recordaría a alguna amiga traicionera, a alguna competidora, incluso a la amante del rey. Le hizo una señal a su criada para que se encargara de ella. El pedido quedó claro. Montse se dirigió a mí mucho menos obsequiosa, abatida y decepcionada por un largo historial de falta de atención por parte de personalidades fuertes como Sultana, y sentí casi más lástima por ella que por mí, que ya era decir.

Dijo buenas noches, me entregó un papel plegado y me señaló la mesa de donde procedía. Reconocí a la chica catari, de melena más satinada que cualquier satén que hubiese visto o tocado en mi vida, que preguntó noches atrás por su hermano Yussef a Sultana. Su preocupación no le impedía estar radiante, y ahora ya me hacía una idea de cómo se conseguía una piel tan sedosa. Con la nota haría lo mismo que le vi hacer a Sultana: no tocarla e indicarle a Montse que la devolviese. Asunto arreglado, no tendría que soportar ante mis narices la frustración de esa chica. Al fin y al cabo, recurría a Amina tras el portazo que le propinó Sultana. Fátima le recitó a Montse nuestro pedido y luego, con gran audacia, le preguntó por la camarera que les servía siempre, o sea, por mí.

—Está enferma, no sabemos si regresará.

No me gustó oír eso. No debía oírlo, no debía saber, por el tono de su voz, que Montse querría haber sido la elegida desde el primer momento para

atender a las princesas y que no le pareció justo que se lo encomendasen a una recién llegada y se la privase de las mejores propinas. Y tenía razón. Yo habría sentido lo mismo si ella fuese yo, y no le habría regalado unas medias de compresión ni le habría echado una mano, como ella me la echó a mí para integrarme en el hotel. No me había interesado por ella, ni siquiera sabía si tenía pareja, hijos, si vivía sola. Cuando eso terminara, la compensaría, seríamos amigas e iríamos juntas a la playa. Puede que le contase mi aventura con las princesas. Sus infantiles ojos redondos y azules se cruzaron con los míos. Siempre me repugnó escuchar una conversación ajena, sobre todo si era íntima, o mirar por una cerradura. Me asustaba lo que pudiese ver y oír, cosas sórdidas que emborronaran la luz del sol o tan increíblemente maravillosas que me hiciesen sentir absurda y fuera de juego. En el fondo, desde el nicab estaba observando por el ojo de la cerradura a Montse, al jardín erotizado por una clientela en busca de emociones, a Fabián vigilando por si percibía en el rey el más mínimo indicio de socorro.

—Desde ahora les serviré yo —nos anunció Montse cogiendo las riendas de una situación que siempre debió ser suya.

Le hice una indicación a Fátima para que me acompañara al baño. Aunque a Montse ni remotamente se le ocurriría que yo fuese Amina, algo en mí podría resultarle familiar. Era mejor mantenerme alejada de ella. En realidad, quería ir al baño para recorrer el trayecto que hacía con la auténtica Amina y comprobar si yo surtía el mismo efecto que ella en los pobladores del jardín. Comprobaba desde las pequeñas ventanas del velo las reacciones de los rostros bronceados desde las mesas. Y sentí que solo le interesaba de verdad a la catarí que me había escrito la nota. Solo sentí con intensidad su desprecio. Los demás no me observaban igual que hacían con la auténtica Amina. Me faltaba algo que en Amina traspasaba el negro de la tela y los bordados, algo que les hacía volver la mirada.

Para mí suponía un alivio y una desilusión.

Me senté en la tapa de la taza del váter, descansando de pensar y del peso del mundo sobre mis espaldas. No soportaba la idea de tener que decidir si destapar el pastel y pedirle protección a Fabián. El corazón y el sexto sentido que me donó mi padre me decían que había más en contra que a favor. Cuando al rato me levanté agotada y salí a la zona del espejo grande sobre los lavabos de mármol, Fátima no estaba esperándome. Estaba la catarí, que probablemente me había seguido y que se hincó de rodillas ante mí. Las lágrimas le volvían los ojos más desesperados. Sostenía la nota de un rato

antes en la mano y no tuve más remedio que bordearla y salir rápidamente ante la sorpresa de otras festivas mujeres.

No encontré a Fátima cerca de los baños y como no podía cruzar el jardín sola por lo que sea, me atreví a adentrarme en la zona del huerto. Junto al grupo de palmeras que salían de un mismo tronco, oí un susurro y me paralicé. Era la voz de Fátima y otra que diría de Teo. De nuevo, el ojo de la cerradura. Me retiré hacia dentro y enseguida llegó Fátima. Su cara resquebrajada en arenisca contrastaba con una inusitada mirada tierna, jugosa y llena de vida. Se tapó con el velo y emprendimos el paseo hacia la carpa. Yo no tenía que saber que ella tenía una relación, no sabría decir si estrecha, con Teo. Una relación muy curiosa, incomprensible. Se conocían de pedir y servir bebidas, ¿cómo podían haber llegado al punto de susurrarse junto a las palmeras?, ¿qué tenían que decirse el uno al otro? ¿Se habrían enamorado? Cuando él hablaba con ella sería como escucharla por teléfono, casi no la veía. Eso sin tener en cuenta la diferencia de edad, no entre un hombre mayor y una joven, sino entre una mujer madura tapada, nunca mejor dicho, hasta las cejas y un chico.

De no haber estado tan preocupada por mi integridad física, por sobrevivir unas horas más, habría observado con más detenimiento a Fátima y a Teo, sus miradas, su complicidad cuando él se acercaba por si Fadel necesitaba algo. A los otros príncipes, hijos de Fadel, les servían otros camareros, por lo que Teo haraganeaba haciendo que iba y venía a la cocina o al bar siempre con un ojo puesto en el rey y seguramente en Fátima. Y yo ahora transformada en princesa, en lugar de acarrear las pesadas bandejas de los té, me dedicaba a contemplar recostada a la luna traída y llevada por las olas como la cabeza calva de un naufrago.

Era la primera vez que me fijaba en esos príncipes, algunos de sus treinta hijos e hijas. Sultana tenía buen cuidado de situar a los suyos en primera línea de visibilidad. Mi problema era que desconocía qué relación mantenía Amina con cada uno de ellos y rogaba en mi interior que Fátima no se moviera de mi lado por si se acercaba alguno. Iban de los veinte a los cincuenta años y puede que hubiese incluso nietos entre ellos. Procuraba no mirar a los ojos a ninguno, solo de refilón, pero si a algo estaban acostumbrados todos ellos era a mirar sin mirar, por lo que nunca sabría en qué punto estaban las cosas.

Me distrajo de esta preocupación la llegada de Fabián. No llegó de golpe, fue viniendo poco a poco, fue saliendo lentamente de la reverberación de la noche. Llevaba uno de sus trajes negros con camisa también negra y sin corbata. El rey lo atrajo hacia sí, por lo que él se agachó hasta descansar la

cabeza en su pecho. El rey se la acarició lo mismo que un padre a su hijo, haciendo subir y bajar la mano que también yo había tenido sobre mi cabeza. Y ese era el mismo hombre que dictaba sentencias de muerte y latigazos como en la época de Jesucristo. Era absolutamente imposible que me decidiera a arrancarme el velo y cantar la verdad a los cuatro vientos. Conocía varias personas que lo habrían hecho, pero yo no estaba preparada. Tras la muerte de mi padre rehuía cualquier situación que recordara un estallido, la destrucción del momento sea cual sea ese momento. No podía destruir el abrazo entre Fabián y Fadel y no podía destruir el universo.

El rey le dijo en inglés que sentía mucho la pérdida de su hijo. «Tengo treinta hijos —añadió— y cada uno significa todo para mí. No puedo ni imaginar lo que es perder a tu único hijo».

Yo tampoco podía imaginarlo, se me hizo un nudo en el pecho y tuve que apretarlo con la mano porque me dolía. Acababa de enterarme de que Fabián tenía un hijo y que este hijo había muerto mientras yo estaba en el palacio. Unas fuerzas invisibles me paralizaron por dentro y por fuera. Fabián levantó la vista y se encontró con mis ojos seguramente despavoridos. Permanecimos un segundo fijos el uno en el otro. Él no tenía ni idea de que estaba mirando a una Sonia desarmada que no podía decirle cuánto lo quería y que solo por eso, para no crear una crisis entre la casa real y el Beach Club, esa noche regresaría al suplicio del palacio. Cuando Fabián se deshizo del abrazo del rey, se alejó hacia la oscuridad y las luces.

Me hice la remolona todo lo que pude para que Sultana se metiera en el Rolls real. Yo subí al primer Mercedes de una caravana de Mercedes que ocupaba el aparcamiento, un solar cercano y parte de la carretera. Íbamos solas Fátima y yo, pero no podía hablar porque todos los conductores, guardias, jardineros, asistentes personales y en general cualquiera de palacio eran unos chivatos integrales. Ellos lo considerarían un rasgo de lealtad. Le apreté la mano a Fátima con la intención de apropiarme de algo de su fuerza y desprecio hacia sus semejantes y pensé que con toda seguridad la conversación entre ella y Teo habría girado en torno a la muerte del hijo de Fabián. Por su parte, Fabián, en medio de su tragedia, ni siquiera se habría dado cuenta de la ausencia de la Sonia camarera. Puede que ni siquiera tomase él la decisión de poner a Montse en mi lugar.

Fátima me devolvió el apretón intentando soltarse, pero retuve la mano con más fuerza. Me miró extrañada, en sus planes no entraba algo así. Le devolví una mirada apenas por Fabián, tan delgado, de negro, que aún le hacía más delgado, dejando caer dolorido todo el peso de la cabeza sobre el

amplio pecho del rey mientras este le consolaba. Estaba retándola a deshacerse de mí. Con la mano libre me quité el velo y se precipitó a colocármelo. El conductor podría darse cuenta de que yo no era Amina. Cada uno desde su cometido debía proteger la integridad de la casa real, por lo que todos gozarían de buena memoria y serían magníficos fisonomistas. Su mano era más suave que su cara, de huesos que podría aplastar con la mía, mucho más recia, acostumbrada a agarrarse a las rocas, a apartar zarzas, incluso con un callo en un dedo por el roce del bolígrafo al tomar apuntes durante todos los años de estudios. Fátima suspiró incómoda, se notaba que la unión de sudor de nuestras manos le resultaba repulsivo. Me aproximé más a ella, nuestras caderas se rozaban, ella se retiró varias veces, pero aunque el espacio de los asientos era del tamaño del saloncito de Karen, hubo un momento en que la encajoné contra la puerta. Me pegué a su brazo, al muslo, le respiré al oído. Y entonces se cabreó, luchó conmigo y me di cuenta de que yo era más fuerte, no podía soltarse ni separarse. Su rictus de mala hostia me atemorizaba, pero la tristeza de Fabián me había envalentonado. Para divertirme solté un sonido, al que podría seguir otro y otro, una palabra que definitivamente me descubriera, lo que aterró a Fátima. Languideció en mi poder, dejó de pelear, se resignó. Yo no cedí hasta que llegamos al palacio y salimos del coche. Andando por los pasillos me sentí mejor que otras veces, notaba la abaya alrededor de las piernas como alas. El miedo había disminuido peligrosamente.

Así que ya en mis habitaciones me duché, habían dejado de apetecerme los baños y los masajes, y amenacé a Fátima confesándole que en el Beach Club estuve a punto de revelar quién era y que me arrepentía de no haberlo hecho, por lo que si a las diez de la mañana no llegaba Amina me las arreglaría para marcharme. También la advertí de que, si intentaba volver a meterme en la habitación del rey, gritaría. No me importaba el escándalo.

—Esta noche Fadel —dijo sin la frialdad que la caracterizaba— está hecho polvo. Tendrán que ponerle el gotero y la mascarilla de oxígeno, aparte del dolor de cabeza que le habrá levantado Sultana en el coche.

Debía de ser todo un espectáculo ver actuar a Sultana, verla comiéndole el coco al rey. Con el tiempo, Amina tendría hijos y trataría de relegar a los hijos de las otras esposas pasadas y presentes en favor de los suyos, para lo que debería refinar sus artes persuasivas y acabaría siendo como Sultana. Claro que, puesto que el rey no iba a durar tanto, todas estas guerras no tendrían sentido. La verdad era que la muerte de Fadel podría acabar con mi situación. Si muriera esa noche, el revuelo sería tal, la confusión sería de tal calibre que

yo podría desaparecer, me darían por muerta y sanseacabó, y Fátima tendría la boca más cerrada y apretada que nunca porque sería cómplice. Me acometió una sensación agria en el estómago, hasta ahora jamás le había deseado la muerte a alguien. En los momentos más angustiosos siempre había deseado morir yo.

El colchón y las almohadas estaban rellenos de plumón de ángeles y opio o algo parecido porque nada más tumbarme me hundí entre nubes, y en esas nubes estaba el hijo de Fabián, un niño indefinido que flotaba. Me entraron ganas de llorar y no podía despertarme ni mover un músculo, hasta que pequeñas monedas de oro empezaron a rodar por el techo, las paredes, el suelo y también por mi cara. Consulté el relojito Cartier. Eran las ocho de la mañana. Era la primera vez que dormía tan profundamente sin lorazepam, como si los quebraderos de cabeza ahuyentaran los quebraderos del corazón. Aún quedaban dos horas para que Amina regresara al palacio y a su auténtica vida de mierda.

Fátima no estaba. Me duché y anduve de un lado para otro. Si algún día tenía el valor de contarle todo esto a Fabián, no se lo creería, y mamá menos. Luego busqué entre las cajas de zapatos, ya requetecolocadas por Fátima, y encontré la mía. La más corriente, de cartón normal, correspondía a las bailarinas Roberto Cavalli. Me puse a leer un rato. La novela era menos edulcorada que la película, rezumaba una escabrosa verdad. Cerré los ojos para imaginar mejor lo que había sentido Amina. Por un lado, nostalgia; por otro, excitación. En ese momento daría por supuesto que toda mujer occidental tendría un John Gray que la torturara de placer. Nos catalogaría como aventureras de la vida. Creería que en cuanto traspasara las murallas de palacio y la cama real se toparía con un tipo que la encerraría en un lujurioso cuartucho. Y quién sabe, no era imposible que le ocurriera.

A las nueve necesitaba un café desesperadamente, era raro que Fátima no hubiese traído el desayuno. No podía controlar los nervios, no había señales de que ese día pudiese salir de allí. Y al mismo tiempo debía tener la mente clara para no olvidarme de nada si llegaba el momento. Primero comprobaría que en la bolsa de lona que se llevó Amina continuaba mi cartera con el DNI, el móvil, las llaves del apartamento de Karen y las del coche. Luego me cambiaría de ropa, los mismos pantalones, camisa y gorra que traería Amina, y le preguntaría si en la puerta del pabellón había unas deportivas esperándome. Haría el paripé de dar una clase y me marcharía para no volver.

Llamaron a la puerta. Maldita Fátima, ¿dónde estás? Los golpes eran suaves, además Fátima no llamaría, entraría sin más. Tendría que tratarse de

Amina, que por fin regresaba al palacio con toda la cautela del mundo. Pero ¿por qué llamaría a la puerta? Me coloqué el velo, metí la novela bajo un cojín y abrí. Siempre llevaba conmigo el papelito con la justificación de mi silencio.

Era Haya, la chica de catorce años.

—¿No viene Sonia? —preguntó en árabe.

Me encogí de hombros y abrí las manos dando a entender que no lo sabía, lo que no la convenció para marcharse. Entró despacio, pisando huevos. No se me ocurría qué hacer para que se fuese. ¿Espantarla? ¿Cogerla por los hombros y echarla y así crearme una enemiga? Amina podría entrar de un momento a otro. Le señalé el baño indicándole que iba a recluirme allí. Ella me sonrió y se sentó en el diván rosa, esperaría. Así que opté por sentarme en el diván morado como una estatua, escondiendo las manos en las mangas lo más posible. Le envié un mensaje telepático a Fátima: «Ven de una puta vez».

Haya se levantó y vino a sentarse junto a mí. Me abrazó. No supe reaccionar, la miré despavorida. Esta niña no tenía otra cosa que hacer que ser lista, sagaz, su inteligencia era fresca y con capacidad para millones de detalles que quedarían grabados en piedra. Le acaricié el pelo, sus rizos lanudos y suaves, de cachemir. Los estrujé contra mí, le hundí la cara en mi pecho. Le besé la frente a través del velo. Si no podía deshacerme de ella, necesitaba su complicidad. Se despegó con la cara sofocada, no se esperaba tanto amor de Amina.

—Algún día tendrás una hija como yo, no te preocupes —dijo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, que podrían convertirse en torrenciales porque necesitaba desahogarme, liberarme, y Haya comprendió que era el momento de retirarse. En la puerta giró su cara preadolescente, sus ojos entre soñadores y escrutadores, y cerró la puerta. Caí de espaldas en el diván y miré la hora, ya eran las once y media. Me encontraba conmovida y extrañada por el abrazo de Haya. Puede que se rumorease que Amina no podía tener hijos y que esta tierna situación de consuelo se hubiese repetido más veces.

Había cenado poco, lo picoteado en el Beach Club, y no había desayunado y la sangre me llegaba al cerebro aguada. Discurría ligera por senderos luminosos donde una Haya sonriente me abrazaba y pasó por un pequeño desvío en que ella aspiraba mi olor, diferente al de Amina. Se me había olvidado ponerme su perfume. No era imposible pensar que sospechase que yo no era Amina y hubiese venido a comprobarlo y de alguna manera a decirme que lo sabía y que no iba a delatarme. Pero al mismo tiempo me dijo

eso de tener una hija como si realmente yo fuese Amina. En pocos años la sofisticada mente de Haya les ganaría a todas. Me puse a leer de nuevo el embrollo de vergüenza, sumisión y etcétera de la protagonista sin concentrarme, así que tapé la novela y me dirigí al balcón. Haya conversaba y reía con otras niñas y sentí un sobresalto cuando Sultana entró en escena y se acercó a ellas. Haya no habló casi, debió de decir algo así como «estamos bien». O «mamá, ¿qué quieres?».

Respiré al sentir la brusquedad de Fátima abriendo la puerta. Pasó de costado con una bandeja.

—Aquí tienes algo de desayunar, también te servirá de almuerzo.

Todo estaba frío, la escarcha del caviar, deshecha, solo verlo me provocaba náuseas, deduje que la bandeja habría estado esperando en cualquier parte.

—Iba a marcharme —dije en el tono de nuestra última conversación y que sabía que la acojonaba—, pero ha venido Haya y me ha entretenido. Creo que sabe quién soy.

—Esa niña —dijo—. Eres la segunda esposa, no tenías por qué consentir su presencia. Debes hacerte respetar.

De sobra sabía ella que con Sultana no se jugaba.

—¿Qué pasa con Amina?, ¿tampoco viene hoy?

Se puso a reordenar el vestidor. No se veía capaz de mentir más.

—He ido al pueblo a comprar pasteles. Necesita dos días más.

—¿La has visto? ¿Has estado en el apartamento?

Negó con la cabeza sin dar más explicaciones.

—Lo siento —dijo—. Yo también quiero que vuelva y que esto acabe.

Me derrumbé en el diván azul y ahora sí que los ojos se me llenaron de lágrimas que no cabían dentro.

—No podéis hacerme esto.

Estaba hablando más alto de lo recomendable y Fátima me rogó silencio. Me cogió la mano pensando, por la experiencia del coche, que ese contacto me agradaba y se la solté. Le pedí que me dejara sola, quería llorar de verdad, a lo bestia. Quería desangrarme en llanto, no dejarme ninguna lágrima dentro, desecarme. Convertirme en desierto, con arena, dunas y espejismos. Hasta que Fátima se precipitó sobre mí y me colocó el velo. Había oído o intuitido a Sultana junto a la puerta. Los desarrollados sentidos de esas mujeres sonaban como campanillas en la entrada de una tienda.

Resultó un gran golpe de efecto para Sultana encontrarme en trance, con los brazos protegiéndome las costillas del dolor de llorar, parecido al dolor de

reír.

—No puedes hablar, pero puedes llorar —dijo Sultana en tono de reproche pero sin la mala baba que se le atribuía, más bien con una nota de ternura.

Fátima hizo un gesto de impotencia.

—¿Tanto te importa tener hijos? —añadió acercándose y reprimiendo el impulso de alargar una mano hacia mí para pasármela por la cabeza, por un brazo o para ayudarme a levantarme—. Al rey no le importa, te lo aseguro, tiene hijos de sobra. No debes sufrir.

Haya no me había descubierto, realmente pensaba que me atormentaba mi no maternidad y se lo habría comentado a Sultana.

—En fin, esta noche estamos invitadas a una fiesta en el yate Lady. El dueño es gran amigo de Fadel, tienen muchos negocios juntos, por lo que nos pondremos nuestras mejores galas. —Se dirigió a Fátima—: Báñala, perfúmlala y maquíllala.

El Lady, atracado en Puerto Banús, y mil veces fotografiado en las revistas por lo grande que era, lo ostentoso y las fiestas. En otras circunstancias me habría hecho mucha ilusión ir.

Me pareció que Amina aún no le había dado motivos a Sultana para odiarla. La consideraba un entretenimiento del rey y, de ser cierto lo que Montse decía de ella, ya se encargaría de que sus futuros hijos no pudieran hacerles sombra a los suyos.

Antes de cerrar la puerta, se volvió.

—¡Ah! Fadel quiere que al regreso de la fiesta acudas a sus habitaciones.

Se me cortó el llanto. Acabábamos de pasar a otra fase en la que ya no cabían las lágrimas ni ninguna reacción humana. Fátima lo captó y me acercó la bandeja. Tenía que comer, tenía que descansar. Ella se encargaría de convencer a Amina para que volviese. No debía preocuparme por Fadel, la fiesta lo dejaría para el arrastre. No dije nada. Me limpié la cara mojada y el agüilla que me salía por la nariz con el velo y lo tiré en medio de la habitación. Revoloteó como una hoja carbonizada. Daba igual que Fátima fuera o no sincera, Amina no pensaba volver, le habría tomado el gusto a llevar el ombligo al aire y coger una buena trompa, a bañarse en bikini y besarse con los chicos en público, no había vuelta atrás. Cuando me descubrieran, ella ya viviría perfectamente camuflada, quizá en Madrid o Málaga. Fátima tampoco lo tenía fácil, también debería pagar por encubirla. La ahorcarían, le darían mil latigazos o la descuartizarían y tirarían los

pedazos a los peces. Y sin embargo no la sentía en mi equipo. Volví a pedirle que me dejara sola.

—No vayas a hacer ninguna tontería.

Negué con la cabeza.

Me acerqué la bandeja y comí lo que pude sin ganas, me bebí el té frío. Luego me dormí en el mismo diván morado. Sentía el bulto de la novela bajo los pies y se me cerraron los ojos. El cansancio era maravilloso, un bálsamo, una manta de algodón, una nube, olvido puro, un tren suave y silencioso que me transportaba a la nada.

Al despertarme, me vi tapada con una colcha. Me encontraba bien así, descansando eternamente. Se me pasó por la mente mi madre, a la que no había llamado en varios días, pero no quería pensar en ella, ni en su preocupación por mí. Las hojas de las palmeras daban contra las cristaleras del balcón creando un conjunto verde, azul y blanco. En la tierra abunda el verde y en el cielo el azul y por eso quizá fue un color tan difícil de conseguir y tan caro en sus inicios. Me entretuve pensando en el antiguo Egipto y me entretuve pensando en faraones vestidos de azul. Y en tener un plan.

13

Le dije a Fátima que, para la fiesta en el Lady, abriríamos el joyero y me pondría una pulsera y anillo de aguamarinas que había visto y que sin ser ostentosos ocupaban un lugar preferente.

—Bien elegido. A ella le gusta mucho ese conjunto, no le parece tan serio como los brillantes y además se lo regaló su madre. Entonces te aplicaré debajo del negro un tono azul en los ojos. Y te vendrían bien las sandalias con pedrería.

Todo me parecía bien. Metí la novela en la caja de las bailarinas. Le pedí la abaya y el nicab negro absoluto de la noche anterior y debajo me puse un vestido azul, mini, con escote palabra de honor con el que ya no me sentía una monja, algo que Amina habría hecho muchas veces y por eso cuando cruzaba el jardín del Beach Club, se contoneaba dentro del vestido, no de la abaya por muy bordada que estuviera, y por eso yo no causaba la misma sensación.

A las ocho estábamos saliendo camino del puerto. Pensé en Fabián, en su dolor y en el Beach Club medio vacío. Todos estaríamos en el yate Lady.

Como siempre, ocupábamos toda la carretera, toda la calle y todos los aparcamientos, y todo el mundo se plegaba con gusto a esta situación. Por las ventanillas veía mi vida. Me veía caminando en pantalón corto y pensando en si me acercaría por la playa o no antes de entrar a trabajar. También me vi dudando si venir o no a Marbella a sustituir a Karen, cosas aparentemente insignificantes como si cualquier momento, por pequeño que sea, produjese un antes y un después. Antes de morir papá y después, antes de cumplir veintidós y después. Antes de cumplir los veintisiete y después.

Cuando bajé del Mercedes envuelta en una atmósfera irreal de vida de otra gente, sentí que el enjambre de luces del Lady me iluminaba y me arrancaba la ropa. Me sentía en uno de esos sueños en que uno va desnudo sin darse cuenta y todos lo miran. «La joven», oí que decía alguien. La gente intuía el vestido palabra de honor. Esperaba que ese súbito atractivo mío no lo notara el rey. Esperaba que Sultana se sentara junto a él en un primer plano y que a mí me relegaran unos pasos más atrás. De hecho, si él quería pasar la

noche conmigo, tendría que compensar a la primera esposa concediéndole una gran exhibición de poder. Hasta ahora mi modestia había puesto a Sultana de mi parte, en el sentido de no abrigar el impulso de envenenarme igual que, según Montse, había hecho con la amante extranjera.

De pronto se produjo un revuelo en torno al Rolls de Fadel, y Fátima me pidió que entrara de nuevo en el coche. Por lo visto, el rey se negaba a subir la rampa hasta cubierta en silla de ruedas, y las escalerillas, utilizadas como una especie de *photocall* para los fotógrafos apostados fuera, suponían un reto imposible. Así que permanecimos todos, unas cuarenta personas, en nuestros Mercedes en fila formando un reguero de hormigas gigantes hasta que a la media hora Fadel salió del Rolls con una capa color crema tejida con hilos de plata que refulgían bajo la luna y los focos convirtiéndolo en un merengue descomunal. Nadie podía escapar a su presencia.

—Ya podemos salir —dijo Fátima—. Han colocado un elevador provisional.

Sultana se sentó a su lado, de modo que él no pareciese tan débil, y los demás subimos por la escalerilla, yo la primera. Los flases podrían delatarme y también ayudarme. Éramos como siempre el centro de atención. Sultana se había enfundado los guantes de seda negros y sus ojos no podían ser más grandes ni más brillantes, en competencia con el mar y las estrellas que nos rodeaban.

Nos dirigimos en fila silenciosa y altiva hacia nuestros asientos dispuestos en cubierta, en un lugar de dominio y exclusividad, puesto que nosotras no alternaríamos entre los invitados como el resto de las damas escotadas y llenas de vida. Nos divertiríamos por dentro, en nuestra imaginación y con nuestra permanente observación. Estaríamos en medio de la fiesta sin participar.

Me senté, como tenía pensado, un poco más atrás que Sultana, resistiéndome a los intentos de Fátima de que ocupase el lugar que me correspondía. A veces olvidaba que yo no era Amina o pretendía que lo olvidara yo. Creo que el rey un par de veces me buscó con la mirada, pero enseguida lo distraían. Era el hombre más saludado y reverenciado, prácticamente se hacía cola para poder hablar con él unos segundos.

El anfitrión era un hombre bajo, de cara redonda y bigote, vestido con un traje de verano gris perla y camisa negra desabrochada hasta el pecho, sobre el que colgaban unas cadenas de oro. Exudaba pulcritud por una piel reluciente que delataba masajes, mascarillas y cremas de alta gama para sacarse todo el partido que podía, que era muy escaso. Incluso el rey con sus

anchuras, años encima y párpados caídos resultaba más atractivo. Con gusto me habría lanzado a una de esas copas de champán que pasaban en bandejas sin parar, y no los zumos que casi no bebía por el rollo del velo, una maniobra que a la gente le gustaba observar para así cazar un trozo de labios, de barbilla, lo que unido a los ojos podían componer una idea de cómo éramos.

También allí numerosas señoras con lentejuelas, satenes, pechos amarronados por el sol, rostros brillantes y pesadas joyas se aproximaban a Sultana, inclinadas porque ella no se levantaba. Le entregaban tarjetas y palabras, deseos, angustias, súplicas que ella trasladaba a su criada. Sultana, desde su posición a la izquierda del rey, se limitaba a escuchar y como mucho les ofrecía la mano enguantada. Era una montaña sagrada en cuyo interior se custodiaban la fortuna, la suerte y los deseos cumplidos. A la derecha del rey, el dueño del Lady iba presentándole a quienes tenían el privilegio de saludarle. Luego permanecieron rodeándolo en amplios sillones blancos unos cuantos hombres con trajes de *sport* y dos con chilaba que debían de ser hijos o nietos. Era impensable que hablasen de otra cosa que no fuera de compra de armas, venta de petróleo, oscuras comisiones.

Me encontraba detrás de Sultana, que en un receso de su poder con un zumo en la mano enguantada se volvió para hablarme. Fátima me cogió del brazo para frenar mi impulso de inclinarme hacia su boca. No debía olvidar que yo también era esposa del rey y tenía tantos derechos como ella, y si le cedía esa primera posición tan relevante era porque no deseaba competir. Fue ella quien se inclinó cerca de mi oreja: «De vuelta a palacio subirás en el coche con Fadel. Iréis directamente a sus habitaciones. Esta noche está muy animado».

No había entendido todas las palabras, pero el mensaje estaba claro. El aliento de Sultana olía a alcohol. En su vaso había algo más que zumo. Naranja con vodka probablemente. La atmósfera del Lady estaba tan embotada por el alcohol y la música de Paulina Rubio y Juanes que la gente no notaría el pequeño pedo de Sultana, pero yo sí. Cuando, tras morir mi padre, mi madre al fin fue capaz de salir de la cama, empezó a tomarse un *gin-tonic* a media tarde si no estaba en el hospital para levantar el ánimo y un chupito de ginebra después de cenar agarrándose a la práctica de la reina madre de Inglaterra de pimplarse una ginebra diaria. Hasta que un día, al llegar del colegio, la encontré desmayada en el sofá en medio de una vomitona. La duché, lo recogí todo, le hice café. La metí en la cama, le di un beso en la frente. Y entonces recordé ese suave olor como a colonia que siempre traía del trabajo, que envolvía sus palabras y todo su ser como a otros

el humo del tabaco, un perfume o el propio sudor. No llamaba la atención, no hacía pensar. Así que ni el velo, por tupido que fuese, impidió que el vodka se separara de la naranja en el laboratorio de mi mente. Sultana no era infalible. Pobre mamá, solo su sentido de la vergüenza hizo que el alcohol le repugnara a partir de aquel momento.

Sí que Fadel parecía bastante animado. Soltaba alguna carcajada ante las ocurrencias de alguno de sus aduladores mientras anhelaba el momento de estar conmigo, y esta vez no habría escapatoria. A no ser que comiese demasiado, le subiera el azúcar y sufriera un coma o algo así. Pero no podía esperar un milagro, no podía arriesgarme. Miré alrededor. Habían subido más invitados al barco y prácticamente se daban codo con codo, cualquiera podría pasar desapercibido, menos una esposa del rey. Sería difícil deshacerme de Fátima y los guardianes e imposible bajar por la escalerilla del barco y marcharme sin más con ese atuendo. No podría andar ni un metro.

Le pedí a Fátima que me acompañase al baño. Afortunadamente estaba situado bastante lejos, había que darse un paseo entre lamés, lentejuelas, chaquetas de lino, bandejas con copas, cigarrillos, solo quedaba sin iluminar una parte a la que se retiraban algunas parejas.

Por dentro, el baño estaba forrado de una madera que parecía carey con preciosos espejos y banquitos tapizados en raso. Fátima se sentó en uno a esperar a que yo saliese. Mi predecesora en el uso del váter se había dejado media copa de champán sobre la cisterna y me la terminé de un trago. ¡Guau! Me sentó de maravilla. Tenía que largarme de allí o pasaría la noche con el rey, que me metería sus aplastados dedos por todas partes y me lamería el cuerpo, y lo peor es que pretendería que yo le lamiera el suyo. Y además me descubriría. Fátima se levantó al verme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó por el tiempo que había pasado dentro.

Cabeceé afirmativamente y comenzamos a abrirnos paso. Ella iba delante, de vez en cuando miraba para atrás para no perderme. Pero la última vez que miró ya no me vio.

Había aprovechado el barullo para desprenderme del nicab y escabullirme entre un grupo tumultuoso que se contoneaba sin parar al ritmo de *Corazón partío*. La brisa me revolvió el pelo. Luego me quité los pendientes de aguamarina. Tras unos sillones en penumbra me despojé de la abaya y me quedé con el vestido palabra de honor. Después coloqué la pulsera y los pendientes en un asiento junto a la borda.

Y ese era el gran momento, la oportunidad, y debía aprovecharla sin que me temblasen las manos: hice un fardo con la abaya y el nicab y lo tiré por la borda junto con el relojito Cartier, del que estaba hasta la coronilla por haber estado en mi contra todo el tiempo.

A continuación me despegué de la barandilla y cogí una copa de champán que alguien había apoyado en una mesita redonda.

Un chico que había visto volar las ropas negras se acercó a mí y me preguntó preocupado: «¿No ha visto a alguien arrojar al mar?».

—Me ha parecido que sí —dije tranquilamente, y tranquilamente me alejé de allí y anduve con mi vestido palabra de honor y mis preciosas sandalias y mi copa, con el pelo suelto, hacia la salida. No llevaba bolso ni tabaco y le pedí un cigarrillo al guardia de seguridad al pie de la escalinata.

—Ahí dentro no se puede ni respirar —dije.

Él me encendió el cigarrillo y comentó que las fiestas del Lady eran la bomba.

Comencé a pasear dándole caladas al cigarrillo hasta que desaparecí de la vista del guardia y eché a correr. Tenía ganas de saltar, de gritar. Me sentí más ágil que nunca, quizá por los litros de zumos y de té. Aún podía presentarme en el Beach Club. No, sería mejor ir al apartamento y echar de allí a patadas a Amina para que se enfrentase a la vida sin aprovecharse de nadie, para que aprendiera a escaparse como yo. Sonreí imaginando la cara de Fátima. «Que se joda Fátima».

No era muy tarde, las doce. Las terrazas rebosaban de gente saludable que en cuanto llegara el invierno palidecería completamente y se convertiría en otra gente. Algunos hombres que antes no me habrían mirado ahora me miraban como si me hubiese recubierto de cierta fantasía.

Tardaría casi una hora en llegar al apartamento y por el camino, si Fátima se iba de la lengua, podrían alcanzarme, meterme en uno de sus Mercedes por la fuerza y secuestrarme, cualquier excusa podría ser buena. En el yate estarían enloqueciendo, una princesa no desaparece así como así. Aunque juraría que Fátima estaría dando vueltas angustiada antes de dar la alarma. Esperaba que encontrasen los pendientes y la pulsera y que a alguien se le ocurriera la idea de que Amina se había tirado por la borda. No sería la primera ni la última vez que una princesa haría lo que fuese por escapar. De todos modos, yo era libre y no tenía que acostarme con el rey y esta sensación me impulsaba a andar rápido, a volar hacia mi hogar.

Las sandalias eran nuevas y los pies me ardían. No estaban hechas para caminar kilómetros, sino para asomar delicadamente bajo una abaya. Y

cuando logré llegar al apartamento, subí cojeando hasta la puerta número 32. Llamé con los nudillos y oí unos pasos descalzos y sordos como los que oía en el palacio. Llegaron hasta la puerta y tras estos, otros, lo que me desconcertó. Toqué más fuerte y grité por la ranura de la puerta: «¡Amina, abre!». Apliqué la oreja. El silencio era excesivo. No era el silencio normal recorrido por vibraciones y ruidos imperceptibles, sino un silencio forzado, muerto. Pegué un puñetazo en la puerta.

—¡Amina, abre! ¡Es urgente!

Me daba igual que se escapara por la terraza o que se suicidara de verdad, solo quería que me abriese la puerta y tumbarme en mi cama.

—¡Abre de una puta vez!

Ella no abrió, pero la puerta de al lado sí. Salió el vecino que debía de hablarles a las flores.

—¿Qué pasa aquí? —dijo un hombre en calzoncillos.

—No puedo entrar en mi casa.

—Pues entra en la mía, pero déjame dormir.

Accedí con aprensión.

—¿Eres amiga de Karen? —preguntó bostezando, lo que supuso un cierto alivio hasta que me propuso dormir con él.

—Me ha prestado el apartamento. Lo comparto con una amiga que creo que se ha tomado algo y está grogui. ¿La has visto alguna vez?

Se rascó la cabeza y todo lo que hay debajo de los calzoncillos.

—Solo a un chico que entra y sale de vez en cuando, pero suena música todo el día, al principio creí que había vuelto Karen.

Desistí de volver a llamar y bajé la escalera con dificultad, con las sandalias en la mano. Todo me quemaba las plantas de los pies: el frescor, la arenilla que habían soltado otros pies, la desigualdad en el moteado del terrazo, las partes más suaves y en las que se había levantado el pulido. Al llegar a la piscina en forma de riñón me quité el vestido y me zambullí en el agua. Al salir, uno desde una hamaca más borracho que una cuba me dio las buenas noches. Me vestí y me tumbé en otra hamaca. En algún momento Amina tendría que salir. Entornaba los ojos, contemplaba la luna, pensaba en mi maravillosa vida, a excepción del dolor por mi padre, anónima y escasa de recursos. Nunca imaginé que fuera tan buena y que me angustiara tanto perderla. Pensaba en el viaje con mi madre a Disney World, en la atracción de Alien cuando nos fijaron a un sillón en la oscuridad y un soplo caliente nos rozaba el cuello y nos estremecíamos de terror y placer. No creía que otra vida mejor me gustara tanto. Ya no odiaba mi trabajo por horas en el Burger.

A las tres de la mañana oí rodar por los adoquines de un color tan rosa como la carne de un bebé, que separaban el jardín del aparcamiento, algo pesado. Alcé medio cuerpo hacia un toro negro al que le faltaba echar humo por la nariz y en cuyo lomo se reflejaban las estrellas. Era una moto que empujaba un chico delgado que no era ni más ni menos que Teo. Sí, Teo, ¿qué hacía allí? Nunca le comenté dónde vivía, luego no venía por mí, quizá por un amigo suyo, a veces se dan estas casualidades. Aunque no en este caso, porque Amina apareció de repente saltando el tramo final de cinco escalones de la escalera.

Se abrazó a él y se colgó de su quebradizo cuello. Él la besó y la apartó, tenía que aparcar. Ella lo esperó con los brazos completamente abiertos dejando que la brisa pasara a sus anchas por ella, le revolviera el pelo y le hiciera tintinear los pendientes igual que los ahuyentapájaros y ahuyentaespíritus que se agitan en los porches de las películas americanas. Llevaba puestos unos vaqueros rotos de Karen y una blusa que le estaban grandes. Estuve a punto de gritar «¡Amina!», ir hasta ella, agarrarla del pelo y arrastrarla alrededor de la piscina. Pero desde que vivía en el palacio, había comprendido que ante las situaciones extrañas lo mejor era observar, pensar y actuar, y nunca al revés. Teo regresó de aparcar con una bolsa de las que ofrecen en el Beach Club por si algún cliente quiere llevarse sus sobras y que están intactas desde el día en que llegaron.

Dormí en la hamaca sin temor a que me llamaran al lecho real. Nubes marrones, el Hubble, soles lejanos, cohetes en la luna, la estación espacial internacional, meteoritos que no volverían a pasar hasta dentro de cinco mil años, el Meteosat y dos mil satélites artificiales más, Venus brillante, Marte rojo, la Osa Mayor, la Osa Menor, Sagitario y terciopelo negro que podría atravesarse con la mano. Maravillosa libertad.

Me despertó el fresco del amanecer. Tenía los hombros y todo lo que deja al aire un escote palabra de honor entumecidos. En cambio, las ampollas de los pies habían mejorado. Estaba deseando conocer la repercusión de la desaparición de Amina en los medios. Necesitaba un café, dinero, ponerme ropa cómoda y ver las noticias. En esos momentos era una vagabunda y no podía esperar hasta la una, hora a la que Teo entraba a trabajar, para subir al apartamento. Y además era mejor mantener una cierta ventaja sobre ellos.

Me dirigí al aparcamiento y lo recorrí dos veces en busca del coche de Karen. No estaba, luego era impensable que Amina lo hubiese conducido hasta allí desde el palacio. Decidí ir andando o en autostop hasta el Beach Club, allí tenía todo lo que necesitaba.

Me subí al descapotable de una pareja rubia que camuflaba con gafas negras una trompa de campeonato y que comprendía perfectamente la situación de una chica con pinta de regresar de un fiestón. Así que se empeñaron en apearme en el mismísimo Beach Club.

Empezaban a servir desayunos para los turistas más madrugadores. Los camareros me miraron extrañados, se suponía que no entraba hasta las cuatro. Les pedí un café y una tostada, no había cenado la noche anterior. Uno me sonrió cómplice y me sirvió un desayuno en toda regla. «¡Qué vestido tan bonito!», dijo. Empatizaba con mi supuesta juerga, todos empatizaron, como cuando la tragedia se desencadenó en mi familia y todos empatizaban con mi dolor. Pedí prestados veinte euros, cogí una de las grandes toallas de la piscina, me puse el bikini que Karen guardaba en la taquilla y me marché a la playa. La toalla era de rizo grueso, casi tan blanda como una colchoneta, Fabián mandaba hacerlas expresamente para el hotel en Portugal. Me tendí en ella.

Dormí un buen rato, feliz, pensando que siempre hay una solución para todo, más que pensándolo sintiéndolo alegremente. No estaba encerrada, no vendrían a buscarme para meterme en la cama de Fadel, tenía trabajo y podría ver a Fabián, y el sol me daba en la cara. Una ola me lamió el pie. En algún

momento tendría que ir a recoger el coche de Karen al palacio y Amina debería entregarme las llaves. La felicidad se disipó y me cubrió una sombra. «Pareos, vestidos», dijo un chico negro y alto, uno de los senegaleses que vendían bisutería y ropa *adlib* por la playa. Ambos nos quedamos mirando unas lanchas con buceadores que escudriñaban atentamente las aguas.

—Buscan a una princesa —dijo el chico.

—¿Quién dice eso?

—La radio. —Me señaló sus auriculares y me los ofreció para que lo comprobara por mí misma:

«Se plantea el suicidio como la hipótesis más probable, a pesar de que la familia real saudí se resiste a darla por buena. Nada en el comportamiento de la princesa Amina justifica esta acción, por lo que se mantienen abiertas todas las líneas de investigación. La princesa es la segunda esposa del rey Fadel. Tiene diecisiete años. El monarca saudí, gran amigo de...»

El chico se merecía que le compensara comprándole algo con los veinte euros, pero debía reservarlos y me sentí miserable.

Le di las gracias y me tumbé de nuevo.

Regresé al hotel bastante descansada a eso de las tres. Me duché, me puse el uniforme y me serví un zumo *detox* y un café. Eché un vistazo a *La Tribuna de Marbella*. En primera página, en un recuadro más pequeño que los incendios en Galicia, aparecía la foto de Amina (o sea, yo) subiendo por la escalerilla del yate Lady. También se mencionaba el posible suicidio. Le pregunté al camarero que me había servido el desayuno cómo se encontraba de ánimo Fabián. Y él meneó la cabeza.

—Lo de su hijo ha sido un palo. Él estaba convencido de que se recuperaría.

Por lo visto, llevaba en el hospital varios meses sometido a un tratamiento con diálisis y no lo había superado. Fabián lo adoraba y se pasaba con él todo el tiempo libre, noches enteras. En eso consistían sus escapadas de los lunes. Se turnaba con la madre del niño, de la que estaba divorciado. Tras su muerte, apenas bajaba de su cuarto y su ayudante les había pedido a todos plena colaboración y trabajar como si Fabián estuviera encima de ellos.

Como aún me quedaba media hora para entrar oficialmente a trabajar, decidí subir y llamar a la puerta de Fabián con la intención de darle el pésame, explicar por qué no había ido a trabajar en tres días y contarle todo lo que me había ocurrido. Necesitaba sincerarme, tener un amigo.

Me encontraba tan agitada por todo lo que estaba ocurriendo que en cuanto abrió la puerta y lo vi tan delgado, con los ojos hundidos y una mirada

penetrante, como si tratara de ver a través de la niebla, me eché a llorar y me abracé a él. No me separó. Todo su cuerpo estaba en tensión, era igual que abrazar una estatua de bronce, pero al minuto se le ablandaron los brazos, el pecho. Dijo: «Perdona, tengo que sentarme». Me sequé la cara y respiré hondo varias veces, quería evitar un ataque de llanto como en el palacio, no podía hacerle eso a Fabián. Nunca antes le había visto con el pelo revuelto, quizá porque siempre se lo medio rapaba a lo Harrison Ford. En cambio, ahora se le volcaba en la frente. Se cogía una mano con la otra para sostenerse. Llevaba una camiseta y pantalones fluidos negros. No podía ir mal vestido aunque se lo propusiera porque toda su ropa era estilosa. Las venas de los pies, las manos y los brazos sobresalían en relieve, la sangre le iba a toda máquina.

No sabía qué hacer con su desesperación, intentaba encerrarla en la habitación. Permanecimos en silencio, él pareció olvidarse de que yo estaba allí, su pensamiento corría a la velocidad de su sangre, no pararía de darle vueltas a la última vez que vio a su hijo y a las veces que lo vio feliz, jugando.

Más que habitación era una *suite* dúplex, seguramente la parte de arriba estaría destinada al niño cuando se encontraba bien. A pesar de que había ropa tirada por el salón y una bolsa de cuero abierta, no daba sensación de desaliño. La cama en que se había sentado estaba medio deshecha, con señales de haberla usado poco, de haberse metido y levantado constantemente. Había un perchero extra, aparte del armario, lleno de camisas más o menos iguales.

—Tendría que tomar algo para poder descansar —le sugerí.

Entonces me miró e hizo el aspaviento de «todos me decís lo mismo y yo no quiero dejar de pensar en mi hijo un segundo para que no se desvanezca para siempre».

—Mi padre murió de repente cuando era pequeña. A veces creo que está en alguna parte pensando en mí, y cuando me ocurre algo bueno, estoy segura de que él está detrás.

—Pero yo soy el padre y no puedo hacer nada. No he podido hacer nada por él.

—Quizá le toque hacerlo a él. Desde entonces no duermo bien, tomo lorazepam —dije—, así por la mañana mantengo la cabeza más clara para recordarlo.

Me clavó una mirada solitaria.

—Por favor, pídemme un café bien cargado. He de supervisarlo todo para la llegada de la familia real esta tarde. Es mi trabajo.

Quería decir: «El trabajo es lo único que me queda, es mi tabla de salvación». Evidentemente, no se había enterado de la desaparición de Amina.

—Duerma y descanse todo lo que pueda porque no vendrán.

No me había fijado en que en el salón destacaba una chimenea de mármol y sobre la repisa fotos de un niño pequeño y luego mayor, de unos trece años. Eché una ojeada de refilón sin acercarme allí ni decir nada. Puse la televisión y busqué las noticias en diversos canales. En una se veía el yate Lady y fotos de la princesa Amina (o sea yo) subiendo por las escalerillas, imágenes de la fiesta y después los buceadores y lanchas de la Guardia Costera buscando su cuerpo. Habían encontrado la abaya y los pendientes y la pulsera que su criada le había visto ponerse para la fiesta y que ella había colocado cuidadosamente en un asiento junto a la borda, por lo que quedaba bastante clara la hipótesis del suicidio. Unos invitados vieron caer algo negro por la misma borda. Fabián hizo el amago de levantarse del filo de la cama.

—Sube el volumen —dijo.

Me alegré de que mi peligrosa situación sirviese para distraer a Fabián de su pena aunque fuera unos segundos.

—¡Qué raro! —exclamó sin energía—. ¿Tan desesperada estaba? Podría haber intentado escapar como han hecho otras.

No hablé, no quería engañarle.

—Tú la veías en el palacio, ¿no notaste nada?

—No me cabe en la cabeza que se suicidase.

—La vida es tan frágil, nuestra obligación es protegerla.

En ese momento tocaron en la puerta y sin esperar respuesta entró su ayudante, un administrativo con pelo corto y gafas sin montura encargado de la contabilidad del hotel. Nos cedimos el paso en la puerta. Fabián le dijo: «¿Has visto las noticias?».

Una parte de su cerebro había vuelto a este mundo por milésimas de segundo. Más adelante este mismo cerebro llevaría una doble vida: un hemisferio siempre estaría pensando en su hijo de todas las formas posibles, rescatando cada vez más detalles, más palabras, más gestos, mientras que el otro hemisferio disimularía que sigue aquí, que come, que anda, que se arregla y que incluso se cita con una mujer a cenar. Le comprendía muy bien. Sin embargo, él no tenía ni la más remota idea de mi situación.

Al bajar eché un vistazo al aparcamiento, la Yamaha de Teo estaba donde siempre despidiendo reflejos acharolados, mientras él recogía los platos del comedor con el método mariposa y cambiaba los manteles. Una vez ordenados, seguiría con los cafés y las copas del jardín. Me preguntaba cómo

había logrado seducir a Amina, cuándo comenzó el romance, antes o después de escapar del palacio. Debía concentrarme para saber qué decir antes de tropezarme con él. No estaba segura de la información que tendría sobre mí, si estaba al tanto de que le había prestado el apartamento a Amina, de que por la noche había llamado a la puerta, que yo la suplantaba en el palacio y que por tanto su supuesta desaparición en el mar era cosa mía. O quizá lo único que ella le había contado era que había escapado para estar con él. También podría ser que Amina, tras escaparse, hubiese venido por el Beach Club como una chica normal, que ligasen y que él pasase algunas noches con ella en el apartamento de Karen. Todo podría ser.

Y el momento llegó. Según salía Teo de la cocina de dejar los platos, vino hacia mí.

En una primera impresión su cara no reflejaba la felicidad que era de esperar, aunque también era normal que se encontrase tenso tras oír las noticias de la mañana. Me preguntaba cómo las habría encajado la auténtica Amina.

—Ya has vuelto —dijo al verme limpiar una mesa junto a la piscina.

Su tono era completamente natural, pero yo acababa de darme cuenta de que no era la misma, de que mi vida en el palacio había aguzado mis sentidos y pillé al vuelo esa mirada que me dirigió antes de hablar, oscura, ladeada.

—He subido a darle el pésame a Fabián —dije—. Ha sido horrible. No sabía que tenía un hijo.

—No te he guardado las espaldas —dijo—. Puse a Montse al frente de las princesas.

Casi se me escapó decirle: «Ya lo sé». Así que me limité a asentir con la cabeza; cuanto menos hablara, mejor. De no ser porque había entrado en el reino de la simulación, sus palabras me resultarían normales, inocentes y bajaría la guardia. El problema era que ya no confiaba en nadie. Por la boca muere el pez, como suele decirse. Una confidencia en falso y quién sabe lo que me ocurriría.

—A ver si convencéis a Fabián de que se tome algo para dormir, está desquiciado. Y sé bien lo que es eso, mi padre murió siendo yo niña.

No se sorprendió. O yo llevaba escrito en la cara que había sufrido una tragedia o él ya lo sabía.

—Tienes suerte de que no te haya sucedido algo parecido —dije.

No respondió. Pasó de nuevo la bayeta por la misma mesa por la que ya la había pasado yo. Iba a mencionar el suicidio de Amina para ver cómo reaccionaba, pero me pareció demasiado cínico, aún no había llegado a ese

nivel. Y si encima Teo estaba al tanto de todo, mi posición sería muy ridícula y me perdería el respeto. La verdad era que me gustaría poder hablar abiertamente de Amina con él, pero antes debería verla y obtener más información. Y este podría ser el momento de acercarme al apartamento aprovechando que Teo estaba en el Beach Club y que hacía demasiado calor para que ella anduviese por ahí.

Montse vino corriendo hacia nosotros. Le sentaba mejor andar que correr, se notaba que había hecho poco deporte.

—¿Sabéis lo de la princesa? Y pensar que anteayer estuve hablando con ella. Pobrecilla. No creo que nadie de la casa real tenga ánimo para venir. ¿Y tú de dónde sales? —añadió de pronto con un tono de voz más alto.

—He tenido muchos problemas —dije.

Teo contemplaba la mesa, la prefería a nosotras. Y agradecí que se precipitara a atender a unos clientes.

Cogí del brazo confidencialmente a Montse y la arrastré hacia las palmeras.

—Montse, aún tengo problemas, no los he resuelto.

—No creo que Fabián esté contento contigo —dijo.

—Ya lo sé. Necesito que me cubras esta tarde. Dile a Teo que me he puesto enferma. Volveré en cuanto pueda.

Me observaba con sus ojos redondos sin atisbo del justificado resquemor que podría tenerme por todas las propinas que me había embolsado siendo ella cien mil veces más antigua y más experimentada que yo.

—Es por mi novio. Ha venido desde Madrid para verme y me da miedo. No quiero que monte aquí un escándalo.

No tuve dificultad en que me salieran unas cuantas lágrimas retenidas en las cuencas desde la última llantina con Fabián, algo que a Montse la desarmó.

—He estado escondida estos días. ¿Me comprendes?

—No te preocupes. Cuenta conmigo —dijo—. ¿Qué digo si un desconocido me pregunta por ti?

—Algo se te ocurrirá. Eres muy lista.

Estaba segura de que alguien del palacio real vendría a verme. Querrían saber si Amina me hizo alguna confidencia que revelara sus intenciones. Me sonreí pensando en la cara que tendría Fátima después de mi huida del Lady.

Me puse el vestido palabra de honor y con los veinte euros tomé un taxi hasta el apartamento para ver a Amina. Y esta vez no llamé a su puerta, sino a la del vecino de las flores felices.

Se rascó la cabeza y todo lo que tenía debajo de los pantalones cortos.

—¿Puedo pasar a la terraza? Necesito saltar a mi casa.

La terraza, al contrario que su dueño, estaba hecha un primor y una enredadera de rosas trepaba por la mediana. Ni una hoja fuera de su sitio. Un arco de gardenias separaba dos ambientes recorridos por la voz de Maria Callas.

—No se te ocurra joderme las plantas —gritó desde el interior.

El vestido me llegaba a medio muslo y era estrecho, así que no tuve más remedio que quitármelo, lo tiré por encima de la enredadera e intenté agarrarme donde pude y, con medio cuerpo en el vacío, caer en la otra terraza. Las cristaleras del salón, pese al calor, estaban cerradas, otro inconveniente más. Nada era fácil en el mundo de Amina. Metí las puntas de los dedos entre el marco y el cristal intentando abrir y luego metí un trozo de plástico que había por allí. Los cuatro tiestos se habían secado e instintivamente deshice con la mano las hojas mustias para serenarme y dejar que el tiempo y las fuerzas invisibles del universo abrieran las cristaleras. No fue necesario, de pronto una imagen que no apreciaba muy bien desde fuera se acercó, me observó y abrió. Era Amina en bikini.

Me puse el vestido rápidamente y entré. La larga cabellera de Amina había ido goteando por todo el saloncito. No era consciente de que alguien tendría que limpiarlo y que yo tendría que responder de esas cuatro paredes. No era consciente de que uno debe ser responsable de lo que ensucia.

—Desde la piscina te he visto entrar. Ya me he enterado por la radio y la televisión de que he muerto. Menos mal que en las noticias sales con la cara tapada. Me has puesto en peligro.

Le tendí una toalla. Llevaba un bikini de Karen, dos tallas más que la suya, por lo que enseñaba prácticamente todo. Me fui derecha al fregadero. Abrí el bote que había detrás del desagüe, que despedía un fuerte olor que impregnó todo el apartamento, cogí el dinero y la pulsera de brillantes. Se la tiré con fuerza para que se le clavara en su estúpido corazón. Le dio en un brazo.

—Estuvimos buscándola en el armario.

—Ahora podéis venderla Teo y tú y marcharos lejos.

Contemplé el desolado panorama de alrededor: la ropa de Karen tirada en la cama y por el suelo, toallas húmedas y sin tender. Evidentemente estaba educada para no dar un palo al agua. La miré duramente.

—No estás preparada para esta vida, pero ya no hay solución porque has muerto.

—¿Y tú sí estás preparada?

Había que reconocer que había avanzado mucho en español. Me quité el vestido, que ella miró reconociéndolo. Encontré mi mochila en un rincón, la abrí y recuperé unos pantalones cortos de algodón y una camiseta. Me calcé mis deportivas y le tendí a ella las sandalias palaciegas. La bolsa de lona descansaba en una silla, tenía manchurrónes de Coca-Cola. Metí en ella el fajo de billetes. Dentro encontré mi DNI, el móvil, el libro de gramática y las llaves del coche. Me la colgué al hombro, y la mochila a la espalda. Ya era libre. Me marcharía a Madrid después de que abandonaran el apartamento, pudiera cerrarlo con llave y lo dejara a salvo para Karen. No podrían culparme de nada, no me buscarían porque si se supiese la verdad todo quedaría en una broma.

—¿Teo lo sabe todo? ¿Todo de todo?

No contestó.

—¿Estabais enamorados antes de que escaparas?

Bajó la cabeza.

—¿Es Teo el John Gray de la novela?

Se sonrojó.

—Teo y yo salimos del trabajo sobre las tres de la mañana —dije—. A esa hora debe estar todo recogido y limpio y le estarás esperando fuera para marcharos donde no vuelva a verte, si no, lo contaré todo.

—No sabes lo que es el amor verdadero.

—Ya he hecho bastante por ti y ni siquiera me das las gracias.

Me marché de mala gana, con remordimientos por no haberla obligado a que me dijera cómo se había enrollado con Teo. A estas alturas podríamos ser amigas y que al menos me abriera su alma. Sin embargo, intuí que era inútil insistir respecto a Teo. No sería normal que Amina pudiera soportar su vida sin secretos.

Ahora tenía dinero para tomar todos los taxis que quisiera y darle una propina al chico senegalés de la playa Venus. Al llegar al Beach Club, Montse vino a mi encuentro.

—Ha venido tu novio preguntando por ti.

—¿Mi novio? ¿Cómo era?

—Alto, moreno, con traje y gafas de sol en la cabeza. Está como un tren, la verdad. Le he dicho que no has venido a trabajar y se ha marchado.

—Gracias, Montse, me has librado de una buena.

Tal como me imaginaba, a la casa real le interesaba mi testimonio y había enviado al jefe de seguridad, que me imponía bastante. Estaba segura de que

regresaría. Las rodillas se me aflojaron.

—También pregunta por ti la criada de la difunta princesa. Está ahí.

Detrás de mí, sentada en un sillón de mimbre, fuera de la carpa real, una mancha negra y quieta me observaba. A unos metros, su guardián.

—Voy a cambiarme.

—Hay un buen alboroto. ¿Oyes los helicópteros? Buscan a la princesa.

Guardé la bolsa de lona y la mochila en la taquilla y no me puse las medias de compresión; al fin y al cabo, Fabián apenas abandonaba su *suite* y no me reprendería. Lo mejor que podría hacer con Fátima era escuchar y no decir nada. Estaría rabiosa, se sentiría traicionada, al menos con el nicab no tendría que enfrentarme a su cara de mala leche, solo a los ojos. Llamé a mi madre. Estaba con una amiga en la piscina, parecía alegre y el corazón se me calentó y volvió a su sitio.

—Estaba esperando que llamasess, no quiero molestarte. ¿Va todo bien, cariño, estás contenta, te gusta eso?

—Es genial, mamá. Estoy conociendo a mucha gente interesante.

Imaginaba que el jefe de seguridad querría hablar con todo el mundo, no solo conmigo. De todos modos, se trataba de una situación trágica, incómoda, y por un momento se me pasó por la cabeza que lo ideal sería que además del rey también muriera Fátima, puesto que era la única, junto con Amina, que sabía toda la verdad.

Pero no, Fátima estaba allí en carne y hueso y no tuve más remedio que ir hacia ella. Al llegar a su altura, se levantó. Tenía los ojos al nivel de los míos sin odio ni rencor, lo que no me tranquilizaba en absoluto.

—Vamos al baño —dijo.

Ella también podría pensar que mi muerte la favorecería. ¿Cuál de los dos deseos ganaría, el suyo o el mío? En el baño se descubrió el rostro, que habría preferido no ver.

—Muy lista. Nunca se me habría ocurrido —dijo entrecomillando con los dedos— tirar a Amina por la borda. El rey está desesperado. No sé si sabes que hace un año murió su amante favorita. Y ahora el suicidio de Amina se lo ha recordado. Es un hombre muy sentimental. Solo te digo que debemos tener mucho cuidado. Ellos se darán cuenta de cualquier resbalón, de cualquier palabra que no encaje.

—No te preocupes, no pienso volver por allí. Para mí se ha terminado el palacio.

Me cogió la mano. Lo malo de tener contacto personal con alguien es que vuelves a tenerlo. Tocar a alguien supone cruzar una frontera.

—No es tan fácil. Sultana me ha dado la orden de que continúes con las clases. No quiere que las costumbres cambien. No quiere que la ausencia de Amina sea tan importante que rompa el día a día.

Negué con la cabeza y ella me apretó más fuerte. Intenté soltarme, pero parecía que desde nuestro último forcejeo en el Mercedes se había entrenado.

—Irás porque, si no, podrían sospechar de ti. Nadie renuncia a tanto dinero por las buenas. Y porque el conjunto de aguamarinas tiene tus huellas.

—No voy porque no soporto no ver a Amina, que fue la persona que me contrató. No voy porque me da mucha pena su suicidio. Me acongoja mucho, me hace pensar que no voy a poder superar los problemas de la vida.

—Cuentos. Nosotros somos grandes contadores de cuentos y este no tiene magia. Irás porque el deseo de Amina era que todos aprendiésemos español. Y tú respetas sus deseos. Este sí es un cuento con mensaje positivo.

No pensaba discutir más con Fátima, no iría y se acabó.

—Mañana a la hora de siempre. Estaremos esperándote —dijo, y se marchó seguida por su guardián.

Sentí náuseas y sudor en la frente, frío en la nuca, ganas de vomitar. Puede que se me hubiese formado una úlcera. Me pasó cuando en el instituto suspendí casi todas las asignaturas y no sabía cómo confesárselo a mi madre. Para ayudarla con el dinero y costearme mis gastos, sin que ella se enterase, empecé a cuidar niños y descuidé las clases. Casi me olvidé de ir al instituto, no hice amigos. Cuando aparecía por el aula me encontraba como un pulpo en un garaje. Comía poco y mi madre pensaba que me había enamorado. Estuve a punto de desmayarme, más o menos como ahora.

Para sacudirme el estrés de encima me hice cargo de todas las mesas que pude. A veces me cruzaba con Montse, que me decía «ánimo» o me guiñaba un ojo, lo que me sacaba de quicio. Y a veces me cruzaba con Teo y procurábamos no mirarnos, y a veces me preguntaba si Fabián se habría tomado un tranquilizante porque mi úlcera sería una gilipollez en comparación con lo que le ocurría a él. En el telediario de las nueve dijeron que daban a la princesa por perdida en el fondo del mar. Los buzos no encontraban nada, lo único que conservaban eran sus ropas y las joyas que ella misma había abandonado en cubierta. La familia real saudí estaba sopesando si regresar a Riad o continuar investigando.

Acabé agotada, que es lo que pretendía, que la fatiga fuera mucho más fuerte que la preocupación, el cansancio infinitamente más intenso que la angustia. Era la una y media de la noche. Recogimos las mesas, las limpiamos, también la vajilla y los manteles del comedor. Por la mañana

temprano las empleadas de la limpieza y los jardineros dejarían las instalaciones listas para ser estrenadas de nuevo. Fabián no tenía de qué preocuparse. Desde las cristaleras de su *suite*, ahora vería el mundo de otra manera, todo esto ya no le interesaría, sería como cualquier otra cosa de un planeta por el que no tenía más remedio que vagar y vagar hasta que un día dejase de existir él también. Todos los que nos han precedido se han evaporado, miles y miles de millones de seres humanos, y no ha sobrevivido ni uno. Ninguno ha sido lo suficientemente importante como para librarse. Nadie ha gozado del privilegio de asistir a lo que ocurriría cien años después de él, y sin embargo no nos hacemos a la idea, nos creemos inmortales mientras vivimos. Pensar en todo esto me daba vértigo y también relativizaba mi drama.

Me cambié el uniforme por los pantalones y la camiseta y dudé si llevarme todo el dinero recogido bajo el fregadero de la cocina conmigo. Nunca había visto siete mil euros juntos, aunque tampoco me parecía seguro dejarlos en la taquilla. Decidí que volvería a encontrar otro escondite en el apartamento, dentro de un paquete de compresas o de una maceta. Los tarros con harina y azúcar estaban muy vistos en las películas. Despegaría unos azulejos. Tenía ganas de acostarme en mi cama aunque fuese sobre las sábanas deshechas de Amina y Teo.

Esperé detrás de las palmeras del Beach Club hasta oír el oscuro bufido de la Yamaha. Al rato tomé un taxi. Les concedería tiempo suficiente para que Amina le contara a Teo mi visita y para que decidieran dónde ir. Quizá cuando llegase al apartamento me encontrara las llaves colgando en la puerta. Solo llevaba aquí mes y pico y parecían cien años. El recorrido del primer día de mi llegada a Marbella, desde el apartamento hasta el Beach Club y al revés, ahora lo conocía al milímetro. El taxi fue dejando atrás el campo de golf, grupos de bungalós, restaurantes abiertos al mar, torres de apartamentos con piscina, abarrotamiento de adelfas rosas y blancas y trepadoras de florecillas amarillas, pinos tapando entradas, y al final dio la vuelta a una rotonda y nos metimos por la calle Miraflores.

Eran las dos y media de la noche y reinaba en los apartamentos un relativo silencio y calma, solo se oía la depuradora de la piscina en forma de riñón. La luna lo bañaba todo de palidez, igual que si estuviéramos en otro planeta con un sol moribundo en que sus habitantes pensarán que esto era lo normal porque no tenían ni idea de que existían otros soles más brillantes y cegadores. La moto de Teo estaba en el aparcamiento con una quietud tozuda. No me gustó. No me hacía gracia tener que enfrentarme a ellos en el

apartamento. Claro que le había dicho a Amina que debían abandonarlo a las tres, no a las dos y media, por lo que sería mejor esperar en una hamaca a que se marcharan y no tensar la situación.

La luna me blanqueaba las piernas como si llevara medias de enfermera. Me extendí todo lo larga que era y se me entornaron los ojos. El hecho de considerar que entre el nacimiento y la muerte casi nada tenía verdadera importancia me autorizaba a entornar los ojos un poco más. La depuradora creaba borbotones de agua, ondas y un vapor fresco que me obligó a volverme de lado, agarrada a la bolsa de lona con manchas de Coca-Cola y los siete mil euros dentro.

La luz del sol me dio en la cara. No era fuerte, pero sí clara, y separaba las cosas fundidas por la oscuridad. Me desperecé, la bolsa seguía en mis brazos igual que un bebé. Prendida a la tela había una nota. Me incorporé alarmada. «Cuando despiertes, sube al apartamento». Necesitaba un par de cafés y un betabloqueante neuronal antes de subir allí. La moto seguía en su sitio, una bestia paralizada y sin embargo amenazante. De pinares invisibles llegaba olor a piñas y savia. De jardines, olor a césped. Del mar, olor a brea. Empezó a oírse ruido de helicópteros. Fadel no se daba por vencido. No le gustaría perder algo suyo y Amina lo era. Se anunciaba un día radiante, de esos en que uno se eternizaría dentro del mar con el cuerpo frío y la cara ardiendo.

Subí cansinamente los escalones sin preparar ninguna frase, sin anticiparme, dejándolo todo a la improvisación, como en todos los exámenes en que me habían suspendido. No era rápida ni las pillaba al vuelo, necesitaba pensar, a ser posible en soledad y sin prisas. Se avecinaba el desastre.

Abrió Teo. Sin saber por qué, me impresionó su perilla de cuatro pelos, luego esos ojos que escrutaban igual las bebidas en una bandeja que a un ser humano, eran de un negro mate pintado sobre un negro normal y este sobre otro indescifrable. Llevaba bermudas hasta medio muslo y lo que se veía de su cuerpo era fibroso y duro.

—Pasa, voy a hacer café.

—Gracias —dije.

—Amina duerme mucho —dijo—. Ahora es feliz.

Algo me avisaba de que lo de abandonar el apartamento ya era lo de menos. Había algo más importante.

—Me sorprende que estéis juntos.

—¿Por qué? Ella es joven, yo soy joven. Estaba escrito. No tenemos leche, lo siento.

—Queda un paquete de leche en polvo bajo el fregadero.

—¿Bajo el fregadero? Nunca se me habría ocurrido.

Yo había vuelto al planeta del sol débil y andaba a tientas. ¿De verdad Amina dormía o él no quería que interviniera?

—Amina ha sufrido mucho —dijo— y ahora necesita comprensión y todo nuestro apoyo.

—Ya se lo he dado —dije sin poder contenerme—. Se lo he dado hasta un punto suicida y necesito olvidarlo todo.

Me tendió la taza con su platillo, su cucharilla, su azucarillo y un trozo de papel higiénico como servilleta. No olvidaba que era un buen camarero.

—Queremos irnos a vivir juntos a algún lugar donde no puedan localizarla, ¿comprendes? Necesitamos comprar una casa, un coche. Está acostumbrada a ciertas cosas y me dolería privarla de ellas.

El café iba entonándome, aunque no lo bastante.

—¿Qué quieres decir?

—Queremos que saques el collar de rubíes de mi joyero y no volveremos a pedirte nada más —dijo Amina detrás de mí—. Nos marcharemos lejos y tú podrás regresar a este apartamento. —Y añadió—: Lo dejaré todo limpio y recogido.

Iba enrollada en una sábana y se acercó a darle un beso a Teo. Apoyó la cabeza en su hombro, lo miró con devoción, volvió a besarlo, le pasó la mano por el pelo. Estaba enamorada hasta las trancas. Él era todo lo contrario al rey, ni siquiera tenía dinero para comprar una casa. Seguramente ella no quería una casa, puesto que ya había tenido palacios, solo desearía revolcarse con él en la arena de la playa.

—Tenéis el brazalete de brillantes. Podéis venderlo.

—No es suficiente —dijo Teo—. La vivienda está por las nubes.

—Puedes entrar en el palacio y en mis habitaciones y sacar el collar con toda tranquilidad. No debes dejar las clases por nada del mundo.

Los contemplé con la taza, el platillo y la cucharilla en la mano. Me limpié con el trozo de papel higiénico. No había vuelta atrás, era terrible.

—¿Y si no lo hago?

—Has hecho cosas más atrevidas aún. Me lo ha contado todo Amina —dijo él.

Amina fundió la cadera con la suya, el pecho con el suyo. Desde allí me observó retadora.

—Amina —dije suplicante—, ¿pensabas olvidarme en el palacio para siempre?

Esperé unos segundos su respuesta, dejé la taza y todo lo demás en el fregadero y cogí mi bolsa de lona.

—Estaremos esperándote. O si lo prefieres, podrás entregarme el collar en el hotel —dijo él.

Sultana también quería que continuase con las clases. Debía decidir rápido si ir al palacio o no. Aunque no acudiese, podrían presionar a Fátima y que soltase algo sin darse cuenta, por lo que no me salvaría de que me buscasen y me mataran. O lo que era peor, localizarían a mi madre y la torturarían. Si iba, me metía en la boca del lobo directamente y quizá nunca saldría de allí, pero al mismo tiempo podría controlar a Fátima y estar al tanto de lo que iban averiguando. Quizá el rey se resignara y se marchase a Riad a llorar su pena. De momento, los helicópteros y las lanchas iban y venían buscando el cuerpo. Querrían comprobar que de verdad se había suicidado y que no había escapado como otras princesas.

Hice autostop hasta la plaza de los Naranjos. Me recogió una mujer con la piel tostada y los ojos intensamente azules, el pelo casi blanco de tan rubio en un descapotable verde. Me recordó a alguien de las revistas del corazón y ella me miró y sonrió como si tuviera que reconocerla. Llevaba un vestido vaporoso de flores y volantes y olor a crema superhidratante. Venía de Puerto Banús de un desayuno de negocios, me recomendaba el bufet de Chez Mari Luz. «La gente piensa que me paso la vida de fiesta en fiesta y de piscina en piscina, pero la verdad es que no paro de trabajar», dijo. A mi vez le confié que era camarera en el Beach Club y me apretó la mano como si algo de riqueza, de bronceado y vida superior nos uniera. «No sabes qué suerte tienes. Si no tuviese casa en Marbella, no saldría de ahí. Fabián es muy muy amigo mío. En cuanto pueda, me acercaré a darle el pésame». «Pésame» era una palabra que no encajaba en el cielo azul por el que nos deslizábamos. Era impensable que pudiese ocurrir algo malo allí. Se daba por supuesto que ante cualquier adversidad unos ángeles nos elevarían sobre el peligro y era inconcebible que el ángel guardián del hijo de Fabián nos fallase. La mujer, famosa sin duda, sacudió su melena albina para volver a una vida que le encantaba.

—La próxima vez nos veremos en el Beach Club —dijo—. ¿Preparas cócteles?

—Solo sirvo a las princesas saudíes.

Volvió a cogerme la mano, esta vez más fuerte. Nos unían más cosas aún.

—Pobre Amina. ¿Crees que se ha suicidado o que se la han quitado de en medio?

Le dije que seguramente se había suicidado.

—Son cosas que pasan —dije.

—Creo que nada ocurre porque sí. Todo tiene una explicación. Piénsalo: ella quiere llevar otra vida y a ellos no les hace gracia la idea. Como en el caso de mi querido Fabián. Si su exmujer no se hubiese empeñado en llevarse al niño con ella a Menorca y tratarle solo con plantas, curanderos y todo eso, puede que... Es un hombre maravilloso, inaccesible.

En la plaza me tomé un buen chocolate con churros. Olía a azahar. Aún estaba a salvo. Aún estaba en el cielo de la mujer casi albina, cuya mente iba más allá y había dejado caer una posible sospecha: que no fuera un suicidio, sino obra de los propios saudíes, algo que supondría una mancha más en el historial de la casa real, por lo que no pensarían abandonar la búsqueda así como así. Y yo sabía la verdad, yo tenía la clave, era poseedora del secreto, algo tan vertiginoso como balancearme desde la última planta de un rascacielos. Haría caso a Sultana y reanudaría las clases, sobre todo porque debía recoger del palacio el coche de Karen. Por fin las ideas iban ordenándose. Lo importante en ese momento era recuperar el coche y luego ya vería.

Le dije al taxista que me llevase al palacio real saudí. «¿Cuál de ellos?», preguntó. Le fui indicando el camino y le pedí que me dejara junto a la primera garita. Al lado era donde aparqué el coche la última vez, pero no estaba. Preguntarle al guardia era perder el tiempo, no me diría nada.

No tuve ningún problema en pasar el resto de los controles, era la de siempre. En el pabellón, Fátima salió a mi encuentro y le conté lo del coche.

—Dice el guardia que, como te recogió un chico en una moto, metieron el coche en un garaje.

—¿Cómo es posible? No tenían las llaves.

—Ellos saben cómo —dijo sin darle importancia.

Tampoco le sorprendió mucho lo del chico y la moto. Teo y su Yamaha sin duda. La pregunta era cuándo lo habían planeado y cómo logró Amina engañar a Fátima.

—¿No te parece raro que vinieran a buscar a Amina en una moto?

Se mostró aturdida por la pregunta. Andaba deprisa por el pasillo, parecía más delgada o la abaya era más ancha y más bamboleante. Por fin nos

metimos en las habitaciones de Amina.

—El rey está furioso, no asume lo que ha ocurrido. La Policía se ha llevado las ropas rescatadas del mar. Creo que el agua borra las huellas.

Abrí los ojos todo lo que pude. No se me había ocurrido pensar en tantas huellas por todas partes. Desde luego, estaban en el brazalete de brillantes y en el conjunto de pulsera y collar de aguamarinas que dejé en la borda.

—Los tengo aquí —dijo leyéndome el pensamiento, y me enseñó una bolsita de plástico como las usadas en *CSI Miami* para guardar pruebas—. Les dije que yo misma se las había puesto a Amina y que las colocaría en el joyero.

—¿Y por qué no las limpias y las colocas ya?

—Ya lo haré. No te preocupes.

No le conté algo que durante el desayuno en la plaza de los Naranjos había pensado contarle nada más verla: que Teo, el camarero del Beach Club, era el amante de Amina y que me habían pedido que robara el collar de rubíes del joyero de Amina. Que se creían Bonnie and Clyde y que iban a acabar mal. Puede que yo también, y desde luego, Fátima. Todos acabaríamos en unos calabozos oscuros en el subsuelo de Riad.

La clase transcurrió con desgana. A Haya le alegró verme; sin embargo, ninguno nos creíamos lo que hacíamos porque a la única que de verdad le había interesado aprender español era a Amina para desenvolverse bien en la futura vida que le esperaba en España junto a Teo.

Al final Sultana se acercó a vernos. No estaba contenta. El suicidio de Amina no era algo que hubiese urdido ella ni que hubiera entrado en sus planes. Todavía no. La había pillado por sorpresa y eso no le gustaba. No le había dado tiempo de ir moldeando el estado de ánimo del rey. Tampoco le convenía que el disgusto se lo llevase al otro mundo. Sus hijos aún eran pequeños y esperaba que el monarca aguantase unos cinco años más. Era más que sabido que sobre el trono planeaba la negra sombra del sobrino favorito del rey. Al parecer, era el culpable de que la familia real estuviera inclinándose a veranear en el norte de África. Al sobrino no le atraía Marbella. Prefería el fresco de Suiza o el calor más árabe de Marruecos, y España era algo intermedio, ni carne ni pescado. En el *Diario Sur* de vez en cuando aparecían pequeños comentarios sobre él como el probable sucesor de Fadel y se le consideraba más moderno y renovador, incluso apostaba por que las mujeres condujesen. Había estudiado en el extranjero y pretendía darle un giro a la imagen del país. En las fotos siempre aparecía sonriente, llevaba algo de barba, algo de bigote y el típico palestino en la cabeza, sujeto por un

cordón negro, y tan envuelto en una capa que no se sabía si era gordo o delgado. Sultana tenía razón al temerlo. Eso es lo que leí en su rostro, en su manera de hablar, en su mirada contrariada. Hacía un mes no me habría dado cuenta de nada; ahora suponer, interpretar era como respirar.

—Lo siento mucho —dije—. Podemos cancelar las clases si quiere.

—No. Todo debe continuar igual. A Haya le gusta aprender.

Haya me sonrió, y me pregunté por qué no estaría más apenada. Al fin y al cabo, Amina era casi una hermana mayor para ella. Y por un instante, tuve la sensación de que de verdad Amina había desaparecido, había dejado de existir en el piar de los pájaros, en el sonido del agua de la fuente, en los claroscuros de los árboles. Nos tomamos el té en silencio, la menta inundaba el aire de un frescor pesado. Faltaba una voz, unos movimientos, una presencia que nunca creía que fuese tan importante para crear ambiente. Yo estaba deseando salir pitando. Los niños, Haya y Sultana tenían algo de carceleros.

En el control del pabellón varios guardias discutían acaloradamente no solo entre ellos, sino entre ellos y un tercero invisible, quizá el fantasma de Amina, a quien increpaban por poner a la Corona en ese aprieto. Con los ánimos tan alterados, pensé que llevar el collar encima, como me exigían Teo y Amina, me habría supuesto un infarto. Incluso sin él, soportar las miradas recelosas de aquellos tipos me puso el corazón a cien. Uno me entregó el sobre con los mil euros y yo lo cogí por una punta evitando el más mínimo roce; aun así, me traspasó un escalofrío.

Pasé por la fuente de oro camino del garaje. Recordaba al plató de alguna película sobre Babilonia o el Arca de la Alianza. Ni siquiera el agua parecía real. Deambulé atontada buscando el coche, pensando que era una broma pesada, que me estaban provocando para que confesara. Me encontraba tan ofuscada que lo tenía ante los ojos y no lo veía. La única chatarra entre relucientes lomos. La portezuela no estaba cerrada. Y la llave de contacto funcionaba bien. Un claro mensaje de que podían abrir y entrar donde y cuando les diese la gana.

Por fin, en el coche. Aunque con la aprensión de que explotaría entre los naranjos y yo ardería dentro por impía, mentirosa, impostora. A la mínima sospecha, el rey podría sentirse violado en su intimidad más íntima, en su lecho casi divino. De pronto recordé que me agarré de una de sus columnas y que para vomitar me sujeté fuertemente del lavabo de nácar de su baño, donde también dejé mis huellas.

Si lograba reingresar milagrosamente intacta en la ciudad, lo primero sería buscar algún sitio donde dormir hasta que Amina y Teo huyeran definitivamente, para lo que necesitarían dinero. Su dinero suponía mi libertad. Lo cierto es que en el fondo el collar no lo robaría yo, sino ellos, y en el fondo solo se enteraría Fátima, la única junto con Amina que tenía control sobre lo que había en el joyero. En cualquier caso, no estaba dispuesta a dar ese paso. Nunca había cogido nada que no se me entregara conscientemente. Me crucé con el hombre de las naranjas y nos saludamos con la mano. Y luego me crucé con un Lexus negro con lunas tintadas que me llenó de polvo. Una visita importante probablemente porque los moradores de palacio solían entrar al recinto por otro lado. Alguna autoridad; la Policía no dispondría de coches tan ostentosos.

Aún se oían los helicópteros, la búsqueda no cesaba, no se resignaban a perder el cuerpo de Amina. En la radio del coche un tertuliano de Andalucía en la Onda se preguntaba quién cargaría con los gastos de un despliegue semejante, ya que no se trataba de un secuestro ni de un asesinato, sino de un suicidio. Pronunció «suicidio» con cierto tono de reproche hacia el capricho de una princesa cansada de todo, y ahora el pueblo debía cargar con este último y caro antojo. Me sonreí, aterrada de que la verdad fuese muchísimo más caprichosa. El tertuliano tendría que aludir también a los cientos de millones robados impunemente por alcaldes, concejales y funcionarios corruptos, pensé casi indignada, deseando que los ánimos se apaciguasen y que encontraran un cuerpo cualquiera con el pelo largo y devorado por los peces para contentar al rey.

Reservé cinco noches en un hostel con vistas lejanas a la Milla de Oro. Se llamaba hostel Mirador. Era barato y no muy limpio, la habitación olía a tabaco y a ambientador encubridor, y en una papelería había una cáscara de plátano. En un bazar chino compré una almohada, una bayeta y una botella de lejía para repasar el váter, el lavabo y el asiento de escay de la silla. Me imaginaba al huésped anterior sentado desnudo mientras aspiraba profundamente una caja de puros. A la camarera le di diez euros para que me cambiara de nuevo las sábanas de la cama y la colcha. Por fin el cuarto quedaba aceptable, incluso agradable. Mi refugio, mi pequeño hogar desde el que hacer frente a la vida de fuera e incluso donde ocultarme llegado el caso. Busqué alrededor de aquellos quince metros cuadrados dónde podría esconder los siete mil euros, ocho mil con los de hoy, menos lo que había gastado en el bazar y en el taxi. Un sitio donde no se le ocurriera mirar a la limpiadora o que le resultara muy incómodo, como la lámpara del techo. Metí allí el sobre. La lámpara era de mimbre entrelazado y tuve que subirme a la mesa escritorio y estirar bastante los brazos y sujetarlo con los ganchos que se unían a la bombilla.

Al salir, colgué al cartelito de «No molestar». Pensar en ese dinero me reconfortaba mucho, francamente.

Me tomé una ración de bravas en el bar de abajo y me marché al Beach Club. Las bravas, picantes y peleonas, se me clavaron en el estómago, acostumbrado últimamente a caviar y gilipolleces por el estilo. Antes de llegar le puse gasolina al coche. Ahora cada cosa que hacía quedaba archivada en mi mente como si algún día tuviese que escribir un informe sobre cada uno de los pasos que daba. Me metí en el uniforme rápidamente, tendría que lavar y planchar una de las dos camisas, y pedí en el hotel que lo hicieran y me cargaran el coste como si fuese un cliente. Ningún empleado se gastaba parte del sueldo en semejante tontería que podía hacerse en casa, pero se me había pegado un cierto toque palaciego que debería sacudirme de encima con urgencia.

No hacía excesivo calor y las ramas de las palmeras se balanceaban como abanicos gigantescos. A los huéspedes les costaba levantarse de los sillones y las hamacas y se pedían una copa más, otro café. El agua de la piscina se ondulaba hasta perderse en el mar. Un transatlántico blanco y alto, una tarta nupcial de las antiguas con mucho merengue, cruzaba camino de Puerto Banús, donde descargaría a los turistas. Algunos se acercarían por el Beach Club por la curiosidad de admirar y fotografiar el lugar donde más dinero se gastaba de Europa en brillar y ver brillar, pero Fabián no se lo permitiría. En cuanto le llegaban noticias de un desembarco, situaba dos vigilantes más a la entrada que les prohibían el paso. Para él era peor que las pateras procedentes de las costas de Libia.

Lo vi sentado en la arena de la playa junto a un velón mexicano, me quité los zapatos y fui hacia allí. La arena se me metía por las medias de compresión y no era tan agradable como andar descalza. Me acerqué despacio. Él tenía los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza apoyada en ellos. Pensaría en su hijo y en la inmensidad del secreto de la vida y de la muerte.

—Hola —dije. Y tuve que repetirlo.

Ladeó la cabeza hacia mí, sin fuerza para levantarla. Le cansaba vivir la vida que no podría vivir su hijo. Todos los años que la existencia le había arrebatado a su hijo se le habían echado encima con todo su peso y su fuerza concentrados. Ni siquiera habló, solo me miró con los ojos entrecerrados. Estaba segura de que le distraería, lo ayudaría a pensar en otra cosa si le contase lo que me ocurría. Lo haría gradualmente dándole tiempo a preguntarme. Y el ver peligrar su relación con la casa real saudí lo sacudiría, lo zarandearía, le supondría una preocupación, una alteración que solaparía su pena. Me encontraba indecisa, quizá un problema no anulara su tristeza, sino que la agudizaría y me odiaría por habérsela creado yo.

—Con el tiempo uno va aprendiendo a convivir con el recuerdo —dije.

En cierto modo, el fallecimiento de mi padre cuando yo tenía diez años me autorizaba a compadecerme de él. No dijo nada, volvió a la postura anterior. Le habría pasado la mano por el brazo, por la cabeza. Se le había quemado la frente y el pelo le había crecido a la altura de las orejas. Se le podría tomar por un pescador de los que venían hasta la playa con su propia barca a surtir de pescado al Beach Club.

—¿Y cómo lo has conseguido? —dijo carraspeando con un nudo doloroso en la garganta.

—Dejando pasar un día y luego otro y luego otro, cumpliendo con las obligaciones. No hay otra opción. No hay alternativa.

Fui acostumbrándome a no ver a mi padre entrar en casa, ni marcharse por la mañana, ni cogerme de la mano, ni contarle cosas del colegio ni de los compañeros. Fui acostumbrándome a no ver sus trajes colgados del galán de noche, ni sus piernas peludas en la piscina, ni a oírle discutir con mi madre. El día a día era una apisonadora del ayer.

—Es increíble —dije—, pero llegó un momento en que mi padre se convirtió en un sentido más: el tacto, el oído, el olfato, la vista, el gusto y mi padre.

Por primera vez me miró.

—¿Crees que eso me pasará a mí?

Afirmé con la cabeza.

Dirigió la vista al horizonte de agua y luz, que le haría pensar que su hijo por escaso tiempo había estado en este planeta, quizá uno de los pocos con condiciones favorables para la vida en que habíamos germinado los seres humanos tras un parto sin igual de la naturaleza hasta culminar en su hijo. Son cosas que se piensan. Se piensa en todo, en el azar, en el destino, en la casualidad de que se conozcan dos personas entre miles de millones para que nazca otra. Si mi padre hubiese sufrido el infarto unos años antes, yo no habría nacido. Si Fabián hubiese conocido a una mujer distinta, su hijo no habría nacido.

—¿Y esto es todo? —dijo.

Me levanté con dificultad porque me escurría con las medias, no iba a contarle nada de mi aventura en el palacio porque en ese instante me parecía una tontería. Un helicóptero rizó el agua.

—Siguen buscando a la pobre Amina —se lamentó—. Creo que solo le vi la cara una vez. Es injusto que...

La imagen de la cara redondeada, fresca y voluptuosa de Amina comida por los peces, de las cuencas vacías de sus ojos negros con pequeñas estrellas en el fondo. Y yo podría quitársela de la cabeza de un plumazo.

—Tendré que ir a darle el pésame a Fadel, pero creo que no es el momento ni para él ni para mí. Aún están buscando el cuerpo.

Se levantó. Iba vestido como lo vi en su cuarto, camiseta y pantalones negros y descalzo, más delgado de lo que ya era. Me ratifiqué en la idea del pescador y añadí la de adolescente tardío. Nunca me había parecido tan joven. Un joven vagabundo que duerme en la playa. Le habría dicho que arrinconara los trajes, el antiguo corte de pelo y las gafas de aviador, los zapatos de

hebilla, que abandonara el hotel y se dedicara a recorrer las playas del mundo. Le habría dicho que no me importaría acompañarlo.

—Parece que va a desembarcar un transatlántico. Dile a mi ayudante que ponga refuerzos a la entrada. Él ya lo sabe, pero no está de más que les insistan con cortesía que el hotel y sus instalaciones están al completo. De verdad, Sonia, ni aunque las habitaciones estuvieran vacías.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre espontáneamente, de un modo familiar. Montse nos vio salir juntos de la arena y cómo yo me sacudía los pies y me ponía los zapatos y él unas sandalias. Se me acercó con su media sonrisa cándida.

—¿Estás consolando a Fabián? Pobrecillo. Tu novio está ahí.

El jefe de seguridad del rey me vio llegar, me siguió con la vista y luego las gafas se bajaron de la cabeza a los ojos y siguió a Fabián. Montse observaba de reojo estos movimientos sin entender nada. Y quería que yo se lo aclarase.

—¿Va a pegar a Fabián? Es muy corpulento.

Casi agradecí que, en la mente de Montse, Fabián y el jefe de seguridad se peleasen por mí.

—No lo creo. No te preocupes. Aquí estamos todos seguros.

Encontré al ayudante de Fabián con la cabeza metida en el ordenador en el cuarto pequeño que usaba como despacho. Estaba en la planta baja y daba al jardín. Tenía una ventana también pequeña que semejava un cuadro pintado en distintos tonos de verde. Levantó las gafas sin montura. Detrás brillaban, enrojecidos por la ardua contabilidad de Fabián, unos bonitos ojos claros a los que él nunca habría dado importancia. Le transmití su mensaje, que recibió sin decir palabra. Desde la puerta me volví hacia él.

—¿Crees que vivimos por pura casualidad y que nuestra muerte también es casual?

Cabeceó afirmativamente y cogió el teléfono. Iba a dar las órdenes pertinentes. Pero por mucho que ordenásemos y controlásemos la casualidad, siempre saldría a nuestro paso.

Con el trabajo no pensé en el día siguiente ni en lo que el jefe de seguridad del rey habría hablado con Fabián. Fabián se dejó ver por la noche con uno de sus trajes de gerente y, tal como había pronosticado, bastantes turistas del transatlántico se acercaron al arco de entrada a curiosear. Entre sus pantalones cortos y sus gorras pasaban los clientes asiduos vestidos de tiros largos como estrellas entre fans. Tras la tragedia del Lady, muchos habían vuelto al Beach, a la fiesta en tierra firme. Sin embargo, me preocupaba que

Teo en cualquier momento se acercara a preguntarme por el collar. Yo procuraba esquivarlo haciendo equilibrios con la bandeja y él no se aproximaba a mí. Sería maravilloso que hubiese cambiado de opinión. Quizá él y Amina habían llegado a la conclusión de que con la pulsera de brillantes tendrían suficiente o de que no necesitaban tanto y que eran jóvenes y podrían recorrer el mundo con una mochila. Y no había terminado de hacerme ilusiones cuando Teo se me acercó mientras repasaba su bandeja una y otra vez con la bayeta y me preguntó por el jodido collar.

—Lo intentaré mañana. Hoy ha sido imposible —dije.

—Mañana sin falta. La pulsera tiene tus huellas, no lo olvides.

Cabeceé dándole la razón, todos me amenazaban con las dichas huellas de las narices, y al término de la jornada cogí dos ramos de flores que al día siguiente cambiarían por otros frescos y que en la habitación del hostel Mirador quedaron espectaculares metidos en la cubitera del hielo. Ya no olía tan mal, un ligero tufo del pasado. Le daría largas a Teo hasta que el rey y su séquito decidieran marcharse para esperar en Riad el día en que el mar devolviera el cuerpo de Amina y mandaran recogerlo. No iban a quedarse en Marbella para siempre, por eso Teo me apretaba las tuercas y me complicaba la vida, que podría ser tan genial sin todo este lío. Me duché y apagué y encendí la lámpara del techo para comprobar que no se notaba el sobre con el dinero. Me adormecí pensando en Fabián y en que yo nunca conocería a su hijo.

Antes de salir por la mañana para el palacio, hice la cama y fregué el inodoro y el lavabo. Le dije a la camarera que no se molestase en pasar a limpiar porque me gustaba hacer la cama a mi modo.

Me había habituado a desayunar en la plaza de los Naranjos chocolate con churros leyendo la prensa. En *La Tribuna de Marbella* la nota con el suicidio de Amina cada vez estaba más abajo. El desastre de los incendios en Galicia iba arrinconándolo, ya no era titular, sino un recuadro. De todos modos, incluso yo me quedaba extasiada ante el nicab y mis ojos supertristes e ilusionados al mismo tiempo de una foto que podría ser de ella o de cualquier otra, por lo que permanecería en portada algunos días más.

Cada día tardaba menos en llegar al palacio. El coche, el camino y yo nos habíamos fundido en un único ser y casi no tenía que tocar las marchas, ni pisar el acelerador ni dar volantazos. El palacio alargaba una mano que me tiraba hacia él. Podría haberme dormido y al despertar me encontraría ante la garita de la entrada. Llevaba siempre una vestimenta parecida para no confundir a los guardias y que no me complicaran la vida. Esa mañana, por ejemplo, no me pidieron el DNI, lo que me desorientó. A mí, como a ellos, tampoco me gustaban los cambios.

Lo que para aliviar a Fabián se me ocurrió llamarlo «el sentido de mi padre» supuso un descubrimiento también para mí. Hasta ahora había tenido sensaciones confusas que no sabía explicarme, la más común era un cosquilleo en el estómago como el de ese día y después siempre surgía alguna noticia, generalmente un acontecimiento violento. Había tenido que consolar a Fabián con esta teoría para darme cuenta de que el cosquilleo era la forma que mi padre habría encontrado desde otro mundo para ponerme en guardia sobre algo que iba a ocurrir fuera de lo normal o peligroso. Así que cuando, en medio de la clase con los niños, el rey mandó llamarme, pensé: «Ya está aquí, no falla», y me sentí desfallecer.

El mismísimo jefe de seguridad me esperaba en la puerta con un traje gris oscuro con ocasionales reflejos acerados en las pantorrillas y los bíceps como

si toda aquella tela no pudiese contener su fuerza y me acompañó por pasillos interminables. Tenía una zancada larga y yo de cuando en cuando debía apretar el paso para ponerme a su altura. Nunca se volvió a mirar, daba por hecho que no saldría corriendo. ¿Adónde iría? Para cuando localizase la salida, habría un ejército esperándome. No había escapatoria; sin embargo, agradecí que el recorrido fuese tan largo para vivir un poco más. En un momento determinado, me paralizó con la mano extendida, sacó un fular de la chaqueta, lo extendió y se puso de rodillas a orar en un rincón de cara a la que sería la dirección a La Meca. Yo no sabía qué hacer más que estarme quieta, sin mover un músculo, respetando ese momento espiritual de recogimiento y comunicación con el poder absoluto. Con gusto me habría unido a él para pedir con todas mis ganas salir de ese complicado pasillo, no verme con el rey y volver a mi vida normal. Me destensó un poco observar cómo la tela del traje se le ceñía aún más a las pantorrillas, el culo, la espalda y los brazos de una forma muy masculina, y me volví de espaldas cuando intuí que las oraciones concluían.

—Vamos —dijo doblando el pañuelo.

Lo seguí con la sensación de que iba perdiendo partes de mí por aquel laberinto, células, átomos, que iba desintegrándose, desapareciendo, y que cuando alcanzásemos el destino solo quedarían mis pantalones, la camiseta, el pelo tal vez, por supuesto la dentadura y la bolsa de lona, cien mil veces registrada. Si mi padre fue capaz de crearme un sentido nuevo, también podría crearme un extra de inteligencia en situaciones desesperadas.

Entré literalmente en un cofre dorado. Paredes de seda dorada, alfombra dorada, butacas doradas, grandes lámparas de oro macizo, que debían de pesar una burrada. Fadel esperaba al fondo, sobre cojines, con una chilaba blanca y un pañuelo en la cabeza. Por fortuna, yo no llevaba abaya ni velo y no podía recordarle a Amina. Hice una reverencia y me mandó acercarme. Esperaba que no sintiera el hilo invisible que sienten las personas que han tenido algún contacto o que se han conocido en situaciones sorprendentes de la vida. Yo lo sentía por haber puesto los pies en sus habitaciones, en su luz tenue y en su aroma a sándalo mezclado con antibióticos. Un flujo inevitable de partículas iba y venía del uno al otro sin poder hacer nada por borrarlo.

—*Salam alaikum* —dije.

—*Alaikum salam* —contestó cansinamente. No parecía que se hubiese tomado la medicación ni sus drogas, no parecía muy despierto.

—¿Sabes árabe? —me preguntó en ese idioma, y yo le contesté en él:

—Un poco. Nociones básicas.

Me señaló unos cojines para que me sentara y opté por los más alejados de él. No quería que me reconociera por el olor.

—Si estudiaste árabe es que te interesamos.

Evité explicarle que lo elegí porque me dijeron que era más útil para encontrar trabajo.

—Tienes una pronunciación muy agradable —añadió—. Pero no te sientes tan lejos, acércate.

Me moví un cojín más hacia él. ¿Por qué no me marché corriendo a Madrid? Me lo preguntaba una y otra vez y la respuesta siempre era la misma: si Fátima hablase, irían a buscarme y estaba segura de que me encontrarían y me torturarían y finalmente me matarían y también a mi pobre madre, que no había hecho otra cosa que trabajar como una burra para que yo llegase a ese punto. Y esto era lo que más me desconsolaba.

—Amina es como tú, me la recuerdas —dijo en inglés para que lo entendiera bien—. Y no puedo creerme que haya muerto o como poco que haya desaparecido. No lo creo. En mi mente la veo inclinándose sobre la borda, perdiendo el equilibrio y cayendo, luego desprendiéndose de la ropa para poder nadar y después refugiándose asustada en alguna cala. Su padre me la confió —dijo apesadumbrado—. Cuando llama no sé qué decirle. ¿Que no la cuidé? ¿Que no la vigilé? ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Cómo pudo caer por la borda? No lo comprende, ni yo tampoco. Han insistido en venir él y su esposa, cosa que me incomoda terriblemente.

Oyéndole hablar así, podría pensarse que era un hombre bondadoso, sensible y humano, salvo por los decretos de muerte que firmaba, por los súbditos que encarcelaba por cualquier pequeñez, salvo porque las chicas como Amina, princesas o no, vivían a medio gas, salvo por ser despiadado. Salvo porque ordenaría sin pestañear que me cortaran las manos por apropiarme del brazalete de Amina y podría decretar mi muerte por ocultarle un engaño tan insultante.

Hablaba para sí mismo y también para mí porque, de lo contrario, no me habría hecho venir. Y de pronto abrió la rendija de los ojos un poco más para apresarme y sentí que descubriría toda la verdad.

—¿No tienes nada que contarme?

Me encogí de hombros. No quería mentir. No quería decir nada que diera lugar a más preguntas. Aun así, debía decir algo.

—Amina estaba aprendiendo español con los niños.

—Sin embargo, dejaste las clases un tiempo, varios días, eso me han dicho.

Acababa de atraparme. Se refería a los tres días en que me convertí en Amina.

—Tuve mucho trabajo. Lo siento.

—¿En el Beach Club? Fabián, el gerente, es el hombre más afable que he conocido nunca. Puede haber otros hoteles mejores, pero no gerentes.

Sonreí un poco mientras me acuciaba la duda de si le habrían informado ya de mi ausencia del hotel en las mismas fechas de mi ausencia del palacio. Podría justificarme diciendo que había tenido que viajar a Madrid o que me cogí unos días para visitar Estepona y Torremolinos, pero no tenía por qué dar explicaciones ni sentirme aludida. Me limité a decirle que esperaba que todo se aclarara.

Me animó con un gesto de la mano a que me aproximara aún más.

—Estoy muy triste. Creía que el tiempo de la inmensa y profunda tristeza había pasado y sin embargo ha vuelto. No lo soporto. —Su voz sonaba sincera, nostálgica e incluso poética.

Lo habría abrazado. Su mirada fue cayéndome sobre las cejas, las pestañas, la nariz, la boca, la blusa y el pecho, una aplastante losa. Me levanté con la excusa de que debía cubrir mi turno en el hotel.

A él solo le hizo falta un ademán para que se presentara ante nosotros el jefe de seguridad.

—Acompaña a la joven.

Me puse en tensión. El jefe de seguridad ni siquiera se mostró amable conmigo, nada más echarme la vista encima me clasificó como sospechosa. Su altura, su fortaleza, los rizos húmedos. Me hizo pasar a un cuarto simple, sin adornos, con una mesa lisa, sencilla, de madera clara, que había visto en un catálogo de Ikea, dos silloncitos grises y un archivador metálico. Hablaba español bastante bien, lo que no me dejaba margen para pensar las respuestas.

—Como jefe de seguridad estoy muy preocupado por su majestad, está muy enfermo y necesitamos mantener la esperanza de que la princesa sigue viva.

—Lo entiendo —dije comprendiendo que estaba interrogándome y que podría ser que no saliera viva de ese cuarto.

—Cuéntame tus impresiones sobre la princesa, ¿cómo se comportaba en realidad con una occidental como tú, una chica sin prejuicios religiosos, que bebe, fuma y...?

¿Qué más iba a decirme?, su tono era insultante, le corté en seco.

—Se comportaba como princesa, nada más.

No me creyó, la verdad no sonaba a verdad.

—¿Nada de maquillaje, de ropa, de cine? ¿No hablabais de actores?

Me encogí de hombros y lo miré directamente a los ojos sin nada que ocultar. En el poco tiempo que la traté siempre estaba sumida en sus pensamientos, seguramente en el anhelo de encontrar a su John Gray particular y en cómo meterme a mí en este lío, en cómo beneficiarse de mi inocencia. De todos modos, él no me creyó.

—No puedo creerme que no sintiera curiosidad por tu forma de vida.

—No le parecería tan interesante —dije en el mismo tono sincero.

—¿Has estado en París? —preguntó sin venir a cuento—. Yo sí, una vida alocada. Mujeres dispuestas a pasar una sola noche con un hombre que les guste y a veces sin gustarle.

Si no me diese miedo, podría considerarlo atractivo. Se bajó las gafas a los ojos para observarme mejor. Aun así, fui consciente de su mirada intimidatoria.

—¿Quién no puede sentir curiosidad? —dijo alterado—. Es humano, ¿no?

—Puede —dije fingiendo recordar—. A veces la vi con un libro.

Todas las alarmas saltaron a la vez. Se levantó con la chaqueta abierta decidido a luchar por que Amina siguiera viva para poder castigarla. Los ojos le brillaron como si el cerebro se le hubiese incendiado.

—¿Dónde lo viste?

—En su cuarto, junto a la cama.

—¿Podría ser el libro sagrado?

—Podría ser, no lo distinguí.

Aproveché su aturdimiento para marcharme por pasillos endiablados. En la calle respiré y fui hacia el coche lo más rápido que pude. Quería alejarme de allí. ¡Maldita Amina! Esperaba haber apaciguado al jefe de seguridad, haberle creado una distracción en su retorcido cerebro que no tenía que ver conmigo. A mi vez, tenía una duda sin resolver: dónde encontraría Amina la novela y quién se la entregaría.

Me fui directamente a tomar el sol a la playa Venus hasta la hora del trabajo. No tenía hambre. Me quedé en bragas y sujetador, que tapaban lo mismo o más que un bikini y que sin embargo daban sensación de desnudez. El chico senegalés que hacía dos días había pasado con vestidos *adlib* ahora cargaba con una nevera portátil y le compré una Coca-Cola y un mango. Me señaló los helicópteros y las lanchas planeadoras moviendo negativamente la cabeza. Lavé el mango en la orilla y comencé a comérmelo contemplando el agua, la luz, el verde esmeralda y el azul turquesa alterados por una presencia que se acercaba a la orilla. Era Teo con pantalones anchos, una camisa y

descalzo. En la orilla se lavó los pies, las manos y la cara. Tres más se unieron a él e hicieron lo mismo. Uno llevaba una chilaba distinta a la de los saudíes y jeques del Golfo. Debía de ser marroquí. Me puse la camiseta y me retiré hacia el fondo detrás de una cabina de baño. Sacaron unas alfombrillas, las extendieron y rezaron. Después hablaron entre ellos, se despidieron y se marcharon cada uno por un lado. Lo que me quedaba de mango se me manchó de arena y lo tiré. Desde la sombra del aseo con olor a meados vi a Teo subirse a su Yamaha y arrancar. Las piernas le colgaban en los flancos más largas que en tierra, y todo él, medio tumbado sobre la carrocería, resultaba el doble de interesante que de pie, y esto sería algo que también le encantaría a Amina.

Ya no pude relajarme. Ese momento sagrado en que el sol me daba de pleno en la cara y deshacía todos los pensamientos y solo dejaba la sensación de estar aquí y ahora Teo iba arrastrándolo por el asfalto requemado de la autovía del Mediterráneo. En el Beach Club aprovecharía cualquier momento para preguntarme por el dichoso collar que me obligaba a hurtar y yo le diría que el rey me llamó de improviso, por lo que estuve hablando con él y con el jefe de seguridad hasta mi salida y no tuve tiempo de cogerlo. Y añadiría que Fátima, la criada de Amina, siempre estaba conmigo y no podía robarlo delante de sus narices.

Fabián salió a mi encuentro. Desde que no sonreía, las facciones se le habían afilado como si un ebanista les hubiese pasado un cepillo, el caballete de la nariz se le había marcado separando las dos introspectivas cavernas desde donde me miraba. Las dos huéspedes altas, fuertes y rubias salieron de la piscina y permanecieron en pie igual que dos estatuas sobre las que chorrease la lluvia.

—Ven un momento a la biblioteca.

Entramos en la sala en que me hizo la entrevista. Entonces la chimenea, las librerías de madera, el retrato del señor con vestimenta marinera que recordaba al príncipe Hohenlohe eran completamente inocentes. El sofá estaba ocupado por un cliente que leía el periódico y nos sentamos en dos silloncitos con los reposabrazos de nogal, que era la madera más cara que me venía a la mente. Nunca había estado tan solicitada, salvo por los clientes del Burger para pedirme más ketchup.

—No quiero distraerte de tu trabajo, sé lo importantes que son las propinas. Ahora es el momento de las vacas gordas, las flacas están a la puerta. En invierno nos inventamos excusas para cerrar uno o dos meses. Por mejora de las instalaciones, por descanso del personal, etc., etc.

Se me secó la garganta y carraspeé. Era un acto reflejo cuando se avecinaba un momento en que no sabía qué decir, o porque estaba nerviosa o porque no quería que ese momento pasara en vano.

—Perdona, ¿quieres beber algo? —dijo.

Me levanté y me serví un vaso de agua de una jarra con limones y melocotones cortados.

—Nos está llegando el aire del desierto —continuó para justificar mi carraspera.

Sonreí, no sabía cómo comportarme. El sol le había tostado el borde de las orejas con efecto aterciopelado. Al fondo se oía el rumor incesante de la búsqueda de la princesa.

—Quería que me contases eso del sentido de tu padre. ¿Cómo supiste que lo tenías?, ¿cuándo te diste cuenta? ¿De verdad crees en eso?

Afirmé con la cabeza y unos mechones me resbalaron por los hombros y la blanquísima camisa. Acababa de meter la pata, no me había recogido el pelo, como era obligado en las camareras para que no cayera ningún pelo en las bebidas, y encima la brisa me lo había rizado más de lo normal. A él le parecería de mal gusto reprenderme en un momento tan personal. Me lo recogí con una mano hacia atrás. En la otra sostenía el vaso de agua, que también reposaba sobre una rodilla dejando un cerco en las medias. Estos eran mis únicos pensamientos en un momento crítico en que Fabián esperaba de mí algo inteligente, hermoso, un remedio para su mal.

—Lo he sabido tarde. Al principio el dolor no me dejaba darme cuenta de nada, era un muro. Y hasta que no se rompe el muro no se ve la luz, la ayuda, esas cosas sutiles, diferentes a las habituales, de las que tenemos que darnos cuenta. Es simple, pero no fácil.

Me cogió la mano y me la apretó en la suya con firmeza, un contacto claro sin dobleces, absolutamente consciente. El huésped dobló el periódico y se marchó de la sala.

—No quiero esperar tanto tiempo como tú, quiero aprovecharme de tu experiencia. ¿En qué debo fijarme para tener «el sentido de mi hijo»? Para mí el mundo ahora mismo es una pared de cemento.

Me soltó la mano de golpe para entrelazar las suyas tan fuerte que los nudillos se le clarearon. No quería engañarlo ni tampoco negarle alguna esperanza.

—Piensa en cosas que te dijo o en cosas que le dijiste tú cuando estabas con él en el hospital. En situaciones que vivisteis juntos, buenas o malas, desde que nació. Deja fluir los recuerdos sin agobio. Poco a poco se irá formando el nuevo sentido y algún día lo notarás. Pero no te obsesiones, porque podrías hacerte más mal que bien.

—Veo que ya alguien te ha puesto al corriente de la larga enfermedad de Marco. Espero que te quedes en el hotel mucho tiempo.

Me levanté. Creí innecesario disculparme por haberme enterado de algo que no me concernía, habíamos pasado a otro nivel, un nivel que me gustaba.

Tras este encuentro me sentí fuerte para enfrentarme a Teo cuando me retó con la mirada, un acto solo perceptible para mí, y negué con la cabeza. No, no había traído el puto collar. No me dio opción a decirle todo lo que tenía pensado sobre mi conversación con el rey. Volvió la cabeza a otra parte y se desentendió de mí.

No me preocupó, era más preocupante estar sintiendo un poco de felicidad. Me avergonzaba que, con la que estaba cayendo, de repente todas las bombillas se hubiesen encendido y el mundo se iluminase. El hotel se exhibía más resplandeciente que nunca, y el mar, tan radiante que daban ganas de ahogarse en él. Del mismo modo que cuesta un triunfo aplacar la tristeza, también cuesta apaciguar la alegría. Y la alegría era tan despreocupada que el miedo iba desapareciendo. Aunque Fabián me llevase quince o más años no nos separaba nada, como si hubiese estado dormido mientras yo llegaba hasta él.

Quizá esta sensación de felicidad era la que había obligado a Amina a aprovecharse de mí y traicionarme. No le conté a Fabián que el propio rey me había dicho que los padres de Amina pensaban venir a Marbella para valorar sobre el terreno la desaparición de su hija o para poder sentir el lugar donde pasó los últimos momentos o para que la búsqueda de Amina no cayera en el olvido. Un reto muy incómodo para el rey. Creo que me reservé esta información para poder acercarme a Fabián en otro momento, que puede que estuviera más lejano de lo que pensé porque a eso de las ocho Montse se aproximó a mí con cara de saber algo y de no poder guardárselo para sí.

—¿Has visto a esa? —dijo señalando con la mirada a una chica de unos cuarenta años con el pelo rubio muy corto a lo Jean Seberg, vestido largo *hippie*, zapatillas de lona. O venía de los años setenta o anunciaba la vuelta a ellos. El sol se le había pegado a trozos, lo que le imprimía un aire natural, despreocupado de sí misma. Ya sabía quién era: la chica con la que lo sorprendí en la puerta de la discoteca hacía algunas noches.

Estaba sentada en una butaca del jardín bajo un parasol de fibra de coco y Fabián se acercó y ella se levantó. Se besaron. Era tan alta como él. También se abrazaron. Él retuvo su cabeza junto a la suya todo lo que pudo. La quería. Y era la segunda vez que los veía en una escena similar.

—Es su exmujer, la madre del niño —dijo Montse.

Las bombillas que iluminaban el mundo desfallecieron.

—Vive en Menorca pintando paisajes, bañistas, barcas de pesca, cosas así. Por eso el niño estaba con su padre, por los hospitales.

Se me revolvó el estómago, habría preferido no verla ni comprobar que, hiciera lo que hiciera aquella *hippie*, él siempre la amaría.

—No entiendo cómo no estaba aquí con su hijo —dije con cierta rabia.

—Sí estaba. Se turnaban, lo que pasa es que a ella no le gusta dormir en el hotel, no le gusta este tipo de vida, prefiere el camping.

Se me partió el corazón. Quizá era prematuro sentir algo así. Fabián solo me había cogido la mano y la había apretado fraternalmente. Y yo, con toda seguridad, necesitaba protección, amor, trascendencia, esperanza, y me agarraba a un clavo ardiendo. Jamás podría competir con esa joven señora por la que Fabián lo daría todo. Karen debía de conocer esta relación y por eso se limitaba a dibujarlo y la frustración le había hecho engordar más de lo esperable.

—Tiene mucho estilo, ¿verdad? —dijo Montse—. Cuando este invierno el niño enfermó, traía un abrigo largo hasta los pies de cuero marrón y unas botas iguales con barro incrustado. Entonces no le pegaba nada Fabián, ahora sí, ahora él se está pareciendo a ella.

En la soledad del hostel pensé que Montse nunca sospecharía la gran desilusión que me produjeron sus palabras. Volví a ver mi vida tal como era, muy poca cosa. Abrí la mochila y la metí en el armario. Si la camarera sentía la tentación de curiosear, ahí podría entretenerse. Se me había olvidado coger flores del Beach Club y las del día anterior estaban mustias; aun así, las dejé. Prefería su olor moribundo a los restos de tabaco, mucho más leves ya. Por la ventana entraban las estrellas de siempre con el brillo de siempre, que no habría variado desde hacía millones de años. Eché un vistazo a la lámpara del techo. El sobre seguía allí. Y pensé que debería hablarle de él a mi madre por si me ocurría algo. «Mamá, en el hostel Mirador de Marbella, pide ver la habitación 212. Verás que del techo cuelga una lámpara de mimbre trenzado. Súbete a la silla, estira mucho el brazo y tocarás un bulto. Si no lo tocas, estíralo más o súbete al escritorio. Es un sobre con miles de euros, cógelo y no le digas nada a nadie. Es nuestro. Tuyo si a mí me ocurriese algo. Lo gané honradamente dando clases de español». Eso le diría cuando me viese en auténtico peligro.

Después de los interrogatorios del rey y del jefe de seguridad del día anterior, entré en el palacio con el temor de que no saldría, de que habrían torturado a Fátima y que lo habría largado todo; más aún, que me echaría toda la culpa a mí. Se me podría acusar de activista en pro de los derechos humanos, de tratar de socavar la autoridad del monarca y de atentar contra él intentando aproximarme al lecho real, animada por la idea de que con su mala salud a nadie le sorprendería que sufriera un infarto tras la toma de viagra y mil medicamentos más.

Como siempre, aparqué e hice el recorrido hasta el pabellón de las esposas. Me identifiqué y el guardia llamó por teléfono también como siempre. Luego me dijo que pasara directamente, sin esperar a que me acompañara Fátima u otra criada. Anduve lentamente por los pasillos. No hacía falta recurrir al hormigueo del estómago o al sentido extra, el ambiente tenía mala pinta. Vi a algunas mujeres andando deprisa hacia el ala de Amina. Iban con velo y todo.

Tardé el doble de lo normal en llegar y cuando entré en las habitaciones, Fátima vino a mi lado. «Están buscando algo», dijo. También ella iba tapada porque, aunque en el área femenina no entraban hombres excepto el rey, esa mañana también se encontraba el jefe de seguridad con las gafas puestas para no perderse detalle, sentado en el diván burdeos.

Las mujeres formaron al frente como uno de esos ejércitos sombríos de ninjas. Una de las mujeres con voz y gestos chillones les daba instrucciones a las otras. Había hecho suyo el cabreo de alguien. Había jóvenes y mayores. Irían de los diecisiete a los sesenta y serían unas cuarenta. La que ejercía de jefa dio una palmada y el ejército se dispersó y se dividió en grupos. No hablaban, recordaban a las abejas o las hormigas laboriosas. Un grupo se destacó en el baño, otro en el hamam, otro en el dormitorio, en la sala que nosotros llamaríamos «salón», en dos o tres dormitorios anejos y el más numeroso en el vestidor. Fátima observaba desde un rincón y a veces iba recolocando las cosas que desordenaban el ejército silencioso. Aireaban la

fina y bonita ropa interior de Amina y estrujaban sus vestidos, otras veces los repasaban de arriba abajo con las palmas de las manos como si cachearan a seres invisibles. Parecían desencantadas y de malhumor por no encontrar indicios de infidelidad o de robo o de secretos inconfesables.

No daba la impresión de que supieran qué buscaban concretamente, no estaban dirigidas en este sentido, solo sabían que debían encontrar algo fuera de lo normal y ellas sabrían mejor que nadie qué estaba fuera de lo normal, lo que estaba prohibido y lo que era simplemente sospechoso. No se distraían hablando y no paraban, su imaginación era muy fértil, siempre habría otro lugar útil para ocultar algo. ¿Qué no habrá debajo de un ladrillo o dentro del colchón? El sedoso plumaje de los cojines comenzó a volar alrededor y se me metió en la boca. Fui la única que tosí porque las demás llevaban la boca tapada. Aunque resultaban voluminosas por los ropajes, se subían a largas escaleras con una agilidad pasmosa y metían los dedos con habilidad de cirujanas en los recovecos del artesanado donde nunca se me habría ocurrido que se escondiese algo más que polvo. Pero mirándolo bien, no sería mal sitio para guardar alguna pequeña joya o un papel muy doblado, que habría que extirpar como la carne de un caracol. Se balanceaban para delante y para atrás, y cuando parecía que se iban a vencer y a caerse, volvían a su postura inicial. También tanteaban las paredes y tocaban con los nudillos para distinguir cualquier hueco. Lo mismo hacían con el suelo y en el baño arrancaron varios mosaicos que las alertaron por algo. Me quedé embobada contemplando cómo repasaban los azulejos y cómo olían todos los pequeños y grandes frascos de aceites, cremas y perfumes. Me aproximé a Fátima para preguntarle quiénes eran.

—Son esposas, hijas y parientes de los empleados de la casa, las utilizan para investigar pruebas. Son muy buenas. Conocen mejor las casas que su propio cuerpo. Están acostumbradas a ocultar todo tipo de cosas: dinero, oro, notas secretas o cualquier objeto por mero placer. A veces han logrado esconder cadáveres enteros, fetos. Siempre están dentro de las casas y saben perfectamente cuáles son los puntos flacos de la construcción, los huecos entre vigas, las paredes falsas, dónde han dejado los albañiles los escombros. No se les escapa nada.

El rey estaba demasiado empeñado en no asumir que Amina se suicidara y, en caso de haberlo hecho, en comprender por qué. Me costaba creer que de verdad le importaba tanto aquella chica. Más bien sería amor propio y rabia por que alguien se le fuera de las manos. Un rey tan poderoso como Fadel podía obcecarse hasta donde le saliera de las narices, y seguiría enviando

helicópteros y buzos hasta su muerte. Volví a deseársela, qué más daba que le llegara un poco antes de lo previsto. Me asusté de mí misma, era nuevo para mí este recurrente pensamiento de que la muerte de alguien podía arreglar algo. Una voz rompió el silencio con gritos de triunfo. Era una chica joven y a sus pies las cajas de los zapatos se extendían abiertas y los zapatos rodaban por la alfombra de tonos ocres y verdes que ya conocía. Ondeaba la novela como una cabeza cortada al enemigo. La chica se la mostraba a los diversos grupos hasta que el jefe de seguridad se levantó del diván y se la arrebató de las manos.

—¿Es este el libro? —me preguntó.

—No lo sé. Solo vi una punta.

—Es este —sentenció.

Fátima me miró horrorizada. Para empezar, no sabía que yo tuviese noticia de la novela, tal vez no la tenía ni ella. Y para colmo, me había tomado la licencia de informarle al jefe de seguridad, a la mano derecha del rey. «¿Estás loca?», murmuró Fátima con los ojos desorbitados, debía de tener la mandíbula desencajada y los labios sin sangre bajo el velo. Yo también pensé que estaba loca. Lo había hecho para que el jefe de seguridad cesara de atosigarme, para darle algo y para que me considerara tan inocente como para ofrecerle esa primicia sin pensar en su gravedad.

El jefe volvió a la carga conmigo:

—¿Has leído este libro? ¿Es un romance? ¿Hay sexo? ¿Hay amantes?

Las mujeres fueron dispersándose, desapareciendo del mismo modo que habían aparecido. Fátima apoyó las escaleras en una pared y se dedicó a recoger el plumón de los cojines y a enterarse de lo que hablábamos el jefe de seguridad y yo mientras él observaba la portada.

—Es una novela muy famosa, pero no la he leído. Creo que es una historia muy inocente sobre una pobre chica —dije.

—¿Qué le pasa a esa pobre chica?

—Que vive un secuestro, creo.

—Está bien. Mañana seguiremos hablando. En cuanto llegues, ven a mi despacho.

Por fin a solas con Fátima. Ella se puso un dedo en los labios. Silencio, alguien estaría escuchando lo que hablábamos. Empezó a cerrar cajones y puertas. Y entonces abrió el joyero, sacó el collar de rubíes y me lo metió en el bolsillo de los pantalones.

—Ahora más que nunca, Amina debe huir y necesita dinero.

Me zumbaban los oídos. La charla con el jefe de seguridad me había coagulado la sangre en los tímpanos, lo que no me impidió preguntarme cómo sabía Fátima que debía llevarles el collar a Teo y a Amina. ¿Cuándo había hablado con Amina?

—¿Sabías que escondía un libro? —pregunté.

Tardó en contestar unos segundos:

—No, no lo sabía. Ha sido una sorpresa.

Saqué el collar del bolsillo y se lo devolví.

—Hoy no —dije.

La situación pintaba mal. Me había involucrado más de la cuenta; en lugar de esto, al día siguiente de la supuesta muerte de Amina tendría que haberme largado a Madrid soportando, eso sí, la incertidumbre de que me delataran. Aún podría marcharme.

Sin el collar en el bolsillo, salí ligera, sin nada que ocultar, tranquila. Llegué hasta el coche y no me encontré con el campesino de las naranjas, el horario se había trastocado y era más tarde de lo acostumbrado. No me acercaría a la playa, iría directa al hostel para comprobar que el sobre del dinero continuaba en su sitio. Me inquietaba que la camarera fuera tan astuta como las soldados del ejército silencioso. Y aprovecharía para tomarme un sándwich tumbada en la cama viendo las noticias.

Por haberme fijado bien en la frenética y minuciosa tarea de aquellas mujeres fui capaz de percatarme de que la camarera había metido la mano en la mochila y había colocado la almohada a su gusto, un toque que la delataba. Sin embargo, no había movido la mesa, ni la silla, ni se le había ocurrido mirar dentro de la lámpara con varios dedos de polvo sin alterar.

En las noticias de las tres de Canal Sur Televisión daban prioridad a los incendios en Galicia y a otro más en California. También a la llegada de pateras a Algeciras y Alicante. Y al final dedicaron unos segundos para anunciar que se continuaba la búsqueda infructuosa del cuerpo de la princesa saudí, que según los expertos sería muy difícil de localizar dada la vastedad del mar, su profundidad y el hecho de que podría haber sido devorado por la fauna marina o destrozado por la hélice de un barco y sus restos arrojados por las olas en distintas direcciones. El monarca español y el Gobierno ya habían mandado sus condolencias al rey Fadel.

«¿Por qué Fadel no se da por vencido?», pensé por enésima vez. Y debía reconocer que tampoco me lanzaba a regresar a Madrid porque en el Beach Club esperaba, triste y desesperado, Fabián. Aún seguiría fascinado por la Jean Seberg del camping y de los abrigos largos y estilizados, por la Jean

Seberg de su juventud, por el primer amor de su vida, por la madre de su adorado hijo, y a pesar de todo eso él necesitaba mi conexión mágica.

Llamaron a la puerta. Era la camarera por si necesitaba cambiar las toallas. La miré seriamente dándole a entender que me había dado cuenta de su curiosidad y le pregunté si había servicio de lavandería. Luego saqué de la mochila el vestido de gasa que me había comprado en el mercadillo y emprendí la marcha hacia al Beach Club.

Había perdido la cuenta de cuántos días llevaba en esa situación, toda una vida. El sol de las tres y media de la tarde pegaba fuerte, convertía el cristal de la ventanilla en un diamante ardiente que se me clavaba en la mejilla. Iba con tiempo de sobra al Beach Club por si me encontraba con Fabián. Le preguntaría por su exmujer, la Jean Seberg del camping. Quizá ahora se sentía más unido a ella que nunca por la pérdida del hijo de ambos, en tanto que en una situación normal no le emocionaría tanto su presencia e incluso le molestaría ese aire tan *underground*, marginal e insultante para la gente que no tiene más remedio que trabajar y llevar una vida rutinaria. Me senté a tomar un café en uno de los veladores de hierro fundido antes de ponerme el uniforme. Ese vestido de gasa sería el típico que llevaría la ex de Fabián y quería que él me viera, aunque debería ser sensata y comprender que me estaba convirtiendo en un consuelo para él.

Una mano me cogió el hombro y me estremecí, pero no era la mano de Fabián. Esta era más pequeña, más suave. Me volví con lentitud porque iba aprendiendo que era mejor que las sorpresas vinieran poco a poco y evitar vuelcos de corazón.

—Hola —dijo Amina detrás de mí.

Reconocía su voz. Me volví y me levanté.

—Vamos a algún lugar donde no me vean. Llevo esperándote escondida dos horas.

Me bebí lo que me quedaba de café tratando de pensar sin conseguirlo, eso era demasiado imprevisible.

—¿Sabe Teo que estás aquí?

—Sobre todo Teo no quiero que me vea. Me ha encerrado en el apartamento y me he descolgado por la terraza.

Una nueva artimaña de Amina. Pero, si era así, se había tomado muchas molestias en tener el pelo sucio, ojeras y la piel ajada, no parecía que tomase el sol.

—Solo tú puedes ayudarme —dijo.

—Lamentablemente no hay ningún sitio seguro aquí.

—Vamos al coche —dijo.

No quería ausentarme del trabajo porque este hotel era el único sitio donde de verdad me gustaba estar, y puede que Fabián me pasara de la sustitución a un contrato fijo. Pero ¿qué podía hacer con esa princesa buscada por tierra, mar y aire?

—De acuerdo, vamos.

En el aparcamiento del Beach estaba la Yamaha de Teo, y al verla, Amina me cogió el brazo y me clavó los dedos. Una actuación demasiado buena, algo pasaba. Teo estaría poniéndose el uniforme y nos metimos en el coche. Lo puse en marcha y salimos a la carretera. ¿Dónde íbamos? Teo podría haberse fijado en mi coche y ahora comprobaría que no seguía en el aparcamiento. O no sería tan perspicaz. Nada de esto le importaba si le entregaba el collar de rubíes. Él no sabía que Amina estaba conmigo, o eso esperaba.

—Sois muy retorcidos —le dije—. Nunca sé qué está pasando y, si no lo sé, no podré ayudarte.

Aparqué en una pequeña calle no lejos del hostel, aunque tampoco al lado por si Teo localizaba el coche. Destacaba por sus magulladuras y el color rojo oxidado.

El hostel tenía una pequeña puerta, como de una casa normal. En la pared se leía «Hostal Mirador» con una estrella amarilla debajo. Enseguida se topaba una con la recepción: un mostrador de melanina blanca y papel pintado geométrico blanco y negro a juego con la moqueta, todo con aire *art déco* envejecido. Por fortuna, no estaba el recepcionista, un chico que siempre estaba estudiando, el hijo de los dueños seguramente, que contribuiría así en verano al negocio familiar. Subimos por la escalera para no esperar al ascensor. El carro de la limpieza de la camarera seguía en ese piso como si solo su espíritu entrara en las habitaciones y arrasara con la suciedad. El cartel de «No molestar» seguía en su sitio; aun así, eché el acostumbrado vistazo a la lámpara. Amina pensaría que comprobaba el funcionamiento de la bombilla.

Se tumbó en la cama, parecía cansada.

—Desde que entré en tu apartamento, apenas he salido. Teo no quiere que me pasee sola por ahí. Pero lo peor no es eso. No me quiere. Me hace dormir en el suelo y ayer me escupió en la cara. Dice que ya he muerto.

Empezó a llorar. Le advertí que no llamara la atención y que pusiera la boca en la almohada.

—Tú me has matado —dijo mirándome con rencor o desesperación.

Desistí de entablar un forcejeo sobre quién había explotado a quién. Ella no estaba en condiciones de comprender nada.

—¿Has comido? Estás muy delgada.

—No tengo hambre —dijo.

—Ayer el rey me llamó para hablarme de ti, y hoy han encontrado en una caja de zapatos la novela que estabas leyendo, *Nueve semanas y media*. Me resulta raro que tengas esa novela, la mayoría de la gente solo ha visto la película.

El llanto se frenó e hizo un esfuerzo por pensar, por convertir las lágrimas en sangre y reconducirla al cerebro. La novela, la culpable de todo.

—¿Cómo han podido encontrarla?

—Han llamado a las mujeres.

—¡Ah! —dijo—. Son muy listas.

—¿Cómo es que tenías esa novela? Seguro que es un libro prohibido.

—Sí, está en la lista. Me lo regaló Fátima. Me veía tan triste y aburrida que se arriesgó a pasarlo dentro de la abaya. Como tiene algo de tripa, también puede esconder otras cosas ahí. Y cuando estaba leyéndolo, conocí a Teo en el Beach Club y me enamoré.

Evidentemente teníamos mucho de qué hablar, pero yo debía volver al trabajo.

—¿Es peligroso el jefe de seguridad?

Cabeceó afirmativamente con una insistencia que indicaba que era más que peligroso.

En el Beach Club todo continuaba aparentemente igual, a no ser por la actitud de Teo conmigo.

—Has llegado tarde. Bueno, has llegado antes de la hora y luego te has marchado, ¿dónde has ido?

Le habría dicho que solo Fabián podía echarme una repa. Le habría dicho: «Tú no eres nadie, eres un payaso que has embaucado a una pobre princesa que al único hombre que ha visto desnudo es a un viejo». Le habría dicho que no pensaba dejarme chantajear y que se fuese a la mierda.

—¿Has traído el collar?

Le habría dicho que no me daba miedo, pero no era verdad, en esos momentos todo el mundo me daba miedo.

—Hoy han ocurrido muchas cosas en el palacio. No he podido sacarlo.

Me di media vuelta. Había cierto desconcierto en el jardín. Solo Montse no estaba distraída.

—Nos van a mandar a todos a la calle como no espabilemos —dijo con los ojos más abiertos y más azules que nunca, y solo por esos ojos se habría merecido ser más guapa.

Fabián contemplaba el mundo de abajo desde la terraza de su *suite*. Tampoco parecía darse cuenta del descontrol que reinaba. Pensaría en el camping, en su hijo, en la vida, en la muerte, en qué sentido tenía que él consumiese toda su energía en atraer a los jeques forrados. Y luego pensaría qué más podría hacer con su energía ahora que no le importaba nada. Tampoco tenía que preocuparse por la llegada o no de la casa real saudí, estaban de luto, pendientes de que apareciera el cuerpo de Amina. Y me preguntaba si Sultana se resignaría a no hacer sus habituales incursiones en la Milla de Oro.

Los camareros de interior, como llamábamos a los que servían el comedor, estaban retirando los manteles. Los traían de Portugal, como el ajuar de las camas y las toallas, donde los tejían exclusivamente para el hotel empleando en la trama del tejido ochocientos hilos, lo que les otorgaba esa consistencia de nieve pura. Parecían flotar sobre las mesas, nubes recién caídas del cielo. Y la plata de los cubiertos, ráfagas de luz. Muchos de los clientes, tras abandonar el comedor, se acomodaban en el jardín. Entonces empezaba la labor de Teo, Montse, la mía y la de otros con los que prácticamente no había llegado a entablar relación. Yo, ante la ausencia de príncipes y princesas, me dirigía a los árabes de mayor rango, con quienes podía intercambiar alguna frase en su idioma y que dejaban las más succulentas propinas, que a partir de ahora pensaba compartir también con Montse. Necesitaba tenerla a favor y también que fuese mi amiga, y que si descubría que el jefe de seguridad no era el amante despedido que me atormentaba, me perdonara el engaño.

Ni siquiera se lo consulté a Teo. Después de recoger las mesas al filo de las dos de la mañana, repartí las propinas en tres partes.

—Toma —le dije a Montse—, los jeques son generosos.

Contó el dinero más contenta de lo que intentaba mostrar.

—Más vale tarde que nunca, cariño.

Era lo que me esperaba, estaba bien. Al salir al aparcamiento, vi a Fabián. Andaba lentamente entre los coches y las luces que lo iluminaban. Nos dijimos adiós con la mano. Tenía andares de antiguo *hippie* desgarbado. Era como si fuera recuperando su pasado, su juventud, su amor perdido, el chico

que fue antes de hacerse adulto y padre. El Fabián que vi la primera vez en la biblioteca del hotel fue un Fabián inventado, sustituto de este otro Fabián, cada vez más introspectivo. Debió de construirlo para asentarse, ganar dinero y ofrecerle a su hijo todas las estabilidades posibles. Discutiría con su mujer sobre la necesidad de que el niño creciera en un entorno más tradicional, con más seguridad y más rutina, y se divorciarían. Por su hijo, perdería al amor de su vida. Y ahora dudaría de si el niño no habría disfrutado más sin reglas ni estudios, ¿para qué le habían servido?

Al llegar al hostel Mirador, el conserje adolescente, sin apenas levantar la vista del libro, me anunció que en la habitación me esperaba una amiga. Eso significaba que Amina había salido y luego entrado al hostel. No había contado con que necesitaría cenar y la verdad es que ni se me ocurrió coger un bocadillo o un pastel para ella. Las sobras del hotel eran deliciosas y las que no quería el personal se las llevaban a una parroquia.

Estaba dormida en medio de la cama y la desperté.

—No pienses que vas a dormir en la cama —dije tirándole de un brazo.

Me miró medio desorientada desde su mundo de princesa.

—¿Por qué has salido? ¿Dónde has ido? —pregunté.

Era terrible que para todos fuera más cómodo y seguro tenerla encerrada.

—He estado por ahí dando vueltas. Unos chicos me han invitado a una cerveza y un trozo de bocadillo. Creían que vivía en el camping.

—¿Y si te reconociese alguien? Es muy peligroso.

—¿Has visto a Teo? —dijo temerosa de mi respuesta.

Afirmé con la cabeza.

—¿Qué crees que hará cuando vea que no estás esperándolo en el apartamento?

Se cogió la cara con las manos, los rizos negros se le metían entre los dedos igual que riachuelos en un bosque oscuro. Le tenía casi más miedo que al rey. Movié la cabeza de un lado a otro.

—Tendrías que cortarte el pelo —dije—. Mañana compraré unas tijeras en un chino y te lo cortaré, tengo buena mano.

Levantó los ojos hacia mí.

—¿Estás loca? Eso sí que Teo no me lo perdonaría nunca.

Me metí en la cama y le dije que se las arreglara en el suelo con las mantas y una almohada extra que había en el armario. No era de fiar. En el fondo, se había escapado con la ilusión de que Teo la buscara sabiendo en su

corazón que nunca la había querido. Se encontraba en un momento tan confuso como Fabián respecto a su mujer, con la diferencia de que Fabián sabía que la confusión procedía de él mismo y no de la falsa Jean Seberg. Traté de no pensar en nada más porque eran casi las tres de la mañana y al día siguiente tendría que ir a cumplir con las clases en el palacio si no quería caer en desgracia con el jefe de seguridad.

Estaba tan cansada que por la noche no oí la gran tormenta que azotó Marbella. Creí soñar con truenos y relámpagos y por la nariz me entraron ráfagas de aire húmedo que me hicieron dormir como nunca. Por la mañana el sol iluminaba las hojas mojadas de los árboles, grandes charcos, los capós relucientes de los coches y el aluminio de las sillas y mesas de las terrazas. Los toldos estaban combados por pequeñas piscinas de color naranja o verde. Amina dormía envuelta en el suelo en las mantas marrones del hostel. La melena enmarañada sobre la manta le daba aspecto de mendiga, cualquier cosa menos de princesa que se bañase en leche de burra.

Coloqué el letrero de «No molestar» y salí a comprar café, bollos y las tijeras. Eran las nueve, llegaría más tarde al palacio. ¡Qué más daba! Ya nadie se tomaba en serio las clases. Yo había pasado a ser un testigo de los últimos días de Amina. Y en el fondo, quería postergar lo más posible el encuentro con el jefe de seguridad.

Las tijeras le causaron tanto terror que forcejeamos y la amenacé con que la abandonaría en la calle o que le revelaría a Sultana la verdad. Acabó llorando desconsoladamente mientras el suelo se llenaba de rizos negros. Le aconsejé que se tomara el café y dos bollos que había traído, y que si salía, usara gafas de sol cuanto más grandes, mejor. En el chino encontraría imitaciones de Gucci por diez euros. Le dejé veinte.

—No le cuentes nada a Fátima, te lo ruego —dijo.

¿A Fátima? Eso sí que era raro. Fátima era su ángel de la guarda. La miré extrañada, muy extrañada.

Era un día cegador con tanta agua y tanto sol. El conserje me dijo que tendría que pagar un suplemento por mi amiga. «Sin problemas», contesté.

Todo era desastroso, las mantas habían acabado llenas de bucles. Amina no limpiaría nada, le daba igual, aún seguiría pensando en el Teo de su imaginación. No le habían enseñado a tener obligaciones o no lo había necesitado. Ya era hora de que fuese aprendiendo.

Entre pitos y flautas, llegué al palacio a las once y media. Estaban esperándome en la garita de entrada al recinto dos tipos trajeados. No me dejaron aparcar bien. Una rueda acabó sobre el bordillo y me escoltaron a la puerta principal de mármol, que recordaba a la de la Casa Blanca. Casi me llevaban en volandas sin tocarme ni hablarme. Debido a alguna ley física, su potente proximidad era suficiente para que de pronto me encontrara en el despacho del jefe ante la sencilla mesa, que ya conocía, y detrás él con las gafas en la cabeza. Sin darme cuenta, clavé la vista en su cabeza. Siempre había hecho tonterías cuando me encontraba nerviosa, para relajarme seguramente. Perder la gran oportunidad de trabajar de intérprete en Televisión Española para el Telediario por no ensayar las preguntas cuando había tenido tiempo de sobra. Los libros de autoayuda lo llamaban «boicotarse a uno mismo». Perder el trabajo del colegio por hacerme un lío y llegar tarde cuando soy consciente de mi deficiente sentido de la orientación. De niña no atendía en clase porque tenía lo que se llaman «pájaros en la cabeza» y nunca comprendí que otros niños dedicasen toda su mente y su fantasía para atender a la pizarra. Y ahora necesitaba urgentemente esos pájaros que me librarían de la mirada asesina del jefe de seguridad disparada por unos ojos grandes, negros, despiadados. Cuando reaccioné, estaba agitando la novela delante de mi cara como un loco.

—He estado leyéndola esta noche y es una infamia. La protagonista es una mujer abominable, ansiosa por satisfacer sus deseos carnales.

Retrocedí dos pasos. Me hablaba tan cerca que su saliva me salpicaba. En ese momento yo representaba a la depravada que tenía más a mano.

—No la he leído —repetí, y era cierto.

—¿Así sois aquí las mujeres?

Me puse muy seria, se estaba pasando.

—Seguramente Amina no hizo nada de eso. Nadie hace las cosas que lee en las novelas. Por eso se leen novelas, para no hacerlas.

—Creo que esto es una porquería. —Tiró el ejemplar con fuerza a un rincón—. La lectura envenena la mente. Solo el libro sagrado hay que leerlo una y otra vez.

—No sé por qué me dice todas estas cosas a mí. ¿Porque soy la única occidental que hay aquí ahora mismo?

Sus pupilas tomaron un rumbo significativo como hacia dentro del cerebro. Durante unos segundos lucharon en una jungla oscura.

—Porque creo que tú se la diste, porque has infringido la ley de la confianza y todas las leyes.

Le enfadaba soberanamente que sus controles de seguridad hubiesen fallado y porque tendría que contarle lo de la novela al rey, lo que al parecer le cabrearía bastante. O quizá no, si estaba tan deprimido y triste. En cualquier caso, era mejor callarme, esperar como una estatua a que amainara la ira. Las pupilas regresaron al presente y a mí.

—¿Sabes una cosa? Tú se la trajiste. Es normal, no conoces nuestras costumbres, estás habituada a ir de acá para allá, vestir como te da la gana, oír la música que te da la gana, beber lo que te da la gana y leer lo que...

—No —dije con voz fuerte, convincente, enfadada, mirándolo directamente a los ojos, sin miedo, porque era lo único que no había hecho, entregarle la novela, y podía decirlo muy alto: «No. Yo no he sido».

Él se volvió desdeñoso.

—Enseño las piernas, el ombligo, no soy virgen, bebo, me he cogido algún pedo que otro, fumo y es cierto que a veces me he acostado con tíos que ni siquiera me gustaban. Quería mucho a mi padre y quiero terriblemente a mi madre y apenas la llamo —las palabras empezaban a salir a trompicones y el llanto también. Lágrimas gelatinosas que se me quedaban pegadas a las pestañas y la piel. La cara me temblaba—. Seguramente soy de lo que ustedes llamarían «superimpura», lo reconozco, no represento ningún ejemplo para nadie. Pero nunca, jamás, he querido ni he intentado influir en Amina. Nunca se me ha pasado por la cabeza que ella vistiera como yo ni hiciera las cosas que hago yo, en ningún momento hemos hablado de eso. Y le juro que yo no le di esa novela.

Él me observaba desconfiado a pesar de todo. Me pasé las manos por la cara y las palmas se me quedaron pegajosas. Era como si él no se mereciese lágrimas transparentes, saladas, ligeras, sino esas grumosas. Di unas zancadas hasta el rincón donde él había arrojado el libro y lo cogí, lo hojeé. Había un pico doblado en la página ciento treinta.

—¿Es posible que alguien como Amina, que no está acostumbrada a leer, haya leído tanto desde que yo entré en el palacio a dar clases?

Me lo arrebató y comprobó la señal, lo que significaba que había escuchado lo que le decía y que le daba crédito. Ahora lo dejó encima de la mesa.

—No quiero cargar con culpas que no son mías.

No dijo que me creyera, pero cesó de insistir en mi culpabilidad.

—Si no has sido tú, ¿quién ha podido ser?

—No puedo saberlo.

Fue lo último que dije antes de dirigirme al ala de las esposas reales. Me acompañó él mismo. Iba delante y yo detrás de sus fuertes pantorrillas forradas por los pantalones y su musculosa espalda forrada por la chaqueta, de su fornida nuca, de los rizos húmedos sobre la solapa. Le pegaba ir vestido de guerrero del desierto con un sable a la cintura. No le pregunté si debía seguir o no con las clases, ya me dirían algo. Supondría un alivio que me despidieran y que ahí se acabara todo.

Fátima se mostraba nerviosa. A pesar de que apenas pateaba el exterior, su cerebro recibía datos de detrás de los muros, tenía mucha intuición, y la sensación de que estarían ocurriendo multitud de cosas y que casi ninguna sería buena. Me preguntó por Amina.

Fátima era una adulta, la única persona que en el palacio se ocupaba de Amina, en tanto que Amina era una cría que no sabía dónde tenía la mano derecha. Primero estaba loca por Teo y ahora huía de él, pero seguía estando igual de loca por sus huesos. Y además, Fátima era mi cómplice en todo este asunto, la única que podía informarme sobre lo que ocurría dentro del palacio. Debía contarle lo que había hecho Amina y en el aprieto en que estaba poniéndome al tenerla escondida en un hostel. Sin embargo, las palabras le salían tan apretadas por la ansiedad que me dieron qué pensar y Amina me había pedido que no le contara nada, así que decidí guardarme un poco más la información. Los ojos, siempre mortecinos, ahora le brillaban. Me encogí de hombros y me dirigí al jardín de las clases.

Me cogió del brazo.

—Espera —dijo—. ¿La has visto? ¿Está bien? ¿Está fuerte, centrada?

Volví a encogerme de hombros. No pensaba meter la pata con una persona tan astuta como Fátima. Por fortuna, Sultana vino a nuestro encuentro. Supuso un alivio verla.

—Hoy llegan los padres de Amina, y el rey desea que recorran todos los lugares que ella frecuentaba, entre ellos el Beach Club. Por supuesto, se os avisará para que no haya música. Hablarán con los que la conocíais. Todo esto es muy triste y yo tengo que animar al rey y ocuparme de que la casa no se derrumbe.

Se marchó haciendo ondear su silueta de bailarina por el pasillo.

Impartí media hora de clase y estaba tan distraída que le rogué a Haya que nos explicara en qué consistía uno de sus días en Riad. Lo que más le gustaba era la Riad Gallery y comprarse deportivas. Allí veía a mucha gente y etcétera, etcétera. Le corregí algunas frases de forma desganada y la animé a que nos contara en qué se diferenciaba la Riad Gallery del centro comercial

Plaza del Mar de Marbella. No podía dejar de pensar en Amina y en por qué no querría compartir los últimos acontecimientos con su gran protectora Fátima. Puede que no quisiera someterla a un peligro mayor. Le pasé la mano por la cabeza a Haya. Quizá algún día también quisiera escaparse. Ella me sonrió con su preciosa cara redonda.

A la salida se me entregó el sobre de todos los días. Me estaba hastiando amontonar tanto dinero fácil por una parte y tan peligroso por otra. Me sentía como una narcotraficante o algo peor. Y ahora entendía a la gente que pasa al lado oscuro de la vida sin darse cuenta, con la misma facilidad con que se cruza una calle.

Cada vez que salía del enorme recinto del palacio y me encerraba en el coche con el olor a campo entrando por la ventanilla y el cielo girando sobre él, saboreaba la libertad, me relamía de la sensación de apretar el acelerador y levantar polvo, y me compadecía de Fátima dándole vueltas a la cabeza entre paredes y más paredes forradas de seda. Sería para volverse loca. Le atormentaría imaginar la situación de Amina y si podría hacer o decir algo que la comprometiese. Tendríamos que desaparecer de la tierra Amina y yo para que ella pudiera respirar tranquila.

Se había interrumpido la agradable costumbre de ir directamente a la playa a darme un chapuzón y luego al Beach Club. Ahora tenía que pasarme por el hostel para comprobar que Amina seguía entera y no hacía ninguna tontería.

Me la encontré dormida sobre la cama revuelta. Se había tomado el café con leche y los bollos de la mañana, pero los rizos no solo continuaban en la manta, sino que la brisa que entraba por el balcón los había esparcido por el suelo. La desperté. La sacudí con fuerza. Tenía unas piernas más largas y delgadas de lo que sugería la abaya. Piernas de adolescente. Ahora se le veía la nuca, hundida ligeramente en el centro. Aunque le había hecho trasquilones al cortarle el pelo, parecían ejecutados por una estilista atrevida. Estaba enfundada en una de mis camisetas.

—¿Qué pasa? —dijo bostezando.

—Procura no hablar en árabe. No te conviene en absoluto.

Se incorporó un poco. Sus pequeños pechos se marcaban bajo la camiseta en las huellas más grandes que habían dejado los míos.

—Me dolía el cuerpo de dormir en el suelo.

No quería cabrearme, el enfado era para mí como el llanto, no sabía cómo pararlo, y debía permanecer serena para afrontar la visita de sus padres.

—Tus padres llegan esta tarde y quieren entrevistarse con todas las personas que te conocimos. Quieren saber cómo viviste tus últimos días en Marbella.

Tardó unos segundos en reaccionar y buscar un culpable.

—Lo has complicado todo. Solo tenías que haber esperado un poco más antes de fingir mi suicidio.

—¿Para qué tenía que esperar, para que te dieras cuenta de que Teo no te quiere y entonces volver al palacio?

—Teo me quiere, pero tiene otros problemas.

Siempre la misma historia, justificar, justificar, justificar. Si lo hacían chicas que no sufrían las trabas de Amina, ¿qué podía esperarse de ella, que no tenía ni idea de lo que era la libertad? Al menos, había huido de él, lo que suponía un gran paso. Le exigí que limpiara el cuarto. Cuando llegara del trabajo quería verlo todo en orden, la manta sin un solo pelo, el baño fregado y la cama perfectamente hecha. Ella seguiría durmiendo en el suelo. Le traería algo de cenar del hotel. No le dije que en el bazar chino vendían colchonetas de yoga sobre las que dormiría mejor, era recomendable que no saliese. El conserje me preguntó si mañana deseaba que me arreglaran la habitación. «No hace falta, gracias. Es preferible no abusar del agua ni del detergente. El planeta lo agradece». Lo comprendió, llevaba una camiseta con un oso panda.

Era terrible pensar que a veces tiene que ocurrirte algo devastador para que aflore esa mirada profunda y atormentada que ningún actor, por atractivo y genial que sea, llega a conseguir de verdad. La de Fabián me desarmó y tuve que concentrarme para anunciarle que los padres de Amina vendrían y que era mejor apagar la música para que no se sintieran ofendidos. En ese momento en el hilo musical estaba sonando *Bailar pegados*, de Sergio Dalma.

Llegaron a eso de las ocho. Venían acompañados del jefe de seguridad y de Fátima. Los recibió Fabián con su abismal mirada y cara de circunstancias no fingida, lo que confirió a la visita dignidad y seriedad a pesar de las risotadas de un grupo de alemanes con pantalones y mocasines blancos. Su exagerada alegría retumbaba en los oídos y en la tristeza de nuestro grupo. Yo seguía a Fabián a unos cinco pasos de distancia. Teo andaba por allí sirviendo mesas. Montse observaba extrañada al que había considerado mi exnovio: el jefe de seguridad. Debía de agobiarle no comprender la situación.

El jefe de seguridad los presentó y se sentaron a una mesa con rosas en el centro que me apresuré a retirar considerando que daba un toque festivo a la reunión. Tomarían té, y cuando regresé transportando la pesada bandeja, Fabián me pidió que me sentara. El jefe de seguridad me clavó sus negras cejas y sus negros ojos advirtiéndome de algo inconcreto. Fátima me presentó como la profesora de español de Amina y la encargada de servirle cuando venía al Beach Club. Saludé sobre todo a la madre, que me observaba con gran interés. Reconocí a Amina en sus ojos grandes y en la boca carnosa. Bajo una abaya ligera se apreciaban unos pantalones negros ceñidos y se cubría la cabeza con un fular que dejaba al descubierto algunos rizos rojos. Seguramente pertenecía al ala de mujeres modernas saudíes que sabían conducir, aunque no pudieran hacerlo, y me parecía un pecado que hubiese condenado a su hija, por muy princesa que fuese, a una vida bajo velos, a acostarse con un viejo chocho, a privarse de su juventud. Tuve la impresión de que me leía el pensamiento. Se remetiÓ los rizos y cerró los ojos para

hablar. Su voz era cálida y entrañable y en circunstancias normales sería cariñosa. Daban ganas de acurrucarse entre sus brazos y confesarle todo.

—¿Conociste bien a mi hija?

Negué con la cabeza.

—Solo le di clases, como a Haya, Fátima y a los niños. Apenas hablamos. Lo siento.

Sentía los cien kilos que debía de pesar el jefe de seguridad aplastándome.

—Le encantaba aprender y llegó a tener una pronunciación casi perfecta. Era una chica muy inteligente —añadí.

Quizá era esto sobre lo que me advertía el jefe de seguridad con su mirada.

—¿Y crees que alguien tan inteligente se arrojaría al mar para quitarse la vida? ¿Alguien a quien le gustaba aprender?

Los miré suplicante. No quería ser descortés, no quería meter la pata y echar piedras sobre mi tejado.

—No lo sé. No entiendo lo que puede sentir una chica saudí... —me corregí—: una princesa saudí. No sé qué puede sentir una princesa en general.

Fátima era una estatua. Estaba sentada con nosotros, pero en posición rígida, como alguien que no debe disfrutar de ese asiento como los demás.

La madre frunció el ceño. El padre adelantó la cabeza hacia mí. Llevaba un traje clásico, gris, de verano, y tenía el pelo prematuramente blanco, las cejas negras. Era delgado y dirigía a su mujer miradas de antiguo enamorado. Antes de que hablara, Fabián explicó que era uno de los consejeros más importantes e influyentes de su majestad, un dato que ayudaba a completar el cuadro: el consejero influye para que el rey acepte como esposa a su hija y todos contentos, el paraguas real los protege.

—¿Cuando venía al Beach Club te pareció en algún momento que alguien la vigilaba, la rondaba, que tenía miedo? El jefe de seguridad me ha informado de que muchas veces la acompañabas al baño. ¿Nunca te hizo una confidencia? —preguntó la madre.

—Señora, ella era una princesa y yo una camarera, eso no pasa.

—También eras su profesora.

Yo también fruncí el ceño. Me dieron ganas de decirle: «¿Y a ti no te hizo la confidencia de que le daba asco acostarse con el rey?».

Fabián intervino para apaciguar los ánimos:

—Cabe la posibilidad de que se trate de un atentado o de un secuestro. Todas las vías están abiertas hasta que no se encuentre el cuerpo.

—Lo comprendo —dije.

—Por favor —dijo el padre, más acostumbrado que su señora a templar gaitas—. Si te acuerdas de algo, de algún detalle, comunícaselo al jefe de seguridad.

Se quedaron esperando unos segundos a que yo dijera algo agradable de Amina, que expresara mi conmoción por no poder volver a darle más clases ni servirle más helados, y en cierto modo yo también me quedé esperando a que saliera algo de mi boca. Hasta que Fabián, poniéndose en pie, les preguntó si deseaban cenar o tomar algo más dando por concluida la entrevista. Ellos permanecieron sentados un rato mirando alrededor y absorbiendo la atmósfera, los olores y los ruidos que su hija se llevó con ella. Noté que la madre no me quitaba ojo. Conocía a su hija y sabía que habíamos hablado de algo más que de verbos. Por mi parte, había logrado no mirar a Fátima.

¿Qué habría hecho mi madre en el lugar de la madre de Amina si yo hubiese desaparecido, seguramente muerto, tan trágicamente en la profundidad de aguas negras y frías? Estaría derrumbada, drogada con ansiolíticos, seminconsciente, como más o menos estuvo cuando falleció mi padre. No lo superaría y menos tendría fuerzas para ir indagando por ahí sobre mí. No sería una madre coraje, aunque sí lo fue cuando me sacó adelante con sus pocos recursos, pero tampoco me echaría en brazos de un rey decrepito para apuntalar su posición social. Quizá juzgaba demasiado severamente a la madre pelirroja de Amina, no sabía qué había en su corazón, quizá le avisara de que estaba viva.

Fabián, de camino a la cocina, me dijo que sentía mucho que tuviera que pasar por esto.

—Es una gente difícil, extraña. Debí advertírtelo.

Le dije que debía volver a recoger la bandeja.

—No, que vaya Montse. Quiero comentarte algo.

Temía más a Montse que al jefe de seguridad y a los padres de Amina juntos. Su ingenuidad, sus ganas de agradar y también sus ganas de suculentas propinas podrían ocasionar estragos sin querer. Vi venir hacia el baño a Fátima y a la madre de Amina, y luego vi salir del baño a Fátima e ir hacia las palmeras y esconder un papel blanco en la manga y regresar corriendo, seguramente aprovechando el momento en que la otra estaba en el váter.

Fabián me condujo a la biblioteca. El príncipe Hohenlohe nos miraba desde el retrato de la chimenea. Siempre me agradaba su sencillez de casa de campo elegante y un punto lujosa. Y Fabián, por su aspecto, iba pareciendo

cada vez más un cliente que el gerente, sobre todo por las sandalias de cuero bajo unos pantalones ligeros de algodón negro.

—Cristina, la madre de mi hijo, me ha pedido que vuelva con ella a la caravana.

No dije nada ni hice ningún gesto, estaba escuchándolo y al mismo tiempo pensando en qué les contaría Montse a los padres de Amina.

—Esa era nuestra forma de vida cuando nació Marco. Íbamos de acá para allá en la caravana y hacíamos trabajos esporádicos para sobrevivir, ella diseña unas joyas muy bonitas. Nuestra pasión era conocer mundo. Hasta que el niño tuvo cinco años y pensé que necesitaba estabilidad, asistir siempre al mismo colegio, tener amigos. Se merecía todo lo que disfrutaban los otros niños, y un día, mientras descansábamos en el camping, me acerqué a este hotel y pedí trabajo. Empecé como camarero y pocos años después ya era gerente. Tuve mucha suerte. Cristina siguió con su vida y el niño se quedó conmigo. Ella venía a verlo dos o tres veces al año. Luego enfermó y en cuanto podía me escapaba del hotel para estar con él, en los últimos tiempos ella y yo nos turnábamos. Nunca llegué a creer de verdad que fuese a morir. Cristina lo adoraba, lo quería muchísimo y está hundida.

—Ya —dije sin más porque no me gustaba la tal Cristina, con su gran amor por su propia vida y porque no entendía por qué Fabián me hacía esta confidencia.

—Sería regresar al origen. Quizá podríamos tener otro hijo.

—Tengo que volver al trabajo —dije.

—No, espera. Dime algo. ¿Se puede volver atrás?

—Demasiadas dudas —dije, y me marché. Esperaba que hubiese pillado la idea.

No quería analizar las palabras de Fabián, cuyo mensaje consistía en que ningún esfuerzo merece la pena y en que al final Cristina tenía razón y la vida sigue su curso y es inútil hacer sacrificios por otra persona o simplemente concesiones porque al final todo es inútil. Y si Fabián volvía con ella sería como tirar por la borda trece años de su vida, un paréntesis fantasmagórico de amor fantasmagórico por su hijo desaparecido.

Sus trajes sobrios, los zapatos de hebilla, las gafas de aviador, baños de color en el pelo para disimular las canas, el bronceado de yate, su don de gentes, todo eso se comprimiría en un nanosegundo, en un suspiro, en casi nada. ¿Tendría yo hijos algún día? Hasta entonces no se me había ocurrido pensarlo ni desearlo. Era algo completamente ajeno a mí. No me imaginaba retorciéndome entre los dolores del parto. Partiéndome por la mitad para que

saliera otro ser humano de mi cuerpo. Era demasiado, no lo soportaría. ¿Cómo había tantas mujeres que pasaban voluntariamente por esto? Las veía empujando el carrito del bebé con leche en los pechos, incluso con puntos por un corte en la vagina. Y sobre todo, vencían la pereza para hacer miles de cosas que no querían hacer. Incluso Cristina había pasado por esto, lo que debía de tener algo de mérito. Era extraño.

Según me dirigía hacia una mano en alto que solicitaba más bebida, Teo se cruzó conmigo y no me dijo nada, no me miró. Era difícil intuir si me relacionaría con el paradero de Amina. Juraría que el papel blanco que vi en la mano de Fátima un rato antes se lo había dejado él bajo la piedra. No me sorprendería que ella le pagase por información sobre Amina o sobre mí.

No volví a ver a Fabián esa noche. Ya no pasaba apenas tiempo con los clientes. Muchos preguntaban por él y contestábamos que estaba de viaje, y realmente estaba realizando algún tipo de viaje interior en su *suite*. Montse canturreaba recogiendo las mesas, se encontraba satisfecha con su conversación con los padres de Amina, probablemente habría quedado en completar la información, le habrían proporcionado algún número de teléfono o le habrían asegurado que volverían. Soñaría con trabajar en el palacio como yo y ganar una fortuna.

—Así que tu novio —dijo refiriéndose al jefe de seguridad, y se rio.

—No sé de qué me hablas.

Guardé en una bolsa un ramo de flores, unos mariscos, una botella de champán bien frío y dos copas, que anotaría en el inventario como rotas.

Amina dormía en la cama y parecía que había limpiado. Sobre la mesa reposaban las gafas imitación Gucci del bazar chino y el cambio de los veinte euros. Las hice a un lado y coloqué la botella, las copas y el marisco y las flores. Corté del rollo del papel higiénico dos trozos a modo de servilletas y la desperté. Solo encendí la luz de una lamparita con hojas verdes pintadas en la pantalla.

—He limpiado —dijo al distinguirme en la pequeña selva proyectada sobre mí.

—Y has comprado las gafas.

—Nadie me ha visto —añadió levantándose y contemplando el banquete.

Descorché la botella y llené las copas. Alguien dio dos golpes en la pared. Amina se giró hacia mí asustada, le tendí su copa y abrí el balcón. «No hagamos ruido», dije sofocando la risa.

Tenía muchas ganas de reír y olvidar la confesión de amor de Fabián por Cristina. Amina se animó y casi se bebió la copa de un trago. Le serví más. Mi resquemor hacia ella iba apaciguándose. Viviríamos el ahora como recomendaba un libro que me regaló mi madre y que a ella le había regalado una amiga para superar el duelo por mi padre y que a ella se lo había recomendado un vecino entusiasta de la autoayuda. No pasé del título porque ahí se condensaba el resto del libro: el ahora, vivir sin pensar en el pasado ni en el futuro, concentrarse en el instante. Pues por un rato iba a ponerlo en práctica, y Amina de alguna manera quería lo mismo. Comimos y bebimos y tiramos los restos en la bolsa de plástico del hotel. Colocamos bien las flores en la mesa y echamos un vistazo alrededor complacidas por el aspecto de nuestro pequeño mundo. Amina hizo varios gestos de gratitud y después dobló la manta y se tumbó sobre ella. Del baño salía un agradable olor a jabón. Vi que había comprado una pastilla fuertemente aromática. No sé si leí en una revista que de cualquier antro diminuto y feo puede hacerse un hogar poniendo un poco de interés.

El champán hizo su efecto y dormí de un tirón hasta las nueve. Dudaba si acudir o no al palacio. No soportaba tener que encararme con el jefe de seguridad, con los guardias de las garitas, con los secretos de Fátima y probablemente con la madre de Amina. El dinero había pasado a un segundo plano, con el que había acumulado podríamos tapar una parte del seguro de mi padre. Me duché con todas las opciones abiertas y desperté a Amina. Tendría que desayunar y, en lugar de ir yo a comprar café y bollos, podríamos tomarlo juntas en algún sitio.

Se levantó de mala gana, con resaca, rascándose la cabeza. Aunque yo aún podría dormir diez horas seguidas, recordé la adolescencia en que podía hacerlo un día entero. Se duchó rápidamente y rápidamente empezó a gustarle la idea de ir conmigo por la calle. A la vuelta del desayuno, le compraría un vestido playero y un sombrero de paja en el bazar. Le dije que, si no se quitaba las gafas y no hablaba, podríamos tomarnos un chocolate con churros en la plaza de los Naranjos.

Había varios emiratíes con chilabas blancas y pañuelos de cuadros sentados a una mesa disfrutando de la mezcla de fresco y calor de esas horas. Las plantas regadas y el aire tirante como hilos de nailon. Amina tenía los labios árabes, algo morados, y el pelo demasiado negro; aun así, no les llamé

la atención. Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, podría ser cualquiera.

—Gracias —dijo en voz baja—. Sería maravilloso vivir así.

Me pareció divisar por debajo de las enormes gafas una lágrima.

—Pero sería más maravilloso que aquí estuviera Teo y no yo, ¿verdad?

Cabeceó afirmativamente. Tenía esa edad en que uno no se da cuenta de que es mejor no ser tan sincero o tan impulsivo en la expresión de los deseos. Los emiratíes pagaron, se levantaron y se subieron a un Ferrari aparcado en zona prohibida. No parecía que hubiesen reparado apenas en nosotras. Respiré preguntándome por qué estaba jugando con el peligro.

—Sin embargo, huyes de él. ¿Qué te hacía? ¿Cómo te trataba?

—Me gritaba, me regañaba por todo y cuando salía, echaba la llave a la puerta y me dejaba encerrada. Desde que llegué a tu apartamento solamente pude estar en la calle un par de veces. Tampoco le gustaba que me bañase en la piscina.

—¿Y por qué crees que hacía eso?

—Pensaba que no me quería, que me odiaba, ahora creo que estaba celoso. No deja de ser un chico árabe, y la mayoría de los árabes son muy celosos.

—¿Árabe, Teo? ¿Cómo es eso?

Se quedó ligeramente desconcertada y se pasó las manos por el pelo.

—¿No lo sabes? Es hijo de Fátima.

Llegaron más chilabas blancas como la nieve y ojos negros y penetrantes, momento de pagar e irnos. No quería tenerlos cerca ni que nos observasen mucho. Iniciamos un paseo por calles más retiradas y nos sentamos en el parque de la Constitución frente a unos toboganes para los niños. Allí, protegidas por las hojas de un sauce llorón, nos resguardamos de miradas indiscretas. Y, mientras, Amina se secaba los ojos bajo las gafas e imaginaba historias en que Teo la amaba. Yo también pensaba en todo lo que había ignorado hasta entonces, en todo lo que no había descubierto, en lo ciega que había estado, en que confiar en los demás cuando las cosas no están completamente claras es infantil. Aunque, más que confiar en Fátima, la situación en la que me encontraba me obligaba a depender de ella. Había dejado escapar demasiadas cosas. En un mundo normal no hay por qué recelar de todo, pero en el mundo anormal en que yo vivía inmersa los detalles eran perlas, diamantes, pepitas de oro que no podían dejarse escapar, no había que dar nada por sentado. Y yo había dejado escapar los roces y confidencias

entre Fátima y Teo por la costumbre de no darles importancia a estos comportamientos en el mundo normal.

—¿Por qué mantienen en secreto que son madre e hijo?

Por el borde de las gafas, un modelo grande de los ochenta, volvieron a aparecer lágrimas, muchas iban a parar debajo de la nariz, sobre el labio permanentemente mojado. Le era difícil luchar en su estado de sensibilidad y debilidad. Se daría la vuelta ante cualquiera que pronunciase su nombre por la calle, no sería capaz de negar su identidad, se derrumbaría a la mínima presión. Si no se mantenía alerta y fría, nos llevaría a las dos a la ruina.

—A Fátima la secuestraron en Marruecos cuando Teo tenía diez años y fue vendida a una familia kuwaití, y esta se la vendió a la familia real. Su hijo se quedó allí con su padre. En cuanto se enteró del paradero de su madre, su única obsesión fue verla y rescatarla. Ha pasado años y años planeando esto. Necesitan dinero para falsificarle un pasaporte y huir a Bélgica.

—¿Y tú no entras en los planes?

Buscó en el tobogán de los niños la respuesta, el desenlace de una batalla entablada en su mente.

—A veces, cuando estaba de buen humor, me decía que en cuanto se solucionara el problema de su madre, podríamos vivir felices.

Hasta ahora no se me había ocurrido preguntarle algo fundamental. Siempre hay que saber un poco para saber más.

—¿Quién te regaló de verdad la novela de *Nueve semanas y media*?

—Me la entregó Fátima de parte de Teo. Me dijo que me la regalaba un chico que me admiraba mucho. Luego me enteré de que era el camarero. Me pareció increíblemente guapo. Me temblaban las manos cuando se acercaba a nuestra carpa en el Beach Club. Debía cuidar que no me descubrieran embelesada en su cara, los labios, el cuello, sus andares tan ágiles, sus manos, ¿te has fijado?

Era fácil comprender que Teo se las arreglara para trabajar en el Beach Club y así poder entrar en contacto con la familia real saudí. Él y su madre utilizaron a Amina, y ella a mí para forzarme a sustituirla y sacar joyas del palacio, pero no se esperaban el golpe de efecto del falso suicidio.

—No pienso volver al palacio. Y tú haz lo que quieras —dije.

Se arrancó las gafas de la cara con la mano para exhibir su terror.

—Tienes que volver. Si no, te buscarán y te eliminarán.

—¿Y qué más? A ti te da igual lo que me ocurra.

—Debes sacar mi documentación. Necesito recuperar mi identidad. Si no, Teo podría matarme y ya estoy muerta, ¿recuerdas? Nadie se enteraría. Y

luego podría ir a por ti.

Era desesperante. Según ella, Teo la amaba y Teo quería matarla. La comprendía, le estaba costando salir de su sueño tanto como a veces, tras el fallecimiento de mi padre, me costaba despertarme porque caía en un estado de parálisis aterrador. Gemía y lloraba en mi sueño, gritaba para que mi madre me oyera, me agitara y me despertara del todo. Trataba desesperadamente de mover la cabeza para respirar y mientras tanto oía desde la cama el sonido de la televisión y de los pasos de mi madre por la casa. El médico explicó que eso me ocurría por la descoordinación momentánea del cerebro con el cuerpo, era angustiioso pero no grave. Sería lo mismo que estaba ocurriéndole a Amina, aunque en su caso la descoordinación era del cerebro con el alma.

Teo había esperado pacientemente durante tres años a que la familia real saudí, a la que servía su madre, recalara en Marbella y en el Beach Club y entonces arrancó su plan para recuperarla, pero también para vengarse de todos los príncipes y princesas que pudiera. Mientras regresábamos hacia el hostel, Amina me informó de que las documentaciones de los miembros de la casa real se guardaban en el despacho del jefe de seguridad. Era obligatorio pasar el control en España con los pasaportes que luego recogía y custodiaba él.

—Estarán en un cajón o en un archivador. Vi cómo los ataba con una goma —dijo.

—¿Y si los mete en una caja fuerte?

—No lo creo. ¿Quién iba a llevarse los pasaportes? ¿Para qué?

—Para huir.

—Nadie se atreve. Yo tampoco pensaba huir, solo disfrutar de unas pequeñas vacaciones en libertad. Tú me has convertido en una prófuga y en un cadáver.

Me callé porque tenía que decidir si ir al palacio o no. Iría porque no saber qué ocurría allí me creaba más desasosiego que estar fuera. Me desagradaba tanto como hacerme una colonoscopia y enfrentarme al resultado, pero no hacerla sería peor.

El chico de recepción levantó la vista del libro y preguntó si nos quedaríamos más días. Reservé cinco más y pedí una cama supletoria. No iba a arruinarme por un pequeño extra, ya había castigado bastante a Amina durmiendo en el suelo. Tuve que convencerle de que no nos cambiara de habitación.

Aparcaba el coche tres calles más allá, en un callejón por el que no se podía pasar por casualidad. Llegué hasta él andando bajo la fuerza del sol. Con venas de oro, rayos de luz en mi cabellera. Sobresalía entre la gente, me sentía algo así como sobrenatural y conduje con renovada energía hacia el palacio. En el campo las pequeñas hojas de los olivos llameaban y las naranjas se habían vuelto rojas. La fachada de mármol blanco del palacio descendía del cielo como una visión. El agua de los aspersores cruzaba en latigazos el calor. Los guardianes me conocían y no diría que se alegraban de verme, pero a estas alturas tampoco me consideraban una intrusa sospechosa y maligna. Eran las doce y seguramente ya no me esperaban. Por lo que Fátima, en cuanto dieron el aviso, vino a mi encuentro en la mitad de tiempo del acostumbrado.

—El jefe de seguridad está a punto de ir al Beach Club a preguntar por ti. Debías venir a las diez. No puedes desaparecer sin más.

Andábamos deprisa. Fátima había adelgazado y en la abaya quedaba la huella de un culo más grande. Los pechos se le habían escurrido y la cara había llegado al endurecimiento definitivo.

—La madre de Amina quiere hablar contigo —dijo según alcanzábamos la meta, que era la puerta de las habitaciones de Amina.

Estaba dividida en dos hojas que llegaban al techo, labradas haciendo encaje. Se abrían tan despacio que daba la sensación de ir entrando en la lejanía. Se iba divisando la neblina verdosa del jardín, el sonido de los pájaros en medio de un silencio fraguado segundo a segundo durante milenios. La madre de Amina esperaba sentada en el diván azul. Seguramente estaba tumbada y al abrirse las puertas se incorporó, y al verme se levantó. Las hojas se cerraron tras de mí.

Llevaba pantalones con una caída impresionante que la hacían más alta y delgada cuando en realidad era de contornos fuertes. La blusa de seda también ayudaba y se le abría hasta asomar el encaje del sujetador. Iba toda de negro, por lo que la cabellera rojiza y rizada captaba toda la atención. Tendría unos cincuenta años de los de ahora, no de los años sesenta. Se notaba que se cuidaba la piel, el pelo, la dentadura, la suavidad de los labios, el brillo de los ojos, las uñas y el olor. Parecía que dentro de esta femenina mujer hubiese otra mujer más femenina aún. Yo parecía un animal a su lado y traté de no acercarme a ella para que mi rudeza no nos perturbara.

—Lo siento, no tengo ánimo para hacerme la *toilette* —dijo saliendo al paso de mi interés por su aspecto—. Me han dicho que Amina leía un libro —añadió.

—Sí —dije simplemente, obviando la gran información de que disponía. Le habría revelado la compenetración de su hija con la protagonista y que su historia le había abierto unos irrefrenables deseos de idilio, de sexo, de enamorarse de un hombre joven y guapo, todo lo opuesto al rey. Y que la idea de entregarle la novela fue del hijo de Fátima, un camarero del Beach Club, y todo lo demás. Se quedaría de piedra.

—¿Tú la has leído?

—Aún no.

—Vaya —dijo—, nunca me lo habría esperado de ella. Era una niña tan obediente, tan cariñosa. El rey la echa de menos. Es la segunda pérdida que sufre.

Como no me movía del sitio, me indicó con la mano una butaca, mientras ella andaba de un lado a otro despacio, arrastrando el elegante bajo de los pantalones.

—Tendría que dar la clase —dije—. Me pagan por eso.

Se recogió el cabello con ambas manos y lo echó hacia atrás. Poseía unas mandíbulas con carácter, la nariz ancha, y la envolvía un denso aire de seguridad en sí misma.

—Sé lo que piensas, que soy una mujer sin alas y sin ideas, pero te equivocas, encerrada se piensa mucho, no se para de darle vueltas a la cabeza. La acción no lo es todo. Y desde ayer he estado pensando en ti, has estado dando vueltas en mi cabeza. Y he llegado a la conclusión de que sabes más de lo que me dices. Y si callas es porque lo que sabes es importante.

—¿Y qué cree que sé? Deme una pista.

—No me creo que se suicidara arrojándose al mar. No tenía ese tipo de coraje. Apenas sabía nadar, así que comprenderás que el mar le imponía mucho respeto, sobre todo por la noche con las aguas oscuras y peces temibles. ¿Por qué iba a pasar por ese terror para liberarse del terror de vivir? Habría preferido envenenarse. Es más cómodo y más fácil, menos traumático. He estado examinando el yate y no me la imagino quitándose el collar y la pulsera antes de tirarse por la borda, ¿para qué?, ¿para dejar constancia de que se suicidaba? ¿Alguien a quien en un momento de desesperación no le importa que la engullan peces asesinos tiene esos miramientos? No, no y no me lo trago.

Meneó su bella cabellera negativamente.

—Entonces, ¿alguien la obligó a quitarse las joyas y luego la empujó?

—Es más creíble —dijo—. Esas joyas son la prueba de que las ropas que encontraron flotando eran suyas. Sin embargo, alguien debió de verla saltando

al agua.

—Había mucho ruido: música, mil personas hablando y riendo.

Me clavó sus ojos entrenados en la vida cerrada, ¿cómo conocía yo esos detalles?

—Se comenta que las fiestas del Lady se oyen a kilómetros de distancia.

Movió la cabeza en otra dirección para centrarse en otra idea.

—¿Su marido piensa como usted?

—Tiene que ocuparse de asuntos de Estado y animar a su majestad para que haga frente a los problemas. El rey quiere creer que Amina sigue viva.

—Fátima seguramente estaba con ella en el yate —dije tanteando el peligro.

—No sabe nada. Se metió en el baño y al salir ya no la encontró. Se responsabiliza tanto de no haber estado pegada a ella constantemente que ha adelgazado cinco kilos.

Y entonces entre los huecos, montañas, valles y ríos de mi cerebro, del que no podía fiarme al cien por cien, cruzó una imagen que se estaba manteniendo al margen de la tragedia.

—¿Y Sultana? También estaría allí, ¿verdad?

Se paralizó frente a una corriente verdosa que cruzaba la habitación.

—No creo que se moviera del lado del rey. Cuando salen, Sultana no se despegaba de él. Deja muy clara su posición.

Deduje cierto resquemor y aproveché la oportunidad.

—Se comentan muchas cosas de ella.

Se pasó por la cara las manos de uñas muy arregladas, de dedos muy masajeados, de nudillos sin arrugas pese a la edad. Sería cierto que desde lo de su hija se había descuidado, pero no disponía de ropa vieja, ni podía cambiarse de piel, ni de uñas, ni eliminar de un plumazo el brillo endémico del pelo. Al dolor y la pena les costaba abrirse paso entre tanto esplendor. Por eso no era fácil apreciar la zona requemada de las mejillas de haber llorado sin parar y las huellas en el cuello de haberse clavado las uñas. Siempre que estaba con ella tenía que morderme la lengua para no confesar. Era una completa crueldad verla sufrir sin sentido. Sin embargo, lo sufrido, sufrido estaba, lo llorado, llorado estaba, y no podía hacer nada para volver atrás.

—Sultana —dijo en tono de reflexión— es la primera esposa del rey, él confía ciegamente en ella, su poder es inmenso. Espero que Amina no se le enfrentara.

Sultana acababa de entrar en batalla. La madre de Amina frunció el ceño todo lo que los retoques estéticos le permitían. Supuso un golpe de ingenio

por mi parte mencionar a Sultana. Solo a ella se le ocurriría quitarse de en medio a Amina de esta manera.

Fátima apareció preguntando si iba a darles clase. La madre de Amina me hizo el gesto de que habíamos terminado.

—Ya es tarde —le dije a Fátima, cuyo hijo ya la habría puesto al corriente en la nota que recogió en el Beach Club de que Amina había escapado del apartamento.

Sentía que tenía la llave de la vida de esta extraña y pobre mujer. Podía meterla en la cerradura y abrirla. Me preguntaba por qué en una de las visitas al Beach Club no habían huido juntos ella y su hijo. Podrían haberse escondido, irse por carretera a cualquier otro punto de España. Era una simple sirvienta y no habrían desplegado medios de búsqueda como en el caso de las princesas de los Emiratos. La habrían sustituido por otra. Me daba la impresión de que yo había desbaratado algún plan fingiendo el suicidio de Amina. Emprendimos el camino hacia el jardín.

—Se te pagará igualmente. ¿Has visto a Amina? —dijo Fátima.

—Ya me lo preguntaste ayer.

—Pues vuelvo a preguntártelo hoy. ¿Fuiste a verla al apartamento, fue ella al Beach Club?

—Estás nerviosa. ¿Qué ocurre? —pregunté.

—Es muy peligroso que la encuentre el jefe de seguridad o alguno de sus mandos. No son descuidados, como los policías occidentales, son muy minuciosos, dondequiera que esté la reconocerán.

Evidentemente sabía que había escapado del apartamento, pero no tenía la certeza de que lo supiera yo y quise dejarla en ese estado de incertidumbre.

Se ajustó el pañuelo. Ella no tenía el envoltorio refinado de la madre de Amina a pesar de que serían de la misma edad. Los labios se le reseaban a la menor contrariedad y el entrecejo se le hundía. Tenía que hacer un gran esfuerzo para no decirme que Amina había huido porque yo no debía saberlo. Como no debía saber que estaba con Teo. Como no debía saber que Teo era su hijo, ni que a través de ella le había entregado a Amina una novela erótica que le hizo fantasear más de la cuenta.

—Si acaso se pone en contacto contigo, dímelo. Hemos de estar de acuerdo en todo.

Haya había tomado el relevo de Amina en su interés por la lengua española y a pesar de lo escaso de las últimas clases cada vez lo hablaba mejor. Le pregunté cómo lo hacía. Era imposible que con solo mis clases

avanzara tanto. Me miró con picardía. Tenía una sonrisa preciosa en una cara fresca con pelusilla en el bigote y grandes cejas.

—Leo el periódico.

Supo que esta noticia me había impactado. Miré alrededor buscando alguno.

—¿No está prohibido?

—Mamá lo lee. Lo coge del despacho del jefe de seguridad. Tiene que estar informada.

Un libro siempre es más misterioso que un periódico, más temerario y peligroso, con claves, metáforas, oscuridades y en ocasiones demasiada luz.

—Ella lee uno en inglés y yo en español y se lo traduzco. Es muy divertido.

En el fondo tampoco se habría montado una tragedia porque Amina leyese una novela mientras no se desvelara el contenido y si no fuera porque había que buscar un móvil emocional que la arrastrara fuera de su mundo. Y además, era normal que las esposas del rey disfrutaran de ciertas licencias.

Fátima me acompañó a la salida. Notaba su desazón, el no poder decirme que Amina había escapado.

—La madre de Amina hace muchas preguntas. No se cree lo del suicidio —dije en voz baja por si los pasillos estuviesen plagados de micrófonos.

—Ya lo sé. Cuanto menos hables con ella, mejor. Es muy astuta.

¿Y qué mujer no lo era en ese palacio? Desde las princesas a las súbditas detectives caseras que encontraron la novela.

—Acércate al apartamento a ver a Amina —dijo Fátima—. Hay que controlarla. No quiero que haga ninguna tontería.

De sobra sabía ella que Amina no estaba allí. Salí rápidamente. Siempre suponía un alivio escapar. Dentro me invadía la aprensión de que unas manos invisibles me sujetaban con grilletes a las paredes. Puse la radio del coche, era la primera vez que lo hacía y me maravilló que funcionara. Sonaba entrecortada y ronca como si la hubiesen rociado con litros de ginebra. Era imposible oír música y busqué las noticias. Casi en último lugar de las novedades se anunciaba que en dos días se concluiría la búsqueda oficial de la princesa saudí Amina ante la falta de indicios y pruebas cada día más improbables, puesto que su cuerpo ya tendría que haber sido devuelto por el mar o hundido definitivamente. Y la verdad es que ya apenas se oían helicópteros sobrevolando la playa y alta mar. La vida de Amina estaba dejando de importarles a las autoridades, sobre todo porque en unos veinte días como mucho la corte se marcharía hasta dios sabe cuándo. Era difícil que

tras este suceso a la familia real le apeteciese repetir. Y había que hacer lo posible por sacarles de los bolsillos lo más posible y a nadie le hacía gracia ver salpicadas las bellas playas marbellíes por la tragedia. Se me escapó un suspiro de alivio, era cuestión de esperar a que se cerrara el caso.

Busqué música y de nuevo escuché el nombre de Amina. Pero esta vez no era de alivio, sino de poner los pelos de punta. Un hombre contaba que se tropezó con ella en el paseo de la Alameda. «Iba desorientada y me ofrecí a ayudarla. Su voz era de princesa. Si me pregunta cómo es una voz de princesa, le diré que como aquella. Sus manos también eran de princesa. Y además, me pareció raro que vistiese normal, que llevase el pelo corto y que no fuese acompañada. Cuando me alejaba, la llamé por su nombre, Amina, y se volvió».

El periodista no le dio mucho crédito, pero a mí me cabreó. Amina era idiota exhibiéndose de esa manera por ahí. Por otro lado, no podía estar encerrada todo el día en el hostel, en cuyo caso podría sospechar el recepcionista.

Así que, en lugar de echarle la bronca, le propuse ir a bañarnos a playa Hermosa. No creía que allí nos encontráramos con nadie. Aparte de que en bikini solo podrían reconocerla el rey y Teo. Y Teo estaría trabajando. Amina se puso las gafas y la gorra. Había adecentado la habitación y la camarera había cambiado las sábanas y las toallas. Nos tomaríamos unas sardinas asadas en algún chiringuito.

Éramos dos jóvenes en un coche destartado que se dirigía a la playa atravesando olor a brea y la neblina de calor que descomponía los coches de enfrente en faros y trozos de carrocería temblorosos. No quería arriesgarme con otra noticia incómoda de la radio y puse una casete de gasolinera de Camela, que debía de llevar en el coche veinte años y cuyo dueño incluso podría haber muerto. De alguna manera deseaba ser la guía turística que enseñase a Amina las maravillas de mi mundo. Y como todo el que enseña su casa, su país o el paisaje que más le gusta, oculta lo malo. En el fondo estaba ratificando su decisión: esto era lo bueno. Ella colocó los pies sobre el salpicadero y yo apreté el acelerador. Cada día era más osada o descuidada, iba contagiándome de los deseos de libertad de Amina.

—He estado hablando con tu madre en el palacio.

—¿Cómo dices?

Nos daba pereza apagar la música. Grité. Las palabras volaban por la ventanilla.

—Tu madre. Es una mujer espectacular.

Bajó los pies.

—Prefiero no pensar en ella.

—No se cree que te arrojaras al mar.

—Hiciste una tontería. Ya te lo he dicho —dijo.

No volvimos a hablar hasta que llegamos. No tenía ganas de pelearme con ella y no disfrutar del rato de playa. En ese momento yo era la adulta. Amina llevaba el bikini de Karen, tan grande para ella que las olas podrían llevárselo en un segundo. Me tranquilizó ver a bastante gente rubia natural o de bote. No había chilabas, ni abayas ni hombres con perillas. Amina se despojó de la gorra y las gafas y fue hacia el agua con los brazos cruzados. Le costaba trabajo sentir su cuerpo tan expuesto al aire libre, pero cuando salió ya se había acostumbrado. Como su madre dijo, no sabía nadar bien, se sostenía, braceaba y hacía el muerto y avanzaba ayudándose con los brazos. De haberse tirado de verdad desde la borda, no habría podido sobrevivir. Se tumbó en la arena con una sonrisa en la cara.

—Esto lo hace aquí todo el mundo, así que no es pecado —dijo.

—Tranquila —le respondí con la lengua adormecida por el calor y la felicidad que siempre sentía en la playa—. Aquí eres una chica más.

También me tumbé. El sol era el elixir de la paz, de los pensamientos puros, de los sueños dorados. Iba a cerrar los ojos cuando vi acercarse una reverberación de piernas y hojas verdes.

—Hola —dijo una voz lejanamente familiar.

Me incorporé apoyada en los codos.

—¿Te acuerdas? —dijo—. La amiga de Fabián, el descapotable verde.

Me levanté del todo medio mareada. El sol me daba de lleno en los ojos. Recordé que era la mujer que me recogió en la carretera. Me separé de Amina, que nos miraba haciendo visera con la mano. No quería presentársela. Volví a darle las gracias.

—Aún tengo pendiente ir a darle el pésame a Fabián. ¿Qué tal está?

—Recuperándose. Poco a poco.

¿Por qué no se marchaba? Miraba de reojo a Amina, lo que me ponía un poco de los nervios. La cogí del codo para alejarla algo más. Llevaba cadena y pulseras de oro y las hojas verdes estaban impresas en un pareo. También llevaba los ojos y los labios pintados, algo que en otra persona habría resultado recargado y de mal gusto en ella encajaba a la perfección como un retablo barroco, al que si le quitas el oro se queda en nada.

—Fue a verlo su exmujer al hotel —dije.

—¿Cristina?

Por fin había logrado desviar su atención de Amina.

—Sí, quiere que vuelva con ella a la caravana.

Meneó negativamente la cabeza.

—Se cree mejor que nadie. Desprecia a las mujeres como yo porque tengo dinero, un marido y una mansión con piscina y cancha de pádel. Nos restriega su vida libre por la cara. Pero... No le conviene, créeme, ella no quiere a nadie.

Retomó su camino contrariada, sin mirar a Amina, haciendo tintinear las pulseras. Un chico senegalés corrió tras ella con vestidos en los brazos. La vi detenerse en un chiringuito con tejadillo de hojas de palmera.

Al final, Amina estaba tan entusiasmada con los baños que decidimos pasar de las sardinas asadas y comprar un bocadillo para que se lo comiera en el hostel viendo la televisión. Yo tomaría algo en el Beach Club. Esperaba que la mujer rubia no le comentara nunca a Fabián lo que yo le había contado de su ex y la caravana. Y lo más increíble fue que, nada más llegar, Montse, después de decirme con su inocente sonrisa que mi supuesto novio se había pasado otra vez por allí, me preguntó por qué había ido a trabajar. Era mi día libre y no me había dado cuenta. Teo no me saludó, se hizo el distraído.

Esperaba ver aparecer a Fabián. «Anhelar» era la palabra, aunque resultase anticuada. Las sandalias de cuero, los pantalones negros, sus ojos tristes me abrían un hueco en el pecho por el que entraba luz a raudales. Y este pensamiento era más fuerte que el instinto de supervivencia, que cualquier precaución. Subí a su *suite* y no abrió nadie. Me dirigí entonces al cuartucho con miniventana de su ayudante. Le molestó tener que sacar la cabeza del ordenador. Al preguntarle por Fabián, hizo un gesto de impotencia con los brazos, que querría decir «ha cambiado», «ya no es el mismo», «no tengo ni idea».

No fue fácil dar con el camping, sobre todo porque no quise preguntarle a nadie del Beach Club por él. Sabía que estaba a cuatro kilómetros de allí, pero no se divisaba desde la carretera. Esperaba ver salir algún *hippie* de entre la arboleda y las adelfas que bordeaban todas las carreteras, hasta que divisé una flecha bastante pequeña que lo indicaba. Me metí por un sendero de juncos y matorrales por donde a duras penas cabía mi coche y menos una rulot. Pero de esta gente se esperaba osadía, atrevimiento, valentía, inconsciencia, no estaban atados a los miedos pequeños de la vida normal: las enfermedades, una carta de Hacienda, que el coche no quepa por el sendero. Estaba segura de que se las arreglarían para agrandarlo mágicamente para las caravanas. De hecho, cuando logré aparcar, allí estaban. Las más afortunadas, bajo la sombra de los pinos. También se habían montado tiendas de campaña, de las que salían agachados tipos enormes, y minicasas prefabricadas con un anclaje para el coche. Un hombre de unos setenta años con coleta tocaba la guitarra. El azul del mar se metía entre la ropa colgada en cuerdas que iban de un tronco a otro o de un extremo a otro de la rulot. La playa se extendía a unos pasos, todo el mundo iba en bañador y descalzo con pegotes de arena en las piernas. Por la noche asarían unos peces recién pescados y se harían collares y pendientes con pepitas de oro encontradas en la arena. Los niños correteaban sin peinar y con costras de mocos en la cara. Había que reconocer que quizá Cristina tenía razón y su hijo habría sido más feliz allí que en una buena casa, un buen colegio y un buen hospital.

El corazón me bombeó sangre a raudales cuando ella apareció en la puerta de una caravana bastante grande con visillos en las ventanas que resultaban hogareños. Fuera había una mesa de plástico naranja con dos sillas iguales y una hamaca llena de cojines de colores. Llevaba un bikini blanco tan desgastado que parecía que no llevaba nada, todo se transparentaba. Arrancó una prenda de la cuerda que iba de su caravana a otra. Detrás apareció Fabián y ahora sí que el corazón me dio el vuelco que tanto me asustaba. La abrazó y ella enlazó una pierna larguísima en otra de las suyas, también metió un largo

pie entre las sandalias de Fabián, apoyó la cabeza en su hombro. Permanecieron así unos cinco minutos, sin moverse, y cuando se apartaron ella estaba llorando. Se tapaba los ojos con sus largos dedos llenos de anillos salvajes. Entonces Fabián le pasó la mano por la cabeza y la atrajo de nuevo hacia él. La abrazó toda ella, no por debajo de los brazos, sino por encima, la protegió. Luego la besó en la boca y en la cara. Ella no quería separarse, y al hacerlo Fabián también le pasó la mano por la cara, frotó las lágrimas con las yemas de los dedos del mismo modo que se frota un trozo de seda. Esta nueva escena de ellos me hechizó, me paralizó y me sentí completamente sola.

Fabián se volvió hacia los juncos y empezó a andar, los pantalones se bamboleaban sorteando cardos y matorrales. Le había crecido más el pelo y se lo colocaba detrás de las orejas. Me alegró ver que Cristina no le había añadido ningún pendiente ni ninguna tontería. Él no podía verme y no me extrañaría que volviese andando al hotel. Tenía un Audi que encerraba en el garaje privado del Beach Club y que probablemente no había vuelto a sacar desde lo de su hijo, como si ya no existiese nada tan importante como para moverlo. Cuando logré salir de mi estupor, me monté en la tartana de Karen. Ya no me importaba la imposibilidad de girar en un camino tan estrecho. Di marcha atrás zigzagueando, levantando polvo y obligando a un todoterreno a retroceder también. Eran detalles sin importancia que en circunstancias tranquilas me habrían parecido un mundo, el mundo de los miedos pequeños. Salí a una carretera bastante transitada a esas horas por los que venían de las playas y los que iban de fiesta a Puerto Banús. Había carteles anunciando la sala de fiestas de Olivia Valere, que le hacía una competencia feroz al Beach Club. Me hice hueco entre ellos sin contemplaciones porque mi objetivo era claro: ir al encuentro de Fabián y acercarlo al hotel.

Circulaba despacio para desesperación de los otros conductores y obtuve mi recompensa: Fabián caminaba por el arcén con las manos metidas en los bolsillos. No se inmutaba cuando algún coche pasaba casi rozándolo. Había escapado del mundo de los miedos pequeños y también del de los grandes. Me metí a la derecha sin consideración, a la brava, sin hacer caso a los pitidos, y al llegar a la altura de Fabián aminoré. Le pité varias veces hasta que llamé su atención. Pareció desconcertado. Me detuve y le hice señal de que subiese.

—¿No tenías que estar en el Beach? —dijo cerrando la portezuela.

—Es mi día libre.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Dónde vas?

—Vengo de playa Hermosa.

Cabeceó como si eso fuera lo esperado. Después de lo de su hijo nada le sorprendía, todo era esperable, todo seguía un curso sin freno.

No me dijo que venía de ver a Cristina y yo no le dije que en la playa me encontré con una mujer que lo conocía y, sobre todo, no le conté que hacía un rato había dejado a la princesa Amina en un hostel. Hubo vacío y silencio entre nosotros.

—¿Sabes? —dijo—, he estado dándole vueltas a eso que me contaste del «sentido de tu padre». Y tienes mucha suerte porque yo no siento ningún indicio de nada, no he notado la presencia de mi hijo de ninguna manera. Se ha ido para siempre.

—Para todo se necesita tiempo —dije desalentada, comprendiendo que mi oportunidad de entrar en la vida de Fabián había pasado.

—Eras una niña cuando tu padre desapareció, tenías por delante toda la vida. No podemos compararnos. —Se giró hacia mí, hacia mi pelo desgredado con arena, mi cara sudorosa, no estaba en mi mejor momento—. Eres una chica extraordinaria, con muchas cualidades, y te espera un futuro bueno y seguro.

Lo dejé en el hotel desfondada. Si hubiese recibido de él la más mínima señal, no habría vuelto por el hostel, ni por el palacio, habría abandonado a Amina a su suerte, todo esto habría perdido importancia y se desvanecería en un sueño. La realidad era que me tenía afecto, pero no le gustaba, seguía encoñado con Cristina y en una de estas vendería su Audi, cobraría el finiquito en el hotel y se marcharía con ella a la caravana de los visillos para recorrer todas las playas del mundo y fingir que olvidaba. El primer Fabián me resultó tópico e incluso un poco cómico, ahora lo recordaba como un hombre tierno y trágico, alguien que se ponía trajes y se daba color en el pelo para proporcionarle a su hijo una vida mejor. Ella, en cambio, no había hecho ningún esfuerzo y lo peor de todo es que había demostrado que era innecesario hacerlo y que los sacrificios por amor no merecían la pena.

Me sentía desgana, sin ilusión, los hilos de luz iban aflojándose y cayendo desmayados sobre el asfalto y las adelfas de los bordes, sobre el volante. La aguja de la gasolina entraba en zona roja. Me alivió descubrir una de esas gasolineras con la forma de las alas de un Boeing. A lo lejos se veían montes pelados. En la tienda compré una botella de agua y una caja de mantecados para comerlos con Amina viendo la televisión como en una casa y en un mundo corriente. Casi era bonito que estuviera esperándome, que existiera alguien a quien le interesara mi llegada, aunque fuese porque no tenía otro remedio. De momento me apetecía pasar sola lo que me quedaba de

tarde, sin tener que ir mirando a los lados por ella, recelando de todo el mundo, ni escondiéndome detrás de los árboles. Aparcaría el coche en el sitio habitual, cerca del hostel, y me dedicaría a darme un buen tute por el paseo marítimo, para que el agotamiento me impidiera pensar. Necesitaba reventar, llorar con fuerza, ante la falta de alguna recompensa, un regalo, una señal por pequeña que fuera de que significaba algo para Fabián. Puede que en una situación normal ni siquiera me hubiese fijado en él, aunque pensándolo bien, ninguna situación era normal, siempre habría querido estar con Fabián y siempre habría existido una Cristina que lo abandonó y siempre habría tenido algún tormento que lo distraería de mí.

Callejeé con todo esto en la cabeza, tan distraída que crucé un semáforo en rojo y un coche tuvo que frenar en seco. Podría haberme atropellado y podría haber muerto y todo este aturdimiento no habría tenido sentido. El ver la muerte tan de cerca en un ser querido debería haberme enseñado a poner límites a la angustia y las adversidades, porque comparadas con la muerte siempre son absurdas. Pero me resultaba imposible sentir la vida como si ya hubiese muerto y resucitado y lo supiese todo.

Por fin llegué al paseo marítimo, abarrotado de tenderetes y gente. Atardecía, un filo de aire fresco se abría paso entre los últimos reflejos de luz. Algunas mujeres se echaron un fular por los hombros. Los pantalones cortos y las sandalias, los vestidos transparentes, la piel tostada y el pelo decolorado por el sol eran señales enviadas por la intrascendencia, por la alegría y la juventud eterna. Pasé por el puesto en que compré el vestido de gasa imitación alta costura y me detuve ante otro puesto de artesanía de plata. Una chica con un recogido de pelo muy original, el pañuelo se le iba entrelazando con los mechones hasta formar una montaña, trabajaba un trozo de latón con unas tenacillas dando así a entender que todo lo expuesto había salido de las tenacillas y sus manos. ¿También ella habría aceptado enseñar manualidades en el palacio real y luego se habría dejado convencer o chantajear por Amina para cambiarse por ella, de modo que habría desperdiciado esta cómoda y segura vida tan alternativa? Nunca sabemos, es imposible sospechar, lo que nos espera al cruzar la calle. La chica me ofreció unos pendientes, hechos esa misma mañana, dijo, y me tendió un espejo. Me los probé y según me miraba vi que también me miraba un chico de unos veintitantos con gorra de visera, gafas de sol y una camisa de rayas rojas, lo demás desaparecía entre otras cabezas, las ramas de los árboles y las sombras que lanzaba el mar para refrescar los cuerpos tostados. No me importaría ligar, tener un romance que me hiciera volar y verlo todo desde arriba, sobre los tejados, las cabezas, los

árboles, sobre olas grandes y pequeñas. Le devolví los pendientes porque no quería gastar un dinero que aún no consideraba del todo mío. Era tanto y me había llegado tan fácilmente que parecía falso.

Cada vez había más gente apiñándose en los puestos. Era ese alegre momento, entre la playa y la cena, de sentarse en las terrazas a tomar una cerveza sin pensar en nada, embotados aún por el calor del día. Las mantas sobre las que se exhibían bolsos Dolce & Gabbana, gorras y zapatillas Nike, suéteres Lacoste y DVD bordeaban los márgenes del mercadillo sin que milagrosamente nadie las pisara. Después de andar un rato, volví la cabeza para comprobar el recorrido hecho y descubrí de nuevo la camisa de rayas del chico. La brisa se mezclaba con fritura de pescado, aromas a vainilla y efluvios del champú de los hoteles.

Deseaba asegurarme de que el chico estaba interesado en mí y me probé gorras y pareos expuestos sobre distintas mantas. Él nunca me sobrepasaba, siempre se ladeaba observándome con disimulo y semiescondido, pero yo había llevado nicab y había aprendido a ver hasta las motas de polvo tras dos agujeros. Además de la camisa de rayas, llevaba vaqueros y deportivas, su porte y altivez me resultaban familiares. Pedían a gritos una túnica blanca y en la cabeza uno de esos pañuelos de cuadros que puso de moda Arafat y que en el instituto llamábamos «palestino». Y solo por esto empezaba a no darme buena espina, podría ser uno de los cientos de chicos que pululaban por el palacio real como príncipes o hijos o nietos de príncipes o sirvientes de príncipes. Estaba claro que me seguía, y que antes de entrar en la vida de las princesas no me habría dado cuenta. No me extrañaría que me vigilaran si sospechaban que ponía en jaque al rey o porque, en el peor de los casos, lo hubiesen descubierto todo.

No sabía a dónde dirigirme. No era aconsejable acercarme por el hostel, donde me esperaba Amina. Ni tampoco refugiarme en el Beach Club para siempre. Y por supuesto, tenía que descartar los lugares poco concurridos, donde mi perseguidor podría abordarme. Continué recorriendo el paseo a ritmo normal, metiéndome entre la gente y regateando el precio de bolsos que no compré. También entraba en lo posible que se tratara de imaginaciones y estuviera rayando en la paranoia, aunque resultaba improbable que lleváramos el mismo recorrido e hiciéramos las mismas paradas durante media hora y, sobre todo, que en ningún momento me adelantara un chaval tan joven, aunque también es cierto que los árabes parecen más jóvenes de lo que son porque se supone que nunca han bebido ni fumado ni se han hecho un porro ni mucho menos se han metido una raya ni cualquier porquería por el estilo.

No podría huir de él de ninguna manera. Y él, estando rodeados de gente, no podría atacarme ni tocarme. Me planteé la posibilidad de sentarme en una de las concurridas terrazas, lo que deseché enseguida porque él esperaría hasta que me marchara y entonces las calles se habrían vaciado. Y de pronto vi el cielo abierto al encontrarme frente al centro comercial Plaza del Mar, abierto hasta altas horas de la noche para darles oportunidad a las hijas del petróleo de no dejarse un euro en el bolsillo.

Nada más entrar, una mano dirigió hacia mí un perfumador que rechacé por esa manía de rechazar lo que es gratis, debido a la sospecha de que todo lo gratis encierra un truco, y en ese momento toda la potente iluminación de los focos del techo y el resplandor de las vitrinas cayó sobre mi perseguidor. Sobre la pelusa de la barbilla, sobre sus andares elásticos, sobre la manera en que le colgaban los brazos a lo largo del cuerpo y sus manos ensanchadas por acarrear bandejas. Era Teo y no me había seguido para saludarme precisamente. Subí andando la escalera mecánica buscando la señal de WC y una vez dentro respiré. Normalmente, un matón cualquiera no tendría ningún reparo en seguirme hasta allí, pero suponía que él era musulmán y le daría mucho pudor o asco entrar en ese santuario donde las mujeres dejábamos nuestros profundos olores. No se atrevería.

A decir verdad, el baño parecía más o menos limpio, aunque debido al trasiego de señoras no perfectamente inmaculado. Algunas mujeres con hiyab entraban y salían cargando enormes bolsas de las mejores marcas. Se lavaban las manos, se arreglaban el velo o el pelo bajo el velo, se pintaban los labios y se analizaban el maquillaje al milímetro. Las occidentales las observaban hacer desde el espejo. Llevaban tantas capas encima que resultaba muy entretenido contemplarlas para alguien que no fuese yo. Yo estaba bastante harta.

Me senté en un pequeño banco tapizado donde todas apoyaban los pies para atarse las sandalias. Y a los cinco minutos ya no distinguía los olores que liberaban nuestros cuerpos traspasados por ráfagas del legendario Chanel n.º 5. Me encontraba relativamente segura allí dentro, y cuando llegó el momento de salir lo hice de nuevo camino de las escaleras mecánicas y sin mirar a los lados, no lo necesitaba para localizarlo detrás de una estantería de maletas Vuitton. No parecía darse cuenta de que lo había descubierto. Sentía que de pronto tenía superpoderes y él no. Me bajé en la planta de ropa interior y me sumergí en los muestrarios de bragas y bodis. No creí que se arriesgara a entrar conmigo en el vestuario.

Cerré el pestillo y me senté calculando qué hacer a continuación. Entorné los ojos, cansados de ver durante tanto tiempo a Teo. En la cabina de al lado alguien con poca estabilidad se daba contra el panel de separación igual que si intentara entrar en la mía o que pidiera ayuda. Y se oían las voces de fondo y un trajín adormecedor, musical en cierta forma. Estiré las piernas y apoyé la cabeza en el panel aporreado. Y todo iba bien, muy bien, fuera del palacio, del apartamento de Karen, de Amina, de los problemas, del peligro, hasta que los golpes de la vecina del probador se hicieron más fuertes y contundentes y abrí los ojos. Me había adormecido no sabía cuánto tiempo.

—Señora, abra o tiremos la puerta abajo.

Tuve que examinar dos veces el lugar donde estaba y la puertecilla que no había que tirar abajo, solo había que presionarla un poco más para que saltara el pestillo. Me sobresaltaron unos ojos redondos que aparecieron en el hueco libre entre el suelo y la puertecilla. Aparentemente eran de mujer y abrí. Ella se levantó con dificultad probablemente por la rigidez de unas medias de compresión como las mías. Tenía la cara roja y llevaba el uniforme del centro comercial. A su espalda había un hombre con una plaquita en la chaqueta en la que se leía «Jefe de Sección» y un guardia de Prosegur.

—Lo siento —dije—, me he quedado dormida. Estaba muy cansada.

Los focos y las vitrinas se iban apagando y no había clientes por allí. Qué pena que me encontraran. Habría sido una bendición que no se dieran cuenta de que estaba dentro. Habría dispuesto de agua, baño, y podría haber dormido sobre montones de ropa, incluso en alguna cama de la sección de colchones. Y al mismo tiempo habría sido terrorífico que también se hubiese quedado rezagado Teo, porque habría podido liquidarme con toda tranquilidad y luego esconderse y mezclarse con los primeros clientes que entrasen por la mañana. Al desaparecer Amina del apartamento, se le pasaría por la cabeza que ella hubiese acudido a mí, como así fue, por ser la única persona que conocía fuera del palacio aparte de él. Me estaría siguiendo para que le revelara su paradero y al negarme me amenazaría, me apuñalaría o me cortaría el cuello y nadie, nunca, lo descubriría. Y el fantasma de Amina habría permanecido completamente desamparado, sin documentación y en algún momento sin dinero, sin poder recurrir a nadie. ¿Y a mí qué me importaba? Ahora debía pensar en mí, en cómo escapar del foco de atención de Teo. Y además, no me fiaba de que no estuviera esperándome a la salida. Así que pedí que me llamaran a un taxi, a lo que contestaron que el guardia de seguridad me acompañaría a la puerta y que me las apañara solita.

Salí a la calle y sin moverme esperé a que se me ocurriera algo. Se oía mucho más nítidamente que antes el rumor del mar y algunas luces flotaban sobre su oscuridad.

Le pedí al taxista que fuera en una dirección y luego en otra y en otra. Escudriñaba a derecha e izquierda para comprobar que no me seguían. Y cuando por fin me bajé, me metí en un bar en que me anunciaron, nada más entrar, que la cocina estaba cerrada. Me situé junto a una ventana con una cerveza y me aseguré de no ver nada extraño en el exterior mientras pegaba algunos sorbos, así que a la media hora corrí hacia el hostel sin mirar atrás. Y como una bala, sin fijarme siquiera en el recepcionista, entré en el ascensor y luego en la habitación.

Al oír la puerta, Amina saltó de entre las sábanas de la cama supletoria como un cervatillo entre la maleza. Sobre la cama descansaba un libro. Enseguida supe cuál era.

—¿Cómo lo has conseguido?

—He ido a la biblioteca municipal con tu DNI. Necesitaba saber cómo continuaba.

Eché un vistazo. Le quedaban unas quince páginas para terminar.

—¿Has estado allí mucho rato?

Negó con la cabeza.

—Había demasiado silencio y demasiada luz. Algunos me miraban.

No me preocupaba que la hubiesen mirado. Yo también miraba a los demás en mis largas horas de estudio, repasando verbos o por aburrimiento, por necesidad de romper la densa paz del mundo en suspensión de la biblioteca.

—Llegas tarde —dijo—. Estaba preocupada.

—Solo tienes que preocuparte de que no te vean.

—El recepcionista me ha pedido mi documento nacional de identidad. Le he dicho que lo he extraviado.

Bajé para aclararle que a mi amiga ya le estaban haciendo otro DNI. Y a continuación le pregunté qué estudiaba. «Algo que no entenderías», dijo, y le tendí veinte euros de propina, que medio agradeció levantando los ojos del libro.

—¿Quieres alguna cosa extra, especial?

Humm. Estaba claro que les hacía recados a los clientes y que nos consideraba a todos unos degenerados de poca monta.

—No, gracias. Así está bien.

Volvió a la página. Y me incliné un poco sobre él, lo que le provocó un tono rosado en la frente.

—¿Puedo pedirte que si viene alguien preguntando por mí o por mi amiga no le des ninguna información?

—Puedes pedirlo —dijo sin asegurarme nada.

Al regresar al cuarto, le pregunté a Amina por las amistades de Teo, si había llegado a conocerlas. «Sí —dijo—, tiene amigos de su estilo, unos cinco o seis. A veces venían al apartamento para rezar». Me vino a la mente Karen y la preocupación de que esta pesadilla acabase antes de que volviera a su pequeño y cómodo refugio y que al abrir la puerta un extraño no le preguntara quién era ella. Un día de estos seguro que llamaría para comprobar que todo andaba bien, y yo le diría que sí porque en el fondo confiaba en que todo se arreglara mágicamente, que con el fin del verano y del calor intenso, la vida se ordenaría sola y Karen ocuparía su apartamento y su trabajo en el Beach Club, la realeza saudí ocuparía los palacios de Riad, Teo se centraría en ser un buen camarero, y en que Fabián cambiaría las sandalias y los pantalones fluidos por los trajes de gerente y los zapatos de hebilla y saludaría a los clientes como si la tragedia no lo hubiese arrasado. Tiempo al tiempo, le decían constantemente a mi madre para consolarla tras el fallecimiento de mi padre, como si el tiempo fuese una mano gigante y etérea que colocase cada persona, cosa y planeta en su sitio correspondiente en el universo.

A los buzos se sumaron otros agentes con monos blancos que buscaban entre las rocas. Y según informaron en el telediario de las tres, desde Madrid se había trasladado una brigada que, en colaboración con la Policía Local, estaba investigando lo acaecido en el interior del Lady, así como a los invitados a la fiesta. La búsqueda se reanudaba con más énfasis. No era una buena noticia y tomé la decisión de no acudir al palacio esa mañana para pensar con más claridad. Amina y yo fuimos a desayunar, a estirar las piernas y a comprar un par de hamburguesas. Nos las tomamos al mediodía en el hostel sin hablar apenas, yo viendo esas noticias que no me gustaban nada y Amina terminando de leer su libro, lo que se llama «evadiéndose de la realidad».

A mi llegada al Beach Club un poco antes de las cuatro, los extranjeros ya habían comido hacía mucho y se encontraban en el tiempo de las copas, mientras que los autóctonos proseguían con la sobremesa, lo que desesperaba a los camareros, a quienes se les juntaba el almuerzo con la cena. Acababa de ponerme el uniforme e iba a tomarme un café antes de iniciar mi turno cuando vi a Fabián de espaldas. Es increíble cómo una simple chaqueta suelta y unos pantalones arrugados pueden crear sensación de juventud. Hablaba con una mujer casi albina que, en tiempo real, dos segundos, reconocí como la mujer que me trajo al Beach Club en su descapotable verde y recordé cómo hablamos de Fabián. O, mejor dicho, cómo habló ella, encantada con su caballerosidad y don de gentes, se notaba que era su tipo. No sé qué estaría pensando ahora de su estilo desaliñado y menos gentil con los detalles. Y también recordé que otro día, cuando estaba con Amina, me la encontré en playa Hermosa. Pertenecía al pelotón de mujeres altas, rubias, con muchas cosas encima, intentando no pasar desapercibidas por nada del mundo.

Desvió la atención hacia mí sin saludarme y Fabián se giró. Le besó la mano, que era una manera de no besar, y la acompañó a su mesa. Luego emprendió el camino de la terraza saludando a derecha e izquierda hasta que llegó a mi altura. Lance Armstrong acababa de ganar otra etapa del Tour entre el alborozo de un grupo de norteamericanos.

—No sabía que conocías a Dolores.

—¿Dolores?

—Dolly, para la gente. Es una vieja amiga. Una autoridad en lujo. Mansiones, coches de alta gama, yates, joyas, comida, vinos. Sabe cómo conseguir lo que desees. Digamos que es una experta en deseos.

—Solo me trajo en coche hasta el pueblo.

Dolly nos observaba de reojo desde su mesa. Hasta entonces no le había pillado todo el sentido a la típica expresión «una larga mirada» cuando la leía en una novela. En ese momento sí. Le eché una larga mirada a Dolly que la obligó a bajar la vista.

—Y esto es una tontería, ya lo sé, pero en nuestro trabajo es esencial fijar las caras y reconocerlas bajo cualquier atuendo, circunstancia, camuflaje. Los clientes no perdonan que no se recuerde su nombre y que no los reconozcas a la primera, que no te alegres al verlos. Quieren creer que su fortuna los hace singulares y atractivos, y en cierto modo así es. Por eso no he sabido qué pensar cuando me ha contado que os encontrasteis en playa Hermosa y que ibas acompañada de la que a ella le pareció la princesa Amina. Me ha dicho que podría asegurarlo al noventa y cinco por ciento, apoyada en su larga experiencia.

—Pues se equivoca —dije con toda la contundencia que pude—. Es cierto que me encontré a Dolly en la playa y que en aquel momento una chica se me acercó para preguntarme algo, pero desde luego no era Amina. No tenía nada que ver con la princesa. Me habría dado cuenta, ¿no crees?, la veía a diario.

—Por supuesto —dijo—. Dolores ya no es la que era, ninguno lo somos.

Esta sentencia le sirvió para volver a su introspección, a su melancolía y a su *suite*. Por mi parte, estuve a punto de acercarme a Dolly para gritarle que se confundía e interrumpir la animada charla con otra dama que, a diferencia de Dolly, se notaba que no pegaba golpe. Sus ademanes eran lentos. Las joyas reposaban en orejas, dedos y muñecas como pajarillos somnolientos en las ramas. Se acercaba la taza a los labios sin prisa. Los pantalones blancos palazzo y la lánguida blusa colgaban sobre ella recién salidos de un vestidor de ensueño. En cambio, el ligero vestido de Dolly llevaba todo el día de acá para allá. Se había apagado, aplastado, una recalentada gaseosa sin burbujas, y lo mismo el maquillaje. Los abalorios danzaban a su alrededor con un tintineo mustio. Definitivamente, era mejor no darle importancia al encuentro en playa Hermosa. Uno de tantos avistamientos que se propagaban por Marbella.

Y supe que el suplicio no iba a acabar nunca cuando a eso de las siete de la tarde vi entrar a un chico y una chica por el arco que separaba el Beach Club del mundo. Muy delgados y con caras pálidas. Se notaba que aún no habían pisado la playa, tampoco daban la impresión de ser una pareja. No se miraban ni se rozaban. Solo los unía un objetivo común. La chica llevaba vaqueros y camisa, y él vaqueros, camisa y chaqueta. No tenían el semblante relajado de los clientes cuya única preocupación era cómo matar el tiempo y encontrar motivos para soltar una carcajada.

Montse los interceptó y ellos, echando una mirada fría alrededor, tardaron unos segundos en contestar y en ese momento supe que eran policías, detectives o algo por el estilo. Su aplomo indicaba que no pedían, exigían. Echaron a andar detrás de Montse. Seguramente los conducía a la biblioteca. Después avisaría a Fabián, y a la media hora me llamó a mí.

La chica se apoyaba en la chimenea y él estaba sentado, ambos con cara de funeral. Fabián avanzó hacia la salida mientras me presentaba.

Quizá por ser de la misma edad me tutearon.

—¿Es cierto que das clases de español en el palacio?

Asentí con la cabeza.

—Voy por las mañanas —dije.

—Entonces, ¿conocías bien a la princesa?

—La veía sin velo y sin abaya. Sabía cómo era físicamente, pero no íntimamente. Era muy reservada.

—¿Ocurrió algo durante aquellas mañanas que te llamara la atención? ¿Algo que puedas contarnos? —preguntó ella echando una ojeada al gran frasco de cristal con limones y melocotones cortados. Era previsible que también se fijase en el cuadro y en el suelo de barro cocido.

Mi cautiverio en sus habitaciones, el hallazgo de la novela, su romance con Teo.

—Creo que no. Todo era nuevo para mí.

—Por lo que conociste de ella, ¿te parecía capaz de tirarse por la borda?

—Francamente, no sé qué se le puede pasar por la cabeza a una chica árabe que no tiene nada que hacer, casada con un rey de ochenta años.

—Ya —dijo ella.

Me tendieron un número de teléfono por si recordaba algo. Eran tan jóvenes que daba la impresión de que estaban ensayando para alguna función del instituto.

En la puerta esperaba Teo para pasar por lo mismo que Fabián y que yo, pero desistieron de interrogarlo. Considerarían que, si yo no les había

aportado información, mucho menos él. Teo y yo nos cruzamos sin mirarnos. La verdad es que sería muy difícil relacionarnos con el caso. Otra cosa sería lo que les contara Montse, que se volvería loca por resultarles interesante.

—Yo era la encargada de atender a las princesas —dijo delante de mí mientras los acompañaba a la salida.

Se detuvieron un momento esperando que soltara algo más. Yo también. Montse me dio la espalda dejando claro que era su momento con los policías.

—Se rumorea —dijo en tono confidencial— que Sultana, la primera esposa, se quitó de en medio a una amante del rey.

Los policías la miraron con total desinterés. Eso no les incumbía y emprendieron la marcha de nuevo. Montse volvió a la carga:

—La princesa Amina la temía. Se leía el miedo en sus ojos. Pasé mucho tiempo con ella. La acompañaba al baño y hablábamos y a veces sentía que me pedía ayuda, pero no podía hacer nada.

Ni aun así les interesó, y en el fondo me disgustaba la frustración de Montse, a la que arrebatában ese pequeño placer. Siguieron adelante y no le tendieron la tarjeta. Quizá tenían olfato y no detectaron ninguna información creíble en ella o quizá existían ciertas condiciones para tomarse en serio a un interrogado y la más negativa serían las ganas de largar, de alardear. Yo, sin embargo, había sido escueta, taimada, nada explícita. Dedujeron que me callaba cosas.

Teo se libró. No reunía las condiciones para aportarles algo. Al ser hombre, considerarían que su trato con la princesa en el Beach Club debió de ser muy pasajero. No podía acompañarla al baño y ni siquiera le habría visto la cara. ¿Qué podría añadir o aclarar? Así que era cierto eso de que nunca te fíes de las apariencias. El más inocente es el más culpable. En cambio, supe que cuando terminaran de interrogar a todos los invitados del Lady, regresarían a mí y debería cuidar mucho lo que decía. Me quedaba la esperanza de que el rey no permitiera el acceso de la Policía al palacio y que no pudieran interrogar a la madre de Amina. No me fiaba de lo que les dijera de mí.

A la mañana siguiente dejé durmiendo a Amina pensando que cuanto menos anduviese por ahí, mejor, y antes de encaminarme a palacio, aparqué en la plaza de los Naranjos para desayunar. En la brisa se cruzaban los chispazos de los aspersores. El cielo nos invadía con su azul bondadoso. Esto era vida, ¿qué más podría pedirse? No tener quebraderos de cabeza ni problemas, ni

ningún tipo de miedo, recibir toda esta maravilla como un niño inocente. Mientras me tostaban el pan e iban trayendo mantequilla y mermelada, cogí de la mesa de al lado *La Opinión de Málaga*. En portada venía la noticia de que habían intervenido cien kilos de cocaína, situando a España en el segundo consumidor de esta sustancia de la Unión Europea, lo que significaba que la gente que me rodeaba en algún momento del día iría colocada.

Más abajo, en un recuadro me saltó a la vista, como un puñetazo, el rostro de Amina sin velo, que remitía a dos páginas del interior narrando los acontecimientos del caso de la princesa, aunque la única novedad consistía en la foto, que un periodista sagaz habría extraído de dios sabe dónde. Llevaba el pelo suelto y la imagen se cortaba a la altura de los hombros. En palacio nadie de fuera tenía acceso a sus habitaciones, eso podía asegurarlo. Tampoco me cabía en la cabeza que ninguna sirvienta se la hubiese hecho bajo pena de muerte. Me fijé mejor. Se le veía un poco de tirante, del que se deducía una camiseta. En palacio no solía llevar este tipo de prendas. Usaba más bien blusas de seda, por lo que debía de tratarse de una de las camisetas de Karen. Alguien de fuera del palacio le había hecho esta foto antes de que yo le cortara el pelo y la habría enviado al periódico. De pronto me invadió un pensamiento terrible. Podría habérsela hecho el conserje del hostel Mirador en una o varias de sus entradas y salidas y ella ni se daría cuenta. Era bastante inquietante porque él conocía los datos de mi DNI y esperaba que no hubiese llegado a hablar con ella y que ella no le contase que yo trabajaba en el Beach Club.

Pasé la mañana en el palacio dando vueltas alrededor de la piscina. Haya me seguía preguntándome qué me ocurría. Le dije que tenía la menstruación y me dolía la barriga. Me confesó que a ella también le dolía y que tomaba una infusión que la relajaba y que iba a pedir que me la prepararan, momento que aproveché para acercarme a Fátima. «Han publicado en el periódico una foto de Amina con el rostro descubierto». También se asustó. Otro hilo del que tirar. Apretó los pequeños músculos de los labios, las mejillas, la frente, las mandíbulas, y entrelazó las manos hasta hacer crujir los huesos.

—Llama al periódico y di que tú la conocías bien y que no es ella —dijo.

No pensaba hacerlo, ni pensaba tomarme el brebaje para el dolor. Me despedí de Haya en cuanto llegó.

Salir una hora antes no impidió que me pagasen lo de siempre, lo que me alegraba y al mismo tiempo me incomodaba por incomprensible. Me marché un rato a la playa y me senté a contemplar el horizonte con el corazón en vilo por si de pronto veía a Teo y Amina reconciliados. Al rato cerré los ojos y el

sol me adormeció más que cualquier droga que incautasen en la aduana. Me dejé ir sin rumbo, sin pensamientos. La sensación de desaparecer era tan agradable que me olvidé de mis temores y precauciones. Y entonces, como una revelación, tuve claro el primer paso a dar. Todo estaba solucionado y sentí paz, una inmensa armonía celestial que me atravesaba los párpados, entraba por la córnea y me iluminaba por dentro.

Llegué contenta al Beach Club. Busqué la tarjeta que me entregó la chica policía y llamé imbuida de bendición solar.

—La chica de la foto del periódico no es la princesa Amina. Yo la veía a diario y no es ella.

—¿Estás segura? —preguntó con voz adolescente y algo quisquillosa.

—Completamente.

—¡Parad las fotocopias! —gritó.

Le acababa de chafar una pegada de carteles con la foto y esperaba que le ordenaran al periódico retirarla y esperaba que el jefe de seguridad del rey no metiera las narices en esto. Y que en todo caso, si el jefe de seguridad llamaba a la Policía o al periódico, le pidiesen disculpas por haber metido la pata y que él lo dejara estar porque la cara de Amina tampoco era tan excepcional, solo había que fijarse en la mía.

—Lo siento —dije—. Ojalá pudiera decir lo contrario. —Y respiré profundamente.

El resto del tiempo esquivé a Teo en el hotel. Lo rehuía cada vez que intentaba aproximarse. Ponía los cinco sentidos en evitar que me preguntara por el collar, que me chantajeara. No soportaba sus ojos incisivos y vehementes, su ridícula perilla y la certeza de que debajo de la holgada e inofensiva chaquetilla de camarero existían fibra, músculos, mala hostia.

Tampoco soportaba la idea de regresar al hostel y ver de nuevo la cara de Amina. Estaba harta de controlarla, de pensar en ella, de que mi vida dependiera de la suya y de que no fuera consciente del daño que me había infligido y de la libertad que me robaba. Necesitaba descansar de Amina. Pero según iba llegando la hora de cerrar el Beach Club y marcharme, me preguntaba dónde dormiría. Como último recurso, podría hacerlo en el coche. Si me colaba en una habitación corría el riesgo de que estuviera reservada y llegaran los clientes de improviso. Así que me hice la remolona en las taquillas en que me cambiaba y cuando solamente quedaban los conserjes, los guardias de seguridad y un retén de servicio, me pareció que era una tontería salir para no poder volver a entrar cuando en el hotel tendría al menos baño.

Me cobijé en el cuarto de plancha, donde nadie asomaría la cabeza hasta por la mañana. De las perchas colgaban pantalones, camisas y vestidos largos y escotados. También había un par de alfombras enrolladas en un lado. Me tumbé sobre ellas y me cubrí con un par de camisas de talla supergrande. Me sentí tan a salvo que me dormí a pierna suelta, ajena a esa otra vida que el destino me había endilgado.

Me despertó el trajín del pasillo a eso de las ocho, así que colgué las camisas y salí al aparcamiento. Desayunaría en cualquier bar en que pudiera aparcar. Estaba deseando comprobar si habían eliminado la foto de Amina de *La Opinión de Málaga*. Y así fue. Nada más se conservaba un extracto de la extensa información del día anterior.

Estaba deseando darle la buena nueva a Fátima y me lancé a la carretera camino del palacio. Y en cuanto Fátima fue a buscarme al control, se lo anuncié: «Ya no está la foto». Lanzó un suspiro. Me precedía por el pasillo y noté que había adelgazado aún más. Su impotencia para controlar la situación le impediría dormir y comer. Después de tantos años, después de planear al dedillo este momento, se le escapaba de las manos. El destino se burlaba de ella y encima ponía en peligro a su hijo, su único ser amado. Los sueños estaban hechos para otros y esto la reconcomería. A su hijo lo habían apartado de su lado cuando era niño y además lo privaban de que se le cumpliera el anhelo de pasar unos años junto a su madre.

—Todo el mundo está obsesionado con Amina. Eso es bueno —dije—. Unos a otros se quitan la razón.

Le pedí hablar con Sultana y se negó.

—Ni se te ocurra hablar con ella, meterás la pata.

No insistí. Fátima trataría de no perderme de vista. Yo era su enlace con el exterior, aunque no pudiera preguntarme por Teo. Me apretó el brazo con una fuerza increíble. Toda la grasa se le había convertido en sufrimiento y el sufrimiento en fuerza para repetir: «No lo hagas».

Haya tampoco podía prescindir de mí. También para ella suponía su vínculo con el exterior, a pesar de que no entrase en sus planes lanzarse a ese mundo. Esperaba mi visita con ilusión y con propuestas de ir de compras.

—Me gustaría hablar con tu mamá —le dije en cuanto Fátima se ausentó.

—No sé si ha salido —dijo cabizbaja. Tampoco a ella le hacía gracia que solicitara a Sultana, una actitud en mí que no era normal y que no presagiaba nada bueno.

—Se lo pediré a la criada —dije.

Se marchó arrastrando los pies, su aburrimiento y el desconcierto ante la vida de fuera.

A los diez minutos me encontraba en los dominios de Sultana. Unos dominios sumamente recargados de espejos, oro, nácar, maderas haciendo dibujos y perfumadas, alfombras intrincadamente bordadas, una labor de chinos, que daba pena pisar, vistas espectaculares a la sierra Blanca y al mar. Impresionaba entrar e impresionaba verla en mallas ajustadas y un top sobre piel sudorosa. De pronto se revelaba la escultura enterrada en tela.

—Cuéntame —dijo indicando que la siguiera hasta una bañera de cristal dentro del cual circulaban peces.

Se desnudó. Se sumergió y de las profundidades brotó una montaña de nieve. La cara se le enrojeció.

—Creo —dije— que debería interrumpir las clases. Desde lo de Amina no me concentro. Es tirar el dinero.

—A Haya le gustan tus clases, ha avanzado mucho.

—No sé, la veo estancada.

Apoyó un codo en el borde de la bañera y me escudriñó a conciencia.

—Dame el albornoz.

Se me hundió la mano como en visón. Cubrió con él su cuerpo perfecto bastante cabreada.

—No me parece muy profesional por tu parte. Haya podría sentirse abandonada, no lo comprendería.

Escapé de sus aromas, aunque seguía desesperanzada. Si una bailarina había logrado ser princesa y mantener engatusado a Fadel contra viento y marea y deshacerse de su amante y que Amina se quitara de en medio ella solita y que la fortuna le fuera favorable, tal vez debería hacerle caso. Así que repasé los verbos con Haya bajo la desfavorable mirada de Fátima.

Y, por fin, fuera. Crucé los campos de naranjos, pasé un rato en la playa viendo a Teo jugar al fútbol con sus amigos de rezo mientras Amina me esperaría en el hostel o quizá estaría por ahí exponiéndose a todas las miradas. Y luego regresé al Beach Club.

La exmujer de Fabián, Cristina, hablaba con él agitadamente en el jardín delante de los clientes. A él los clientes ya le daban igual, cosa que a mi llegada en junio habría sido impensable. Y para ella no existían, y si existían, los despreciaba. Despreciaba su bronceado de hamaca, sus Volvos, Ferraris, sus carísimas ropas. Reconocí en dos espaldas panorámicas las camisas que me habían servido de colcha en el cuarto de la plancha por la noche.

Fabián la sujetó del brazo y ella se soltó y huyó por el arco hacia su vida auténtica. Era tan esbelta y tan salvaje que todos contemplaban a Fabián con admiración.

Me acerqué para darle las buenas tardes y él contestó confesándose:

—Quiere que me vaya con ella. Dice que acabe esta farsa de una vez.

El estilo de Fabián cada vez iba pareciéndose más al de Cristina y ya formaban esa buena pareja que debieron de hacer de jóvenes antes de que el niño enfermara y el mundo fuera monstruosamente real.

—Parece que te necesita —dije.

Una frase banal y evidente que lo obligó a girar la cabeza hacia la salida, y por un momento creí que iba a correr tras ella.

—Está equivocada —dijo—. Muy equivocada.

Esta frase me animó, me envalentonó, hasta que pareció cambiar de idea.

—He de marcharme un rato.

Era fácil adivinar adónde iría. Al final, habría sucumbido a los deseos de Cristina. Estaba unido a ella por un hilo de acero invisible.

No comprendía cómo se las arregló Teo para llegar antes que yo al Beach Club. Según iba al baño, lo divisé en el jardín trasero con la bandeja en la mano. Se estaba tomando un respiro. Estaría agotado de jugar al fútbol en la playa con sus amigos. A veces era necesario airearse, aspirar el aroma que desprendían los tomates y la hierbabuena de la huerta y levantar la vista al cielo para recobrar fuerzas antes de volver a complacer y halagar a la clientela. También estaría pensando en el paradero de Amina, en Fátima y en cómo salirse con la suya. Le observaba la nuca desde el umbral de piedrecillas lavadas esperando una señal, un movimiento de la musculatura de la espalda que me revelara sus pensamientos. Entonces se puso en marcha, apoyó la bandeja en un poyete y fue hacia el grupo de palmeras. Sacó algo del bolsillo de la chaquetilla, probablemente un papel, miró alrededor, se agachó y lo escondió bajo la piedra ornamental que le servía de buzón con Fátima. Me metí para adentro rápidamente. Supe que, hasta que él no localizara a Amina, yo estaba en su punto de mira. Entré en el baño y, al salir, Teo estaba ayudando a los camareros de comedor con una ristra de platos en el brazo en modalidad escalera, dejando claro que en esos momentos entre dos opciones elegía la peligrosa.

Me decidí a esperar hasta el último minuto, antes de que llegaran Sultana y Fátima, para recoger el papel dejado por Teo debajo de la piedra. De alguna manera, Fátima convencería a Sultana para venir, le urgía el contacto con Teo.

De hecho, a las seis de la tarde un camarero levantó la mano e hizo un tres con los dedos, era la señal de que estaban aparcando tres Mercedes de la casa real saudí. Con Fabián no podía contarse, lo que antes era prioritario ahora le daba igual. Teo y Montse habían tomado las riendas del Beach Club y nos dirigían a los demás. Para Teo no era lo importante ni tampoco para mí. Solo Montse disfrutaba de su nuevo poder. Se sentía muy realizada.

Montse me informó, como un niño que le arrebatara un caramelo a otro, que ella atendería a las princesas y fue a recibirlas junto con Teo. Tardarían unos

diez minutos en acompañarlas y acomodarlas en la carpa real, así como a dos criadas más y a los guardaespaldas. De los niños, solo la mayor, Haya, las acompañaba. A Sultana se le notaba forzada, aburrida. El ambiente del Beach Club ya no era excitante y no se me ocurría cómo podría haberla animado Fátima a venir.

Pensé que debería arriesgarme y no esperar más para recuperar el papel de debajo de la piedra ornamental porque Fátima estaría deseosa de hacerse con las nuevas indicaciones de Teo. Así que antes de que me solicitaran de alguna mesa, corrí al jardín trasero, levanté la piedra, cogí un papel doblado protegido por un plástico, volví a colocar la piedra con cuidado y me metí en el baño. Pensaba leerlo y volver a dejarlo en su sitio, pero estaba escrito en árabe y no lo entendí todo. Me lo guardé en la cinturilla de los pantalones. Ahora sí que Teo y Fátima iban a cabrearse de verdad. Ahora sí que debería abandonar Marbella y huir lo más lejos posible con el dinero guardado en la lámpara del hostel. Pocas veces en mi vida me temblaban las manos y esa fue una. En Teo no veía un chico desvalido, sino un matón disfrazado de camarero. Procuré no acercarme por los alrededores de la carpa, hasta que Haya vino hacia mí con su preciosa cara sonriente.

—Ven con nosotras —dijo.

Me esforcé por sonreírle y demostrarle afecto.

—Luego, tengo que atender otras mesas.

—Le he dicho a mamá que quiero que vayas con nosotras a Riad una temporada. ¿Te gustaría?

Alzaron una mano desde una mesa. En muy poco tiempo a Haya se le había estirado el cuerpo y se le había afinado el rostro, esas misteriosas transformaciones urgentes que encaminan a la adolescencia.

—Qué alta estás —dije por toda respuesta.

Sultana se reacomodó esperando el té. Desde la desaparición de Amina se mostraba más relajada o más indolente, sin el chispazo que proporciona la lucha. De momento, era la única esposa del rey. Las únicas palabras que él escucharía en la intimidad serían las suyas y las únicas palabras que el servicio y el resto de la corte del rey oírían por parte de una consorte real serían las suyas.

Por el contrario, Fátima miraba expectante, nerviosa. No me quitaba ojo y a la hora más o menos se levantó y me hizo una señal desde lejos, querría ir al baño para hablar conmigo, pero Montse se adelantó y me cortó el paso. «Solo es una criada —dije—. Resérvate para la princesa». Hizo un cálculo rápido y

se hizo a un lado. Qué equivocada estaba creyendo que yo había tenido más fortuna que ella con la familia real.

Fátima me cogió del brazo como si necesitara apoyarse en mí.

—La madre de Amina desea hablar contigo de nuevo.

—Dile que iré mañana al palacio.

Y añadí:

—Creo que su madre sospecha de Sultana, cree que ella tuvo algo que ver con su desaparición.

En realidad, fui yo quien en mi entrevista con la madre le inoculé esta duda y daba por hecho que habría triunfado.

Fátima se quitó el velo ante el espejo. Por la expresión de sus ojos, esta posibilidad no le pareció mal. De algún modo, empezó a sopesar cómo dirigir hacia Sultana la culpa y al mismo tiempo cómo no pasarse de la raya con una mujer que por acto u omisión siempre acababa siendo la única en la alcoba del rey. Estaba predestinada a manejar indirectamente los destinos del país, y el destino es terco y ciego.

Fátima me avisó de que tardaría un rato en salir del baño y que, mientras, podría ocuparme de otra cosa, así que cuando a los dos minutos salió y me encontró en la puerta esperándola frunció el ceño. Si no me separaba de ella, no sabría qué inventarse para recoger el mensaje de Teo bajo la piedra. Por eso trató de perder el tiempo arreglándose frente al espejo hasta que me desesperara y me marchase. Pero no estaba dispuesta a darle esa oportunidad. Teo no debería saber si ella había recogido o no el recado.

Al fin la acompañé a la carpa y ya no desvié la atención de ella. Sabía que volvería a intentar el truco del baño una y otra vez hasta conseguir su propósito. Procuraba atender mesas desde las que vigilarla y en cuanto se puso de nuevo en pie corrí en su busca. Dejé las bebidas a medio servir y la bandeja sobre la mesa. Una negligencia que exasperó a Montse y a Teo.

—No puedes abandonar a los clientes con las copas vacías —me recriminó Teo entre dientes, las primeras palabras que me dirigía desde que Amina abandonó el apartamento de Karen. Los ojos le chispeaban y, de haber podido fulminarme, lanzarme un rayo que me atravesara el corazón, clavarme en el tronco de una palmera solo con ellos, lo habría hecho.

—Lo primero es lo primero, tengo que acompañar a Fátima.

—Esta vez lo haré yo —dijo Montse—. No te preocupes, cariño.

—No —corté en seco—. Fátima es mi obligación. La princesa, la tuya.

A Fátima le contrarió verme llegar. «¿Otra vez tú?», dijo desfondada.

—Ya ves —respondí—. Me han pedido que te proteja. No dejas de ser la sirvienta favorita de la difunta Amina y yo su camarera.

Emprendió de mala gana el consabido camino al baño. Teo nos vigilaba de reojo. El reclamo de los clientes de frentes rojas, ojos aclarados por el mar, belleza instantánea, rejuvenecimiento fugaz y tarjetas American Express Centurión no tenía nada que ver conmigo.

—Puedes atenderlos —dijo irritada—. En el baño no van a violarme. Solo soy una criada.

No contesté ni me moví de la puerta. Teo estaría ideando la forma de entregarle la nota que le había escrito y que yo tenía en mi poder. Estaba deseando que Sultana se aburriera de estar allí y ordenara la marcha.

Las oportunidades para Fátima se agotaban, lo que la volvió más osada, y expresó el deseo de tomar el aire en el jardín trasero, también quería visitar la huerta.

—Está bien —dije—, vamos.

En este instante, Teo se nos aproximó y me dijo con aire urgente y agresivo que había mesas que atender. Y en el mismo tono respondí: «No voy a dejarla sola en un jardín. Ya ha desaparecido una princesa».

Se miraron y me miraron. Era inútil insistir. No estaba dispuesta a consentir que Fátima permaneciera a solas ni un segundo.

En el jardín echó una ojeada desolada a la piedra ornamental.

—Nunca puedo estar sola —se lamentó quemando un último cartucho.

—Sí lo estás. En palacio puedes pasar mucho tiempo sola.

Una familia con niños se acercó a la huerta encabezados por Fabián. Observó un segundo a Fátima, dedujo que no era la princesa y nos ignoró. Les relataba con voz monótona las maravillas del cultivo ecológico del que se servía la cocina del restaurante, repitiendo una lección aprendida sin reparar apenas en los que llamaba «hermosos y perfumados tomates», ni en las «jugosas cebollas», ni en las «afrodisíacas berenjenas» que comerían por la noche. Se había puesto una de las chaquetas de los trajes oscuros sobre los pantalones y la camiseta *hippies*. Llevaba las mismas sandalias con que había visitado el camping. Me distraje tanto mirándolo que Fátima y Teo aprovecharon para acercarse a la piedra.

—¿Volvemos? —le dije a Fátima—. El té se enfría.

Un guardaespaldas nos aguardaba en pie: «Sultana desea marcharse».

Fátima había perdido la oportunidad de saber qué novedades le contaría su hijo.

Hasta que no oí los portazos de los coches, cómo arrancaban y se alejaban, no volví la cabeza hacia las manos en alto que me reclamaban. Teo entró del jardín trasero con el rostro serio, no de enfado, sino de estudiante que le da vueltas a algún problema. Apenas se enteraba de lo que le solicitaban los clientes. Me sonreí ante su desconcierto. Se preguntaría si en algún momento su madre pudo coger de debajo de la piedra la nota, cuyo contacto me rozaba la cintura.

No quise cargar con demasiadas cosas para llevar al hostel y llamar así la atención de Teo. No quería avivar su imaginación y que llegara a la conclusión de que yo conocía el paradero de Amina. De momento, solo sospechaba, porque después de él yo era la única persona a quien podría recurrir Amina a no ser que se hubiese puesto en manos de desconocidos que podrían traicionarla en cualquier momento. Teo recordaba a un león herido que olfatea la sangre de su enemigo. A pesar de todo, a eso de las dos de la mañana metí en una bolsa de plástico del supermercado varios ramilletes de flores de las mesas y en la cocina una langosta y una ensalada en un táper. Desde hacía unos días sobraba comida porque el hotel no podía arriesgarse a quedarse sin productos en caso de una avalancha de jeques.

Traté de despistar a un posible perseguidor, dando vueltas y más vueltas, hasta aparcar el coche en el callejón de siempre. Era imposible conseguir el pasaporte de Amina ni ningún documento, y no tenía ni idea de cómo salir de ese atolladero. Sin embargo, los atolladeros no duran toda la vida porque la vida misma, el tiempo y el movimiento deshacen el nudo. Quizá nada más había que esperar a que sucediera algo, que el rey muriera, que se desencadenase una revolución en Arabia Saudí y tuviesen que salir pitando a arreglar aquello, que el precio del petróleo cayese en picado, frente a cuya quiebra el asunto de Amina se convertiría en un tema menor, que se produjese un atentado contra algún ministro o príncipe de la corte. Había que esperar y el movimiento lo solucionaría todo. Pensé en mi padre, borroso en mi memoria. De vez en cuando tenía que rescatar de entre los millones de neuronas que dicen que tenemos una ráfaga de expresión, de rostro, más bien la sensación de un ser que me protegía. Cuando me llevaba al colegio de la mano, cuando quería convencer a los profesores de que yo era muy lista, cuando me traía de su trabajo cuadernos y rotuladores, cuando me forraba los libros de texto, cuando me enseñó a montar en bicicleta con ruedines, cuando leía el periódico en la cama. Siempre ocurre algo que lo rompe todo. Saqué del coche las bolsas con las flores y el táper y entré en el hostel veloz. Era la mejor manera de no ser vista.

El conserje no levantó la cabeza del libro, así que no tenía nada importante que decirme. Había una pareja que olía a intenso perfume femenino y masculino esperando el ascensor y subí por la escalera. Y al llegar al pasillo, ese nuevo «sentido de mi padre» me avisó de que algo había cambiado, como si existiera una moqueta movida superpuesta a la moqueta estática del pasillo, ruidos extraños superpuestos al silencio, puertas abiertas superpuestas a las puertas cerradas de las habitaciones. Un carrito con toallas permanecía junto a mi cuarto.

Lo abrí con cautela, sabiendo que ocurría algo. Y así fue. Amina no estaba. La cama supletoria estaba deshecha. Por el balcón entraba una brisa oscura agujereada por las luces aisladas de la calle. La bolsa con sus cuatro cosas, mejor dicho, con las cosas de Karen, había desaparecido. Y además, se había llevado un vestido mío, los pantalones cortos, unas camisetas y un par de bragas. Evidentemente, no la habían secuestrado. Me quedé contemplando aquella desolación. «¿Por qué te has ido, Amina? ¿Dónde estás?» La culpa era mía por no haber ido a dormir al hostel y haberla dejado sola tanto tiempo. Solté las bolsas sobre la mesa. Ya no tenía hambre. De todos modos, me pareció mal desaprovechar las flores y las coloqué en la cubitera del hielo con agua. Cerré la bolsa de plástico con la langosta y bajé a tirarla. La metí en una papelera alta de acero inoxidable que había junto al ascensor. Y luego me dirigí al conserje, que levantó una ceja.

—Mi amiga se ha marchado, ya no necesitaré la cama supletoria ni pagar el recargo. —Forcé una sonrisa.

—De acuerdo. Mañana.

—Y una pregunta, ¿la has visto marcharse? Estoy un poco preocupada por ella. Es diabética y se ha dejado la insulina.

Lo miré fijamente intentando que recordase los veinte pavos que le di de propina.

—Ha salido bastante rápida, sin decir adiós. —Este detalle, a pesar de que aparentemente no prestaba atención a los clientes, no parecía gustarle—. Creo que fuera la esperaba alguien.

El sobresalto me abrió los ojos desmesuradamente. Me ocurría cuando memorizaba, recordaba o reflexionaba más de lo normal. Toda mi capacidad mental residía en los ojos, en sus extrañas y futuristas conexiones con el mundo.

—¿Pudiste ver a esa persona?

Me señaló la puerta de cristal a través de la cual la vida resultaba algo confusa, e iba a darme media vuelta hacia los ascensores cuando pensé que él estaría entrenado en distinguir con claridad lo que los clientes atisbábamos borrosamente mientras pensábamos en nuestras cosas. Metí la mano en el pantalón y saqué otros veinte euros ante sus narices, dejándolos bien a la vista.

—Era un chico de unos veintitantos, moreno, con perilla, camisa blanca y pantalones vaqueros, deportivas también blancas. Aparcó una Yamaha enfrente, junto a aquel árbol. Le dio un beso a tu amiga en la cara, no en la boca, luego sacó un casco del baúl de la moto, y ella se subió, se lo colocó y se abrazó a él completamente feliz.

Desde luego, se merecía más de veinte euros y un aplauso.

—¿Alguno de los dos se dio cuenta de que los observabas?

—¿Te das cuenta tú cuando te observo a ti?

—Gracias, sigue estudiando, eres muy inteligente —dije.

Era imposible saber si mis halagos le hacían mella.

Rebusqué en la mochila y encontré un lorazepam. Lo necesitaba más que nunca.

Me levanté aturdida y con la sensación de que había soñado mucho, seguramente pesadillas. No recordaba nada y lo prefería. Tenía la lengua reseca por la incertidumbre. Solo las flores de la cubitera me recordaban que, a pesar de todo, había cosas bonitas en la vida. Eché un vistazo a la lámpara del techo por dentro, aún estaba el sobre del dinero.

El recibimiento en palacio fue como siempre. Fátima salió a mi encuentro con un gesto indescriptible e indescifrable en la cara. Sabía que yo le había impedido recoger el mensaje de Teo y por tanto andaba a ciegas sobre lo que yo sabía, sobre cómo comportarse y qué decirme.

—La madre de Amina está esperándote y luego darás la clase.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—No lo sé —dijo abriendo la puerta de las habitaciones de Amina.

La madre no llevaba los ojos pintados ni iba maquillada, tenía las típicas ojeras de no dormir. No comprendía la clase de amor de esta mujer por su hija. Por un lado, la obligaba a casarse con un rey viejo y chocho, y por otro, estaba destrozada. Tampoco me entraba en la cabeza que Amina llevase su engaño tan lejos ni que hiciera sufrir así a sus padres.

—Dime todo lo que sepas.

No respondí.

—¿Tienes madre? —preguntó.

—¿Por qué piensa que sé algo más de Amina?

—Porque lo leo en tus ojos. Las madres vemos más que el resto de la gente. Es un don.

Iba a decirle que también mi madre tenía el don, pero me callé. A veces sabía dónde había estado, si había conocido a un chico, si estaba triste o alegre aunque no lo demostrara en absoluto, sin mirarme apenas, por el ruido de mis pasos, por un hilo blanco o negro que se filtraba en mi voz. Por mucho que disimulara, ella veía dentro de mí. También cuando alguien me mencionaba, ella percibía ese peso negativo o positivo que dejamos caer en un nombre aunque lo acompañemos de una sonrisa o de un gesto de pena. Así que no me extrañaba que la madre de Amina detectase en mí respecto a su hija un hueco, una oscuridad.

Se aproximó un poco más.

—La huelo. Hueles a Amina.

Me sobresalté, jamás se me habría ocurrido pensar en esto, en un olor que nos uniese a Amina y a mí. Quizá se me pegase porque dormía en mi cama cuando yo no estaba en el hostel o porque la habitación era muy pequeña y usábamos el mismo baño. Me desconcertó tanto que se sonrió amargamente.

—Fátima está todo el día con ella, es su sombra. ¿Por qué no le pregunta a ella? —dije airada.

—¿Y tú qué sabes? ¿Cómo sabes que es su sombra?

—Las veía en el Beach Club y las veía cuando venía aquí. No se separaban.

Ladeó la cabeza para mirarme como si fuera un cuadro o una escultura que no se pudiese tocar. Igual que mi madre cuando me preguntaba si había bebido o si me drogaba y yo tenía que gritarle una y otra vez que me dejara en paz. La miré abierta y fijamente, y las palabras salieron solas, sin control:

—Sí, me drogo de vez en cuando. Me dejo llevar, no tengo voluntad cuando me ofrecen un porro o una raya de coca en una fiesta en que todo el mundo está puesto hasta arriba y yo no quiero ser distinta. Pero ya no lo hago porque no tengo amigos.

Según iba hablando, se me iban llenando los ojos de lágrimas. Esta mujer, al fin y al cabo, era una madre y yo siempre me había quedado con las ganas de soltarle esto a la mía. El llanto había llegado y me deformaba la cara. Ahora la sorprendida era ella. No entendía nada. Pensaría que era problema del inglés.

—¿Qué estás diciéndome? ¿Qué tiene que ver eso con mi hija?

Le habría dicho que la había cuidado todo lo que había podido, que intenté protegerla y que se había escapado.

—Nada. No tiene nada que ver. Lo siento. Hablaba de mí.

Se alejó lo más que pudo al otro lado de la habitación para pensar mejor. De repente me había vuelto real, un peso pesado, y no le gustaba.

—¿Cuándo viste a Amina por última vez?

Se me cortaron las lágrimas en seco. No se me había ocurrido buscarme una coartada, no me acordaba de qué día exactamente me había cambiado por ella. Estaba tan enfangada en el presente que el pasado se escapaba a toda velocidad. Ella acababa de avisarme de que debía recordar todos los detalles posibles porque en cualquier momento alguien podría hacerme la misma pregunta.

Me tenía atrapada por el simple hecho de que me sentía culpable; sin embargo, ella no sabía la verdad. Intuía, daba palos de ciego, buscaba en mí algún detalle revelador, un resquicio luminoso, igual que hacía el jefe de seguridad, que abrigaba la esperanza de descubrir que yo había impulsado a Amina al desastre. Necesitaban una explicación.

—Eres joven y te pareces tanto a ella... Quizá pudo ver en ti un espejo mejor que el suyo.

—No lo sé. No sé qué puede pensar una chica como Amina. Para mí era una persona muy extraña y estoy harta —una oleada de rabia contra ella me subió por la garganta— de que intenten mezclarme con su suicidio.

La palabra «suicidio» le dio un escalofrío y permaneció pensativa unos segundos, luego meneó la cabeza negativamente. Tenía algo de bruja. Dije con rabia que iba a dar la clase, que era por lo que me pagaban y el único motivo de mi presencia en palacio. Ella continuaba dándole a la cabeza y a la idea de que su hija no se había suicidado.

—¡Espera un momento! —Me dio el alto cuando ya estaba abriendo aquellas maravillosas puertas labradas—. ¿Cómo era su relación con Sultana? Tuviste que verlas juntas muchas veces.

—Todo el mundo las veía juntas. Pregúntele a Fátima.

—No es igual. Tus ojos son nuevos, inocentes, y seguro que se fijaron en detalles que a nosotros nos pasarían desapercibidos.

—¿Es verdad que envenenó a la amante extranjera del rey? —pregunté.

—¿Quién dice eso?

—Una camarera del Beach Club.

—Todo el mundo lo sabe y ninguno queremos creerlo —dijo, y yo atisé un resquicio de libertad, un pequeño agujero por donde escapar de sus sospechas.

La clase transcurrió con inusitada lentitud, existía un mundo agitado dentro de mí y otro parsimonioso fuera. Y tenía que esforzarme por adaptarme a las frases pensadas, pronunciadas y entonadas palabra por palabra, sonido por sonido, de mi pequeño grupo de alumnos. Los de menor edad enseguida se aburrían y empezaron a jugar. Y al rato Fátima aprovechó para sus quehaceres. Nos encontrábamos solas Haya y yo. Le dije que cada día hablaba mejor y entonces vi una oportunidad de oro. Saqué de entre las páginas del libro de gramática la nota que Teo escondió bajo la piedra ornamental en el Beach Club.

—He copiado esta frase. Ya es hora de que empieces a traducir.

Sus blancas manos, protegidas de cualquier pequeño esfuerzo y rayo de sol, cogió el trozo de papel marcado por cuatro dobleces.

—Dice: «Juntos de nuevo. O: ya estamos juntos. La llevaré a navegar por alta mar». ¿Es un poema?

Afirmé con la cabeza.

—Un poema de amor.

Se ruborizó y se acercó a mí. Me cogió la mano. Me la besó.

—No hagas eso, eres una princesa y yo una simple profesora.

Se me quedó mirando sonriendo, seguramente pensaría que de mayor quería ser como yo. Ya era la hora.

Fátima esperaba en las habitaciones de Amina de pie, su posición preferida. Recogí mi bolsa de lona del diván rosa. Tuve la certeza de que era la última vez que veía ese sitio refrescado por las hojas de los árboles entrando por el balcón, con el ruido alegre de los pájaros y de los niños, con el olor a té enquistado en el ambiente, con las silenciosas y mullidas alfombras, y de fondo el agua de la piscina y de las fuentes, con la presencia fantasmal de Amina. Un mundo acogedor y estresante al mismo tiempo. Una corriente de aire neblinoso cruzó hasta la puerta y me dejé transportar por ella. Teo pensaba deshacerse de Amina y yo tenía que encontrar la forma de prevenirla. De la nota se deducía que alquilaría un velero, la adentraría lo más posible en el mar y allí la arrojaría por la borda y al final, un día, de alguna manera, descubrirían el cuerpo tanto tiempo buscado. Fin de la historia.

Pero ¿por dónde empezar a indagar el nuevo paradero de Amina? Solo se me ocurría que hubiese vuelto con Teo al apartamento de Karen. Pero sería imposible convencer a Amina de los planes de Teo contra ella, había entrado en *shock* amoroso. Y si no pudiera contenerme y llegásemos a las manos, él era más fuerte que yo y podría ser que Amina se pusiera de su lado, por lo que me enfrentaría a dos, quizá a más. Aunque lo más sensato por su parte sería abandonar el apartamento y buscarse otro sitio porque nunca podrían estar seguros de que yo, en un ataque de locura o de lo que sea, le contase la verdad a la madre de Amina y se presentasen en el apartamento unos matones. Realmente tendría que estar loca para llegar a este punto, porque provocaría una situación desastrosa en primer lugar para mí, si no en primer lugar, en segundo o tercero. Mi desafío al rey y a todo el reino me costaría que me mataran. Así que por mucho que la madre de Amina me suplicara, por mucho que me recordara a mi propia madre, por mucha culpabilidad que me creara el hecho de que yo podría arrancarla del horror que estaba sufriendo con dos palabras: «Está viva», mi integridad física me lo desaconsejaba de plano.

Según iba llegando al control interior del pabellón en dirección a la salida, cuyo recorrido solía ser silencioso, en penumbra, mullido, demasiado largo a veces, noté una agitación inusual, como un abejorro en la siesta. Al fondo se reunieron más guardias de seguridad. Se me aflojaron las piernas. Era por mí, nadie más salía en ese momento. Y no podía volver atrás. Estuve tentada de meterme por alguna de las salas que se abrían en los laterales, pero entonces significaría que huía. No tenía por qué temer a los guardias si no tenía nada que ocultar. Pero también podría poner como excusa que buscaba un baño. Andaba todo lo despacio que podía, los pies se hundían en la alfombra. No necesitaba apelar al «sentido de mi padre» para saber que algo andaba muy pero que muy mal. Y lo peor que pude hacer fue lo que hice: me detuve a diez metros del control esperando que un espíritu bondadoso me arrancase de allí y me elevara con él adonde vayan los espíritus.

Los guardias se me quedaron mirando y uno de ellos, harto de esos segundos de espera, vino hacia mí y me arrebató la bolsa de lona. La soltó con estrépito sobre el mostrador, un estrépito más pesado del esperado. Yo había seguido al guardia con la esperanza de un milagro y ahora contemplaba impotente cómo se desparramaban por la mesa el paquete de clínex, los bolígrafos y rotuladores, un espejo, un pintalabios, un peine, el libro de gramática, que ya estaban hartos de ver los guardias cuando me registraban a la entrada, y me asaltó la aprensión de que Haya les hubiese dado un chivatazo y buscaran la nota que había guardado doblada entre las páginas.

Por fortuna, no la vieron y siguieron cayendo el fular que me servía de toalla y pareo en la playa y como chal, una cajita de maquillaje y algo que al principio no entendía qué podría ser y que despedía reflejos. Me costó reconocerlo, igual que ver a alguien en un lugar absolutamente distinto del acostumbrado, y por tanto me llevó tiempo reaccionar, lo que me convertía en culpable de lo que fuese.

—Eso no es mío —grité asustada.

Era el collar de rubíes y perlas del joyero de Amina.

—Ya sabemos que no es tuyo.

—No lo he cogido, no lo he metido en la bolsa.

No entendía lo que decían. Se me nubló la vista.

El jefe de seguridad se materializó ante mí y me cubrió con toda su presencia sin piedad, cerrando un caso molesto desde el principio, que era yo. Al condenarme por ladrona, también me condenarían por ser la instigadora del suicidio de Amina. Estaba perdida. El jefe de seguridad me pidió que lo siguiera. Un guardia arrastró todas mis pertenencias con la mano hacia la bolsa como quien barre unas migas de pan. Y nos siguió con ella en la mano. Ya tenían algo sospechoso que contarles al rey y a los padres de Amina. Nunca fue buena idea meter a una extranjera en el palacio.

—¿Y bien? —preguntó sentándose en el despacho que ya conocía, impersonal y anodino en comparación con el resto del palacio, un espacio desnudo que indicaba que este hombre iba al grano.

—Me han tendido una trampa. No soy una ladrona.

Le indicó al guardia que dejara mi bolsa por allí y saliera.

Tenía cara de asesino, mirada de asesino, manos grandes de estrangulador, piernas fuertes de cargarse a alguien de una patada. Estaba hecho para estas cosas y la dulzura, el encanto y todo lo que una chica como yo pudiera inspirar se la sudaban, no entraban en sus cálculos. Me pregunté si tendría mujer, hijos, madre.

—Alguien nos avisó de que el collar desapareció del joyero cuando abandonaste las habitaciones de Amina.

—Solo estuve allí hablando con su madre. Cree que yo era amiga íntima de Amina y solo era su profesora. Cualquiera ha podido cogerlo.

—¿Insinúas que su propia madre lo ha robado?

No, no lo insinuaba, pero me asaltó la sospecha de que podría haber sido ella o Fátima. Fátima se expondría a que yo cantara la verdad, aunque sin poder probar nada porque no tenía ni idea de dónde se habría llevado Teo a Amina. Lo de la madre sería más probable si yo fuese capaz de pensar con

claridad. Me bloqueaban la vista el collar y el horror de la tortura, de que me arrancasen la piel a tiras o de que me dejaran ciega. Deseaba con todas mis fuerzas tener a mano algún veneno antes de enfrentarme a todo lo que había visto en el cine. Me pondrían un saco en la cabeza, me desnudarían y me colgarían boca abajo, y solo me quitarían la capucha para someterme a ahogamientos. Me arrancarían las uñas de los pies y de las manos. No se les pondría nada por delante porque alguien tendría que pagar por unas vacaciones tan aciagas, por no encontrar el cuerpo de Amina, por entristecer al monarca y que esta tristeza le hiciera enfermar aún más, que no tuviese fuerzas para gobernar y que aprovechara para ocupar su lugar su temible sobrino. En este sentido, también Sultana desearía que alguien pagase por poner su trono en peligro.

Durante una hora el jefe de seguridad respondió unos *emails*, llamadas de teléfono, y, contrariado por lo que fuese, dio un puñetazo en la mesa de Ikea. No me miraba, aparentando que se había olvidado de mí. También desenrolló una alfombrilla y rezó en un rincón del despacho mientras yo contemplaba un mapa de Marbella y otro del Golfo para desviar la atención de su culo. Esperaba que saliera del trance para reiterarle una vez más que no había robado el collar. Quizá este momento de espiritualidad le devolviera la fe en el ser humano, en mí. Quizá no era tan fiero como aparentaba, quizá comprendiera que se trataba de un malentendido. Quizá en el fondo yo le gustase y aprovechara este equívoco para acercarse a mí. En una pared había un bidón de agua con vasos de plástico al lado y me puse en pie para coger uno. Fue entonces cuando levantó la vista y de su poderoso pecho surgió una voz que me paralizó:

—¡Siéntate!

Retrocedí hacia la silla y él siguió con lo suyo durante otra hora más. Por fin me atreví a pedir llamar a mi madre y al Beach Club. «Entro a trabajar a las cuatro. Me esperan. Les extrañará que no me presente», supliqué.

Se dignó mirarme, mejor dicho, observarme, escudriñar mis gestos, mi confusión, mis ojos llorosos, mi angustia creciente.

—Tiene que creerme, no sé nada de ese collar. Cualquiera pudo dejarlo ahí.

Fue lo peor que pude decir. Parpadeó un momento para borrar un atisbo de pena que había logrado inspirarle y se acarició un anillo que llevaba en el dedo, un diamante seguramente, con el que dejaría algunas caras destrozadas.

—Vamos —dijo.

No me moví. Sabía que no iba a tocarme, acababa de rezar y no iba a tocarme por las buenas, salvo para machacarme. Entonces cogió un teléfono centralita Duomo y llamó a alguien. Dos palabras bastaron para que en minutos aparecieran dos de las mujeres que habían revuelto las habitaciones de Amina y habían encontrado la novela. Y si no eran las mismas, lo parecían.

Iban supertapadas y me apresaron cada una de un brazo. Traté de sacudírmelas de encima, forcejeé, pero cada vez me apretaban más los brazos y de cualquier forma no podría escapar. Me aflojé y me dejé llevar y en algunos tramos casi arrastrar.

No retuve el itinerario, el palacio era enorme. No sabía dónde me encontraba, desde luego en una zona de cocinas y cámaras frigoríficas, mesas de acero inoxidable, también de madera con corderos encima dispuestos para ser despellejados. Todo tenía muy mala pinta. Resplandecían grandes ollas colgadas de las paredes y machetes ordenados por tamaños y todo envuelto en un ligero olor a clavo y canela. Luego por unas escaleras bajamos a un pasillo con salas nada lujosas, muy austeras. Suelos de terrazo de los sesenta y paredes con el yeso a la vista sin pintar. Olía a humedad. Podían sentirse todos los pinos y naranjos y olivos encima de nuestras cabezas y la tierra con sus raíces atravesando el techo. Ya no me lamentaba, esta era la consecuencia de las decisiones tomadas. Las dos mujeres, ambas muy jóvenes, seguían sujetándome por los brazos. Una era más voluminosa que la otra y la barriga se le desplazaba bajo las sayas al andar. Nos seguía un guardia.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

Contestó la voluminosa:

—Ya lo verás —dijo con una voz dulce, casi empalagosa, salida de una montaña de pastelillos de pistacho y miel.

—¿Van a hacerme daño? —me atreví a preguntar de nuevo.

—Ya lo verás —repitió la misma voz como el estribillo de una canción de desamor.

El guardia le sacudió con algo en la cabeza para que se callase, lo que la cabreó conmigo, y al llegar a una habitación me empujó dentro con bastante fuerza.

Aunque no tenía barrotes, no podía ser más que una celda. Había una cama junto a la pared cubierta con una manta que más bien era un tapiz o una alfombra, y cojines. Sobre ella una ventana pequeña, que se podría llamar ventanuco y que daba a lo que parecía un patio de luz. En un lado, una mesa con una silla Thonet. La delgada me hizo una seña y abrió una puerta tras la que se veía un váter, un lavabo y una ducha con un plato mínimo. No vi toallas y pregunté por ellas. Sus cuatro ojos registraron el espacio desde fuera. No entendía por qué se me había pasado la flojera de piernas, que era lo primero que sentía cuando la catástrofe llamaba a la puerta. Antes de que pudiera reaccionar, las piernas siempre sabían lo que iba a pasar. Las piernas eran unas agoreras, unas inútiles. Tendrían que servir para correr, para huir,

para darles una patada en los huevos a mis secuestradores y deshacerme de ellos; por el contrario, no se atrevían ni a patear a estas dos infelices. Me senté en la cama; la manta, aunque tenía unos dibujos muy bonitos, era muy áspera.

—¿Tienes hambre? Te traeremos algo de comer —dijo la más delgada, y se marcharon.

Me tumbé sola con mi imaginación, lo que no era bueno. Si al menos tuviera un libro o un papel para poder escribir o dibujar, me ayudaría a cerrar el grifo del pensamiento. Todo lo que estuviera por llegar sería terrible y no quería perder mis últimos momentos de vida con esta tragedia en la cabeza contra la que no podría hacer nada. Me concentré en la playa y el calor, en un cubo de plástico rojo con el que acarreaba agua y la echaba en un hoyo que mi padre y yo hicimos en la arena. Me encantaba usar la pala, me parecía más profesional que las manos. El azul del mar llegaba hasta los juncos y las dunas del fondo en que alguna gente tomaba el sol desnuda. A la hora de comer nos encaminábamos al merendero de la playa hundiendo los pies en la arena, cansados, arrastrando las toallas y la nevera portátil, náufragos cruzando el desierto. La frente me ardía por el sol y me quedé amodorrada con una extraña felicidad bajo la manta.

La comida no llegó y del lavabo no salía agua, tampoco de la ducha, sería una táctica de machaque mental. Me daba igual. Las cosas ocurren, una tiene que ir tomando decisiones y no pude hacer nada más que lo que hice. Solo lo sentía por mi madre, que no podría recuperar mi cuerpo y nunca sabría lo que me había ocurrido, y esto sí que me daba mucha pena.

Me adormecí, más que por sueño para desaparecer, hasta que me despertaron gritos de otras mujeres en otras habitaciones. Sería allí donde las traían cuando se saltaban las reglas o desobedecían o a saber qué más. Qué lejos quedaba el Beach Club y Fabián y su hijo, la carpa real, los parasoles de fibra de coco y el apartamento de Karen. Todo existía al otro lado de esas paredes, que era como decir al otro lado de la galaxia. Solo tenía que encontrar la manera de escribir algo despidiéndome y de envenenarme para no sufrir.

Me desperté por la noche con mucha sed y la lengua pastosa. Por la rendija de la puerta no entraba ninguna luz, ni tampoco se oían ya los gritos de las mujeres. Fui al baño y el grifo seguía seco. Mejor, así no tendría que envenenarme, me deshidrataría y punto. Me llamaron la atención con unos golpes en la pared de al lado para que apagara la luz. La apagué y me metí bajo la manta, también la cabeza, sofocada por el olor acre de la lana y el polvo de haber adornado suelos. Nadie en la alegre ciudad de Marbella podía

imaginarse que existían estas catacumbas en el lujoso palacio real. Y todo el miedo que había sentido hasta entonces iba desapareciendo porque había llegado la hora. Podrían venir unos cuantos tíos vestidos de blanco con los ojos del jefe de seguridad y machetes en las manos que ya no me sorprenderían, porque cuando la hora llega, da igual que sea con o sin machetes, llega.

Oí girar la llave. Estaba tumbada de cara a la pared y por el ventanuco entraba una luz como pasada por un paño gris. Lo primero que respiré fue el típico té con menta superazucarado y pastelitos de pistachos y miel.

—Buenos días, dormilona.

Era la voz de Haya mezclada con ruido de cacharros sobre una bandeja y el golpe al dejarla en la mesa. ¿Haya? Me extrañaba que la hubiesen dejado bajar a las mazmorras. Me extrañaba que incluso supiese que existían. Se aproximó a mí y noté cómo se tumbaba a mi lado y me echaba los brazos sobre la manta. «Pica», dijo. No tuve más remedio que incorporarme. Se sentó y me sonrió con su preciosa cara.

Tenía los ojos casi empañados de lágrimas y las mejillas sin afilar típicas de la preadolescencia, rojas.

—No creo que seas una ladrona de joyas. No te gustan. Mamá me cree, pero la madre de Amina no. Y ha pensado que si hablaba contigo, que si yo te lo pedía, quizá confesaras. Pero no quiero pedírtelo, solo quiero verte.

—Me alegra que hayas venido. Estás muy guapa. Cuando pegues el estirón parecerás una modelo.

Me tendió un vaso de té, y ella cogió un pastelillo.

—Me pagáis bastante por las clases, no quiero dinero que no sea mío. Alguien puso el collar en mi bolsa.

—Todo se arreglará —dijo.

Una frase que me ponía especialmente nerviosa porque era una frase sin esperanza para casos desesperados. Significaba que se dejaba todo en manos de fuerzas desconocidas e invisibles.

—¿Sabes lo que me dijo la madre de Amina antes de que me encerraran aquí?

Negó con su cara enrojecida de juventud y emoción.

—Piensa que tu madre ha hecho desaparecer a Amina por celos. Dice que también envenenó a una amante extranjera de la que el rey, tu papá, estaba muy enamorado.

Haya dejó de sonreír y empezó a cavilar. El mecanismo de su mente resonaba en toda la habitación. Mientras, me pasé la mano por el pelo, me estiré los pantalones y la camiseta lo más que pude y cubrí el colchón con la manta. Mi aspecto debía ayudarla a razonar, no a tomarme por una demente.

Se levantó taciturna, colocándose el pañuelo.

—No me dejes —le rogué, y le tendí el vaso—. ¿Puedes traerme agua del baño?

A pesar de que ella era una princesa y yo nada, en esos pocos metros cuadrados ella solo era una niña y yo su profesora. Fue sin rechistar y estuvo unos minutos abriendo y cerrando el grifo.

—No hay agua —dijo dando dos pasos hacia la salida—. La madre de Amina dice que no se debe robar y que mereces un escarmiento —dijo nerviosa, con ganas de irse.

—Espera, Haya, ¿crees que me matarán?

Se giró hacia mí muy sorprendida, sorprendida de verdad.

—Este es el palacio real, aquí no se mata a nadie.

Y se marchó sin despedirse, ofendida. La visita no había ido como ella esperaba.

Aún tenía el vaso de té en la mano y lo estampé contra el suelo. Se rompió en cuatro trozos. Retiré la cama y escribí: «Me ha encerrado aquí la madre de la princesa Amina. Te quiero, mamá». Quizá algún día un arqueólogo lo descifrara, aunque para mí ya sería tarde.

Entre esas cuatro paredes el tiempo era de una lentitud desesperante. La luz natural, ya mortecina de por sí, se apagó más. Estaría anocheciendo.

Ya no quedaba té y el grifo seguía sin funcionar. A veces se escapaba un golpe contra la pared de alguien que se apoya o contra el suelo de alguien que se sienta con fuerza o se cae. Y, sobre todo, oí pasos de varios pies y chirridos de ruedas, de una camilla posiblemente. ¿Estarían retirando algún cuerpo con el que se les había ido la mano? Por si esto no fuera suficiente, oí un roce junto a la puerta, luego tocaron con los nudillos. Me senté de un golpe en la cama y respiré al verla.

Sultana no sentía los remilgos de las princesas de nacimiento. Al abrir, el olor del baño no la espantó, tampoco observó la habitación como si la pobreza la asaltara por primera vez. Habría visto cosas mucho peores en El Cairo en su niñez, y en su juventud cuando bailaba noche tras noche ante tíos de ojos viscosos resbalándole por el cuerpo. Cerró la puerta tras ella, dio un giro innecesario, seguramente para sentir su propia belleza, y me preguntó qué tal estaba, si necesitaba algo.

—Agua —dije con lengua pastosa.

Sacó un móvil de la abaya y pidió que me trajeran botellas de agua.

—Yo no robé el collar —dije cansinamente, dejando claro que ya lo había explicado mil veces.

Hizo un gesto con la mano indicando que eso no le interesaba.

—Haya me ha contado vuestra conversación. ¿Es verdad?

Asentí con el pensamiento puesto en las botellas de agua.

—¿Son estas las celdas de tortura? Anoche oí gritos de mujer.

—Es la primera vez que bajo aquí —dijo.

Se sentó en la cama sin hacer ascos. Me retiré de ella por puro pudor.

—Sinceramente no creo que la madre de Amina se atreva a acusarme de algo tan horrendo —dijo—. ¿De verdad piensas que ella puso el collar en tu bolsa para retenerte y obligarte a declarar que soy la culpable de la muerte de Amina?

—Está amargada, busca un culpable y tú tienes todas las cartas por aquello de la amante extranjera del rey.

—¿Qué es eso de la amante extranjera? —preguntó arrastrándose un poco por la cama hasta mí.

Sus movimientos desprendían sales de baño, exfoliaciones de hamam, aceites esenciales. A su lado yo dejaba mucho que desear en estos momentos.

—Se habla de ello incluso aquí en Marbella —dije—. A mí me lo contó una camarera del Beach Club. Dice que la envenenaste.

—Me halagas pensando que mi poder está por encima del poder del rey. Si hubiese hecho algo así, él me repudiaría.

—Eres la madre de cuatro de sus hijos.

—Me los habría arrebatado. No tengo nada mío.

—Tienes inteligencia y astucia.

—No basta, créeme.

Me concentré en beber de las botellas que acababan de traer.

—Necesito salir de aquí. Ayúdame.

Labios rojos brillantes y ojos negros brillantes, impenetrables como si solo pudiesen describirse desde dentro.

—Si te ayudo, la madre de Amina sospechará más de mí. No puedo, lo siento.

—Bastaría con que Fabián, el gerente del Beach Club, se entere de que estoy encerrada aquí por haber robado una joya.

—¿El gerente? ¿Nadie de tu familia?

—Solo él. Es el único que podría sacarme de aquí.

Si aún no se había marchado Fabián con Cristina a la caravana, lo haría en cualquier momento. Para él, el Beach Club ya no tenía sentido, ni los saudíes, ni toda esa clientela venida de otro planeta al que regresaría satisfecha y que nunca conocería a su hijo Marco. Un joven ser que se había llevado con él su propia existencia igual que un cometa arrastra su larga cola de vapor y piedras.

Se cogió la cara entre las manos, los anillos y las pulseras. Algo no cuadraba. Era como poder contemplar el cielo con sus estrellas y planetas y no entender cómo funciona el engranaje. Y todo lo había tenido ante las narices. Me había tenido a mí en el palacio bajo los velos de Amina y no se había dado cuenta.

—No puedo hacer nada por ti —terminó diciendo.

Me acurruqué en la cama y le di la espalda. Oí su movimiento al salir. Ropas ligeras, andares altaneros, pisadas seguras.

Me espabiló un movimiento de telas junto a la puerta. Desde la visita de Sultana hacía dos días, pasaba el tiempo todo lo adormilada que podía para evitar pensar, porque pensar solo me angustiaba y me hacía abrigar la esperanza de que Sultana se apiadara de mí y avisara a Fabián, o al menos de que yo le cayera bien frente a la madre de Amina, que querría implicarla en la desaparición de su hija. Tampoco nunca había estado tanto tiempo sin ducharme, ni cambiarme de ropa, ni peinarme ni cepillarme los dientes. Por el hueco de la camiseta me subía un ligero olor agrio que a veces me reconfortaba y me acunaba en mí misma, en los fluidos de mi cuerpo. Nunca había estado tan unida a mi persona ni tan débil o embotada o ambas cosas. Por la rendija entró perfume de segundo rango, no del refinamiento de Sultana, ni de la persona encargada de dejarme una bandeja con cuscús en la entrada de la habitación y desaparecer corriendo. Sin embargo, fuera quien fuese, decidí no quejarme de la falta de higiene, de agua, de la soledad, de estar encerrada, de mi indefensión, ni exigir mis derechos de ciudadana libre. Decidí no dar nada con lo que pudiera mortificarme aún más esa persona que estaba girando el pomo.

—*Salam aleikum.*

—*Aleikum salam* —contesté desde el catre con la manta raspándome la mejilla.

Era una chica joven con el rostro descubierto, que me observaba con curiosidad. Probablemente me vio en las habitaciones de Amina cuando el ejército silencioso encontró la novela. Se acercó a una distancia prudencial. Alargó las manos sobre las cuales reposaba, como un presente, una abaya doblada y sobre la abaya unos *leggings* y velo solo de cabeza.

—Tienes que ducharte y vestirte con esta ropa. El jefe de seguridad desea verte en su despacho.

No me lo esperaba, no sabía qué pensar. Me inquietaba abandonar la celda, donde si registraban en mi ausencia podrían encontrar el vaso roto y lo que de vez en cuando escribía en la pared, mi única diversión aparte de dormir. Se cruzó de brazos sin moverse. Yo abrí la ducha sin ninguna esperanza de que cayese una gota y de repente explotó un chorro. Al principio salió a trompicones y luego ligera. Estaba templada. La chica me tendió una pastilla de jabón sin perderse detalle de mi cuerpo. Le hice el gesto de cepillarme los dientes con el dedo. El sarro los había vuelto correosos, me daban asco. Procuraba que la lengua pasara de largo sin rozarlos. Ella se limitó a darme la espalda.

La ducha me alivió, me aligeró de mugre y sentimientos también mugrientos. Busqué bajo el lavabo y encontré un secador. Daba la impresión de que ese baño a veces estaba totalmente en contra y otras a favor. El pelo flotó alrededor de la cabeza. Plumas que acariciaban la raíz y la balanceaban en todas direcciones. La abaya y el hiyab no podían ser más austeros, de algodón tosco de mercadillo. Deseché mi ropa interior. No podía volver a ponérmela sobre la piel limpia. Me froté los dientes con un pico de la toalla.

Por fin andaba por un pasillo, que parecía más largo de lo que era por el simple hecho de poder dar más de cuatro pasos. Las habitaciones que sobrepasábamos permanecían cerradas, salvo una entreabierta que dejaba ver un trozo de tela negra y un talón calloso. A quienquiera que fuese, no la consideraban tan presa como a mí. Me cegó una abundante luz natural y entendí por qué en las películas cuando un personaje sale de una celda de castigo se coloca la mano de visera y guiña los ojos. La luz hace más daño que la oscuridad.

Mi acompañante no hablaba. Me tocaba el brazo para indicarme derecha o izquierda. Si tuviese con qué, le daría un golpe en la cabeza y escaparía. Pero ¿hasta dónde llegaría? Me encontrarían enseguida y mi huida reforzaría mi culpabilidad. Me dejé conducir como una pelele hasta el despacho del jefe de seguridad.

Tuvimos que esperar en la puerta unos quince minutos que internamente rogaba que fuesen más, aunque me había subido o bajado el azúcar y estuve a punto de desplomarme. Me apoyé en la pared y me escurrí por ella hasta el suelo. La otra me ayudó a levantarme con una mano sumamente blanda, de huesos de algodón, y me arrepentí de no haber aprovechado el momento de noquearla. La puerta se abrió y ella se marchó.

El jefe de seguridad sostenía el teléfono entre la oreja y el hombro. Derramó sobre mí su habitual mirada dura y recelosa y salió al pasillo para seguir hablando. Se alejó todo lo que dio de sí el cordón del teléfono. No me atrevía a moverme, pero sí a observar la mesa con un ordenador y ni un solo papel encima, nada más que un cubilete con bolígrafos y plumas. Sobre el archivador descansaba mi bolsa de lona con manchas de Coca-Cola y otra roja de la punta de un rotulador. El espacio seguía siendo austero, decorado con restos de otros mobiliarios, con aspecto de provisionalidad, aunque recorrido por un ligero olor dulzón completamente fuera de contexto. Era un lugar donde guardar el papeleo, los pasaportes de la corte. Me fijé más que la vez anterior en las paredes, en los corchos y pizarras Vileda con notas pegadas y en el mapa grande de Marbella, en el que aparecía el azul

delimitado por construcciones y verdes campos de golf, y tierra adentro pequeños dibujos de los monumentos más importantes y sobre una loma el palacio, también diminutos árboles separados o juntos formando bosquecillos. En otro plano se alzaba el palacio en grande, con las piscinas y los helipuertos. Era una fortaleza y nadie podría rescatarme.

Reparé en que un cajón del archivador estaba entreabierto, como una tentación o como una prueba. Oía su voz en el pasillo y en cualquier momento podría entrar. Era raro que se olvidase un cajón entreabierto a no ser que fuese una forma de hacerme picar y poder así echarme una bronca y amedrentarme, aunque también ocurría que en esos archivadores metálicos los cajones al cerrarlos de golpe rebotaban. Di tres zancadas suicidas y eché un vistazo suicida al interior. Surgieron varios manojos de pasaportes cogidos con gomas, tal como me había descrito Amina. Estaba loca si pensaba que iba a jugarle el cuello por ella una vez más. Aparte de que no tendría tiempo de hurgar en los pasaportes para localizar el suyo. Retrocedí espantada ante la idea de meter la mano allí cuando me tropecé con él. Soltó con fuerza el teléfono en la mesa y me preguntó por qué no estaba sentada. Hice caso. El cordón del teléfono se enrolló sobre sí mismo en forma de tripa.

Eché una mirada alrededor para comprobar que no había tocado nada y cerró con estrépito el cajón de los pasaportes, que volvió a abrirse. Agarró de un manotazo mi bolsa de lona. Todas sus acciones estaban regidas por la furia y la fuerza. Por su posición junto al rey, por ser bastante rico, por tener gusto para la ropa occidental y con un poco de esfuerzo gustarles a las mujeres, su mala hostia era incomprensible.

—¡No me mires! —gritó amenazándome con un dedo.

Hasta entonces había exhibido ante mí cierto orgullo de tío atractivo. En ese momento acababa de bajar la guardia y al darse cuenta se desconcertó. No deseaba darme miedo sin más. Cualquier matón podía dar miedo. Un atracador, un violador, él no era nada de eso. Su miedo debía proceder del respeto.

Dejó caer a mis pies la bolsa de lona sin tanta energía como antes. Seguramente estaría reconsiderando su imagen. Retuve el impulso de mirarlo, me concentré en la bolsa.

—Saca el libro —ordenó.

Lo saqué y me lo arrebató de la mano. Lo puso boca abajo. La nota de Teo planeó unos segundos hasta el suelo.

—¡Cógela! —dijo—. ¡Léela!

—No la entiendo bien. Habla de un barco y del mar.

—¿Dónde leíste eso?

—No lo recuerdo, creo que en un poema. Quería que Haya empezara a traducir.

—A mí no me parecen versos. Dime el título del libro.

No cabía duda de que poseía intuición. Sabía que esa frase contenía algo importante. Su aparente simplicidad y banalidad la volvían peligrosa. Metió de nuevo la nota entre los verbos y permaneció meditando tratando de fijar una luz que iba y venía por su mente.

Tendría que haberme gastado el dinero escondido en la lámpara del hostel. Alguien lo encontraría y lo disfrutaría sin saber cuánto me había costado ganarlo.

—No me fío de ti —dijo.

Cabeceé afirmativamente.

«El collar estaba en mi bolsa, normalmente voy con pantalones cortos y los hombros al aire, uso bikini y ahora mismo —esto no lo dije, pero seguramente él lo presentía y le ponía nervioso— debajo de la abaya no llevo nada. Encima copié esa tonta frase en un papel. No sé cómo defenderme. No puedo decir más de lo que he dicho».

Por la ventana entró un golpe de luz que me impactó en los ojos, y sabía que cuando la luz me rebotaba en los ojos los aclaraba tanto que quedaban al descubierto fibras verdosas como algas bajo el mar, y entonces lo miré directamente y no tuvo más narices que contemplar las algas verdosas. Casi podría afirmar que se quedó hechizado, hasta que bajó un poco la persiana y mis ojos regresaron a la sombra.

—Me gustaría creer en tu inocencia, pensar que no serías capaz de mancillar con tus pecados la casa de Saúd.

Negué con la cabeza, se me cayeron dos lágrimas que giré hacia la luz para que las volviese doradas. Si el jefe de seguridad se enamorase de mí, podría salvarme. Me había duchado, los rizos sobresalían del pañuelo, era joven, muy parecida a Amina, por tanto del gusto árabe, me estaba mostrando débil y dócil como a cualquier hombre, árabe o no, le agrada que se muestre una mujer. Necesitaba que deseara seguir viéndome y, en consecuencia, que yo no tuviera que morir. Sería maravilloso que naciera en su interior el impulso de salvarme y elevarme por los cielos del palacio.

—Si la persona que metió el collar en mi bolsa confesara, yo sería libre, ¿verdad?

Me escudriñó pensativo. Respiró fuerte, una especie de suspiro. Si se enamorase de mí, no querría que saliera del palacio, lo que tampoco sería muy

positivo.

—Un marroquí, residente en Marbella, nos ha llamado afirmando que ha descubierto a Amina en la playa —dijo.

Procuré no mover los ojos, ningún músculo por pequeño que fuera.

—Recibimos llamadas constantemente y la madre de Amina pide que les investiguemos todas. No comprende que la gente sea morbosa y que les encanten estas historias. Se le ha ocurrido la idea de ofrecer una recompensa. Vamos a volvernos locos. Su marido, el consejero, ha regresado a Riad, pero ella continúa aquí.

Se me estaba confesando. Me acerqué un poco a él.

—¿No es posible que ella dejara caer el collar en mi bolsa?

No me apartó, no le violentaron mi proximidad ni mis palabras. Su cuerpo era una central eléctrica a pleno rendimiento.

—Ya lo hemos hablado, y por tu bien no lo repitas, nadie te creerá. —Entornó los ojos y descansó las manos en el cinturón con la chaqueta abierta. La hebilla con iniciales parecía tan pesada y fuerte como su cuerpo—. Ni yo tampoco. ¿A quién se le ocurre culpar a la esposa de la mano derecha de su majestad de semejante cosa?

No podía contener su fiereza por más tiempo. La camisa estaba a punto de abrírsele. Era un palmo más alto que yo y se agachó para gritarme:

—Da gracias que no esté pidiendo tu cabeza.

Ella aún no quería mi cabeza, quería a Amina. «Si pudiera tomarme un café —pensé—, en lugar de tanto té azucarado».

—¿Podría tomarme un café? —pregunté casi sin darme cuenta.

—¿Un café? —contestó desconcertado.

—Me temo que voy a desmayarme —dije desplomándome en la silla.

Descolgó el teléfono y al rato tuve en las manos una pequeña taza de café espeso a más no poder.

—Es turco —dijo él—. Espero que le guste a la dama.

Me lo bebí de cara a la ventana, colocada estratégicamente para que solo se divisara una pared por donde trepaba el delicado jazmín, tan en contraste con la desenfrenada masculinidad del jefe de seguridad, y de ahí el olor dulzón del despacho. Se abrió la puerta y una voz pronunció en árabe la palabra «cristal». Era la chica que me había conducido hasta allí. Continué centrada en la pared de enfrente.

—¡Sonia! —volvió a gritar él.

Daba la impresión de que cada palabra contenía un grito que lo liberaba. Me volví. La chica me miró con profesionalidad. Me había pillado. Mientras

el jefe de seguridad me entretenía en su despacho, ella registraba la celda. Colocó en la mesa el vaso roto en dos pedazos grandes y dos minúsculos. Era realmente minuciosa, por lo que debió de descubrir lo que escribí en la pared.

—No podemos confiar en ti —dijo él señalando los pedazos—. ¿Acaso querías suicidarte?

Negué con la cabeza. Expresé toda la extrañeza que pude. Era mejor fingir que no sabía nada con gestos sin que la voz me traicionara.

—Ya no tomarás té. —Se inclinó hacia una neverita y sacó una botella de agua. Me la lanzó—. Tomarás solo agua.

La recogí al vuelo con ambas manos, y el idilio se acabó. La chica me indicó que la siguiera hacia el infierno.

En cuanto me quedé sola, separé la cama de la pared. Las frases dedicadas a mi madre no las entendía ni yo. Estaba disfrutando de la ropa limpia cuando la chica volvió a entrar y me pidió que me pusiera la ropa anterior y le devolviera la abaya, el pañuelo y los *leggings*.

—De acuerdo —le dije—. Pero quiero que le digas a la madre de la princesa Amina que quiero verla.

Por la cara que puso, no sé si me entendió. Regresé a la suciedad sin ninguna novedad en el grifo. Pero aún sentía el pelo sedoso y tenía una botella de agua de medio litro. Era mucho más de lo que había tenido antes.

Por la tarde o la noche, no estaba segura, tocaron mi puerta unos nudillos y al abrir no había nadie, solo comida en una bandeja. Cuscús. No comí por hambre, sino para que me entrara sueño. Quería mandarle un mensaje a Fabián con toda la fuerza de mi mente y apreté los ojos tanto que me dolía la córnea. Pensé: «Fabián, ven. Te quiero», y me derrumbé agotada en la cama. En poco tiempo enloquecería. Y así es como la gente desaparece. Mi madre solo vendría cuando resultara muy llamativo no tener noticias mías. Desde lo de mi padre, se acostumbró demasiado a mi compañía, y al crecer empecé a tener miedo de que dependiera excesivamente de mí, que no me permitiera vivir mi vida, así que le prohibí que me llamara por teléfono si no era urgente. Y ella respetaba esta decisión en contra de su voluntad, por lo que cuando se decidiera a levantar el veto y venir a buscarme, solo quedaría la frase de la pared, que sinceramente no creí que encontrara jamás. Soñé que trepaba por el muro que se veía frente al despacho del jefe de seguridad y que escapaba con una facilidad pasmosa.

Me desperté cuando debía de ser por la mañana, tal como anunciaba la luz cadavérica que entraba por el ventanuco y otro filo de luz que llegaba rodando por las escaleras hasta el hueco de la puerta. Me puse alerta por si me traían el desayuno, pero se les olvidó. Puede que ya nunca viniese nadie.

El olor del baño me drogaba un poco y me pasé media mañana pensando en la playa, el sol y el calor, las gaviotas, las hamacas, en la gente alegre y despreocupada que ahora estaría entrando y saliendo del mar sin imaginar ni por lo más remoto que a unos pocos kilómetros, en el palacio de mármol blanco, una pobre chica estaba encerrada en los sótanos, e hice un gran esfuerzo mental para que el cielo se nublara y los obligara a levantar la cabeza hacia esa loma y de pronto les asaltara la revelación de lo que me ocurría y, sin pensárselo, todos en bañador y descalzos, cruzaran la autovía del Mediterráneo y los campos de naranjos y treparan hasta allí, que entraran en el palacio sin atender las advertencias de los guardias, que bajaran a los sótanos y me encontraran. No me di cuenta de que abrían la puerta.

Y por fin una presencia humana: la madre de Amina.

Encendió la luz para ver mejor. La melena era más roja, y la cara, más pálida. Había adelgazado bastante en poco tiempo.

Parecía más alta, más joven. Se encontraba en esa fase en que el sufrimiento embellece. Los ojos sin pintar resultaban melancólicos. La admiraba desde el camastro, muy consciente de que tendría que inspirarle pena. En cambio, ella pasó la vista de largo. La pared le interesaba más que mi mísera existencia.

—¿Querías verme? —dijo.

O sea que la chica le había dado mi recado.

—Nadie me informa de nada —dije incorporándome—. No sé si ha surgido alguna novedad sobre Amina, si continúa la búsqueda ni si tu esperanza, tu fe en que siga viva siguen intactas.

Por fin tuve su mirada ante la mía. Consumida, marchita.

—¿Qué puede importarte a ti mi hija? Si te importara, me lo contarías todo.

—Me importa que viva, que respire y que sea feliz. Ella te convencerá de que confieses que tú metiste el collar en la bolsa y que me saques de aquí.

—Lo tienes muy difícil. El rey está decidiendo si se la da o no por muerta. Si se la da por muerta, te pudrirás aquí o en una bolsa de basura.

—Quizá el rey no quiera cargar sobre sus espaldas con una muerte innecesaria y me libere. Soy una simple camarera.

Andaba arriba y abajo de la celda. Algo en mí le decía que yo tenía la clave. Sacó de la manga un papel. Era la nota de Teo para Fátima con los supuestos versos, que solo pudo entregarle el jefe de seguridad, lo que en sí mismo era bastante alarmante. La desdobló y la colocó ante mis ojos.

—En palacio no se te contrató como camarera, sino como profesora, y una profesora tiene cierta influencia sobre sus alumnos.

Esperé a que continuara con cara de qué estás tratando de decirme.

—¿Qué significa esta nota?

—Ya me lo ha preguntado el jefe de seguridad. No significa nada.

—Él no soy yo. Yo soy una madre. Y en esta nota se habla de Amina.

—No, por Dios, no. Son unos versos que le entregué a Haya para traducir.

—Tras darle muchas vueltas, lo he comprendido todo —dijo—. Este mensaje se lo mandaste a Sultana a través de su hija Haya.

Me asusté. La madre de Amina disparaba a ciegas y en cualquier momento acertaría. Debía de ser aterrador y frustrante no poder interpretar las líneas de la nota. Ante sí tenía la nota y a mí, y esa visión la consumía.

—Es extraño que hayas escogido poesía para traducir. Lo normal habría sido elegir un texto del libro de gramática. Además, los trazos no son propios de una mujer —dijo, y permaneció pensativa un momento.

Acababa de intuir que la nota no la había escrito yo. Aún la sostenía extendida y sus palabras la volvían real y temible, y yo debía disimular porque me escudriñaba rebuscando a su hija en mí.

—¡Mientes! —dijo cabreada—. ¿Quién la ha escrito?

Me tumbé en la cama y le di la espalda.

Qué fácil sería decir la verdad. Como si los detalles salieran de su mente: tu hija se enamoró y escapó. Fingió que se tiraba por la borda. ¿Y cómo lo sabía yo? Porque la ayudé, le presté mi apartamento. No tenía por qué desvelar que me hice pasar por ella, ni que Teo era el hijo de Fátima. Tampoco que Teo pensaba cargársela y que si los localizaban a tiempo no habría nada que temer. Entonces se olvidaría de la maldita nota. Y quizá me habría decidido a contárselo si no se me hubiese adelantado.

—Hay algo que me desconcierta. Me han hablado de un libro que Amina escondía en una caja de zapatos.

—Yo no se lo entregué. Era imposible. Siempre me registraban al entrar.

—No sé por qué lo escondió, como princesa goza de ciertos privilegios —dijo.

Seguí de espaldas, no soportaba su perspicacia.

—Quizá ella no lo sabía, no ha sido princesa toda su vida. Siempre tuve la sensación de que vivía a la sombra de Sultana, de que no había tomado posesión totalmente de su puesto.

—Sultana —repitió—. El libro tendría un significado especial para que lo protegiera así. No me extrañaría que Sultana lo dejara en sus habitaciones.

—Todo es posible —dije.

Se marchó sin despedirse. Iba derecha a buscar la novela y cuando la leyese caería en la cuenta de que su hija se había enamorado. Y una de dos: o había huido o de verdad se había suicidado desesperada por no poder disfrutar de su amor. En sus manos estaba creer una cosa u otra.

El no beber y comer poco me había desarrollado un estado de alerta fuera de lo normal y empezaba a presentir cualquier presencia humana antes de oírla. En este caso la olí: el Agua Salvaje de Dior, del jefe de seguridad, atravesando el hedor del cuarto.

Abrió con las gafas en la cabeza, como si así viese directamente desde las ideas. Me aterró que existiese algún tipo de lazo psicológico entre nosotros. No saludó, solo frunció el ceño.

—¿Puedes tirar de la cisterna del váter, por favor?

Me dirigí allí arrastrando los pies. Quería que oyese que no caía agua, pero cayó un torrente, dos veces. Aproveché para enjuagarme la boca, lavarme la cara y pasarme las manos mojadas por el pelo. Necesitaba no repelerle.

Al salir, lo descubrí mirando alrededor con repugnancia sin explicarse cómo yo podía sobrevivir con tanta miseria. Las gafas iban de la cara a la cabeza una y otra vez.

Se sentó en la silla y me pidió que me sentase en la cama. Me crucé de brazos, me recogí el pecho entre ellos. Deseaba evitar que le incomodaran los pezones marcados en la camiseta. En nuestras entrevistas había ido aprendiendo que cualquier signo erótico en mi persona lo enfurecía. Detestaba ser excitado o atraído. Tampoco me crucé de piernas. Las junté y puse un pie sobre otro. De buena gana me habría echado la manta por encima.

—Ha venido Fabián, el gerente del Beach Club, preguntando por ti.

Los brazos se me aflojaron y dejaron al descubierto los pechos. Los hombros se me desvanecían y al cuello le costaba sostener la cabeza, que cayó hacia un lado. Me desmayaba y unas manos me sacudían. Volví en mí oyendo mi nombre.

—Sonia, ¡despierta!

Noté las muñecas, la frente y los labios mojados. El jefe de seguridad me daba agua de una botella de plástico que habría llenado en el lavabo.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Unos minutos —dijo él sentado en la cama con la chaqueta abierta rozándome con ella. Se había deshecho el nudo de la corbata. Se había asustado. Mi hora no había llegado aún.

—¿Sabe Fabián, el gerente, que estoy aquí?

Negó con la cabeza, se levantó y colocó la silla junto a la cama.

—Las preguntas las hago yo, ¿qué sabe él de tu trabajo en palacio?

—Todo, que venía por las mañanas a dar clase y que luego iba al Beach Club.

—Dice que desapareciste durante tres o cuatro días y que al reaparecer te notó algo cambiada, más preocupada, más seria, la palabra que usó fue «grave».

—Bueno, él adoraba a su hijo, lo quería con locura y al morir empezó a verlo todo negro. Fue él quien cambió, no yo.

Sufrí otro bajón. Estaba traicionando a Fabián. No era ningún trastornado, tenía razón en todo.

—Pero ¿qué hiciste esos días de ausencia del hotel?

—Necesitaba desconectar. Me di una vuelta por Estepona, Fuengirola y Torremolinos. ¿Qué importancia tiene?

Movió los ojos a derecha, izquierda, arriba y abajo buscando algo que reprocharme, pero en aquellos días Amina (o sea, yo) aún permanecía en palacio. Mi escapada podría resultar rara, pero irrelevante para el caso.

—No lo entiendo. Si desapareciste entonces, ¿por qué le preocupa no verte ahora?

Me encogí de hombros.

—Ha venido a presentar sus respetos a su majestad por la desaparición de su joven esposa Amina y a expresarle su preocupación por la tuya. Como comprenderás, ha puesto al rey en un gran compromiso porque no puede mentir. Se ha sentido incómodo.

Me sonreí por dentro de felicidad, que a pesar de que no era una felicidad alegre me subió a los ojos y él lo notó.

—No te conoce. No sabe que eres capaz de robar y de mucho más.

—¿Por qué no me entregáis a la Policía?

—Porque el collar pertenece al reino saudí.

No se lo creía ni él. Sabía perfectamente que lo del collar era cosa de la madre de Amina porque estaba convencida de que yo sabía qué le había ocurrido a su hija, si no todo, algo bastante importante. Y el rey la dejaba hacer para apaciguar su conciencia.

Se abotonó la chaqueta, se sacudió unas fibras pegadas a los pantalones y salió sin decir adiós. Otra vez sola, pero ya tenía algo maravilloso en lo que pensar. Fabián había ido al palacio después de escribirle mentalmente. Podría tratarse o no de una casualidad. Cuando pensaba en él, ese pensamiento se disparaba en chispazos, ondas, como un resplandor que llegaría hasta él y lo obligaría a acordarse de mí. Y tenía la esperanza de que en palacio hubiese sentido mi presencia con toda la fuerza del mundo.

Desde lo de Fabián, la esperanza de salir viva de allí me obligaba a hacer ejercicio y esa mañana me había propuesto con gran desesperación superar cinco sentadillas cuando la puerta se abrió bruscamente. La luz del cuarto fue definiendo a un hombre y una mujer. Me puse en pie y el corazón empezó a bombearme tanta sangre por segundo que tuve la aprensión de volverme completamente roja. Lo acompañaba Fátima. Aunque mil veces visto, me sobresaltó su rostro avejentado, agriado, endurecido, que le proporcionaba la seguridad de no ser una mujer joven y bella, lo que la hacía en parte invisible, en parte desagradable, en parte necesaria, en parte inofensiva. Él se apoyó con precaución, quizá con asco, en el filo de la mesa y se dirigió a Fátima, concentrada en esquivar mi mirada todo lo que podía.

—Querría preguntarte algo delante de Sonia —le dijo a bocajarro a Fátima.

Si lo pensaba bien, nunca lo veía con túnica, una prenda mucho más cómoda que cargar con chaqueta, pantalones, camisa, corbata. Debía de saber que había algo en todas esas capas de ropa que hacía más deseable a un hombre.

—¿Fuiste tú quien denunció el robo del collar?

Fátima bajó la vista al suelo para contestar, lo que él pudo interpretar como señal de respeto, arrepentimiento, pudor. En cuanto a mí, esperaba petrificada que abriera la boca y ver salir más que palabras, balas, machetes directos a mi cabeza.

—Cuando se corrió la voz de que Sonia había robado el collar de rubíes y perlas, me apresuré a comprobarlo. Y sí, el hueco en el joyero estaba vacío.

Estaba segura de que en aquel momento Fátima creyó que por fin me había decidido a seguir las órdenes de Teo de sacar joyas para él, con la mala suerte de que me hubiesen pillado.

—¿Lo robó ella? —volvió a preguntarle.

El jefe de seguridad seguramente intentaba que mi presencia la obligase a titubear, a contradecirse, y sentí la tonta ilusión de que él deseaba echarme

una mano. Fátima, por su parte, sabía que yo era menos peligrosa libre que encerrada.

—No —dijo moviendo la cabeza.

Y él cogió el borde de la mesa con sus fuertes manos, como si intentara arrancarlo.

—¿Y por qué has tardado tanto en contestar?

—No puedo creer —dijo Fátima obviando mi presencia— que una chica tan seria, tan formal como Sonia haga algo así. Nunca la he sorprendido mirando con interés el joyero. No parece que le interesen las cosas caras. Siempre ha estado conforme con el dinero que le pagamos.

—Personalmente creo —dijo él ignorándome igualmente— que fue ella quien le entregó esa abyecta novela.

Fátima negó con la cabeza y yo me concentré en los pies de él, grandes, sujetos por tendones, que recordaban raíces sobresaliendo de la arena. Se despidió con un gesto de la mano. Y Fátima me dirigió una mirada de soslayo que más o menos significaba que no había venido a verme antes porque el jefe de seguridad podría haber colocado micrófonos. La situación de Fátima tampoco era buena. Desde que supuestamente se suicidó Amina, no tendría a quién atender. Mantendría en orden su ala privada, que nadie desordenaba ni manchaba, y el resto del tiempo, que era todo, ayudaría con los niños y fingiría hacer recados por el palacio. También trataría de acercarse por el Beach Club y comunicarse con Teo, algo improbable por las reticencias de Sultana a ir por allí. Viviría aterrada por la tragedia que en cualquier momento podría desencadenarse. La angustia de que el rey decidiese el regreso de toda la corte a Riad. Si no lo había hecho ya, sería por la madre de Amina, decidida a no moverse de Marbella hasta que apareciera el cuerpo de su hija. En semejante situación, ¿cómo podría escapar Fátima y reunirse con su Teo?

Iba convirtiéndome en un estorbo, un gran estorbo que no les servía para nada y, según fuese aproximándose la fecha de regresar a su país, no sabrían qué hacer con este saco de carne inútil por la que únicamente se había preocupado Fabián, el gerente del Beach Club. No sería un problema, una desaparecida más. Nadie querría levantar suspicacias diplomáticas por sospechas infundadas. Y al cabo del tiempo encontrarían mis pedazos si es que alguien llegaba a verlos. Lo cierto es que iban olvidándose de mí, ni siquiera la madre de Amina venía a interrogarme, habría perdido toda esperanza.

Durante los que me parecieron dos días tras la visita de Fátima y el jefe de seguridad, solo me habían dejado una bandeja a la puerta y una botella de agua. Los gritos nocturnos disminuyeron bastante. No me quedaba más que ir adormeciéndome tranquilamente. Iban aflojando los sueños en que saltaba las tapias del palacio y me escapaba, en que desarrollaba una fuerza y una argucia sobrehumanas para recorrer los pasillos, salir y regresar a mi vida normal. Había que dejarse de tonterías, yo no podía hacer eso, tendría que hacerlo Dios, el universo, la suerte, lo que fuese. Y creía que lo harían, ¿por qué no iban a hacerlo? Únicamente tendría que esperar y todo se resolvería, porque a veces las cosas no se resuelven cuando uno se empeña demasiado y pretende cambiar el curso de las fuerzas sobrenaturales. Hay que tener paciencia y esperar a que la flecha quisiera salir del arco y dar en el blanco. Bebía pequeños sorbos de agua y apenas comía. Tenía que sujetarme los pantalones cortos cuando iba al baño, había adelgazado bastante. Estaba convirtiéndome en una de esas francesitas escuálidas a las que tanto temía el jefe de seguridad.

No me molestaba en idear cómo dejar inconsciente a la chica que me llevaba y me traía del despacho del jefe de seguridad, ni saltaba como antes cuando oía la cerradura o pasos acercándose, tampoco intentaba escribir en la pared. Esa vía era completamente inútil y estaba cansada. Las sentadillas pasaron a la historia. Así que no hice caso de la puerta al abrirse.

Al igual que otras veces, detecté un hilo de luz lejana que entraba en la habitación, y con la luz, una maravillosa fragancia que casi me revolvió el estómago, acostumbrada a mis propios olores. No era la chica, no era el jefe de seguridad. El perfume de Sultana. Andaba como un hada, no se sentían sus pasos. Me tocó en el hombro y no tuve más remedio que volverme hacia ella.

—Toma —dijo alargándome una botella de agua fresca.

Bebía y la miraba. La miraba y bebía. No anduve preguntándome qué hacía aquí. ¿Para qué? Yo no podía hacer nada.

—He venido a darte una buena noticia.

Debía de ser que en los encierros, secuestros, cautiverios, etcétera, se llegaba a este punto de parálisis. Mientras el mundo seguía rotando, yo había perdido el paso. La miré seguramente con mirada vacía.

—¿No me preguntas? ¿No quieres saber lo que tengo que decirte?

¿Que ya le había encontrado marido a Haya? ¿Que habían conseguido otra incauta profesora?

—El jefe de seguridad te pide disculpas por haberte retenido. Puedes marcharte.

No me lo creía. Era una trampa. Aunque Sultana no se habría prestado a eso.

—Puedes confiar en mí. Levántate. Ahora te traerán algo de comer.

No tenía ganas de hablar, prefería interrogar con mi silencio. La chica trajo té y pastas y se marchó.

—Haya está muy contenta, siempre confió en ti. Bebe —dijo tendiéndome un vaso de té— y come. Si no tienes fuerzas, no podrás regresar a casa.

Podrían estar utilizándola para animarme a salir de esa habitación y en mitad del campo acabar conmigo. De todos modos, hice lo que me pedía. Comí todo lo que el estómago me daba de sí y cuando terminé me tumbé. Tenía la mente más clara y también más embotada.

—La persona que dejó caer el collar en tu bolsa ha confesado. Resulta que estuvieron a punto de descubrirla y por eso lo metió en tu bolsa. Hemos sido muy injustos contigo. ¿No sientes curiosidad por saber quién es?

No tenía ganas de hablar, había perdido la costumbre. Es como todo, si comes mucho, quieres comer más; si hablas mucho, quieres hablar más, y al revés. Me daba pereza mover la lengua.

—Es Fátima. Sí, yo tampoco podía creerlo, jamás lo habría imaginado. Ha sido muy desconsiderada contigo.

Con la boca pastosa, llena de la miel de los pastelillos, me aventuré a soltar palabras.

—¿Y la madre de Amina la cree?

—Si te soy sincera, no le hace ninguna gracia que salgas, pero no puede retenerte.

—Gracias —dije por ser una palabra breve y efectiva, que le complació.

Abrió la puerta y entró de nuevo la chica, que me indicó que la siguiera. Ni siquiera me despedí de Sultana. Eché un vistazo alrededor. No tenía nada que recoger. Solo sujetarme la cinturilla del pantalón. Hacia la mitad del camino comprendí que nos dirigíamos al despacho del jefe de seguridad. Si todo eso era real, ya no tendría que trepar el muro.

El sol iluminaba el despacho.

El jefe de seguridad cerró un poco la persiana.

—Sultana se ha ofrecido a darte la buena nueva. ¿Te ha sorprendido?

—¿Qué le ocurrirá a Fátima?

No contestó. Me tendió la bolsa de lona. Comprobé si estaba el DNI.

Sus ojos caían sobre la bolsa, mis manos, la carterita de Pull&Bear donde guardaba la documentación, las llaves del coche, cosas vulgares sin ningún valor que pertenecían a una persona vulgar.

—Comprenderás que no has sido nuestra invitada por capricho. No podíamos adivinar que no habías robado el collar.

No protesté. Me colgué la bolsa del hombro para sujetarme mejor los pantalones. Él fue hacia la mesa.

—Y ahora vas a firmar este contrato de confidencialidad. Si le cuentas a cualquiera lo que has visto, oído o vivido dentro del palacio, te buscaremos y haremos justicia. Un contrato es sagrado, ¿comprendes?

Comprendía. Pasé la vista por encima y lo firmé sin leer. Si querían matarme, me matarían igual. Quizá había firmado una confesión de suicidio, lo mismo daba, me encontraba en sus manos. La chica me indicó por dónde salir. Nadie me detuvo ni me dijo nada. Pasé por la fuente de oro. La luz me cegaba tanto que casi me caigo redonda. Y por fin llegué al coche. Miré en la bolsa para comprobar si la madre de Amina había devuelto al libro de gramática la nota escrita por Teo. Y no.

Abrí la ventanilla, el aire caliente de mediodía me acogía y me bendecía. Y como si estuviera fantaseando en la celda, me crucé con el hombre de las naranjas. Me dijo adiós con la mano. Qué bien había hecho en no entrar nunca en el palacio, en llevar una vida sencilla entre sus naranjos, ¿o no sería tan sencilla? Nadie que me viese en ese coche destartado podría imaginarse lo que había vivido.

Al llegar a la entrada del pueblo empecé a sentirme aliviada, puede que allí se acabase todo y que uno de mis sueños liberadores se hubiese vuelto real. Durante mi cautiverio en los sótanos, había pensado poco en Fátima y en que estaría constantemente preocupada por mis estados de ánimo. La situación se había alargado demasiado y había llegado a un punto crítico. Lo más seguro es que a Fátima le angustiara que yo no pudiese más y lo contase todo, en cuyo caso ella y su hijo estarían sentenciados. No podría soportar la idea de que Teo acabase en manos del jefe de seguridad y que el soñado reencuentro terminase siendo terrorífico. Había preferido inculparse en el robo del collar, algo más inocente y perdonable que ayudar a la princesa a escapar. Y de este modo su hijo seguiría siendo libre. Amor de madre.

En el Beach Club me encontré a salvo y dudé si poner al corriente a Teo de lo que pasaba con su madre y que ya no podría chantajearme para que le llevara el collar. Pero no lo vi por ninguna parte, algo lógico porque era su día libre. Aunque estaba hecha un asco, decidí subir a contarle todo a Fabián, su presencia me daba seguridad, estabilidad, la sensación de volver a la vida real, porque no todo lo malo o cruel suena a real.

No abrió, no se oía ningún ruido dentro de la *suite* y eso me asustó. Probablemente había cambiado de vida en mi ausencia, ¿por qué no?, ¿qué lo retenía allí?

Tuve que armarme de valor para presentarme ante Montse. Ella me echó un alegre vistazo.

—Vaya pinta. ¿Sigues trabajando aquí?

Le pregunté por Fabián.

—Hace dos días que no viene. La única fija parece que soy yo.

Volví a subir a su *suite*, corté un cartón de un kit del carro de la camarera, que usé como tarjeta, y entré. Esperaba que ningún cliente me viese utilizar esta artimaña.

Todo estaba en orden y limpio a más no poder. Las camareras se emplearían a fondo con el jefe. Por las cristaleras entraba el suave oleaje de la piscina y el más lejano del mar. No era de extrañar que Fabián no pudiera soportarlo, necesitaría un panorama más rudo y amargo, en sintonía con su alma. No querría dulcificar, ni pasar página, ni rehacer su vida como si la vida fuese un jersey que pudiera deshacer y volver a tejer. Lo único que quedaba era seguir adelante. La verdad es que en lo último que deseaba pensar era en el sufrimiento de Fabián cuando para mí su presencia era fuente de ilusión.

Abrí la ducha. El agua fluía cantarina, clara, y me metí dentro. La suciedad de la celda se la tragaba el desagüe y yo iba sintiéndome despejada y fresca. No podía creermelo que fuese libre ni que fuera tan fácil, que todo antes estuviera en contra, ni que todo ahora estuviera a favor. Me cepillé los dientes y me envolví en el albornoz de Fabián y me sequé el pelo cuidando de no salpicar ni dejar pelos. Ahora olía al gel del hotel, igual que él. Me eché en la cama. Mullida, reconfortante. Aun así, me hastiaba llevar tantos minutos tumbada y abrí el vestidor con gran escrúpulo por estar curioseando, allanando su intimidad y faltando a cualquier clase de elegancia. Los trajes de antaño colgaban de las perchas y los zapatos reposaban debajo creando la impresión de que el ser de dentro se había desintegrado para siempre. En unos estantes se guardaba el Fabián de ahora en forma de camisetas, pantalones de algodón y chaquetas sueltas. Y en un armario había un equipo de fútbol completo: camiseta, pantalones, calcetines, botas, patines en línea, chándal, que debía de ser de su hijo y que ni se me ocurrió cometer el sacrilegio de tocar, bastante era haber cometido el de verlo.

Se afeitaba con las mismas cuchillas desechables de los kits del hotel y después se aplicaba un sencillito *after shave* de Nivea Men sin más historias. En un estante superior había arrinconado cremas hidratantes y mascarillas faciales. Ya no le interesaba conservar el aspecto que la clientela esperaba ver en el gerente del hotel. Le importaba todo una mierda, porque todo aquello lo había hecho por su hijo. Abrí uno de sus libros. Era sobre nutrición y plantas medicinales, muy interesante, algo triste. Me puse una camiseta larga de Fabián y un cinturón y bajé dispuesta a buscarlo. Era libre de moverme, de entrar y salir, de decidir qué hacer en cada instante.

Montse me cortó el paso.

—¿Y ahora la señorita adónde va? Hay que colocar los floreros en las mesitas.

La abracé en lugar de gritarle que era libre y que cogería el coche y me marcharía camino del camping a buscar a Fabián.

La caravana de Cristina no estaba, ni había rastro de ellos. Me desfondé. Debía contarle a Fabián lo que me había ocurrido. Ya estaba en movimiento, me sentía frenética, ansiosa por recuperar las riendas de la situación y acababa de acordarme del dinero que oculté en el hostel. De pronto recuperarlo, a falta de no poder hablar con Fabián, se convirtió en urgencia.

Conduje hacia el hostel Mirador a toda pastilla y me salté un semáforo en rojo. No hablaría con el conserje estudioso. Esperaría a que entrasen otros clientes, me escabulliría entre ellos, subiría por las escaleras y utilizaría el sistema del cartón para entrar en la habitación. Era raro que a esas horas los huéspedes no estuvieran en la playa, pero si los de la 212 se habían rezagado, les explicaría que era la supervisora y que necesitaba comprobar las luces. Me subiría en la silla ante su atónita o confiada mirada, y cogería el sobre con el dinero.

Todo ocurrió mejor de lo planeado. El conserje no levantó la cabeza, lo que me confirmó que le había hecho a la princesa la foto que salió en *La Opinión de Málaga*. ¿Sentimiento de culpa, miedo de que le recriminara su falta de profesionalidad? La limpiadora estaba en el baño de la 212, ni me vio entrar. Me subí en la silla y... el sobre no estaba. Tanteé por dentro todo lo que pude. Se había evaporado. Le pregunté por él a la limpiadora, que contestó que ella no tocaba la lámpara ni loca. Y le pregunté al conserje, que me señaló un papel pegado a la pared donde se informaba de que el hostel no se hacía responsable de los enseres ni los objetos de valor de los clientes.

—Lo más lógico es que se lo llevase ella. Volvió preguntando por ti y dejó pagada la habitación —dijo con un tono cargado de intenciones—. Toma, recogimos tu mochila.

Era inútil insistir más. ¿Ante quién podría quejarme? De nuevo, todo en contra. Regresé al Beach Club. Guardé la mochila en la taquilla, ya podía cambiarme de ropa. Me puse el uniforme y trabajé hasta que cerramos.

A eso de la una de la madrugada me subí a la *suite* de Fabián. Me acomodé en el sofá y estuve viendo la televisión hasta que se me cerraron los ojos. No soñé con el sótano del palacio ni con sus habitantes, sino con cascadas de agua cayéndome encima entre plantas verdes.

Me despertó un resplandor. Alguien había encendido la luz. Era Fabián, con el pelo y los pantalones mojados como si llegase de nadar vestido. Fue directamente a una mesa de cristal y níquel a servirse una copa y al volverse con ella en la mano me descubrió en el sofá. No se sorprendió, porque desde la última sorpresa de su vida nada era sorprendente. Podría estar apuntándole con una pistola y le daría igual.

—¿Cómo has entrado?

—Con un cartón.

Asintió pegándole un trago al vaso. Con una mano en el bolsillo del pantalón y otra en el vaso se quedó contemplando el jardín.

—Está cayendo una buena.

Me levanté y fui junto a él. En efecto. El agua se estampaba contra los cristales.

—Creía que te había ocurrido algo, llevabas bastantes días sin aparecer —dijo.

—¿Por eso fuiste al palacio?

Esto sí que le sorprendió un poco, luego volvió al vaso.

—He estado recluida en el sótano del palacio. Me retuvieron por el robo de una joya muy valiosa, pero Fátima ha confesado que fue ella quien la cogió. Mañana te lo contaré todo.

Se sirvió otro vaso y apagó la luz. Lo oí desnudarse a oscuras, meterse en la cama, pegar unos sorbos, volverse de lado, respirar. Me encontraba en paz.

Oí en sueño las aspiradoras, el carro de las camareras, a clientes hablando por el pasillo, pero la paz no me dejaba despertarme. Hasta que por fin se abrió la puerta, se corrieron las persianas, entró olor a tierra mojada. Fabián estaba frente al televisor. Me sentía atontada.

«A primera hora de la mañana ha sido hallado el cuerpo sin vida de la princesa real saudí Amina, desaparecida hace hoy veinticinco días. Su esposo, el rey Fadel, y toda la familia se encuentran consternados y tristes».

El universo se paralizó. Los ruidos cesaron, la conmoción me taponó los oídos y la mente. En el trecho que existe entre la vida y la muerte, Amina había dormido sobre las mantas del hostel Mirador y había llevado puestas unas enormes gafas Gucci del bazar chino, se había enamorado y había escapado de su vida. Me arrepentía profundamente de haberle cortado el pelo contra su voluntad y haberla hecho llorar. ¿De qué había servido todo eso?

—Lo repiten constantemente —dijo Fabián—. Todas las televisiones cubren la noticia con reportajes.

Me desplomé en el sofá. Ya no había remedio. Teo se la había cargado. Y yo podría haberlo evitado. Era el final.

«Parece que se confirma el suicidio. Se ahogó, pero afortunadamente el cuerpo no ha sido devorado por los peces, las olas lo empujaron hasta unas rocas donde unos bañistas lo han encontrado esta mañana», gritaba una reportera con el pelo revuelto por el viento marino.

—Pobres padres —exclamó Fabián—. El rey estará desolado, pero al fin podrán dormir. Ahora saben lo que ha ocurrido y eso tranquiliza.

De buena gana, yo también gritaría: «No lo saben, no tienen ni idea». Me contuve, era una historia muy larga que iba envejeciendo segundo a segundo. Además, él podría pensar que había una parte de fantasía en mi narración. Tendría que hacer un gran esfuerzo para convencerle de que todo era real, y

en ese momento comprendí que nunca le podría contar la historia completa porque él no sabía quién era Teo en realidad y qué había pretendido sacando a Amina del palacio y llevándosela con él, ¿vengarse de la casa real por haberle privado de su madre? Podría ser. Seguramente quiso hacer un trato: Amina por Fátima, pero al final el asunto se le fue de las manos, pensó que Amina lo contaría todo y que con ella viva nunca estarían a salvo. Lo cierto es que su madre se había apresurado al sacrificarse para salvarlo inculpándose de los robos, y no le haría ninguna gracia enterarse de que su hijo era un asesino. Seguirían separados de por vida.

—No tengo adónde ir —le dije a Fabián respirando a medias, con ganas de llorar y gritar—. Alguien se ha colado en mi apartamento.

—¿Continúas trabajando aquí?

Asentí.

—Bien —dijo—. Podrás ocupar el puesto de Teo. Nos ha dejado plantados. Yo aguantaré hasta que cerremos en octubre.

—¿Y después?

Se encogió de hombros y pasó al baño. Al salir, yo ya habría abandonado la *suite*.

Me enfundé el uniforme y desayuné en el bar sin hambre, solo por sobrevivir. Por la radio y la televisión no se hablaba de otra cosa que del hallazgo del cuerpo y que el rey no estaba dispuesto a profanarlo con una autopsia. Hubo un comunicado de la casa real expresando su profundo dolor y la intención de repatriar con ellos a Amina lo antes posible, lo que significaba que el verano de los petrodólares se acababa por mucho tiempo.

Tuve que anunciarle a Montse que yo sustituía a Teo, y ella contestó que no entendía nada. De la noche a la mañana Teo pidió el finiquito y dijo que quería cambiar de vida. El sol empezaba a salir con rabia y una humedad caliente amenazaba con engendrar más y más vida sin sentido.

Tras la tormenta, una calma repentina. Ya no tenía que preocuparme por mi vida ni por la de Amina, solo me quedaba reconcomerme por no haberla ayudado más. También podía justificarme pensando que no era mi responsabilidad y que ella me había puesto en peligro. Y también podría reconocer que tuve en mi mano decir la verdad. Una verdad que a esas alturas no existía. Cantarla a los cuatro vientos ya no servía de nada.

Sin embargo, aún tuve la oportunidad de contársela a la madre de Amina cuando apareció por la tarde.

Iba seguida de una criada y no sobresalía un solo rizo rojo del velo. Con la delgadez de los últimos tiempos, sin maquillar, con los ojos tan hundidos

como si no quisiera ver más, era la imagen de la tristeza más bella.

—Te devuelvo la nota. Ya da todo igual —dijo.

—Lo siento —dije.

—Tendría que haberte suplicado en lugar de encerrarte. Ni Fátima ni tú podéis engañarme. Ella no robó el collar, lo sé. En el fondo de mi corazón, sé que Amina se enamoró de alguien. ¿Sabes quién es?

Me encogí de hombros. Era inútil seguir mintiendo. Opté por cambiar de tema.

—¿Y Fátima? ¿La mataréis a latigazos?

—¿Estás loca? Eres víctima de la prensa sensacionalista occidental. Se la juzgará e irá a prisión.

—¿Podría verla?

—No. Ya no.

¿Ya no? Comprendió que su respuesta era sospechosa y esquivó mi mirada.

—Pasado mañana nos marchamos. Todo está arreglado para llevarnos a Amina.

Buscó a tientas con las manos algo para sentarse y encontró un velador de hierro forjado que servía para sostener una lamparita, el momento justo para darle la estocada final.

—¿Y Sultana? ¿Tampoco pagará por esto?

Aunque intentaba no expresar nada, lo expresó. Apretó los labios, encerró las palabras, su odio, y se levantó.

Fátima pagaría por lo que, a los ojos de la madre de Amina, había hecho Sultana, lo que, aunque aparentemente injusto, era lo justo. Con toda seguridad, Fátima no volvería a ver a su hijo y siempre le rondaría la incertidumbre de cómo habría muerto Amina y le corroería la duda de que, si hubiese aguantado un poco más sin hablar, el hallazgo del cuerpo lo habría resuelto todo, y ella podría haber huido con su hijo sin más consecuencias, en cuyo caso lo que me ocurriera a mí a ella le importaría una mierda. Así que no debía sentir pena por nadie.

Mi vida había cambiado en poco tiempo. Había pasado de la normalidad a la odisea y de nuevo a la normalidad, aunque muy distinta a la anterior, en esta no quedaba apenas inocencia. Teo ya se encontraría lejos, se habría marchado antes de aparecer el cuerpo de Amina, y me preocupaba mucho el estado en que habría dejado el apartamento de Karen. No la veía desde hacía unos cuatro años y después de lo ocurrido ella y su apartamento resultaban casi irreales. Puesto que ahora el resto de los camareros estaba bajo mi supervisión, no tenía que dar explicaciones si me ausentaba un rato y me dirigí al apartamento.

Me tranquilizó no ver la Yamaha en el aparcamiento. De todos modos, subí las escaleras con cautela y al llegar a la puerta puse el oído. De vez en cuando sonaba un aleteo que podrían ser papeles movidos por el viento. Sería demasiado audaz y arriesgado por su parte permanecer allí; aun así, llamé varias veces. Salió el vecino de las flores felices.

—No te molestes, no hay nadie.

Iba en calzoncillos.

—¿Nunca sales de aquí?

—Sufro agorafobia. ¿Has visto *Copycat*? Pues yo soy como Sigourney Weaver.

—¿Y desde cuándo no hay nadie?

—Yo qué sé. No soy un cotilla. ¿Quieres un café? Yo no puedo salir, pero tú puedes entrar.

La puerta no estaba encajada del todo, solo había que empujar. La llave estaba en la encimera. Abrí a un espacio sorprendentemente ordenado y limpio. La brisa que entraba por la terraza hinchaba la cortina. Las sábanas y la colcha estaban lavadas y dobladas sobre la cama, también las toallas del baño. Todos los platos y las tazas fregados en su sitio. Por todas las puertas y muebles se había pasado una bayeta, seguramente para eliminar huellas, aunque no había pensado en el colchón que podría conservar restos de ADN, por lo que sería mejor no utilizarlo de momento. Toda la ropa de Karen

aparecía limpia y en sus perchas. El cubo de la basura estaba vacío, a no ser por el sobre en que yo guardaba el dinero en la lámpara del hostel. Ni siquiera aparecía arrugado, solo vacío. Tanta facilidad en ganar dinero para nada y tanto sufrimiento en los sótanos de palacio para nada. Tanto cuidar Fabián de su hijo para nada.

Ya no tenía que preocuparme por Karen. Se encontraría el apartamento en perfectas condiciones y regresaría al Beach Club, donde alguien le contaría, completamente distorsionado, el caso de la princesa. Quizá le llamara un poco la atención el nuevo aspecto de Fabián o tendría la cabeza tan llena de lo vivido en su país que no se fijaría tanto como antes.

Por la noche regresé con la mochila recogida en la taquilla del Beach Club y corrí la mesa de comedor contra la puerta. Si Teo regresaba e intentaba abrir, haría mucho ruido, me daría tiempo de saltar a la terraza del vecino, donde siempre era bienvenida. Y por precaución escondí bajo la almohada el cuchillo más grande que encontré. A pesar de no sentirme tan segura como en la *suite* de Fabián, dormí bien y solo me desperté para beber agua. Aún no había podido aliviar la sed que padecí en mi cautiverio. El simple ruido del grifo corriendo me reconfortaba.

Por la mañana, la mesa continuaba atrancando la puerta. Teo pensaría que, si yo hablaba, me comprometería como cómplice del secuestro, aunque también podría pensar que la conciencia no me dejaría dormir tranquila y que en un arrebato contaría la verdad. No debía bajar la guardia. Si la casa real ya había emprendido su regreso a Riad, él no podría rescatar a su madre y lo más lógico es que huyera lejos hasta que escampara el temporal. Todo le habría salido mal a no ser que se contentase con el brazalete de brillantes y mi dinero. Peor le había salido a Fátima. Y a Amina no digamos. Yo me había salvado por los pelos.

Llamé a mi madre.

—Mamá, ¿cómo va todo?

—Menos mal que llamas. Estaba inquieta. He tenido pesadillas horribles. Ya lo sé, ya lo sé, exagero, pero hoy dormiré tranquila.

¿Sería posible que mi angustia hubiese viajado a la velocidad de la luz hasta ella?

—No me hagas caso —dijo—. Son cosas de madre. Pásatelo bien.

Cogí la nota que me devolvió la madre de Amina y sin desayunar me dirigí a la playa donde Teo solía jugar al fútbol con sus amigos. Llamé con la mano al que parecía mayor y tenía más perilla. Le tendí la nota.

—Esto le pertenece a Teo. Por favor, entrégaselo. Te lo agradecerá.

No se trataba de un plan, no había calculado nada. El que Teo supiera que yo sabía que él había matado a Amina, engañándola con un paseo romántico en velero, podría perjudicarme o podría ser un aviso para que desapareciera definitivamente del Beach Club y de mi vida. Era una forma de decirle que, si quisiera, podría meterle en un buen lío. El caso es que hice lo que me pedía el cuerpo. Yo era la única persona de Marbella que conocía toda la historia de Amina, Teo y Fátima, mucho mejor que ellos mismos.

Por la tarde Montse me avisó en tono confidencial de que las princesas estaban saliendo de un Mercedes en el aparcamiento. El que me hubiesen nombrado supervisora le creaba la ilusión de que yo podría auparla como jefa de comedor. Y si podía, lo haría. Fabián hacía bastante que no se precipitaba desde su *suite* ante estas visitas. La familia real ya no era una prioridad. Su importancia había pasado a mejor vida. Se impuso un tono de decadencia en nuestro comportamiento que con el tiempo desconcharía el yeso de las paredes, ajaría los toldos, volvería mustias las plantas y arrastraría arena y polvo a los muebles y los rincones.

Las esperé a la entrada. Eran una criada y Haya. Haya me sonrió con su radiante cara, con la intensa luz de los ojos. Le habían salido dos espinillas junto a los labios que intentaba taparse con la mano. Las seguía un guardián. Les indiqué que me acompañaran a la pérgola.

—Espera —dijo Haya—. Solo he venido a despedirme. Nos marchamos mañana.

—No sin tomarte el helado de la casa. Será espectacular.

Prefirió una mesa normal y me pidió que me sentara con ella. Le indiqué a Montse que montaran un postre fastuoso y le prometí que la propina sería para ella.

La nata y el merengue se balanceaban peligrosamente al compás de los andares de Montse. Haya ya no era una niña, pero aún le fascinaba la fantasía exagerada. El postre también llevaba una nube de algodón dulce con estrellas pegadas de colores y helado de nitrógeno líquido. Hincó la cuchara.

—Mamá no quiere que coma estas cosas. No quiere que engorde. Creo que pretende casarme con un príncipe de otro país.

—¿Y tú quieres?

—Si es guapo, sí.

No me pronuncié. Me limité a contemplar cómo saboreaba sus últimos momentos de niña. Eso era preferible a convertirse en otra Amina.

—Te echaré de menos —dijo.

Me quité uno de los colgantes del cuello. Era una media luna, lo que me pareció más apropiado que una pequeña cruz que también llevaba. Era muy poca cosa para alguien tan rodeada de riqueza, pero le gustó mucho y se lo guardó en la abaya. Dejó de sonreír y también dejó quieta la cuchara balanceándose sobre la nube de algodón.

—Te pido perdón —dijo.

La criada se tomaba su sorbete tranquilamente sin enterarse de lo que hablábamos.

—Le conté a mamá lo de la nota que me hiciste traducir.

—¿Por qué?

—Porque no la habías escrito tú y porque era un mensaje. Mamá avisó al jefe de seguridad.

—Y él, a la madre de Amina. Me has hecho mucho daño. Podrían haberme matado.

—¿Matarte? ¿Cómo se te ocurre? Mi padre es muy bueno, te habría perdonado.

Tenía merengue en la barbilla y me sonrió con un candor perturbador.

—Papá ha dicho que Amina se mareó y se cayó por la borda. Puede que no volvamos a vernos hasta que me case. Este sitio no les trae buenos recuerdos. A mí sí.

Le habría arrebatado el colgante. Desde luego, nunca sería como Amina. No podría esperarse de ella ningún deseo extraordinario. Le entregué los cien euros de propina íntegramente a Montse, que los aceptó con sus infantiles ojos llenos de ilusión por el futuro. Respiré hondo. Unos clientes se retiraban para descansar y volver a la carga por la noche. Y otros aparecían vestidos de blanco, la mayoría para retener las últimas sensaciones de las vacaciones. El rumor del mar llegaba incansable.

Después de atesorar tantos miles de euros, me encontraba sin un céntimo ni la posibilidad de reponer el dinero del seguro de mi padre, por lo que este trabajo me vendría bien hasta octubre. Subí a la habitación de Fabián para informarle de la marcha de la familia real. Abrió en cuanto llamé a la puerta. Tenía un café en la mano. Me cogió del brazo.

—Pasa, ¿qué era eso que tenías que contarme?

Quizá Fabián se enamorara de mí definitivamente y olvidara a Cristina, quizá nos marchásemos él y yo en una caravana a recorrer mundo. No necesitaríamos casi nada. Podríamos pasarnos la vida en bañador, revolcándonos en la arena y haciendo el amor. Nos cortaríamos el pelo el uno

al otro y asaríamos lo que pescásemos. Nos haríamos collares con el coral que encontrásemos en la playa y viviríamos sin esperar nada especial aparte de nosotros mismos, como si se nos hubiese revelado la clave de todo.

Nota de la autora

Todos los personajes y situaciones de esta novela son fruto de la imaginación de la autora. La realidad en que se sustenta, así como los lugares que se mencionan están alterados y recreados por la ficción.



CLARA SÁNCHEZ. Escritora manchega, nacida en Guadalajara el 1 de Marzo de 1955. Pasó su infancia en Valencia y se trasladó posteriormente a Madrid, ciudad en la que actualmente reside.

Se licenció en Filología Hispánica en la Universidad Complutense. Se dedicó durante años a la docencia universitaria, trabajo que abandonó para dedicarse de lleno a la profesión de escritora.

Ha participado en programas de TV como *Qué grande es el cine*. También ha trabajado como colaboradora en el diario *El país* y en la revista literaria *El Urogallo*.

Recibió el premio Alfaguara en el 2000 por *Últimas noticias del paraíso*, los premios Nadal en el 2010 y Mandarache en el 2013 por *Lo que esconde tu nombre*, y el premio Planeta de novela en el 2013 por *El cielo ha vuelto*. También ha sido galardonada con el premio Germán Sánchez Ruipérez al mejor artículo sobre Lectura publicado en 2006.